Más de 500.000 ejemplares vendidos

Los bichos raros también se enamoran

KATHERINE PANCOL

Los bichos raros también se enamoran

Katherine Pancol

Traducción de Paz Pruneda

Para Berthe
Para Madeleine...

Pero el grito del niño en el silencio
maldice más profundamente
que el hombre encolerizado.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
El grito de los niños

Rose invitó a Leo
a cenar un martes por la noche...

Rose invitó a Leo a cenar un martes por la noche, ocho días antes de Navidad.

Dudó en hacerlo mientras esperaba en los escalones de acceso al laboratorio donde habían pasado la jornada estudiando la *Lamprohiza splendidula*, una pequeña luciérnaga de la familia de los lampíridos que vivía en Alsacia y producía una prometedora molécula para el tratamiento del cáncer, además de poseer efectos regeneradores del tejido cutáneo. El director del laboratorio ya se frotaba las manos ante la idea de explotar ese descubrimiento.

Casi de inmediato, se preguntó si era buena idea invitarlo a cenar. Se mordió las uñas, arrugó y alisó el borde de su bata de laboratorio, que sobresalía por debajo del abrigo, y calculó el número exacto de días que quedaban para Navidad. Leo estaba a punto de volver a Nueva York. Tenía que hacerlo, era una cuestión de cortesía, una forma de celebrar que su colaboración de esos últimos seis meses había ido bien, que había sido fructífera, que sus trabajos podrían desembocar en un auténtico avance científico para los enfermos de cáncer de mama y de pulmón, y también para los grandes quemados. Rose adoraba ser útil. Le parecía una palabra bellísima, y si había dos cosas que amaba por encima de todo, eran las palabras y los insectos.

A partir del día siguiente, el laboratorio estaría cerrado durante las fiestas navideñas. Así que era ahora o nunca.

—¿Estás libre para cenar esta noche?

—¿Cenar? ¿Tú y yo?

—Sí... Bueno... Quizá podríamos...

Leo había mostrado una pequeña sonrisa, como si ella

acabara de caer de la luna en corsé y medias de rejilla, con un cubo de meteoritos en la mano. Se había pasado los dedos por el pelo, se lo había alborotado y había dicho:

—Guau... Espera un segundo...

Ella había pensado que tampoco era una petición tan descabellada. Que no era para tirarse de los pelos.

—Tengo que consultar mi agenda.

Había sacado el móvil del bolsillo de su parka.

—Tengo un montón de cosas que hacer antes de marcharme...

Repasó las notas de su agenda y frunció el ceño. Cualquiera habría creído que se sentía contrariado.

—Me has pillado de improviso... ¡Las mujeres sois tan rápidas!

¡Me he lucido! Eso me enseñará a querer ser amable. ¿Qué es lo que me dijo la psicóloga la última vez? «Rose, debe situarse en el centro de un círculo, imponer una distancia y, cuando sienta un impulso, no dejarse presionar por él, sino intentar averiguar si le apetece de verdad hacer lo que le han pedido, o si solo repite comportamientos adquiridos que no son los suyos. En resumen, debe preguntarse si va a actuar bajo alguna influencia o si es su elección. Hágase esta pregunta: "¿Qué es lo que yo, Rose Robinson, quiero?". Y solo después, actúe en consecuencia».

No había tenido tiempo de llegar al centro del círculo. Se había precipitado, se había ofrecido en bandeja, con las manos atadas a la espalda y dos ramitas de perejil en la nariz: haz de mí lo que quieras.

—Oh, bueno, no tenemos ninguna obligación de... Era solo

por si...

—No, no, no te lo tomes a mal, Rose. Eso nunca.

Había adoptado el tono del médico que tiene a su cargo a un peligroso psicópata a quien intentara enfundar una camisa de fuerza, y ella se había crispado.

—Me gustaría mucho cenar contigo, pero tengo que redactar un artículo para mi universidad de Nueva York. Aún no lo he terminado y debo entregarlo mañana temprano...

Había hecho una mueca seguida de un ruido de succión para aspirar un pequeño resto atascado entre dos dientes. Se había pasado la lengua varias veces antes de tragarlo, satisfecho, y morderse los labios.

Ella había preferido mirar a otro lado.

Vale, de acuerdo, él no estaba nada mal. Las chicas del laboratorio desfallecían ante su mechón castaño, su forma de ponerlo en su sitio, echándolo hacia delante, para luego colocarlo en el último momento; la indolencia con la que hundía las manos en los bolsillos de su bata; su postura siempre erguida, y ese hoyuelo en su mejilla izquierda cuando sonreía. Hablaban de su mirada grave y seria, de sus ojos negros, misteriosos... Pero de ahí a imaginarlo perseguido por una horda de féminas, tampoco había que exagerar. Él entraba en la categoría de «normal plus». Nariz normal, boca normal, hombros normales, un poco encorvado, cintura alta, piernas largas. A ella le encantaban sus largas piernas, pero no sus pantalones amarillos. Los pantalones de Leo Zackaria eran a menudo amarillos. A veces violetas o burdeos, pero casi siempre amarillos. Y, como colofón, unos inmundos zapatos marrón oscuro. Ella intentaba deliberadamente no utilizar el término «calzado», porque lo que él llevaba en los pies no merecía esa consideración. Tendría su edad, unos veintinueve años, quizá treinta; no llevaba alianza, no decía «nosotros» y no utilizaba jamás el pronombre posesivo de la primera persona

del plural. En los seis meses que llevaban trabajando juntos, en los que cada día deslizaban su bandeja de la comida por el bufet de la cafetería del laboratorio, él no había pronunciado nunca el nombre de una chica o de un chico con tono afectuoso. Nadie lo había acompañado en la copa de Navidad de la empresa, mientras que los otros colegas habían acudido casi todos flanqueados por una compañera o compañero. Se rieron como locos cuando Kirsten presentó a su amigo Niels diciendo «mi mitad». Niels lucía una pajarita de lunares, se ponía de puntillas para llegar a los hombros de Kirsten y debía vestir ropa de la sección juvenil de Monoprix. Los ojos de Leo brillaron, llenos de lágrimas contenidas. Rose aguantó la respiración hasta que se ahogó. Leo le tuvo que dar unas palmaditas en la espalda diciendo: «¡Compórtate, Rosa, compórtate!». Su nombre, pronunciado con acento cubano, se deslizó como una caricia hasta sus riñones. Tuvo la impresión de que estaban unidos, de que eran cómplices..., de que iba a proponerle matrimonio ahí mismo. Era uno de sus fantasmas. Una petición de matrimonio en forma de flechazo. ¡Tachán! Estoy loco por ti. ¿Quieres ser mi mujer?

Pero esas cosas solo sucedían en las películas.

Esa tarde, en los escalones del laboratorio, mientras las farolas de la vía de circunvalación parpadeaban, pálidas, entre las gotas de lluvia, ellos interpretaban otra secuencia. Y ella tenía un papel nada lucido.

—Bueno, quizá pueda organizarme... Entregaré mi artículo con veinticuatro horas de retraso, tampoco es tan grave —terminó por decir, y se secó una gota que pendía de la punta de su nariz.

Ella se preguntó si sería de lluvia o de moco.

—Me gustaría pasar por casa para cambiarme —añadió—. ¿Quieres que nos encontremos en la Taberna Alsaciana? Rendiremos homenaje a nuestra luciérnaga y, además, me

encanta el chucrut. No tengo muchas ocasiones de comerlo en Nueva York.

Él se echó a reír de buena gana, algo que no parecía pegar demasiado con la niebla, los chaparrones, las farolas y la vía de circunvalación. Era como si se regocijara con la idea de degustar la col fermentada, solo o acompañado, eso era lo de menos. Ella no era más que un pretexto para llenarse la panza. Se sintió humillada. Se le habían quitado las ganas de cenar con él. Una vez más, el centro del círculo quedaba demasiado lejos, y ella había renunciado a posarse en él. Acordaron una hora para la cita y él volvió a secarse una gota del borde de su nariz —¿moco o lluvia?—; acto seguido se separaron estrechándose la mano con el vigor de dos luchadores profesionales. Ella se secó los dedos en su abrigo y lo contempló alejarse. Sus zapatos marrones rechinaban y emitían un puic-puic en los charcos. Iba echado hacia delante, vencido por el peso de su cartera.

—Yo pediría un vino blanco —decidió él tras haber pedido un chucrut real—. ¿Te gusta el vino blanco?

Ella detestaba el vino blanco. Le provocaba calambres en las piernas por la noche y dolor de riñones al día siguiente.

—Vamos a pedir una botella, ¿te parece? Hay que festejar el final de nuestro trabajo y la Navidad, que ya está aquí.

—Si quieres...

—¡Un excelente vino blanco alsaciano para dos excelentes camaradas de trabajo! A lo mejor resulta que recibimos el Nobel por nuestra investigación. ¡Ja, ja! Estoy de broma, aunque no del todo... Hemos descubierto un filón con nuestra *Lamprohiza splendidula*. No estamos lejos de encontrar una mina de oro.

¿Acaso es estúpido o qué? Debe de saber que nuestro trabajo corre el riesgo de ser confiscado por Ronald Lupaletto, el director del laboratorio, que sacará pecho, recibirá galardones, felicitaciones y una sarta de cheques. Eso debe de saberlo o... es un estúpido.

Y yo estoy perdiendo el tiempo.

¿Qué quiero decir con que estoy perdiendo el tiempo?

¿A qué me refiero cuando digo eso? Tenía la esperanza de... He invertido mi tiempo en... ¿Acaso tengo un ramo de novia en la mano derecha y una liga en el muslo izquierdo?

¡Contrólate, Rose!

Él repasaba la carta de vinos, tarareaba una melodía de su país con muchas «os», y «as», se frotaba las manos y repetía: «¡Ah, París! ¡París! No hay nada igual, no hay nada que...».

A ella ya no se le ocurría qué decir. Había creído jugar con ventaja al proponer esa cena. Se había sentido un poco superior, un poco magnánima, muy generosa. Yo, investigadora francesa del CNRS, convido a un colega extranjero a cenar. Tengo esta atención, este detalle; no estoy obligada, no consta en mi contrato y, heme aquí, reducida a la condición de figurante, obligada a comer col cocida y a beber un vino blanco que me va a torturar toda la noche.

—Verás, Rose, el chucrut tiene un sabor ácido que marida bien con un vino seco, mineral, un Sylvaner o un Riesling ¿cuál prefieres?

Ni uno ni otro. Pero, ante su cara de satisfacción, respondió:

—Me gustan los dos.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos, acusándose a sí misma de ser una blanda. Una vez más, sentía ganas de complacer al otro antes de complacerse a sí misma. No podía divisar el centro del círculo. Daba brincos alejándose de su

verdadero yo. Y, como es evidente, lejos del verdadero yo no valemos nada, ¡nos convertimos en un felpudo y gritamos a los transeúntes que nos pasen por encima!

Miró de reojo a la mesa de al lado donde los siete miembros de una familia rubia oxigenada devoraban col, salchichas, pechuga ahumada, tocino a la parrilla y retorcidas lonchas de beicon, comparando los diferentes chucruts degustados durante el año como si recitaran los versículos de la Biblia. La hija mayor, de boca color rojo sangre, escote tembloroso y cabellos teñidos de blanco, roía un hueso plano que apretaba entre sus dedos. Los otros masticaban con la mirada perdida. Las puntas de sus pestañas parecían estar quemadas. En sus bocas entreabiertas, lascas de col hervida, trozos de embutido y patatas giraban como en el ojo de buey de una lavadora en plena actividad.

¿Por qué pensaba ahora en eso?

La noche apenas acababa de comenzar.

Sé positiva, hija mía. Sucede a menudo en las novelas que un mal principio termina en una bonita relación. «¡A veces pisas una mierda y aparece una moneda de oro!», decía Babou, su abuela materna. Babou, que se pinta las uñas de los pies de azul marino y habla con sus dedos. Sus diez pequeños marineros. Les pregunta si va a ganar la lotería. Así podría comprarse un apartamento. Ella, que al morir su marido, dos años atrás, se refugió a su pesar en casa de su hija, en el número 8 de la calle Rochambeau, frente a la plaza Montholon. Nadie alquila apartamentos a las mujeres de setenta y tres años. Temen que se instalen sin pagar porque, una vez cumplidos los setenta y cinco, no hay forma de echarlas.

—Es la única razón por la que vivo aquí —explicaba Babou —. Y por ti también, claro. Pero lo tuyo es evidente. Si gano la

lotería, nos iremos las dos a los trópicos. De todas formas, ¡para lo que vemos a tu madre! Será un auténtico soplo de aire.

—¿Por qué les hablas a los dedos de los pies?

—Es una costumbre que adopté de pequeña. Me despertaba y los contaba. Tenía miedo de haber perdido alguno durante la noche, y como no tenía muchos amigos en el colegio...

Leo atacaba su chucrut, su vino blanco, se secaba la boca como un limpiaparabrisas furioso y volvía a empezar. Se disculpaba por no hablar mientras señalaba la col hervida con su tenedor y decía, con la boca llena, que no era cosa de que se enfriara. Ella asentía con la cabeza, mensaje recibido.

Jugaba con una salchicha larga y delgada, la paseaba por todo el plato. Cortó un extremo, la salchicha se retorcía, se enroscaba, se daba la vuelta, decapitada. La carne rosa del relleno se desparramó como un escupitajo de semen. Rose se estremeció al pensar en el sexo de un hombre. Posó el cuchillo a un lado. Se prohibió contemplar cómo se deshacía la salchicha. Dicen que es sano tener sexo sin el capuchón. Que habría que cortar la punta del pito a cada niño pequeño.

Ha dicho «pito».

Como su madre.

«¡Chupar el pito a un hombre es asqueroso, pero si una quiere lograr sus fines, hay que pasar por ahí!». Y su madre concluía: «¿Por qué crees tú que Raymond, descanse en paz, me compró este apartamento en la calle Rochambeau, frente a la plaza Montholon?».

Rose se preguntó si Leo tendría el pito cortado. Y luego, se reprendió. Era una cena de trabajo. Leo Zackaria no tenía pito.

¿Acaso las demás chicas ven pitos por todas partes?

Su psicóloga, la doctora M, utilizaba una terapia llamada EMDR, *eyes movement desensitization and reprocessing*, es decir,

«desensibilización y reprocesamiento de traumatismos y emociones pasadas, por medio de movimientos oculares». El objetivo es que el paciente recuerde acontecimientos traumáticos para, después, hacerlos desaparecer.

Cada vez que su psicóloga comienza la sesión de EMDR, mueve los dedos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y le pregunta:

—¿En qué piensa?

Rose responde:

—Veo una polla.

—Es normal —contesta la psicóloga—. Es su madre.

¡Ah!, se dice Rose que no ve ninguna relación.

—Su madre manipuladora, castradora, perversa. Retomemos...

Los dedos vuelven a moverse, la polla se esfuma. Regresa, se esfuma, regresa. Como su madre. Ella entra y sale, no se sabe nunca cuándo regresará. A veces, Rose percibe otras cosas. Escenas que le picotean el pecho pero que no se graban en su retina.

Y la polla está siempre ahí.

Una mano se posó en el hombro de Rose. Una tromba de cabellos rubios cayó delante de sus ojos.

—*Hel-lo-ooo!* ¡No imaginaba encontrarte aquí!

Era Paula. Una periodista americana que recorría el mundo, sonreía todo el tiempo, hablaba varios idiomas y habría podido hacer anuncios de productos de belleza para el cabello, para los ojos, para las manos, para los pies, para los dientes, para el ombligo y para un talle fino. Estaba de paso por París para un coloquio sobre los plásticos en los océanos.

—Solo en el hemisferio sur hay un continente de plástico más grande que México. Diez millones de toneladas vertidas

cada año que se transforman en bolitas que los peces se tragan. En 2050, los peces serán de plástico. ¡Y todo el mundo se desentiende!

Paula examinó a Leo con mirada afilada. Este se levantó, apoyó dos dedos sobre el mantel blanco y la saludó. Luego se sentó y volvió a atacar su chucrut.

Vestía un pantalón amarillo.

Seguro que Paula lo había visto. Todo el mundo sabrá que ha cenado con un tipo que llevaba un pantalón amarillo. Dirán que se trataba de su enamorado y añadirán: «¡No es de extrañar! La pobre, no tiene ningún encanto...».

Paula lo saludó con su perpetua sonrisa esmaltada en blanco. Luego, al ver que Leo había advertido que su teléfono vibraba y había cogido la llamada, aprovechó para darse la vuelta, se inclinó sobre Rose y, escudada tras la cortina de cabellos, susurró:

—¿Es tu chico?

—¡Estás loca! —se sofocó Rose, hablándole a su servilleta—. Es un colega del laboratorio. ¡Nada más!

—Es sexy.

Rose casi se asfixia.

—¿Te lo parece?

—Bueno, sí... ¡Mucho! Y hace tiempo que yo no... Si no consumas esta noche, ¿me lo pasarás? ¿Tienes mi número?

Rose asintió con la cabeza.

—Estaré en París una semana. Podemos cenar los tres...

—Si tú quieres...

Leo seguía hablando por teléfono. Paula le hizo un signo con la cabeza y se alejó, agitando los dedos de la mano: *bye, bye, see you!*

—Parece simpática tu amiga —dijo él cuando hubo colgado.

—Es periodista del *New York Times*. Está especializada en temas científicos.

¡Paula Alsberg encontraba sexy a Leo Zackaria!

—Si nuestra luciérnaga llega a comercializarse —dijo Leo—, nos puede ser útil. El *New York Times* es una estupenda caja de resonancia.

¡Paula Alsberg encontraba sexy a Leo Zackaria!

—Vamos a necesitar aliados. Las revistas científicas son importantes. Pero para darse a conocer, la prensa generalista es mucho mejor.

¡Paula Alsberg encontraba sexy a Leo Zackaria!

—Tú sabes igual que yo, Rose, que los laboratorios no dudan en explotar a los jóvenes becarios y robarles sus trabajos. Vamos a tener que tomar precauciones. ¡No podemos dejar que nos quiten la exclusiva! ¡Camarero!

Estiró el brazo y agitó la mano.

—Ya no queda mostaza, y me encanta —explicó con la boca ladeada—. Soy capaz de hacerme tostadas con ella para desayunar. Sí, sí, te lo juro. Está deliciosa con mermelada de cerezas.

Una mota de mostaza adornaba la comisura de su boca. Rose le hizo un gesto para indicárselo. Él cogió la servilleta y se limpió.

—¡Ah! ¿Lo ves? ¡Incluso me busco mis provisiones! ¡Camarerooo!

Dejó caer el brazo, se volvió hacia la mesa contigua y preguntó si les podía coger la mostaza. La chica con la boca color sangre hizo temblar su escote, agitó las pestañas de puntas quemadas y le tendió un cacharrito amarillo con una sonrisa en la que brillaba su número de teléfono.

Todas las chicas encontraban sexy a Leo Zackaria.

Es cierto que no está nada mal, pensó. Cuando se pasa la mano por el pelo y sonríe para explicarse, tiene un aire tan serio y tan... vulnerable. Sus dedos que agarran el vaso, su boca que muerde el borde, sus manos fuertes y morenas que...

—¿Cómo es que hablas tan bien francés?

—Por el colegio. Escogí la opción de francés. Por Víctor Hugo, Flaubert, Diderot, Baudelaire, Rimbaud, etc. Me tenían fascinado. Me aprendía páginas enteras de memoria. Y además, el alemán me repelía... Y también el ruso y el chino.

—Verás, «repeler», es una palabra que pocos franceses utilizan.

—Porque los franceses no saben hablar francés.

Él revolvía la mostaza, desgajaba un trozo de baguette, untaba una gruesa capa amarilla sobre la miga blanca y la mordía. Tenía mostaza en los dedos y se los lamía uno a uno.

—Recitaba poemas franceses a mis amigas bajo la luz de la luna. Tenía un éxito loco.

—¿Y dónde vives en Nueva York?

—En el centro. En TriBeCa —masculló mientras masticaba.

—¿En un gran loft?

—Un loft.

¿Vivirá solo?, pensó. ¿Tendrá una amiga que le cuide el apartamento en su ausencia, que dé de comer a los gatos y riegue las plantas?

—Sin gatos ni plantas que regar. En un décimo piso —continuó Leo.

¿Acaso lee mis pensamientos o qué?, se sobresaltó.

—Me lo compraron mis padres. Soy hijo único. Y bueno, es una inversión. Ella nunca pierde el norte. ¡Me refiero a mi madre, por supuesto!

—Ah... ¿Y has vivido siempre en Nueva York?

Él tragaba, con los dientes forrados de mostaza, amarillos como su pantalón.

—Llegué a Nueva York con diecinueve años. Mi padre era cirujano en Cuba. Le salvó la vida a un americano forrado que estaba de paso por La Habana y este, en agradecimiento, lo ayudó a trasladarse a Nueva York. Le encontró un trabajo, le

buscó un abogado para obtener la *green card* y nos quedamos. Mi padre gana bastante pasta. Mi madre colecciona vestidos de grandes modistos y yo, yo me divierto. ¡Todo un cambio comparado con Cuba!

Un poco brusco, quizá. No parece un sentimental.

—Y tu madre, ¿a qué se dedica?

—Se ocupa de mi padre y de mí. ¡Ah, sí! Y adora las comedias musicales. Asiste a clases de claqué en Broadway. ¿Conoces Nueva York?

Atrapó una salchicha, le cortó la punta y la pinchó con el tenedor.

—He estado varias veces. Con mi madre. Ella tiene una agencia artística. Conozco Central Park, Madison, el SoHo, el Met, el MoMa...

—Es una ciudad increíble. Te encantaría vivir allí...

¡Madre mía! ¿Vivir allí? ¡Vivir allí con él!, pensó.

La cabeza le daba vueltas.

Está casada con Leo Zackaria. El portero la saluda por la mañana. *Hello Mrs. Zackaria, how are you today?*, y ella responde sonriente: *Very well, thank you, and you?*, mientras lleva a Tom y a Bianca de la mano. El portero se apresura a abrirles la puerta y lanza: *Have a good day! Bye, Tommy, bye, Bianca! Bye, Mrs. Zackaria!*

Hoy va a llevarlos a Central Park. Irán al zoo y, después, Tom y Bianca treparán a la estatua de *Alicia en el país de las maravillas* y darán la vuelta al lago. Al volver, se detendrán en Dean & Deluca, ella comprará una tarta de chocolate y los niños insistirán en ir a saludar a Tyrone en la sección de quesos. Tyrone no tiene más que un diente en la mandíbula superior y lo mueve con la lengua para divertir a los niños. Por la tarde, Leo regresará al gran loft en Thompson Street, entre Prince y Spring. O directamente en el East Village. Es el nuevo barrio de moda. Nada de Brooklyn, no; ella prefiere Manhattan.

Son ricos. Se mantienen con los royalties de la luciérnaga alsaciana que salva vidas humanas y cura grandes quemaduras.

Ella le habrá encargado un bonito calzado y pantalones que no sean amarillos en Brooks Brothers.

La col hervida se había enfriado y desprendía un olor a amoniaco. Rose divagaba, apoyada en su tenedor. Leo sonreía.

—¿Con qué estás soñando?

Rose se sonrojó. Las mejillas le ardían.

—Pensaba en Nueva York.

—En ocho días, estaré allí.

—Tienes suerte.

—Es verdad. En todo caso, esta noche he comido bien y he bebido bien. Soy un hombre feliz.

Una sonrisa de vencedor atravesó su mejilla. Se sonreía a sí mismo como si ella no estuviera allí. Emitió un pequeño eructo que sofocó con la mano y continuó hablando mientras jugaba con su tenedor:

—¿Conoces el pasaje de la novela de Mary Shelley donde Frankenstein va a ver a su padre y le reprocha haber fabricado a un monstruo?

—No.

—Su padre le pregunta por qué es tan vicioso y comete tantos crímenes. Frankenstein se ríe y responde «Dame la felicidad y seré virtuoso». Todo está dicho con esa frase. La gente malvada es a menudo desgraciada. Deberíamos curarla, administrarles raciones de felicidad. Quizá así funcionaría...

El tenedor rebotaba sobre el mantel al ritmo de sus pensamientos.

—Es curioso —le confiesa Rose—, yo suelo decirme lo mismo cuando me encuentro con gente malintencionada.

—La mala intención es la pereza intelectual. Y la buena a veces también. Y además, puede ser sospechosa. Una forma hábil de desembarazarse de los demás. Los oyes con una gran

sonrisa pero no escuchas. Solo se tiene un objetivo: terminar. Hay que encontrar un camino intermedio, un sendero escarpado. Pero eso bien merece el intento, ¿no?

Sonrió y, esta vez, la miró. Ella sintió ganas de arrojarse en sus brazos. Seis meses de trabajo diario, codo con codo, cada uno con la bata blanca abotonada, y ella no había visto nada, obsesionada con la luciérnaga alsaciana y la certeza de que iba a encontrar la molécula milagrosa.

—Es como ser optimista o pesimista. El pesimismo te da un aire inteligente...

—Y el optimismo, ¿de idiotez? —inquirió Rose.

—Sí. Esa es la razón por la que los franceses tienen la reputación de ser muy inteligentes.

—Porque son muy pesimistas.

—Quizá —admitió él con una sonrisa—. Yo soy tan optimista que cuando deseo un buen año o un feliz cumpleaños a alguien que quiero, se lo digo dos veces seguidas. *Happy New Year, Happy New Year!*, para estar seguro de que el año será feliz. *Happy birthday, Happy birthday!*, para multiplicar los regalos. Es mi firma secreta.

Esa será la nuestra cuando estemos lejos el uno del otro y él me envíe SMS, pensó. Yo leeré en sus palabras lo que no se atreverá a decirme.

Leo se desperezó y alzó los brazos al techo. Se dio la vuelta.

—¡Camarero! ¡La cuenta!

Sacó su tarjeta de crédito de la cartera. Ella tanteó en su bolso en busca de la suya.

—¡Quita, quita! Déjame a mí. Me hace ilusión.

Ella sonrió, adoptó un aire confuso, dejó caer la cabeza a un lado, fingió protestar, «no, no, no hace falta, eres muy amable».

Se reprendió. Rose, vamos, déjate llevar, si te encanta. Te va a coger la mano, te va a acariciar el puño, va a desplegar tus dedos uno a uno como si quisiera respirarlos.

Se sintió desfallecer. Oyó, a lo lejos, muy distantes, los gritos de los camareros, las risas de los clientes, los ruidos de la vajilla. Cerró los ojos, registró esa primera noche, el chucrut, el riesling que va tan bien con la col hervida, New York-New York, Leo-Leo. Algo había comenzado. Bastaba con mantener los ojos cerrados para que aquello durara para siempre, pero tenía muchas ganas de abrirlos, de que la acción se acelerara, de comprar los billetes y embarcarse para Nueva York.

Todas las chicas encontraban sexy a Leo Zackaria. Rose Robinson también. Iba a casarse con él.

Por supuesto, era imprescindible que los niños hablasen francés. Ella les leería *Los tres mosqueteros* y los poemas de Paul Verlaine. Las obras de Racine y de Víctor Hugo. Invitaría a Babou a vivir con ellos. Ella nos hará pasteles, liebre a la royal, cuidará de los niños cuando salgamos por la noche.

—Te lo debo —añadió él, al coger la cuenta—. Has sido una buena camarada. De verdad. Una chica estupenda.

¡Una buena camarada! ¡Una chica estupenda!

¿La guitarra en bandolera frente a una hoguera mientras el chico que ama besa a su mejor amiga? ¿Una chica estupenda con pelo en las piernas, braguitas que llegan hasta la cintura, grandes muslos enrojecidos, cabellos grasos y puntos negros en la nariz?

—No, quiero pagar. A medias.

—¡Demasiado tarde! —replicó él, agitando su tarjeta de crédito—. ¡Dese prisa, camarero! La señorita no quiere aceptar nada de un hombre.

El camarero rio:

—¡Ja, ja! ¡Todas son iguales! De repente, nos provocan; de repente, hacen remilgos, y siempre, nos maltratan. ¿Qué quiere que le diga? Somos nosotros, los hombres, los acosados. Deberíamos denunciarlo.

Sonrió y cogió la tarjeta de Leo. Se volvió hacia Rose.

—Estoy de broma, señorita. No hay nadie más romántico que yo. Sucumbo cada vez. «Nunca he podido contemplar los hombros de una joven sin soñar con fundar una familia» —declamó, con una mano en el corazón y la otra en la costura de su pantalón.

—¡Valérie Larbaud! —exclamó Leo, mientras tecleaba su código en el datáfono—. Poesías de A.O. Barnabooth.

El mentón del camarero cayó sobre su pechera.

—¡Bravo! El señor es un gran lector.

Los dos hombres se felicitaron.

—¡Ah! ¡París! ¡París! Solo aquí confluyen el chucrut y la poesía... —suspiró Leo.

—París... «Ciudad donde las almas y los corazones se enlazan en busca de un espacio inmortal, ciudad que altera el cielo, la piedra, el hielo, y donde el infinito ocupa su lugar».

Leo frunció las cejas, intentó pensar si conocía esos versos, puso mueca de que no, y el camarero enrojeció al confesar:

—¡Son míos! Escribo por las noches...

—¿En serio?

—No vivo para otra cosa... Me siento libre cuando escribo.

—¡Siga así! Tiene mucho talento.

—Por lo general, no suelo hablar de ello, pero hoy... con la mención de Valérie Larbaud... Me he dicho que era un conocedor y que, entre conocedores, podíamos hablarnos de igual a igual. Entonces ¿cree que tengo talento?

—¿Cómo se llama?

—Félix.

—Pues bien, Félix, ¡bravo!

El camarero se pasó el dedo por dentro del cuello de la camisa para recuperar el aliento.

—¡No ha podido agradarme más!

Leo había recuperado su tarjeta. Doblado en dos el recibo. Guardado todo en su cartera. Levantado una nalga, buscado en

el bolsillo de su pantalón amarillo y sacado un billete de diez euros que dejó caer sobre la mesa.

Félix miró el billete, lívido, y lo rechazó con el dedo.

—¡Ah no, señor! Se lo ruego...

El billete se deslizó hasta el platillo de café de Leo.

Félix giró sobre sus talones y se alejó, con la nuca tiesa, muy digno.

—¿He metido la pata? —preguntó Leo, atónito.

—¡Y no solo una vez! —sonrió Rose, tañendo un acorde furioso en su guitarra de niña exploradora sentada cerca de las brasas.

—¿Muchas? Pero... —protestó él, girando las palmas de las manos como si buscara el rastro de sus crímenes. Sus hombros se encogieron, su cuello desapareció—. ¡No es posible!

—Sí. Y por dos veces —susurró Rose.

—Por qué... También a ti... te he...

Entonces, la chica estupenda, la buena camarada, se vengó:

—Ponte en el lugar de ese camarero... Habéis compartido un momento único. Te ha recitado unos versos, no muy conocidos, y tú le has respondido al instante. Se ha sentido escuchado, comprendido. Te ha hecho una confesión. Se ha desnudado ante ti. Y todo lo que se te ha ocurrido hacer es arrojarle un billete de diez euros que le ha vuelto a poner en su sitio. ¡En su lugar como sirviente! No ha sido muy delicado por tu parte, más bien grosero. ¿Cómo era eso que decías antes? ¿Que entre el bienestar y el malestar, el camino es estrecho? Bien... ¡Tú no estás muy lejos de coger el sendero escarpado! ¡Vas a necesitar una cuerda, un piolet y una buena decena de sherpas para reparar tus torpezas!

Leo la contemplaba estupefacto. Su cuello sobresalía como el de una tortuga asustada que olfateara una hoja de lechuga. Sus párpados aleteaban, sin entender nada.

—Pero, pero... en Francia, el servicio está incluido, y no

tengo por qué...

—¡Vaya argumento tan elegante!

Rose se encogió de hombros para subrayar la torpeza del propósito, la vulgaridad de la explicación.

—¡Voy a buscarlo! —afirmó, y arrojó la servilleta sobre la mesa.

Se levantó de golpe y salió en busca del camarero. Cambió de idea, regresó sobre sus pasos, se plantó frente a ella y, apuntándola con el dedo, añadió:

—Cuando vuelva, me explicarás eso de «¡no solo una vez!».

Rose se quedó en la mesa. Pasmada.

No comprendía qué le había sucedido. Alguien se había subido al coche que ella conducía, la había empujado a un lado, se había apoderado del volante y jugaba a los autos de choque. Había habido muertos y, ahora, ella contemplaba impotente la carnicería. Intentó protestar, no soy yo, no soy yo.

¿Quién es, entonces?

Siempre igual, pensó. Inexplicablemente imbuida de esa violencia tan familiar. Una erupción de rabia que no le pertenecía. Babou decía entre risas que habría que rebautizarla como Rose «Etna» Robinson.

Pero ¿por qué, por qué? Yo estaba feliz esta noche con mi vida inventada. Él me amaba, yo le amaba. Vivíamos en un loft en Manhattan, teníamos dos hijos, tres bonitas habitaciones, cuatro televisores. Yo me dejaba llevar por una felicidad tranquilizadora que me engullía en sus arenas movedizas. Yo solo era un pequeño bocado de nada disuelto en la inmensidad del otro, en la última fila de un cine.

Se rodeó la cintura con los brazos, se encogió.

Un hombre y una mujer esperaban para ocupar la mesa vecina. La mirada de la mujer clavada en el suelo. El hombre lucía un abultado vientre, del tamaño de un balón de fútbol, bajo una camiseta ceñida donde podía leerse «Prefiero una

buena cerveza que me haga mear a una buena mujer que me mande a cagar».

El móvil de Rose sonó. Era un SMS de Paula.

Y bien? Lo tomas o lo dejas?

Rose tecleó:

Lo tomo

Qué pena. Next time

¿Por qué ha tecleado eso? Ella no ha tomado nada.
O sí.
Ha tomado las de Villadiego.

Durante los días siguientes, Rose no tuvo noticias de Leo. No se atrevió a llamarlo, debe de pensar que estoy chalada, y con razón. Lo planté en pleno restaurante. Sin más explicación.

Buscaba su nombre en el portátil. Lo encendía, lo apagaba, lo reiniciaba, lo acusaba de no funcionar.

En la cocina, Babou hablaba con sus diez pequeños marineros:

—Y bien, ¿ganaré el sorteo de mañana, la gran lotería, queridos míos?

Los diez marineros no respondían.

Babou encendía un pitillo, clic, el ruido del mechero; hmmfff, la primera calada; pfffft, la primera espiración. No sabía fumar y se ahogaba con cada bocanada. Era su forma de subrayar que el momento era importante.

—¿No decís nada? Estáis en vuestro derecho. Sé que terminaré ganando.

Sentada sobre el borde de la bañera, Rose contemplaba por

la ventana las ramas negras de los árboles que bailaban la danza de los macabeos. Se mordía la piel de las uñas y rumiaba si había hecho bien en marcharse del restaurante, o si tendría que haber medido mejor su agresividad.

Corrió a ver a su psicóloga.

Siguió los dedos de izquierda a derecha, de derecha izquierda.

La polla la contemplaba, solemne.

Cuando regresó de su sesión, volvió a meterse en el cuarto de baño y se encerró.

Al otro lado de la puerta, Babou explicaba a la madre de Rose que necesitaba dinero. Los impuestos, la contribución, la mutualidad, el agua, el gas, la electricidad, las cargas del edificio, la tintorería, y además... había que comer.

—¡Estoy harta de manteneros a las dos! —protestaba su madre—. ¿Ya no te pasa dinero la niña?

—Sí, la mitad de su sueldo —respondía la abuela—. Pero está mal pagada. Sabes muy bien que no le llega para alquilar un apartamento.

—¡Pues que busque otro empleo!

—¿Porque tú le pagaste los estudios, quizá?

—¡Oh, ya estás otra vez dándome lecciones!

Ni una sola vez Babou había mencionado a la psicóloga de Rose, ochenta euros por sesión, y fruncía el ceño si se saltaba una cita. «No lo dejes, te lo suplico», y añadía a media voz: «No nos vendría nada mal que fuéramos también tu madre y yo». Las palabras de Babou intrigaban a Rose, aunque no se atrevía a hacer preguntas. Tenía la impresión de pisar terreno resbaladizo.

Babou se ocupaba de las cuentas, de lavar la ropa, de la limpieza, llamaba al fontanero, se acercaba a la tienda de

electrodomésticos para comprar una plancha. Había trabajado toda su vida al lado de su marido en el supermercado de Saint-Aubin, donde llevaban la contabilidad y ordenaban las mercancías. Sin embargo, la despidieron tras la muerte de Papou. Sin pensión ni compensación. No tenía derecho, no tenía ningún derecho, Papou no la había dado de alta jamás.

Cuando Rose entornó la puerta para comprobar que su madre se había marchado, Babou, sentada en un taburete, se secaba los ojos. Rose se había acurrucado entre el lavabo y la bañera. Era su escondite, el lugar donde se contaba historias para olvidar.

De niña, había instalado una colección de macetas en el cuarto de baño de sus padres, en la calle Vivienne, en las que cultivaba semillas de pomelo y de limón. Se encerraba, echaba el pestillo y contemplaba las pepitas germinar, transformarse en plumas castañas, luego verdes y más tarde verdes y amarillas. A buen resguardo tras la puerta adornada con una calcomanía de un pato que nadaba en un estanque salpicado de hierbas azules. Al otro lado, su padre y su madre vociferaban. Los nombres de amantes y de queridas volaban. Era la misma cantinela de siempre: «No hay pasta, no hay pasta». Llegaban a las manos. Se daban puñetazos, patadas. Rebotaban contra los tablones de madera. «¡Cerdo! ¡Guarra!». El pato se sobresaltaba en su estanque de hierbas azules.

Su padre gritaba que se largaba; su madre chillaba «¡Pues hazlo! ¡Y no vuelvas más!».

Rose se mordía el pulgar y cantaba una canción que la consolaba: «No me olvides, caminito de espuma, no me olvides, caminito del bosque, no me olvides, caminito de sombras dulces...».

Se inclinaba sobre sus semillas y examinaba los bichos blancos que saltaban por el mantillo. Era la única que los veía. «¡Al menos no tendré que pagarle unas gafas!», decía su madre.

Rose había buscado el nombre en un diccionario. Se trataba de colémbolos, unos insectos primitivos que se desplazaban a saltos con la ayuda de una microcatapulta integrada bajo su vientre. Le parecía tan gracioso que por las noches se dormía recitando bajo las sábanas: «un colémbolo, dos colémbolos, tres colémbolos...».

Ella observaba a su padre, observaba a su madre.

Ellos se contoneaban, se acercaban, se frotaban, se comían la boca y, un instante después, se lanzaban insultos e improperios. Ritos, riñas, recelos. Como los pulgones, las cantáridas, las moscas del vinagre o las luciérnagas que ella recogía en Saint-Aubin. Las deslizaba en unos cubiletes perforados con agujeros de ventilación, las nutría con larvas de caracol o excrementos de ratón y las examinaba con la ayuda de una lupa. Era siempre el mismo ritual amoroso en tres actos. Los insectos se pavoneaban, el macho alborotado, la hembra abatida. Y luego se reproducían. Y al final, se mataban. La hembra siempre ganaba: degollaba, asfixiaba o mutilaba al macho en cuanto este depositaba su preciosa carga.

Cuanto más se documentaba Rose sobre las costumbres de los insectos, mejor comprendía su situación familiar.

¿Que su padre se hubiera marchado a derramar su semilla a otra parte? Normal.

¿Que su madre lo hubiera matado después de que la montara? Posible.

¿Que Babou, su madre y ella vivieran en el mismo apartamento? ¿Tres generaciones de mujeres encerradas en el mismo habitáculo? De lo más habitual.

El caso de la *Rhopalosiphum prunifoliae*, hembra de la familia de los pulgones, era más de lo mismo.

Cansada de su inconstante marido, el pulgón hembra se reproduce en solitario, por partenogénesis, y solo engendra hijas (salvo en otoño, cuando se deja cortejar por un pulgón

macho con el fin de regenerar su capital de diversidad genética y engendrar algunos machos). Para procrear más rápido y tomar por asalto a sus enemigos, el pulgón hembra no pone huevos, sino que pare a sus crías directamente. Los recién nacidos son expulsados dos veces al día y llevan en su vientre un bebé en formación. Parecen muñecas rusas. Así, un solo pulgón hembra porta tres generaciones en el mismo saco: abuela, madre e hija.

Si por casualidad el pulgón hembra preñado (o sea la abuela) es agredida, es posible que los embriones que porta resulten afectados. Mismo impacto, mismo miedo, mismo dolor.

O peor aún: es posible pensar que en nosotros, los humanos, se produce el mismo fenómeno, que la memoria del estrés y de la violencia sufridas se inscribe en nuestro ADN de forma epigenética para transmitirse de una generación a otra, y se manifiesta en forma de distintos problemas.

La *Rhopalosiphum prunifoliae* hizo reflexionar a Rose.

Si Babou no había sido agredida nunca, había muchas posibilidades de que su madre lo hubiera sido... ¡Y yo, a mi vez! Tendré que preguntarle a Babou si ha sufrido algún abuso.

Rose no se lo preguntó nunca, le daba demasiado miedo.

Todo eso lo había aprendido Rose leyendo a Jean-Henri Fabre, hombre de ciencias, naturalista, entomólogo y escritor maravilloso. Era mucho mejor que ir al cine de Saint-Aubin a ver esas chorradas sobre las hazañas de los robots y los superhéroes. Papou conservaba los dos volúmenes de *Recuerdos entomológicos. Estudios sobre el instinto y las costumbres de los insectos* que había heredado de su padre y que no había abierto nunca. Rose los devoraba, tendida bocabajo, con un codo a cada lado del libro, y saltaba de sorpresa en sorpresa.

Mientras sus compañeras de colegio solo esperaban de los chicos unos besos húmedos, Rose aprendía que la copulación no era recreación y que, en cada encuentro, la amenaza, el

peligro, y la brutalidad formaban parte de la aventura. Se había sentido turbada hasta el punto de experimentar picores entre las piernas, y se había frotado de arriba abajo y de abajo arriba sobre la alfombra sin que tardara demasiado en doblarse en dos a causa de una oleada de placer. Más tarde supo que, en los humanos, esa oleada se llamaba «orgasmo» y que los transportaba «más allá de sí mismos», como decía Diderot.

Eso la dejó perpleja.

¿Acaso el orgasmo, del griego *orgasmós* (que significaba «estar lleno de jugo, de savia» y más comúnmente «rebosar de ardor y de deseo»), hacía levitar, o era un camino hacia ese Dios todopoderoso que invocaba Babou para pronunciar un sí o para un no?

Retomaba la lectura para saber más. Jean-Henri Fabre citaba numerosos casos de coitos impetuosos. Las cantáridas, por ejemplo, ofrecían un recital de embestidas.

> Una cantárida hembra roe tranquilamente su hoja de fresno. Un enamorado la sorprende, se acerca por detrás, la monta con brusquedad y la enlaza con sus dos pares de patas posteriores. Entonces, con su abdomen, que se ha estirado al máximo, fustiga vivamente el de la hembra, a derecha e izquierda, por turnos. Son sacudidas realizadas con una presteza frenética. Con sus antenas y sus patas anteriores, siempre libres, flagela furioso la nuca de la víctima. Mientras que los cachetes le llueven secos como el granizo, adelante y atrás, la cabeza y el cuerpo del enamorado se sumen en una trepidación oscilatoria desordenada. Se diría que el animal está sufriendo un ataque de epilepsia. Y mientras la bella se hace pequeña, entreabre ligeramente los élitros, esconde la cabeza y se repliega bajo el abdomen para evadirse de esa tempestad erótica que estalla en su dorso. [...] Con sus patas anteriores, y la ayuda de una escotadura especial situada en el empalme de la pata y del tarso, él agarra una y otra antena. El tarso se repliega y la antena queda atrapada como en una pinza. [...] Y, finalmente, la abatida se deja llevar por el encanto de las embestidas. Cede. El acoplamiento se produce y dura una

veintena de horas.

Rose leía, embelesada, turbada. Y muy pronto, vengada.

Porque si la cantárida soporta ese suplicio es por necesidad. Ella necesita proveerse de cantaridina, una molécula de defensa que el macho le transfiere durante el apareamiento. La cantaridina la protegerá, a ella y a su progenie, de los depredadores. Y, además, será ella quien elegirá al macho más rico en cantaridina.

¿Cómo lo sabrá?

Antes de aparearse, macho y hembra entablan una especie de cortejo nupcial durante el cual enroscan sus antenas. Las antenas de las féminas, cargadas de sensores, se despliegan y detectan la cantaridina del macho. Si la cantidad es suficiente, la hembra acepta el acoplamiento, y si no tiene bastante, despide al macho y pasa a otro.

Rose cerraba el libro y se prometía mostrarse así de intratable.

Esa Nochebuena, Babou había adornado la mesa con ángeles tejidos en lana y guirnaldas luminosas. Ella misma había cocinado un foie fresco, un pollo de corral, puré de castañas, otro de zanahorias y de patata, todo acompañado por una botella de champán y rematado con un tronco de Navidad decorado con vivarachos enanitos de enormes napias, gorro ladeado y pico al hombro.

Rose vestía una blusa blanca sobre un pantalón vaquero negro. Se había puesto unos pendientes de diamantes heredados de su bisabuela.

—¿Te gusto, Babou?

—¡Eres mi ángel, mi hermosura, mi princesa de pestañas de palmera!

—¿Ella todavía sigue en su habitación?

—Sí, todavía. ¡Estaba hablando por teléfono y la cosa parecía algo tensa!

Esperan acodadas en el mantel blanco salpicado de pegatinas de estrellas doradas. Los regalos descansan en los platos.

—Pero ¿qué hace? —se impacienta Rose—. Tengo hambre.

—No sé —contesta Babou, con las pestañas llenas de pegotes de rímel azul marino.

—¡No termina nunca de prepararse!

—Le gusta hacerse la estrella por donde quiera que va.

Se oyó un frufrú en el parquet y Valérie apareció. Llevaba un vestido largo negro bordeado de lentejuelas, un collar de perlas blancas, el cabello negro recogido y los hombros desnudos. Los ojos verdes, el mentón orgulloso, la boca roja. Una majestad.

—Guau... ¡Qué guapa estás! —exclamó Rose.

—Gracias, querida. Tú también. Pero no deberías haberte puesto esa camisa, pareces embutida. Se diría que has engordado. ¡Qué bonita mesa!

Dejó su teléfono, los cigarrillos y su barra de labios como si lanzara unos dados sobre el mantel.

—¿Te gusta? —Se regodeó Babou—. Me alegro.

—¿Eso que veo es una botella de champán?

—¡Champán y regalos! —tararea Babou, que aplaude.

—¡Oh! ¡Me he dejado los vuestros en la habitación! ¿Puedes traerlos, Rose?

Rose se levantó, empujó la puerta de la habitación de su madre. Penetró en el santuario donde tenía prohibida la entrada. Propiedad privada. Una gran cama con una colcha de piel, un tocador de marquetería de palosanto, una chimenea de mármol blanco, un hondo sillón recubierto por una recargada tela, pesadas cortinas blancas con pasamanería verde oscuro y las zapatillas de satén tiradas bocarriba en el parquet.

En el espejo del tocador, fotos, dedicatorias de actrices, de

actores, de cantantes, en todos los idiomas: «¡Para ti, querida, sin la que no sería nadie!», «Para Valérie, el hada de mi éxito, ¡la mejor agente del muuundo!», «¡Para Valérie, la reina de París, eres mi amor!», «¡Para ti, mi Valérie, gran jefa, tú lo eres TODO!». Fotos de Valérie Robinson en un rodaje, en los brazos de un director, en el festival de Cannes, en un jeep en el Sáhara, bajo una cascada en las cataratas del Niágara.

Rose se acercó a una foto. Su madre sonreía, lánguida, con el pelo suelto y sin apenas maquillar. Murmuró: «¿mamá? ¿Mamá?». Luego se rehízo y se reprochó su ridícula sensiblería. Sobre la cama había dos cajas envueltas en papel blanco, estampadas con el sello de lacre rojo de Cartier. En la primera estaba escrito con rotulador negro «Rose», y en la otra «Babou».

Regresó al comedor con las cajas apretadas contra el cuerpo.

—¡Cartier! —exclamó Babou—. No era necesario... Es demasiado...

Rose pensó que su regalo iba a parecer insignificante. Babou le lanzó una mirada temerosa. Rose se encogió de hombros como diciendo: No importa, no importa.

Ella hizo saltar el corcho del champán y llenó las tres copas. Se llevaron un dedo humedecido detrás de la oreja, hicieron su promesa, brindaron, se desearon feliz Navidad, toda la felicidad del mundo. Se besaron. Se diría que estaban rodando una película.

Babou exigió un momento de recogimiento, «es Nochebuena, la noche en la que todo el mundo reza, me gustaría que recitáramos un padrenuestro y un avemaría». Se cogieron de la mano y cerraron los ojos.

Rose se preguntó dónde estaría Leo, qué estaría haciendo. ¿Qué hora sería en Nueva York? ¿Celebraría él también la Navidad?

Abrieron sus regalos.

Valérie la primera. Desenvolvió el frasco de agua de colonia

que Babou le ofrecía. Quitó el tapón, aspiró, declaró que era muy interesante. Gracias, mamá. Luego desplegó el jersey de punto negro con escote en V elegido por Rose. Leyó la etiqueta:

—¿De lana? ¿Por qué no? También es suave...

Les envío besos con la punta de los dedos.

—Gracias, sois dos amores.

Dejó los regalos a un lado.

Babou trajo las tostadas para el foie gras. Desplazó el móvil de Valérie para dejar la fuente. Esta frunció las cejas. Una mano se abatió sobre el aparato.

—¡Ten cuidado!

—¡Discúlpame, Valérie! —murmuró Babou—. Pensaba que en Nochebuena, quizá podrías olvidarte...

—¡Pues claro que no!

—Es una pena.

—Es lo que hay. Y tú no vas a cambiarme.

—¡Oh! Ya renuncié hace mucho tiempo.

—Mucho mejor.

Comieron en silencio. De vez en cuando Rose decía que estaba delicioso, «¿no te parece, mamá?».

—¡Un manjar! Tu abuela es una cocinera excelente.

Valérie se encendió un pitillo, dio una calada.

—¿Cuándo empiezas la promoción de la película de la que hablabas la otra noche? —preguntó Rose trinchando el pollo.

—Aún no lo sé.

—¿Ha habido ya alguna proyección?

—Voy a ver la película mañana. Con el productor. Entonces decidiremos la estrategia.

—¡Pero mañana es Navidad! Podríamos...

—Rose... Sabes de sobra que trabajo todo el tiempo. Ni que lo descubrieras ahora.

Un largo cilindro de ceniza gris cayó sobre el mantel blanco. El teléfono sonó. Una voz de hombre, apremiante y brutal,

resonó. Valérie se mordió los labios.

—¿Abajo? ¿En diez minutos? Sí, pero llevo un vestido largo. No, no he comido. Sí, te esperaba.

Ella se irritó.

—¡Exageras! —Encogió un hombro—. ¡Eres idiota!

Colgó. «¡Qué cretino!». El pitillo casi le quemaba los dedos. Lo aplastó en el plato. Se levantó. Agarró su teléfono.

—¡Sé muy bien lo que estáis pensando! Continuad sin mí. Ya lo hemos celebrado, ¿no? El foie gras estaba excelente y el pollo también. ¡Hala! ¡Adiós, chicas!

En cada caja de Cartier había un saquito de suave piel. Uno rosa, «Para ti, Rose»; el otro blanco, «Para ti, mamá». Cuando Rose le dio la vuelta al envoltorio, encontró una nota escrita en rotulador negro: «Regalo de prensa, Valérie Robinson, llevar a su despacho antes del mediodía». Rose arrojó la caja al suelo y le dio un puntapié.

—¡La odio!

—¡Rose, no digas eso!

—¿Sabes lo que es esto? ¡Un regalo publicitario! Los ha recibido gratis. Ha conseguido colocar un producto de Cartier en una película y se lo han agradecido con este regalo. ¡Hasta en Navidad hace trampas! ¡Y además, nos ha plantado en mitad de la cena!

—Mi niña... Ella te quiere. Estoy segura de que te quiere.

—¡Deja de decir eso! Si me quisiera, habría pasado la Nochebuena conmigo, con nosotras. ¡Toda la noche!

—No es tan sencillo. La gente no es blanca o negra. Buena o mezquina. Amable u odiosa.

—¡Tú siempre la defiendes!

—No, yo no la juzgo, que es diferente. Cuando juzgamos, no somos justos. No me gusta que tengas tanta rabia contra tu madre. Que encima no es rabia, sino amor herido. Y además...

Babou se había callado, como si necesitara recuperar el

aliento.

—Y además ¿qué?

—Ella no es la única culpable.

—¡No es la única culpable! —replicó Rose—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Lo que quiere decir.

—¡Eso es muy fácil!

Babou bajó los ojos ante la indignación de Rose.

—Quiero decir que a menudo son varios los culpables. No nos tomamos la molestia de buscarlos, cortamos la cabeza de aquel que parece más evidente. Y olvidamos a los demás.

Rose dejó escapar un hipido, las mejillas le ardían. Alzó el mentón y murmuró:

—¿Es verdad que he engordado?

Babou continuó hablando, con la mirada perdida. Su índice, un poco arrugado, enrollaba una estrella dorada.

—Te tuvo demasiado joven. Veinte años no es edad para convertirse en madre.

—¿Y tú? Tú también eras joven cuando la tuviste. Sin embargo, te ocupaste de ella, la has querido.

—Yo me moría de ganas de tener hijos.

—¿Y ella no? ¡Entonces que no me hubiese engendrado! ¡No me ha querido nunca, no me ha protegido nunca, nunca! ¡Atrévete a negarlo!

Babou se calló.

—¿Lo ves? ¡No dices nada! ¿Quieres que te cuente la vez que me dejó olvidada en el banco de un restaurante donde me había quedado dormida? Y todo porque no había encontrado una canguro y se había visto obligada a llevarme con ella, ¿eh? O la vez en que...

—¡Oh no, querida! No esta noche. No empecemos, te lo ruego.

—Entonces no mientas. Eso me vuelve loca. ¡Y me hace

daño, Babou!

Rose se levantó y apuntó a su abuela con el dedo como si la amenazara. Babou alisaba el mantel, muda.

Rose esperó. Luego salió de allí y se oyó un portazo.

Las velas se derretían sobre el mantel, el foie gras se deshacía, el pollo flotaba en una salsa coagulada y reluciente, los enanos de grandes napias se reían en el tronco de Navidad.

—¡Qué Nochebuena tan triste! —murmuró Babou, rascando el mantel.

Un vuelo de cuervos penetró en su mente. Emitían gritos agudos y graznaban «¡Demasiada infelicidad! ¡Demasiada infelicidad!».

Se levantó y comenzó a recoger.

Al día siguiente era Navidad. «¡Esto no acabará nunca!», suspiró Rose. Se levantó y abrió las cortinas de su habitación.

Detrás de la ventana, el cielo estaba gris. En su portátil no había ningún mensaje de Leo. Le dieron ganas de volver a la cama, pero oyó a Babou trastear en la cocina.

Su madre había enviado un mensaje diciendo que se marchaba a Deauville a tomar el aire.

—¡El cielo está igual de gris allí que aquí! —gruñó Babou.

—Sí, pero allí estará en un bonito hotel, respirará el cuero de Hermès, la gruesa moqueta, el fuego de la chimenea y hombres forrados de pasta. Todo lo que a ella le gusta.

Babou se descalzó y movió los dedos del pie. La danza de sus diez pequeños marineros iba a comenzar. Rose no tenía humor para esas tonterías.

—¡Está bien! —decidió Babou, volviéndose a poner las pantuflas—. No vamos a permitir que eso nos entristezca. Te haré unos deliciosos rollitos de ternera. Bien doraditos, con aceite de oliva, cebollas y un puré, marca de la casa. Ve a

comprar dos buenas piezas al carnicero, el señor Jean-Claude. Hoy abría hasta mediodía.

El señor Jean-Claude. Rose vaciló.

—Le dices que los quieres iguales a los de la última vez. Estaban excelentes.

Rose decidió dar un rodeo. No quería llegar demasiado rápido ante el escaparate de la Carnicería-Casquería-Pollería.

Enfiló la calle Fénelon, de adoquines grises, casi redondos, escaleras de piedra y farolas. Pasó por delante del inmueble donde estuvo el taller de cerámica de François Guillet, con su fachada de contraventanas blancas, adornada con cerámica multicolor y una placa en recuerdo a Bernard Palissy, el célebre artesano del siglo XVI. Los arbustos crecían en ramos en forma de estrella detrás de un muro. Era su calle preferida. Conocía cada rincón, cada sombra, cada portal o ventana. Una paloma picoteaba un viejo colchón desfondado y lanzaba copos de espuma amarilla; otra hacía rodar una lata de Coca-Cola. Los apresurados peatones caminaban cabizbajos, con aspecto sombrío y grandes ojeras.

Se acercó al establecimiento del señor Jean-Claude. Sus piernas flaqueaban. Un hilillo de sudor le empapaba la nuca. Se encogió de hombros para bloquearlo. Esperar, esperar un poco más. Hacer durar el placer que estremecía su vientre.

Tomar la calle de Rocroy, gris, fría. Caminar con un pie sobre la acera y otro en la calzada. Recorrer la calle Pierre Semard ante la fachada azul lago de la papelería Baudin, la bodega de piedra color óxido de «vino al por mayor, intermedio y al por menor». Una pasarela metálica sobrevolaba la calle y, justo debajo, un indigente se había construido su refugio. Se llamaba Joseph. Había sido pianista, pero había perdido su empleo como músico de cruceros por culpa de una tendinitis aguda. Y ahora se pudría en tierra. Pasaba sus días leyendo partituras y contemplando el cielo.

Rose le llevaba bizcochos que Babou hacía expresamente para él «con mucha mantequilla, ese hombre necesita vitamina A», y un termo de café. Rose se arrodillaba y sonreía. Esperaba a que quisiera hablar. Él tarareaba, con la mirada vacía, un preludio de Chopin. *Si-do, si-do, si-do, si-si bemol, la-si, la-si, la-si-la*. Rose había aprendido a tocarlo al piano.

Joseph no estaba.

Sus cosas, bien dobladas en la acera, estaban protegidas bajo una lona verde. Rose depositó sobre un cartón un trozo del tronco de Navidad con dos enanos sonrientes.

Se puso a la cola de la carnicería. No había demasiados clientes en esa mañana de Navidad. El señor Jean-Claude se afanaba detrás del mostrador. Su mujer, tras la caja. Él afilaba los cuchillos, ella cobraba jugando con los botones de su chaqueta.

Todo se veía enorme y amenazador en el establecimiento del señor Jean-Claude. Él parecía esculpido con hacha. Compactos bloques de carne unidos de forma desordenada, manos, brazos, torso, boca, nariz, cuello... Protuberancias, ángulos, rasguños. Unas pestañas rubias y escasas, un cráneo liso, una piel rosada de cochinillo resplandeciente, ojos marrones, vivos, a veces perversos.

Oyó a una clienta pedir chuletas de ternera.

—¿Cómo las quiere, señora?

—Medianas.

Agarró una pieza de carne, alzó un brazo armado con un cuchillo de carnicero y separó las chuletas con un golpe violento. Sus labios sebosos se fruncían, resoplaba como un toro que arañara el suelo antes de atacar. Sus dedos rosas de uñas cortas se hundían en la carne y la mantenían inmóvil. Rose se estremeció. Una ola helada ciñó sus rodillas. Apretó los brazos contra el pecho. Su sexo palpitó, hambriento, impaciente. Cruzó las piernas y respiró.

—¡Aquí tiene dos hermosas chuletas de ternera! ¡Ya me contará cómo están! —bramó.

Los dedos del señor Jean-Claude descuartizaban las chuletas, atrapaban una maza, golpeaban los trozos y los machacaban «bien tiernos, bien jugosos, piezas selectas». La mujer asentía en silencio. El pulgar del carnicero se crispaba sobre las chuletas, las empuñaba, las arrojaba sobre la báscula. «Una sartén bien caliente, un poco de aceite o de margarina, un pellizco de sal por cada lado, y solo tiene que degustarlas. El cuchillo entrará como si fuera mantequilla».

Un terror exquisito envolvía el vientre de Rose, que oscilaba al borde del abismo.

Había llegado su turno.

—Y a la señorita Rose, ¿qué le pongo?

—Dos...

—Trae ojeras esta mañana. ¿Demasiada juerga?

Hizo un gesto con el mentón, se arqueó, la calibró. El puño en la cadera, el aire interrogador.

—Eh, no... Yo... —balbuceó Rose.

Él mostró una sonrisa de vencedor que se convirtió en mueca.

—¡No te disculpes, estás en la edad!

Sin dejar de hablar, limpió su largo cuchillo sobre la mesa salpicada de sangre. Sus fríos ojos no se apartaban de ella. Sus fosas nasales dilatadas silueteaban una gran nariz, plana, sin huesos ni cartílago.

—Dos rollitos de ternera, por favor —pidió Rose con voz ahogada.

—¡Marchando dos rollitos de ternera! —canturreó él—. ¡Dos!

Se inclinó sobre la vitrina, dejó correr los dedos, palpó las piezas, las colocó en una bandeja, las separó, escogió dos.

—Trescientos ochenta gramos cada una, ¿está bien así?

—Sí...

—Bien enrollada. Bien atada. Te vas a chupar los dedos.

Bien enrollada, bien atada.

Las manos a la espalda.

Sin derecho a mirarle a los ojos, o si no... te inmovilizo. Le dobla las muñecas, las aplasta contra los omóplatos. Despliega el bramante. Encadena un nudo tras otro. La cuerda le corta los senos. Libera una teta, luego la otra. La amarra, la amordaza. La cuelga de un gancho. Le abre las piernas. Palpa su sexo. Le pellizca la punta de sus senos con dedos fríos. Los aplasta. Los frota. Mordisquea un pezón. No te muevas, ordena tirándole del pelo con manos grasientas. No quiero oírte, ¿has entendido? Si no... La amenaza, siempre la amenaza. Ella deja caer la cabeza sobre el pecho, desbordada por un delicioso y aterrador escalofrío. Está bien, está bien, te prefiero cuando estás así. No me gusta castigarte, ya lo sabes. Me veo obligado a veces pero...

—Para la señorita Rose, eso hace un total de 14,23 euros.

¿Ya está? ¿Se ha acabado?

Rose plegó el cuello, avanzó hacia la caja, tendió un billete.

—¡Hay que sonreír, pequeña Rose! —exclamó la carnicera—. Hoy es Navidad.

—Sí, señora. ¡Feliz Navidad!

—Estás cada vez más guapa. ¿Cuántos años tienes ya?

—Veintinueve.

—¡Qué locura! ¡Si pareces una niña! ¿Verdad que sí, Jean-Claude? ¿Y tienes algún noviete?

Rose enrojeció y cogió el cambio.

—¡No es ningún insulto! ¡Anda! ¡Anda! Y felicita las fiestas a tu abuela.

Rose asintió y se dispuso a salir.

—¡Oye, Rose! ¡Te olvidas lo principal! —gritó el carnicero, señalando a su mujer con el cuchillo.

Rose se sobresaltó y se dio la vuelta.

Se había dejado los rollitos al lado de la caja.

Rose se quedó en la calle Rochambeau durante la semana siguiente. El laboratorio estaba cerrado. Sus colegas se habían marchado con sus familias o de vacaciones. París estaba desierto, disfrazado de árbol de Navidad con guirnaldas, estrellas, ramos de flores y luces. Su habitación daba sobre un gran balcón que rodeaba el apartamento. Raymond, el amante de su madre, no había reparado en gastos. Ciento sesenta metros cuadrados en un quinto piso, orientado al sur. Eso implicaba un gran número de mamadas. Rose intentó calcular cuántas saldrían por metro cuadrado. Se preguntó si su madre habría anotado los palitos en un cuaderno para animarse, como hacía la gente que cuenta los días para salir de la cárcel o los niños antes de Navidad. Ella era dura. No rehuía la tarea.

Eso le hizo pensar en la reina de las abejas.

Cuando esta decide aparearse, sale de la colmena, se instala a una veintena de metros de altura y deja un rastro de feromonas para anunciar a los machos de los alrededores que está dispuesta a copular.

Un primer zángano se presenta, se pega a la reina, coita cinco segundos, equilibra sus reservas de espermatozoides y... la reina le clava su aguijón. El macho se da la vuelta, abandonando su órgano reproductor en los canales genitales de su elegida.

Otro macho le sucede. Este extrae el falo del anterior, se encastra, descarga y muere siguiendo el mismo ceremonial. La reina, impasible, continúa apareándose hasta que su despensa de esperma se ha llenado con entre cinco y ocho millones de espermatozoides. Entonces regresa a su palacio, y su carga le permite fecundar una colmena entera durante cuatro o cinco años.

Ambas hembras, su madre y la abeja reina, se activaban para obtener los medios con los que regodearse. La reina en su colmena, su madre en el número 8 de la calle Rochambeau. Sin embargo, el macho humano se lo monta mejor que el zángano: no pierde ni su pito ni la vida.

Raymond había muerto una noche de un ataque al corazón en su cama, al lado de su mujer legítima.

Rose fue a ver a su psicóloga. Le contó lo del señor Jean-Claude y los rollitos. Sus rodillas paralizadas por el hielo. El terror exquisito. El placer que irradiaba.

—Me gusta imaginar que me ata, me pellizca, me manipula. Me siento bien, es dulce y violento. Hay algo en mí que no es normal.

La doctora M sonrió y movió los dedos. Rose sentía picores debajo del plexo, un dolor difuso en el pecho.

—Y ahora... ¿En qué piensa?

—Bueno... Siempre en lo mismo —respondía.

—¿Y qué más?

—Me pica, me quema. Es doloroso. Siento ganas de llorar, pero las lágrimas no llegan a mis ojos. Es como si tuviera un bloque de hormigón sobre el plexo que lo bloqueara todo.

—Un día se romperá... Y será capaz de llorar. Ese día se habrá liberado.

Los dedos retomaban su recorrido. La polla regresaba.

Rose pagaba y se marchaba.

Kirsten la llamó para invitarla la noche del 31 de diciembre. Ella se excusó.

—No quiero dejar sola a mi abuela. Mi madre aún no ha regresado.

—Mañana haremos un *brunch* para acabar los restos. ¿Te apuntas?

Rose percibió ternura en la voz de Kirsten.

Aceptó.

Babou y Rose pasaron la Nochevieja en la calle Rochambeau, las grandes ventanas abiertas de par en par sobre la plaza de Montholon. Los escuálidos árboles oscilaban, asombrados por la tibieza del aire. Las hojas verdes dudaban si brotar, sus tiernos nudos pegados a las ramas negras. Los tres últimos días del año habían sido caniculares. Veintiocho grados un 31 de diciembre. No se hablaba de otra cosa. Cambio climático, calentamiento del planeta, pero ¿a qué esperan los mandatarios para adoptar medidas drásticas?

Babou se arrastraba con los pies desnudos. Los diez pequeños marineros se ponían firmes. Había vuelto a perder en la lotería y les reñía. ¡Sería mucho más sencillo si me ayudarais a dar con los números correctos!

¿No creerá que Papou se ha reencarnado en los dedos del pie?, se preguntaba Rose mientras leía un artículo en *Science*.

¿Qué temperatura hará en Nueva York? ¡Treinta grados! ¿Pasará él las fiestas en tanga y bermudas amarillas? ¿Y si le enviase un mensaje de texto? Tenía una buena excusa: desearle feliz año a la luciérnaga alsaciana y a su futuro premio Nobel.

No. No era buena idea.

Babou había comprado champán, caviar, salmón ahumado, blinis y anunciaba una sorpresa para el postre.

—¿De dónde has sacado el dinero? —quería saber Rose.

—He estado ahorrando todo el año. No vamos a morirnos de hambre mientras que ella se regodea en Deauville, ¿no?

Arrancó la redecilla del tapón de champán con los dientes.

—¡Para! —gritó Rose, cerrando los ojos.

—Está bien... ¡Estoy orgullosa de mostrar que conservo todos mis dientes!

Cenaron y brindaron sin parar. ¡Por ti, por mí, por nosotras! Jugaron al Monopoly, al Rummy y, justo antes de medianoche, encendieron el televisor. Se cogieron de la mano, balancearon los brazos, pronunciaron la cuenta atrás de los últimos segundos del año.

—¡9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1... 0!

Se abrazaron, se besaron. Eres mi abuela querida, eres mi princesa de pestañas de palmera, te quiero, te adoro, yupi, ¡que el año no sea difícil!

El móvil de Rose, que descansaba en el sofá, permaneció en silencio. Normal, se dijo. Allí todavía son las seis de la tarde.

Babou se fue a buscar el postre y lo trajo contoneando las caderas como una bailarina oriental.

—¡Tachán! Un bizcocho al ron de la pastelería Cyril Lignac.

Lo depositó sobre la mesa y añadió, orgullosa:

—Lo he robado.

—¿Cómo que lo has robado?

—Una dependienta lo dejó sobre el mostrador, bien envuelto en su caja, mientras terminaba de preparar un encargo. La tienda estaba abarrotada. Una orquesta de mariachis había empezado a tocar en la calle, todo el mundo se dio la vuelta y ¡hop! Visto y no visto, deslicé el bizcocho en mi bolsa y me marché.

—¿Has robado un bizcocho, Babou? —se rio Rose.

—¡Al precio al que lo venden esos pasteleros, necesitan que les ayuden a hacer obras de caridad! Pero dime, ¿por qué miras tu móvil todo el tiempo? ¿Crees que ella nos va a llamar?

—Eeh...

—Me pones nerviosa. Siempre esperando algo que no llegará. Te haces daño.

Babou se abanicó con la servilleta de papel plisada en abanico. Agitó el aire, sofocada, congestionada.

—¡Eres desalentadora, ya me entiendes!

—¡Deja de regañarme, Babou! Es el primer día del año.

—¡Es más fuerte que yo! ¡Verte mendigar su amor de ese modo!

«No dejarme pisotear», pensó. Ganar tiempo. Mantener la distancia. Y correr, correr hasta el centro del círculo. Posarme, reflexionar, decidir si le hablo o no de Leo.

—No mendigo su amor —contestó Rose con voz serena.

—Sí. No puedes apartar los ojos de ese teléfono. Y eso me entristece.

Correr, correr, se dijo. Apuntar al centro. Saltar con los pies juntos. Recuperar el aliento y reflexionar si...

—Tranquilízate. No estaba pensando en ella.

Babou hizo una mueca extraña. Su ojo exigía una explicación. Dejó caer su improvisado abanico y se acercó a Rose.

—Entonces ¿en quién pensabas? ¡Dímelo! ¿En un chico?

—No.

—¿Una chica?

—¡No insistas más!

Babou reculaba, cruzaba las manos en su vientre, hacía pucheros.

—Ya nadie me cuenta nada. Me he vuelto transparente. Llámame «celofán». Me gustaría mucho tener un enamorado. Un hombre encantador.

—¡Babou! ¡Para! ¡Es asqueroso!

Eres vieja, arrugada, no tienes edad de tener un enamorado, pensó. No me impongas esa imagen, te lo ruego. Yo soy tu nieta, no tu amiga.

—¡Ro-oo-se! —ordenó Babou, imperiosa.

Su voz modulaba las mismas notas que cuando la regañaba de niña. Rose entonces se refugiaba bajo el mostrador del ultramarinos y seguía los pasos de las pantuflas grises que la buscaban.

—Eso ya no funciona, Babou.

—¡Rooose!

—Nada, nada en absoluto.

¡Al fin! Ya estoy. Dentro del círculo. ¡Justo en el blanco! Recupero el aliento. Mantengo a Babou a distancia, reflexiono y decido que... no diré nada. Guardaré mi secreto.

Babou empieza a suplicar con voz de niña pequeña:

—Sabes que puedes contármelo todo. Soy una tumba.

Rose asiente con la cabeza, muestra una sonrisa a su abuela y canturrea:

—Tocotocotó, ¿nos comemos ese bizcocho, Babou?

Lo he conseguido. He dominado el juego. Vale, con Babou es fácil. Muy fácil. Pero aun así... Aun así... Es embriagador. Me muero de ganas de comenzar de nuevo.

Al amanecer, un bip despierta a Rose.

Un SMS. De Leo.

La pantalla de su móvil parpadeó.

Happy New Year! Happy New Year!

¡Dos veces! ¡Su lenguaje secreto! Lo contempló con ojos entornados. Era como si todos los campanarios de todas las iglesias de París repicaran.

Happy New Year! Happy New Year!

¡Doble deseo! ¡Firma secreta! Ha pensado en mí. Ha pensado en mí.

¿Qué hora será allí?

Son las seis de la mañana en Francia, medianoche en Nueva York. Ha pensado en mí a las doce en punto. ¡Soy la persona

más importante de su vida! Soy grande, soy bella, soy pequeña, soy intrépida, deseo saltar por la ventana y volar hasta la luna, pero ¿qué digo la luna? ¿Ese pobre territorio lleno de cachivaches espaciales y volcanes? ¡Marte! ¡Júpiter! ¡Saturno!

Su corazón latía como un cañón de Napoleón, baboom, baboom. Desapareció bajo las sábanas, echó a un lado la gruesa colcha roja, repitió «él-piensa-en-mí-él-piensa-en-mí», cerró los ojos, se acordó del mechón de cabello desordenado, de la cabeza inclinada hacia delante, del hoyuelo, de las manos en los bolsillos, de su indolencia. Y luego... de un sedimento blanco en un microtubo Eppendorf, de unas pinzas de disección que se habían vuelto verde flúor sin saber por qué, de una hipótesis de Kirsten sobre el esperma del grillo que había terminado en canción, el sexo del grillo cantarín con la nariz en la matriz. Ha pensado en mí, ha pensado en mí. Evocó el pantalón amarillo, y ya no lo encontró tan amarillo, sino más bien una declaración de principios. Una reafirmación de sí mismo, una auténtica indiferencia hacia lo que los demás piensan. Es un hombre libre. ¡Qué idiota he sido! Se reía, rodaba por la cama, ¡tan feliz! ¡Tan agitada! Ávida por abalanzarse sobre él, por comerle los ojos, la boca, la nariz, por frotarse contra su piel, olfatearla, lamerla, ¡oh madre mía! ¡Tan ávida! ¡Y Paula Alsberg lo encontraba sexy! ¡Y la chica rubia y gorda de pestañas quemadas que bamboleaba su pecho! ¡Y las chicas del laboratorio que desfallecían! Leo corría por su sangre, ha pensado en mí, ha pensado en mí. Extendió un brazo, y luego otro, estiró un pie, y luego el otro. Suspiró de placer.

¿Qué iba a responderle?

Pero, sobre todo, no precipitarme.

No dar la impresión de que he dejado mi móvil bajo la almohada por si me llamaba. Esperar a mañana por la mañana. O por la tarde. ¿Tomar un cuarto de Lexomil para resistir la

espera?

Pensar bien en lo que voy a escribir.

Pero sobre todo... marcar distancias. Desenvuelta, graciosa. Natural. ¡Qué difícil!

Terminar con una pregunta, un signo de interrogación. Para que se vea obligado a responder. A entablar conversación.

Se desliza en el sopor, su respiración se hace profunda, retoma el hilo de su ensueño, Tom, Bianca, *Alicia en el país de las maravillas*, Dean & Deluca, Tyrone y el diente que se mueve, el loft en la calle Thompson. Un árbol de Navidad, los niños en pijama, Leo subido a un taburete para colocar la última estrella, los villancicos, Babou que dice las oraciones. ¡Tanto amor, tanta felicidad! Ella emborrachada, casi empalagada.

Enamorarse es como lanzarse a la piscina.

Al día siguiente, Babou le había dejado una nota en la mesa de la cocina diciendo que se iba a comprar lotería. «Reza para que gane», había garabateado en la parte baja de la hoja. Rose había apartado las tostadas y el café preparados por su abuela, había cogido un sobre que había en la mesa, le había dado la vuelta y había escrito: «*Happy New Year to you!* La luciérnaga alsaciana se une a mí...».

No. Nada de puntos suspensivos. Eso nunca. Eso da a entender que espero, que ya estoy *in love*, dispuesta a someterme al deseo del macho. ¡Puaj! Conservar mi dignidad.

Happy New Year! So happy to hear from you!

No. No. No. No estoy tan *happy* de haber recibido noticias suyas. Soy una persona adulta que domina sus emociones. Una chica independiente que se gana la vida y no necesita un chico para jadear. Después de todo, ¿qué es un chico? ¿Qué tiene él

que no tenga una chica? Aparte de esa cosa de unos nueve centímetros que le cuelga entre las piernas (el tamaño medio de un pene en reposo según el *Journal of Urology*). Me mantengo sobria. Evito los puntos suspensivos y los signos de exclamación.

Neutra. Distante. Pero no demasiado. Si se pone demasiada distancia, se pierde de vista el objetivo. Me siento obligada a empezar por *Happy* y algo más. Incluso si es estúpido pensar que todo el año será *Happy*. «¡Buen, buen año!».

No está mal. No asumo ningún riesgo. Toco la misma nota que él.

La ventana de la cocina estaba empañada. La temperatura había caído en picado. Rose echó una mirada al termómetro pegado a la pared junto al calendario de gatitos de Correos. Era un viejo ejemplar. Los carteros ya no pasaban a pedir el aguinaldo. Babou coloreaba los gatitos para que se mantuvieran siempre jóvenes y frescos. ¡Tres grados a las diez de la mañana! Los muñones verdes de los árboles estaban cubiertos de escarcha. El clima estaba descontrolado. La contaminación había alcanzado su apogeo. Muy pronto, los peces estarán atiborrados de bolitas de plástico. Los llevaremos bajo el brazo como baguettes.

¿Y si le hablo de los peces-baguettes y de la meteorología? No.

¿Y enviarle una foto de París? Eso no es arriesgado. Sí, pero... Aún debo encontrar la pregunta que le obligará a responderme.

«¿Estás bien?».

Y a partir de ahí... ¡Cualquier cosa!

O cualquier asunto profesional. Salvo que no ha sucedido nada desde que se marchó. El laboratorio ha estado cerrado y

él lo sabe.

No lo conseguiré nunca. Voy a tomar un cuarto de Lexomil.

¿Dónde dejé el tubo la última vez? No me las tragué todas. Mamá me encontró en la cama, inconsciente, y me llevó al hospital...

Se llamaba Paul.

Al principio, uno no imagina que eso pueda acabar. Caminas a la pata coja, te escondes tras una puerta, te paras, te sorprendes, tienes todo el tiempo del mundo. Eso había durado tres años. No pensar en ese primer día de enero, recordar solo lo hermoso, lo nuevo en mi cabeza. Ir a celebrarlo a casa de Kirsten. ¿Qué me voy a poner? ¿Me lavo la cabeza? ¿Seremos muchos?

«Buen, buen año».

Difuso.

Parecen los deseos de una elefanta menopáusica.

Dos tostadas y tres cafés más tarde, el revés del sobre estaba salpicado de palabras que se retorcían como gusanos de tierra bajo el efecto de las anfetaminas: «Año», «París», «señor», «New York», «luciérnaga», «matador», «bella, dulce, feliz», «Lupaletto», «mojito», «Premio Nobel», «jijiji», «taberna alsaciana», «chucrut», «mamut», «torre Eiffel».

¡Si al menos tuviera una amiga íntima! Entre dos, siempre se es más fuerte. Te ríes. El hombre se vuelve muy pequeño. Te burlas de él. Le cortas una oreja, le rascas la espalda, le arrancas los pelos de la nariz, le torturas para vengarte del lugar que ocupa en nuestra vida, los problemas que nos plantea.

Rose no tenía amigas. No estaba en Facebook, en Instagram ni en Twitter. En ninguna red. No tenía nada que decir a los demás. Prefería hablarse a sí misma.

De todas formas, nunca se le dio bien hacer amigas.

No tenía gracia para llevar los vaqueros, ni el pelo, ni lucir unas buenas deportivas, ni la sudadera adecuada. Y menos aún el don de la réplica. Tendía más bien a sonrojarse como una amapola que a sacar el cuchillo. En cambio, era imbatible con las amigas imaginarias. Había tenido dos, de notable asiduidad, pero después de entrar en el CNRS las había descuidado. Era inútil lamentarse: Thelma y Louise no habrían sido de gran ayuda para redactar mensajes. Estaban algo anticuadas. Rose había visto la película con su madre cuando tenía ocho años. El domingo por la tarde tenían sesión de cine. Se acomodaban al fondo del sofá: una bandeja de sándwiches de paté y pepinillos en las rodillas, el pelo aún mojado por la ducha. Las dos películas que su madre le ponía sin cesar eran *Lo que el viento se llevó* y *Thelma y Louise*. Aunque Rose encontraba a Escarlata un tanto ruda, adoró desde el primer momento a Thelma y Louise y las fichó como sus mejores amigas. No sabría decir cuál era su preferida. A su madre, Thelma le parecía medio lela y se inclinaba por Louise, que manejaba a los hombres a su antojo o los mataba. «Tú decides —le explicaba a Rose—, pero con los hombres, no lo olvides nunca, es la guerra. Y sé de lo que hablo. He tenido cincuenta y seis amantes. No está mal, ¿verdad? Y mi carrera aún no ha terminado».

Con puntual regularidad, Valérie refrescaba sus estadísticas. El año anterior descorchó una botella de champán cuando alcanzó los ciento tres amantes. Habían brindado por esa cifra, por la floreciente agencia, por el apartamento de la plaza Montholon. Ciento tres amantes... Yo no llegaré nunca, se decía Rose. Demasiado tarde para recuperar mi retraso, pensaba Babou, que, al día siguiente, empezó a jugar a la lotería.

Con ese recuerdo en la cabeza, Rose se levantó para rellenar su taza de café. ¡Ella también deseaba tener ciento tres amantes! ¡Casi tanto como ganar el Premio Nobel! De pronto, una frase le llegó al buzón de su mente. Cogió su móvil y tecleó:

Buen y feliz año!
He comprado un vestido para la recepción del Nobel. Y tú? Vas alquilar o a comprar el frac?

Y ahora tendré que esperar. Terrible verbo transitivo de la primera conjugación.

Sopesar el lugar que ocupo en su vida en función de la velocidad de su respuesta. Y de su contenido.

Con esas dos incógnitas.

Son las 14.01 del día 1 de enero. Esto no ha hecho más que empezar.

En la puerta del apartamento de Kirsten y Niels había dos fotos enmarcadas con cinta adhesiva. En una, Kirsten lucía un traje blanco de mangas abullonadas y escote redondo, mientras Niels llevaba un traje gris con chaleco color perla y corbata roja. La otra mostraba a Kirsten en traje gris, chaleco perla y corbata roja, y a Niels con vestido blanco escotado y mangas abullonadas. En las dos, ambos sonreían, con los brazos caídos, con los brazos levantados. Un poco más abajo, clavada con una chincheta, había una tercera foto donde aparecían de espaldas totalmente desnudos. Rose distinguió voces, risas, ruidos de vajilla, música brasileña. Inspiró hondo, se alisó el pelo y llamó al timbre. Kirsten la estrechó en sus brazos susurrando «¡Feliz año, Rose! Que tu luciérnaga te traiga felicidad y prosperidad».

Rose hundió su nariz en el cuello de Kirsten y murmuró «Feliz año». Le gustaba respirar el jabón de lirios que la madre

de Kirsten le enviaba desde Copenhague. Molécula principal: la alpha-terpineol, que aporta aroma al lirio. Un jabón que hablaba de los tiernos brazos de una madre, de toallas calientes, de chocolate humeante, de un pijama de franela, un fuego en la chimenea, un padre que lee el periódico en un sillón mullido y abre mucho los brazos. Se abandonó a esa felicidad al respirar el jabón. Le dieron ganas de hablarle a Kirsten del SMS de Leo, pero decidió esperar a que todo el mundo se hubiera marchado.

El bufet era abundante. Contempló los platos de salmón, de camarones, los crepes rellenos, las ensaladas de patata, las tostas de pan de centeno recubiertas de carne ahumada, de anguila, de caviar, de huevos duros, remolacha y cebolla, una tarta hecha de galletas que trepaban en pirámide hasta culminar en un buñuelo de crema salpicado de azúcar. Le dieron ganas de abrir su bolso y guardar una muestra de cada plato para Babou, quien supuso que no había ganado la lotería, porque si no la habría llamado. Levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la de Kirsten. Se obligó a servirse un plato, fue a sentarse cerca de una mesa baja y observó a la gente a su alrededor.

—¿Todo bien, Rose?

Alejandro se dejó caer a su lado.

Había huido de Venezuela dos años antes y trabajaba en un laboratorio contiguo al de Rose. Estudiaba el esperma del grillo con Kirsten. Sus ídolos se llamaban David Breslauer y Dan Widmaier, dos estudiantes de Berkeley que habían logrado fabricar hilo de araña sintético y habían fundado una empresa, Bolt Threads, que ganaba millones de dólares. Alejandro proclamaba sus nombres al toque de trompeta. Y no era el único. Muchos investigadores se imaginaban el mismo destino. Aislar una molécula, cultivarla con levaduras, producirla en cantidades industriales y conducir un Lamborghini con un

Rolex en la muñeca y una chica guapa y recauchutada en el asiento de al lado. Cada uno fundaría su empresa, acariciaría los dólares y la fama.

Los franceses habían acabado por lanzarse a la competición. Eso a veces derivaba en conductas graves, como, por ejemplo, los fraudes científicos del equipo de Jacques Benveniste, del Inserm, que había puesto patas arriba los propios fundamentos de la física y de la química al demostrar falsamente la existencia de una memoria del agua. Las consecuencias de esos fraudes franceses eran mucho menores que otros que habían desestabilizado la biomedicina mundial, como el de Andrew Wakefield, que pretendió hacer creer en la existencia de un vínculo entre la vacunación y el autismo, o los injertos mortales de tráqueas artificiales del cirujano italiano Paolo Macchiarini. Pero esos «pequeños» deslices franceses daban una mala imagen de la investigación biomédica nacional, sembrando la duda sobre lo que supone una prueba en la ciencia. Eso había desembocado en la formación de un comité de ética del CNRS (Comet) para controlar el fraude e imponer un código de integridad científica entre los investigadores y en las futuras empresas. Nadie pensaba en otra cosa: ganar mucho, mucho dinero.

Todo el mundo menos yo, se dijo Rose con una satisfacción un tanto vanidosa.

Se rehízo rápidamente.

—¿De qué están hablando Karim y José? Se les ve muy alterados —preguntó señalando a dos de sus colegas, que se increpaban de forma cada vez más brusca.

—Siempre del mismo problema: la presentación incorrecta, es decir ilícita, de resultados para vencer al competidor y embolsarse los honores y el dinero.

Rose suspiró.

—No estamos aquí para llenarnos los bolsillos, sino para

ayudar a la medicina y a la gente que sufre.

—Es eso lo que piensas, Rose...

—¿Y tú no?

—Yo querría las dos cosas. Ayudar a la gente y llenarme los bolsillos.

—Si al menos...

—¿Le has preguntado a Leo lo que opina?

Que mencionara a Leo y su trabajo en común la caldeó como una ola de dulce felicidad conyugal. De modo que cuando Alejandro hablaba de uno, pensaba en el otro. Leo y Rose. Rose y Leo. Debía ser así, una pareja, se dijo, dos nombres que caminaban de la mano.

—No hemos tenido tiempo de hablar. Se ha marchado a Nueva York.

—¡No tengo claro que sea tan desinteresado como tú!

Él siempre tan socarrón. Y todo porque una tarde en que estaban solos en el laboratorio, ella se había negado a besarlo. Su aliento tenía el hedor de un fregadero atascado, y ella lo había rechazado. Después de eso, él no había cesado de lanzarle puyas. Había debido de percibir que ella se había acercado a Leo. Los amantes rechazados tienen antenas que les informan. Lo que Alejandro ignoraba era que Leo le había enviado su primera felicitación del año. A mí, a mí sola, Rose Robinson. Su mujer. La madre de sus hijos.

Ella se inclinó y, casi con ternura, derramó sobre el rival celoso un poco de su hermoso amor y murmuró:

—Me vendría bien una copa de Aquavit. ¿Quieres tú también una?

Acababan de sonar las ocho en el campanario de la iglesia vecina. Ocho golpes sordos que zumbaban en los oídos. Las botellas vacías y los platos sucios se acumulaban en la mesa de

la cocina. Niels lavaba la vajilla con delantal blanco, guantes de goma rosas y una cinta malva en la cabeza para contener su pelo. La gente bailaba en el salón cada vez más despacio, como si el mecanismo que les hacía moverse ya no tuviera cuerda. Se habían formado parejas. Se hablaban frente contra frente, riendo, besándose. Louise McKay bailaba enroscada en las cortinas, como un derviche loco.

—Se está muy bien aquí —le dijo Rose a Kirsten.

—Puedes quedarte a dormir si quieres.

—Eres muy amable pero...

—Tienes a Babou.

—Sí. ¿Qué le pasa a Louise esta noche? ¿Está borracha?

—Borracha de felicidad, más bien.

—¿Por alguna razón?

—¡Una razón tan vieja como el mundo que afecta a todas las chicas! —rio Kirsten.

—¿Está enamorada?

—Sí. O, para ser más exactos, cree haber recibido una declaración de amor y lo celebra a su modo.

—Entonces, va a llevar a Jules a la protectora de animales...

Jules era el perrito faldero de Louise. Un cruce de spaniel king Charles con caniche enano al que transportaba en su bolso. Lo llevaba a todas partes, incluso al cine. Le ponía un chal por la cabeza y Jules no se movía. Oía los gritos, los estertores, los disparos y se dormía. Louise lo había adoptado, cansada de no tener un enamorado. «El perro es fiel, tierno, cariñoso, está siempre a tu lado. Te quiere sin condiciones. Con kilos, celulitis, granos. Te escucha, te consuela. ¿Conoces algún hombre que haga todo eso? Yo no».

—Debo precisar que está enamorada desde esta mañana a las seis. Si yo fuera ella, me lo tomaría con calma.

—Sí —dijo Rose—. El hombre es muy variable... A medianoche puede cambiar de opinión.

Dejó caer la cabeza en el hombro de Kirsten. Le hablaría de Leo, de su lenguaje secreto. Miró a su alrededor para comprobar que no se acercara ningún inoportuno, que nadie la molestara, cuando un detalle la detuvo:

—Pero ¿por qué esta mañana a las seis? ¿Es que pasó algo especial?

Kirsten soltó un suspiro.

—Esta mañana a las seis, todos hemos recibido un SMS de Leo deseándonos *Happy New Year*, y Louise se ha creído que era para ella sola.

Rose se tensó. Su corazón saltó desde el piso cincuenta y tres. Rebotó en la acera. Rodó hasta el cubo de basura de la tienda de bicicletas contra el que estalló. Vio miles de estrellas, sintió que le costaba tragar, mordió el borde de su copa de Aquavit.

—No nos hemos atrevido a decirle nada —continuó Kirsten —, pero terminará por enterarse. ¡Y será terrible!

Rose posó su vaso, incapaz de sostenerlo. Le fallaban las fuerzas.

—Sin embargo, debería haberlo pensado mejor. Un SMS que desea un feliz año de forma tan anónima no puede ser una declaración de amor. De lo contrario, habría añadido un toque más personal, ¿no?

—Pues... sí —balbuceó Rose.

—No sé qué tiene ese tío. Todas las chicas se han vuelto locas por él.

—¡Yo lo detesto!

—Pues dabais la impresión de llevaros bien.

—¡Te digo que lo detesto! —gritó Rose.

—¿Tienes algún motivo?

Kirsten observó a Rose, una chispa divertida de ternura asomó a sus ojos.

—No me digas que...

—¿Qué? —ladró Rose.

—Tú también... ¿Has creído que el SMS era para ti?

—Pues sí...

—Porque tú también estás...

—¡Ya da igual! No quiero volver a verlo. ¡Si regresa al laboratorio, le arranco los ojos!

—¡Caray! ¡Pues sí que te ha dado fuerte!

—¡Déjalo ya! ¡No tiene gracia!

Rose se levantó de un salto, buscó su abrigo, lo extirpó de debajo de una pila de prendas, se lo puso equivocándose de manga y se precipitó hacia el vestíbulo sin despedirse de nadie.

Una gran berlina de cristales tintados se detuvo frente al número 8 de la calle Rochambeau. Una mujer empezó a salir del interior, o más bien lanzó una pierna sobre la acera y trató de liberar el resto del cuerpo del habitáculo. Algo la retenía. Rose ignoraba el motivo, pero cuanto más se acercaba, más descubría que esa pierna sobre la acera pertenecía a su madre y que esta última estaba peleándose con un individuo dentro del coche.

—¡Me sacas de quicio! ¡Suéltame! ¡Suelta mi bolso!

La pierna se estiró en la acera, asomó un codo, apareció una correa y luego todo el bolso, y luego otro más pequeño, y otra pierna, un brazo, la espalda, el pelo y, por fin, su madre al completo, que se puso en pie, reajustó el bolso de mano, el de viaje, tiró de su abrigo y cerró la puerta de una patada.

El hombre debió de protestar, pues su madre gritó «¡pero si no le he hecho nada a tu coche, maldito estúpido!». Efectivamente, era su madre hablando con su amante. Flexionó las piernas, tensó el brazo hacia delante, apuntó una pistola imaginaria con su índice y el pulgar y ¡bang!, imitó el gesto de quien dispara.

El coche derrapó quemando rueda. Su madre arrastró el

bolso sobre la acera, tecleó el código del portal y entró en el edificio.

Rose dio media vuelta y se fue a ver a Joseph.

Lo encontró comiendo una manzana bajo su tenderete. Se había afeitado, olía a agua de colonia Vetiver, vestía una reluciente camisa blanca y chaqueta negra.

Estaba digno y guapo.

Se sentó. Tarareó *si-do, si-do, si-do, si-si bemol, la-si, la-si, la-si-la*. Él alzó la cabeza hacia los tejados grises de París, los miró sin pestañear.

¿Esperaría el paso de un avión, de un globo aerostático?

¿De un piano que caería del cielo?

Ella se levantó y se marchó.

Eran más de las diez cuando giró la llave en la cerradura. Empujó la puerta de entrada con la rodilla y colgó su parka en el perchero del vestíbulo. Ningún ruido. Su madre y su abuela debían de estar dormidas. Se acercó hasta la habitación de Babou, entornó la puerta. Babou leía la Biblia en su cama, con aire ingenuo y digno.

—¡Abraham, mi princesa; estoy con Abraham!

Un hilo de luz se filtraba bajo la puerta del dormitorio de su madre. Una canción de Billie Holiday sonaba amortiguada.

Rose fue a servirse un vaso de agua a la cocina.

Encendió la luz. Soltó un grito.

Valérie estaba sentada en la oscuridad, acodada sobre la mesa. Su abrigo tirado por el suelo. Masticaba una ramita de apio frente a un vaso de vino tinto. Unas grandes gafas negras ocultaban su rostro.

—¿Has decidido deliberadamente quedarte a oscuras? —preguntó Rose.

Su madre alzó su vaso.

—¿Y llevar esas gafas? Al menos podrías quitártelas, ¿no?

—¡A tu salud, hija! Vaya cara que traes. Y fíjate, yo no la tengo mejor...

Se giró y se masajeó el cuello.

—Te he visto con el tipo que te acompañaba.

—Me enerva. No soporto a los tíos enamorados. Son pegajosos, pesados. De-pen-dien-tes. ¡Unos asesinos del amor!

—¿Por eso le has disparado? Tenías una muy buena postura. Podrías actuar en una peli del oeste. ¡Con un Colt y un corpiño!

—El escote aún se lleva. El resto, no estoy tan segura. Ya está de capa caída. Últimas rebajas antes de liquidación de stock.

—¿Te marchaste a Deauville con él?

—Sí. La enésima tentativa de reconciliación.

—Al parecer no ha funcionado...

—Ya te lo he dicho: cuando un tío está enamorado se vuelve de-pen-dien-te y me dan ganas de aplastarlo. Lo he aplastado. Y a él no le ha gustado.

Se ajustó las gafas oscuras. Encendió un cigarrillo. Ya solo fumaba cigarrillos largos y finos, lo que le permitía afirmar que había dejado de fumar. Dio una calada y envió el humo al techo.

—Siempre es la misma historia, ¿no? —observó Rose.

—Sí, es muy aburrido. Pásame otra ramita de apio.

Rose abrió la nevera. Babou había dejado preparadas unas bonitas ramas verdes en un plato. Su madre aplastó el cigarrillo. Era hermosa, de nuca larga, cabellos negros recogidos en un moño descuidado, labios rojos, brazos desnudos, dorados.

Pero ¿por qué esas gafas negras?

—¡Y, como por ensalmo, todos caen enamorados a tus pies y se vuelven de-pen-dien-tes! —continuó Rose con sonrisa beatífica.

—Precisamente... Porque yo los mantengo a distancia, y ellos

solo quieren una cosa: atraparme. Y yo me convierto en jabón, me deslizo entre sus patas. Los vuelvo locos. Y él se ha vuelto loco.

«¿Te ha pegado?». La pregunta se retorció en la garganta de Rose. Cuando era pequeña, a veces su madre desayunaba con gafas oscuras. Ella le decía que estaba probando distintos modelos para los deportes de invierno.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te haga una tortilla? —preguntó Rose—. Te recuerdo que soy la reina de las tortillas. Nadie las hace como yo: babosas, esponjosas, sabrosas.

—No. Estoy a dieta. ¡Me pregunto por qué, por qué! Siento que mis tripas se arrastran por el suelo de rabia.

Alzó su vaso.

—*Story of my life!* Me he pasado la vida huyendo de los hombres pegajosos. ¡No resulta nada sexy estar enamorado! Evita esa trampa.

Rose se preguntó si su padre habría sido pegajoso. Si su madre habría amado a su padre. De noche, cuando vivían en la calle Vivienne, escuchaba gemidos en su habitación. No eran sollozos, pero le daban miedo.

—Espero que haya entendido que no quiero volver a verlo —dijo su madre removiendo su vaso—. Pero los tíos enamorados son insistentes. Sin duda volverá.

—Pues eso no es divertido.

—¿Quién te ha dicho que el amor es divertido? ¡Es más bien lúgubre, querrás decir!

Su madre la contempló, se rio, le pellizcó la mejilla.

—¡Tú todavía eres un terroncito! Venga, sírveme más vino.

—¿Seguro que no quieres comer algo?

Valérie negó con la cabeza.

—Apio y nada más. No quiero engordar. Solo faltaría eso. Vieja y gorda. Doble pena. ¿Brindamos?

Entrechocaron sus vasos. Un poco de vino se derramó del

vaso de su madre. Rose se levantó, arrancó una hoja del rollo de papel de cocina y lo secó.

—¡Por el nuevo año! —dijo cuando se volvió a sentar.

—¿Qué es lo que quieres para el nuevo año?

Rose reflexionó.

—¿Un enamorado?

Se tensó. El SMS de esa mañana volvió a su mente. Le picó la nariz, y se obligó a sonreír. A no pensar. El mensaje daría vueltas en su cabeza toda la noche, y al día siguiente, y, después, todas las noches y todos los días, pero en ese momento necesitaba un instante de felicidad, una felicidad coja pero agradable a sus ojos, la de compartir una ramita de apio y una botella de vino con su madre.

—Quiero que mi luciérnaga alsaciana cause estragos.

—¿Y esa quién es?

—Sí, ya sabes... Te he hablado de ella... La luciérnaga con la que he estado trabajando en el laboratorio. Tengo grandes esperanzas. Podría montar una empresa, comercializarla y...

—Ten cuidado, Rose. Cuando yo tenía tu edad soñaba demasiado y me he desilusionado. La vida me aplastó contra la pared, como enseguida comprendí.

—¡Tú solo has sido desgraciada!

Valérie Robinson hizo una mueca, inclinó la cabeza. Pareció considerar los pros y los contras.

—¡Demasiados cabrones! Tu padre el primero. Pero me he consolado y me he vengado. Estoy sola, eso es todo. Todos estamos solos. Cada uno en su pequeño bote. La felicidad no existe. Es una zanahoria para convencernos de que permanezcamos en la tierra. Si no, todo el mundo se largaría.

—Pero hay excepciones...

—De eso nada. El lobo malvado espera siempre agazapado en un rincón del bosque. ¡Algún día tendré que poner orden en esa cabeza tuya!

Valérie posó la mano en el cabello de su hija, deslizó los dedos, separó los mechones, aplastó un remolino. Rose inclinó la cabeza y se dejó despeinar con un placer turbado de niña perdonada.

—¡Eres muy guapa! En esto he triunfado —añadió Valérie, casi asombrada, casi tierna.

Me gustaría tener siempre esta mamá.

Rose frotó la mejilla contra su hombro en un gesto animal que suplicaba una caricia. Se revolvió en su silla. Quería seguir hablando.

—¿Y si regresa y te suplica que lo aceptes otra vez?

Valérie hizo el gesto de expulsar al hombre como la pelotilla de un moco pegado a su pulgar.

—¿Lo despacharás? ¿Qué le vas a decir?

Rose había adoptado la voz de una niña pequeña; cuéntame un cuento, mamá; cuéntame cómo decapitas a los hombres, a los monstruos y a los dragones.

—Lo despacho y punto. No lo necesito para vivir. Tengo mi agencia, que me pertenece, la he construido con mis dientes. Todo lo que tengo, lo he arrancado con mis dientes.

¡Es increíble todo lo que mi madre hace con su boca!

No conozco a nadie como ella.

O sí, a la avispa. Construye su nido recuperando fibras de madera o vegetales fibrosos que mezcla con su saliva. Los mastica, los tritura, los escupe. Y con eso crea una pasta que seca en forma de rollo de cartón grisáceo y deposita en las pequeñas celdas concéntricas para formar las paredes y los alveolos en los que pone sus huevos. Una maldita buena hembra.

¡No hay que molestarla!

—No dependas nunca de un hombre, Rose, ¡nunca!

—Ya lo he entendido, ¿sabes?, llevas mucho tiempo repitiéndolo.

—Nos desenvolvemos muy bien nosotras solas. No nos hace falta ningún tío.

Valérie contempló el fondo de su vaso, cogió la botella y se sirvió de nuevo. Luego añadió, pensativa:

—O sí. Necesitamos a un tío en la cama. Y él...

Se pasó la mano por el pelo. El moño despeinado se deshizo. Su rostro cambió. Se le puso cara de pijama.

—Él está bien dotado.

Su boca se contrajo en una mueca amarga.

—Pero, en fin... Hay muchos otros. Aunque no tantos... Los tíos, en este momento, son una especie rara. ¿Tú tienes algún tío?

¡No caer en la trampa! No responder. Recuperar el centro del círculo. Rápido, rápido. Peligro. ¡Cuántas veces me he confiado, temblorosa, insegura, escogiendo la palabra justa para expresarme, y he acabado disparada como una pelotilla de la nariz!

—Ya sabes que trabajo mucho. Y cuando acabo, el cansancio me vence.

—Sí, pero... ¿tienes un enamorado o no?

—Creo que estoy sobre una pista... que podría curar el cáncer de mama y el de pulmón. Te das cuenta, mamá, si eso funciona...

El ojo de su madre parpadeó en el vacío, agitado por un aleteo de pestañas que indicaba que hacía un gran esfuerzo para interesarse, pero no estaba segura de conseguirlo.

—Sírveme un poco más de vino.

Rose rellenó los vasos, atrapó una ramita de apio, la partió. Dobló la pierna bajo sus nalgas, se apoyó en los codos, se inclinó hacia su madre.

Iba a explicárselo todo y Valérie lo comprendería. Estaría orgullosa de su hija. Le pediría novedades de vez en cuando, «y tu pequeña luciérnaga, ¿cómo va? ¿Estás progresando?».

—He encontrado... mejor dicho, mi compañero y yo...

—¿Es guapo?

—¡Para ya! ¡Esto es serio, mamá! Es importante para mí.

—Está bien. Me callo.

—Hemos encontrado lo que todo investigador busca, una molécula inédita...

—¿Una qué?

—Una molécula... Te lo explicaré.

Rose hizo un gesto de molinillo, como para dejar algo para más adelante, y continuó:

—Una molécula que servirá para la cosmética y la medicina. El laboratorio está cerrado por Navidad, pero muy pronto tendré novedades y creo que no me desilusionarán. Y luego... ¡Bingo! ¡La lotería! ¡Seré rica! ¿Imaginas todo lo que voy a poder ofrecerte? Bastará con que lo pidas y ¡hop! Lo tendrás.

¿Por qué digo eso? ¿Para complacerla?, se preguntó. A mí me importa un bledo el dinero, quiero curar el mundo. Ser útil.

—Pero eso no será inmediato, ¿no? —pregunta su madre jugando con el corcho de la botella.

—No. Pero si sale...

—¿Has visto esos tapones que se enroscan? Ya no hay necesidad de sacacorchos.

—Ah... No me había fijado...

—Eso es lo que tendrías que inventar. Eso debe de dar mucho dinero.

—Pero ese no es mi campo.

—Y, al parecer, también sirve para los grandes vinos. Es curioso. La otra noche, con el cretino, nos sirvieron un vino muy bueno en un muy buen restaurante y tenía un tapón así.

Valérie terminó su vaso. Encendió un pitillo. Soltó una

bocanada.

—¡Venga! ¡La última! Y después me iré a acostar. Estoy cansada. Mañana tengo curro. Es agradable beber un vaso contigo, querida. Ya ves, hemos comenzado el año juntas. No lo he fastidiado todo.

Valérie se levantó, se desperezó y fue a mirar por la ventana. Las luces de París brillaban a sus pies y la iluminaban con un halo dorado. Rose recogió el abrigo de su madre, le sacudió el polvo, lo dejó sobre el respaldo de una silla. Retiró los platos y los vasos. El lavavajillas estaba lleno. Consiguió meterlo todo. Cogió una pastilla, la puso en el cajetín, seleccionó el programa de lavado rápido. Hacer cualquier cosa con las manos para no reconocer que, una vez más, se había dejado llevar. Totalmente derrotada por un tapón que se enrosca. Buscó una esponja. Frotó alrededor del fregadero. Frotó la mesa. Frotó un cerco carmesí dejado por la botella.

—¡Y nada de idas y venidas a la nevera! —advirtió su madre, vuelta de espaldas—. Tienes que perder tres kilos. No lo olvides.

Había abierto la ventana y contemplaba los tejados de París mientras lanzaba una última bocanada de humo.

—No estoy tan gorda —farfulló Rose escurriendo la esponja.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Valérie, apoyada en el balcón.

—Nada.

—Venga, ¡ahora sí me retiro!

Lanzó la colilla por la ventana.

—¡Mamá! —gritó Rose—. ¡Eso es asqueroso! Una colilla tarda quince años en degradarse y contamina quinientos litros de agua dulce o salada.

—Me irritas, Rose. Yo hago lo que quiero.

Cerró los batientes de la ventana.

—¿Sabes lo que contamina más que una colilla?

Recogió su abrigo y se lo echó por los hombros. Y como Rose no respondía, soltó:

—Un niño. Así que te voy a dar un buen consejo: ¡no los tengas!

Se dirigió a su habitación con paso lento, acompasado, como si subiera la escalinata del festival de Cannes bajo los flashes de los fotógrafos.

—¿Por qué llevas gafas negras en plena noche? —le gritó Rose—. ¿Te ha dado él una paliza? ¿Te avergüenzas? Las llevas puestas, pero no tienes cojones para decir la verdad. No eres tú quien aplasta a los tíos, son los tíos los que te aplastan.

Valérie se giró y le mostró el dedo corazón extendido.

—¡Feliz año, querida! Que duermas bien. Lo necesitas.

—¡No eres nada! No tienes corazón. Me avergüenza tener una madre como tú.

Su voz enronqueció, se rompió. Se golpeó la frente contra la mesa; era culpa suya, se había dejado llevar por la fingida atención de su madre, atrapada en su venenosa red, y sin embargo, sé que no tengo que llegar a eso, lo sé, y vuelvo a caer una y otra vez, con la cabeza gacha, y termino como un moco disparado. Golpeó y golpeó su frente hasta que escuchó un ruido ahogado. Se detuvo. Guardó silencio. El ruido venía de la entrada. Levantó la cabeza y se encontró con Babou que, demacrada con su largo camisón y un jersey rosa desvaído enroscado alrededor del cuello, se aferraba a su Biblia mientras dejaba que las lágrimas cayeran sobre su pecho.

Babou toda llorosa, toda temblorosa, toda amedrentada. Con sus piernas delgaduchas como dos cerillas plantadas sobre las pantuflas grises. Babou que entre hipidos sollozaba «¡Perdón! Es culpa mía. Si hubiera tenido valor... No dije nada, no sabía cómo... ¡Perdóname!».

—Oh no, Babou... ¡Mi cielo, mi adorada! Tú no podías hacer nada, es algo entre ella y yo. No llores, Babou, mi amor, Babou,

mi infancia.

Babou, Saint-Aubin, mi pequeña habitación encima del ultramarinos, los cojines sobre los que bordabas rosas rojas, rosas blancas, rosas amarillas con mi nombre en letras retorcidas, que me reclamaba, ¿vas a volver pronto, eh, mi princesa de pestañas de palmera? Los besos, la noche, cuando me arropabas, los besos en la frente, la nariz, el mentón tirititi-tirititrón, inventabas rimas que rebotaban, una tarde fresquita de mayo cogí mi caballo y me fui a pasear, removías la masa de turrón en la palangana, dejabas a un lado los trozos de nueces caramelizadas, para ti, mi Rose, nada más que para ti, pero no te quemes, ¿qué diría tu mamá si le devolviera una niña con la lengua carbonizada? Y yo me encogía de hombros, ¡le daría lo mismo! ¡No, no, no hay que decir eso! ¡Oh, las vacaciones en casa de Babou! Las mermeladas por la mañana, la deliciosa mantequilla salada, el pan bien denso que cortabas apoyándolo contra tu delantal. Que dejaba un rastro de harina que sacudías y se elevaba en filamentos empolvados. Los troncos que metías por la mañana en el fogón para que tu princesa no tuviera frío; tu delantal gris, todo gris. No hay que dar mala impresión al cliente bordándole flores, pensará que soy una coqueta, que quiero flirtear. Las partidas de cartas en las que hacías trampas; no tiene gracia si no se hace trampas, decías. Papou arrojaba sus naipes y se levantaba de la mesa furioso, tú te reías detrás de tus cartas y yo también. Nos quedábamos las dos a escuchar el tictac del gran reloj que marcaba las medias. No te habías casado por amor, habías aceptado a Papou porque sus padres tenían el ultramarinos. Él solo quería un hijo. Dos sería demasiado caro. Tres, no digamos. Tú habías dicho sí. Y luego, nada de vacaciones, eso es para los ricos. Sí, sí. ¡Y no malgastes la leña cuando la eches en el fogón! Tú decías siempre que sí. Los osos de peluche en mi cama, el pavo en Navidad, la boina que zurcías para Papou. La campanilla sobre la puerta del

ultramarinos que tintineaba de noche, el ultramarinos no cerraba nunca antes de las diez; la señora Delamare había olvidado la mostaza y los pepinillos, la señora Delamare tenía la cabeza llena de serrín; los frascos de caramelos en el mostrador, los ositos de chocolate, los caramelos de leche, las ruedas de regaliz, los chicles Malabar; los camembert que se derretían, el salchichón que sudaba, el jamón que cortábamos en lonchas tan finas como papel de misal, el queso que descansaba bajo una campana de gasa; la misa de diez del domingo, el niño del coro que balanceaba el incienso con un golpe seco de muñeca, los saludos en los escalones de la iglesia cuando el servicio había terminado, «os presento a Rose, la hija de Valérie, vive en París», «¡es muy guapa esta pequeña!», y los besos tacaños, los mentones que pican, la ropa que olía a rancio, a sudor; la comida del domingo, el pollo asado comprado en la granja. Ese día, el ultramarinos cerraba, había que esperar hasta el lunes para encontrar las manzanas rojas, las manzanas verdes, las manzanas amarillas, los sacos de nueces, los sacos de arroz, los tarros de ramitas de vainilla, la balanza, el cajón de la máquina registradora que se abría con un trintrin, las monedas que yo apilaba, las partidas al escondite con Delamare hijo, su lengua vacilante en mis labios, su mano que se deslizaba bajo mi falda, se adentraba en mi braguita, palpaba, acariciaba, frotaba, y el placer que me doblaba en dos. Descuartizada. Sin miembros, sin orejas, sin nariz, sin ojos, tan solo un hervor de carne viva, un incendio de placer. Me ondulaba, me retorcía y soltaba un grito de bestia degollada. Él se apartaba, aterrorizado. Salía corriendo. Desaparecía durante muchos días. Yo lo acechaba detrás de la tienda de ultramarinos. Quería seguir jugando. Y mi dedo rehacía el trayecto, buscaba el pequeño botón sobre el que apoyarse, lo amasaba hasta que se endurecía, se endurecía y yo estallaba de placer. Estaba toda sonrojada. Tú me preguntabas,

inquieta, ¿tienes fiebre, mi princesa adorada? Tenía nueve años. Mis dedos olían a pescado podrido. Me prometía no volver a tocarme. Pero, por la noche, volvía a empezar. Y muy pronto estaba guiando los dedos de Delamare hijo hacia ese pequeño botón mágico, y le enseñé a usarlo. Él me contemplaba caer en trance, con los dientes apretados, sin miedo al placer. Tan concentrada, tan ávida, que lo insultaba si soltaba el pequeño botón antes de que yo hubiera alcanzado mi meta. Le arañaba, le tiraba del pelo. Él forcejeaba, se soltaba, yo lo atrapaba y volvía a ponerlo a la faena. ¡Imbécil! No pares. No he terminado. ¡No tienes derecho! Es demasiado bueno. Y luego, me colgaba de su cuello y le pedía que nos casáramos. No era cuestión de que su furia recayera sobre otra chica que no fuera yo.

Cuando llegaba septiembre, me comprabas los cuadernos, el material escolar, me forrabas los libros, pegabas las etiquetas, escribías mi nombre con bonitas letras, aplanabas las páginas con una plancha tibia. Mamá venía a buscarme, besaba a su amiga de la infancia, la señora Delamare, charlaban durante toda la tarde haciéndose confidencias al oído, riendo hasta que se les saltaban las lágrimas... Y luego, vamos, vamos, mamá se rehacía y ordenaba «hay que darse prisa, tenemos que coger la carretera, nos queda un largo camino por delante, ¡tengo más cosas que hacer!». Unas collejas en la nuca, unas palmadas en la espalda y ¡hop, al coche! Yo pegaba la nariz a la luneta trasera y te enviaba besos. Tú agitabas tu pequeña mano blanca, cada vez más pequeña, cada vez más borrosa. Yo tendía los brazos hacia ti, hacia el nogal negro, las partidas de Rummy, los dedos de Delamare hijo en mi braguita, los besos nocturnos cuando me arropabas tirititi-tirititrón. Se acababa la buena vida.

Regresaba a París.

¿Y ahora lloras muy erguida en la entrada? Las manos

crispadas sobre la vida de Abraham y de Sara. Es culpa mía, Babou. Te he despertado con mis gritos enfurecidos. Te pido perdón.

Te tomo en mis brazos, te caliento y, para hacerte reír, con mi boca en tu pelo, murmuro «¿qué van a decir los diez pequeños marineros si empiezas a llorar el segundo día del año, eh?».

Tú no sonríes.

Repites «es culpa mía, es todo culpa mía».

La mañana siguiente, la puerta del dormitorio de Valérie estaba cerrada. El pequeño pez de tela se balanceaba en el picaporte, prohibiendo el acceso. «No entrar o disparo», decía la inscripción sobre las escamas amarillas y verdes. En el pasillo flotaban efluvios de mandarina, de lavanda, de bergamota, de jazmín, característicos de la colonia Jicky de Guerlain.

No hacía mucho que Valérie se había marchado a trabajar.

Un rayo de luz arañaba la moqueta del pasillo y, de la cocina, llegaba ruido de cacerolas y la voz de Yves Calvi en la cadena RTL.

Babou, delante del fregadero, pelaba kiwis, mangos, manzanas, plátanos. Preparaba una macedonia. Había hecho un trato con Mehdi, el vendedor de fruta de la calle Rocroy. Él le proporcionaba las frutas demasiado maduras y, a cambio, ella se ocupaba de su correo administrativo y de las cartas a su familia en Argelia. Babou tenía una ortografía impecable.

Babou sirvió el café, empujó el azucarero, las tostadas con mantequilla y la mermelada casera de fresas hacia Rose.

—¿Vas a trabajar esta mañana?

—Sí. Y debo darme prisa.

Rose lanzó una mirada rápida a su abuela, que se afanaba con las manos chorreantes de fruta, de pepitas, de pulpa. El

pelo cepillado, recogido; el pequeño cuello bordado sobre la chaqueta verde botella; el delantal gris, como si aún trabajara en el ultramarinos. Un resto de rímel azul tatuado en sus ojeras. Babou no sabía maquillarse ni desmaquillarse. Se frotaba la cara con un guante y jabón. El rímel no desaparecía nunca a la primera y se le quedaban rastros en el rabillo de los ojos, en las mejillas. Eso la entristecía. Le gustaba mostrarse siempre resplandeciente. Así, en caso de accidente, de fallo cardiaco o de desfallecimiento, quienquiera que la encontrara tirada en el suelo adivinaría por su aspecto que se trataba de una señora bien y no de una vieja chocha. Ella nunca escatimaba con las duchas ni con el jabón.

—¿Has oído el alboroto en la escalera? —preguntó, frotándose la nariz con el reverso de la mano—. Son las chicas. Yo sé por qué, pero no pienso decírtelo. Quieren anunciártelo ellas mismas.

—Dímelo, Babou, dímelo. Me haré la sorprendida.

—No. Lo he prometido. Pero no es algo habitual, ya te lo advierto.

—Dímelo.

—Un secreto es un secreto, o si no hay que llamarlo de otra forma.

Rose se encogió de hombros.

—¿Para cuándo espera el bebé? Lo he olvidado.

—Finales de febrero.

—¿Y tú harás de abuela?

—Eso creo. Ellas no tienen familia, trabajan las dos, me necesitarán. Tendré un bebé del que ocuparme. Salvo que el otro me lo impida...

—¿Qué otro?

—Eso forma parte del secreto.

Babou dejó caer un puñado de pasas en la macedonia, un pellizco de azúcar rosa y una ramita de vainilla. Revolvió y

revolvió, la tapó con un plato y la guardó en el frigorífico.

—¡Una cosa bien hecha! —concluyó, secándose las manos en las caderas.

Contempló el cielo y declaró que iba a hacer buen día. Ni demasiado húmedo ni demasiado frío; sus dedos no estaban deformados. Podría ayudar a las chicas a ordenar. Sí pero... Tenía que quedarse en casa, el hombre del gas iba a pasarse. ¡Un bebé en una pareja de chicas! ¡Eso no podría haberlo visto en Saint-Aubin! Es más divertido vivir en París. Y no tener a Papou encima, ¡qué liberación! Él no la dejaba vivir, para qué nos vamos a engañar. Era un lastre sobre ella. Ocupaba todo el espacio.

—Hablo y hablo, pero no puedo olvidarme de ir a comprar cebollas.

Rose no entendía nada del discurso de su abuela. Terminó de beber su café, se levantó de la mesa, aclaró su tazón en el grifo y depositó un beso en la frente de Babou, que siguió hablando sola.

—¡Que pases un buen día, Babou! ¡Hasta la noche!

Estaba a punto de entrar en el ascensor cuando lo entendió. Babou divagaba para no evocar la escena de la noche anterior. Regresó a la cocina y plantó un segundo beso en el pelo de Babou, que suspiró y se calló.

Yo también voy a contarme cualquier cosa para olvidar el SMS y a Leo Zackaria. Si tenemos que seguir trabajando juntos, lo haremos a distancia. Él en Nueva York y yo en París. Y, en un mes y medio, cada vez que piense en él solo me acordaré de los eructos con sabor a col cocida. Situarme, serena, en el centro del círculo. Conservar mi dignidad. Establecer una distancia. Imponer mi ley. Ir a ver a mi psicóloga, pedirle refuerzos. Porque, últimamente, no dejo de perder el centro del círculo.

No convendría que eso se convirtiera en costumbre.

Ronald Lupaletto le había pedido a Rose que se reuniera con él en su despacho en cuanto hubiera terminado con su manipulación. Rose había asentido y había continuado con su trabajo. Él tendría que esperar. Antes quería probar una nueva idea.

Abrió la puerta del recinto climatizado donde guardaba sus luciérnagas. Un enorme frigorífico de dos metros de alto encajonado dentro de una sala climatizada, aislada por una esclusa de aire en la entrada. Para no contaminar a sus crías, se había puesto una bata blanca de algodón, una mascarilla y guantes violetas de nitrilo. Tomó una luciérnaga, la colocó bajo una lupa binocular Leica y extrajo, con la ayuda de unas microtijeras y unas pinzas, las bacterias contenidas en el tubo digestivo, los músculos, el cuerpo graso y la hemolinfa. Depositó las muestras en los microtubos Eppendorf, los observó bajo una cabina de flujo laminar y trató de multiplicar las bacterias que contenían extrayéndolas con una cabeza de alfiler y repartiéndolas en diferentes medios de cultivo. Todo lo que hacía lo anotaba en su cuaderno de experiencias, llamado «cuaderno de laboratorio». Era el cuaderno al que se remitían cuando se quería legitimar la paternidad de un descubrimiento o de un invento. Estaba prohibido hacer tachaduras o dejar espacios en blanco, y los documentos pegados en el interior debían estar firmados de forma que los rasgos se extendieran en la hoja del cuaderno y en el documento, para certificar que no se había producido ninguna falsificación. Cada página era validada por otra persona del laboratorio. No se bromeaba con los procedimientos. Ronald Lupaletto debía de haber leído ese cuaderno durante las vacaciones de Navidad.

Y había olfateado una buena pista.

Repantingado en un sillón de orejas detrás de su escritorio, Lupaletto hojeaba pilas de papeles mientras se apretaba los labios entre el pulgar y el índice, poniendo un gesto que recordaba al pico de un pato.

Al entrar Rose, levantó la cabeza, frunció el ceño y le hizo una señal para que se sentara frente a él.

—Mi pequeña Rose —dijo, golpeando sus dedos separados unos contra otros.

Posicionarme de inmediato en el centro del círculo. Hacerme respetar.

Yo no soy su pequeña Rose. Soy Rose Robinson, veintinueve años, un metro setenta, sesenta kilos, nada gorda. ¿Sesenta y tres kilos? Tal vez. Eso depende de los días. Después de seis años en la facultad y de una primera fase del máster en el Museo de Historia Natural de París, conocido como el Muséum, obtuve una beca de tres años para mi doctorado de biología bajo la dirección de Ronald Lupaletto. Su laboratorio estudia las moléculas de defensa de los insectos y trata de comprender cómo estas se producen y para qué sirven. Y yo, Rose Robinson, acabo de encontrar una molécula excelente para su carrera como científico, su reputación y la financiación de su laboratorio.

Ese es el motivo por el que debe dirigirse a mí con deferencia.

Ese es el motivo por el que no soy su «pequeña Rose».

—He podido hojear los resultados de su trabajo y... ¿cómo lo diría...? —siguió Lupaletto.

Se estrujó los labios, los aplastó, los deformó. Cada vez se parecía más a un pato lisiado.

—Ha hecho un descubrimiento muy... Y me gustaría, sin más florituras, decirle que... Porque realmente... realmente...

Viendo que buscaba las palabras y dudaba en decirle lo excelente que le parecía su trabajo, Rose le interrumpió:

—Sí, lo sé. Y Leo también. Cenamos juntos antes de que se marchara a Nueva York y...

—El camino va a ser largo, mi pequeña Rose. Usted no ignora los obstáculos. Si escogiéramos la industria cosmética, el beneficio sería inmediato.

Sé bien que estoy obligada a embarcarte en esta aventura, Lupaletto, pero también sé que no quiero hacer cosméticos. Quiero algo serio, útil, salvar vidas, ¿lo entiendes?

—Yo preferiría la investigación médica.

—Entonces, mi pequeña Rose, va a ser largo. Unos diez o doce años. ¡Y eso requerirá mucho dinero! El setenta y cinco por ciento de los medicamentos que están en el mercado provienen de investigadores que han encontrado la molécula, pero que no han logrado reunir suficiente dinero para explotarla. Son los laboratorios los que se encargan de ello.

¡Cómo si no lo supiera! Me toma realmente por una canica. Canica y chica, en su cabeza, eso rima. No ponerme nerviosa. Permanecer en el centro del círculo. Serena. Poderosa.

—Vamos a tener que crear una empresa. Ser, a la vez, investigadores y empresarios es muy difícil. Yo estaré ahí, mi pequeña Rose, yo estaré ahí.

Tú serás solo un nombre en la empresa con un porcentaje. Y eso porque no tengo más remedio. No te equivoques. Quiero dejarte hablar, escucharte, pero basta ya de «mi pequeña Rose». Acabaré por gritar.

—El primer dinero que recaudamos lo conseguimos de la familia, los amigos, los locos que creen en la aventura. Después, la cosa se complica. La gente que invierte lo hace para enriquecerse. Entonces uno se centra en la necesidad de obtener beneficios y de que estos sean enormes. ¿Me está escuchando, mi pequeña Rose?

—Sí. Estoy al tanto.

—Como bien sabe, hay muchos ensayos en los medios

hospitalarios, una fase 1, 2, 3... Necesitará cada vez más y más dinero. Se verá obligada a encontrar *business angels* y millones de euros. Y es entonces cuando todo se complica...

Está bien, está bien. Te dejo hablar porque, si te cierro el pico, eres capaz de ponernos en la calle a mi luciérnaga y a mí.

—Cada enfermo sobre el que será probada su molécula, cada ensayo clínico costará cincuenta mil euros al mes, para empezar. Al cabo de diez años habrá que inyectar una nueva suma de dinero, unos ciento veinte mil euros mensuales, para fabricar el medicamento candidato. ¡No es una aventura para jovencitas!

¿Jovencita?, se indignó en silencio. ¿Me está insultando? ¿Está intentando asustarme? ¿Desalentarme? Soy una buena investigadora. He encontrado lo que buscaba. He tenido una intuición y la he confirmado. Quiero llegar hasta el final de la aventura.

—¿Se siente preparada, mi pequeña Rose?

Sobre todo, no decir nada, permanecer sonriente, no hacer como la termita *Nasutitermes* y escupirle un chorro de veneno en pleno hocico.

—Sí, estoy preparada...

Él se levantó, rodeó el escritorio y caminó hacia Rose con los brazos abiertos.

—Bravo. Me asombra. No esperaba menos de usted.

La estrechó contra él. Ella se contrajo, fría como una espada.

—Preferiría que retirara sus brazos. No me siento muy cómoda.

Él la soltó. Se estiró las mangas de la chaqueta. Mostró una pequeña sonrisa astuta. Un brillo perverso en los ojos. Se dio unos golpecitos en la nariz.

—Me pregunto si se imagina lo que voy a decir...

Había apoyado el borde de sus nalgas sobre el canto del escritorio y sonreía.

—¿Es una adivinanza? —dijo Rose.

—Casi...

—¿Y tengo posibilidad de descubrirla?

—¡Es grande, muy grande! Del mismo tamaño que el afecto que le tengo. Después de su primer periodo aquí, la he estado observando. Percibí de inmediato el potencial que había en usted. Solo me faltaba comprobar que no me había equivocado.

Mostró una pequeña sonrisa satisfecha, como si todo el mérito le perteneciera.

—¡Y no me ha decepcionado!

Rose asintió con la cabeza, impaciente por conocer la respuesta a la adivinanza.

—Creo que se va a poner muy contenta, mi pequeña Rose.

El borde de sus nalgas seguía apoyado contra el escritorio; la tela de sus pantalones un poco gastados brillaba, él sonreía, seguro de su efecto.

—Tiene pinta de ser una buena noticia... —comentó Rose, tranquilizada a medias.

Con estos tipejos nunca se sabe, se advirtió. Reinan todopoderosos y, si se muestran magnánimos, siempre hay que pagar un precio. Podría muy bien anunciarme que lo mismo me envía a Novossibirsk a estudiar el deambular del escarabajo periartrítico, como que me va a duplicar el sueldo o va a derivar mi informe a otro investigador más experimentado, siempre «por mi bien», claro está.

Permanece en el centro del círculo, Rose, deja que siga, no muestres ninguna emoción. La emoción ablanda, te vuelve vulnerable. Por el momento estás muy regia, continúa así.

—Ha hecho, efectivamente, un gran descubrimiento, mi pequeña Rose, pero eso no es suficiente; habrá que validarlo *in vitro* e *in vivo* con las condiciones de la industria farmacéutica...

¿Es esto lo que me tiene preparado como golpe bajo?, se preguntó.

—¡Está bien! No le hago esperar más tiempo: va a tener que marcharse a Nueva York.

—¿A Nueva York?

—A la Universidad Cornell. El laboratorio del que depende Leo Zackaria es el mejor del mundo para analizar e identificar las moléculas naturales. Tienen una rama en Nueva York. En la NYU, en Washington Square. Allí se reunirá con Leo. Ya he hablado con él, la está esperando. Vivirá en el campus y percibirá su sueldo como en Francia. ¿Está libre? ¿Puede marcharse sin problema?

En la cabeza de Rose, las palabras daban brincos. Nueva York. Vivir. Moléculas. Washington Square. Campus. NYU. Leo al corriente. Leo que la espera. Cerró los ojos, se concentró, respiró hondo, uno, dos, tres, se tranquilizó, volvió a abrirlos. Se marchaba a vivir a Nueva York. A trabajar en Nueva York. En el campus de la New York University. Con el mismo sueldo. Y Leo la esperaba.

¡Su corazón daba botes, gritaba aleluya! ¿Cómo darle las gracias, mi querido Ronald? ¿Quiere que le prepare un café, que corra a comprarle un cruasán con almendras, que le haga una rápida mamada bajo la mesa? Inclinó la cabeza, sonrió, se convirtió en gatito, la gatita y el bebé panda. Se acurrucó para demostrar que era su pequeña y tierna Rose. Que tenía razón en confiar en ella. Que iba a dar lo mejor de sí misma para complacerle. Una frase de su madre resonó en su cabeza: «A los hombres hay que adularlos, darles coba, hacerles creer que son los más grandes, los mejores, y así obtendrás todo lo que quieras de ellos».

Sintió vergüenza y se enderezó.

¿Por qué me he ablandado así?, se reprochó. Compórtate, pequeña mía. Corta los viejos circuitos, salta en medio del círculo. Impón respeto. Es él quien te tiene que traer un café, añadir azúcar y remover con la cuchara. Es él quien te necesita.

Tú has encontrado algo formidable. Tú sola. Así que mantén la cabeza bien alta.

Aspiró y ahuecó el torso. Volvió a ser una guerrera.

Pensó en la luciérnaga americana, prima de la suya, la *Photuris versicolor*. No tiene molécula de defensa y, sin embargo, ha inventado un subterfugio para conseguirla. Se coloca de espaldas, separa las patas, exhibe su vientre, se menea, envía flashes de luz que pertenecen a otra especie, la *Photinus ignitus*, que posee esa preciosa molécula. El macho *Photinus*, confundido por las señales y persuadido para aparearse con una compañera, se lanza sobre ella. *Kiss kiss bang*, el macho eyacula, la luciérnaga americana lo coge por la cabeza y se lo come crudo, entero, dándose un buen banquete y obteniendo una molécula que la protegerá de los depredadores. Los investigadores americanos la habían bautizado como la *femme fatale*.

Quedaba fuera de toda discusión que ella, Rose Robinson, fuera a ser menos que la luciérnaga americana y se revolcara a los pies de Lupaletto. Y en cuanto a Leo y Ronald, más les valdría andarse con ojo.

—Me iré en cuanto disponga —dijo mirándolo a los ojos.

Babou se pintaba las uñas sentada en el suelo de su habitación. O, mejor dicho, depositaba un punto de esmalte rojo al borde de cada dedo azul marino. Sacaba la lengua, resoplaba con el brazo extendido, el pincel impregnado de una espesa capa roja.

—¡Sobre todo no me desconcentres! —gruñía.

—¡Babou! Tengo que contarte una noticia increíble.

—Espera. Ya casi he terminado.

—¡Pero Babou!

—¡Espera, te digo!

Rose se sentó sobre el edredón de flores de la cama. Babou se

lo había traído de Saint-Aubin. De niña, Rose solía contar los racimos de margaritas, las campanitas de muguet, los cuellos inclinados de los ranúnculos, los ramilletes de fresias. Eso la ayudaba a reflexionar. Leo no había respondido a su mensaje. ¿O es que no lo ha recibido? *Let's face it, Rose!* Asúmelo, Rose. No eres una prioridad en su vida. Más te vale recordarlo.

Y olvidarlo.

—Ya está —exclamó Babou, enderezándose.

Se masajeó las piernas y se volvió hacia Rose.

—¿Estás lista? —dijo Rose, que dio unas palmadas excitada.

—Te escucho. Estoy a tus pies. Tus ojos centellean. Debe de ser una buena noticia.

—Me marcho a Nueva York. Voy a trabajar allí.

—¿Para siempre? —preguntó Babou con una vocecilla que ascendió y ascendió hasta romperse en los agudos.

—¡Claro que no! Tres meses, seis...

—¿Lo juras?

—Babou, si fuera para siempre te llevaría conmigo.

—¿Prometido?

Los dedos de Babou apretaban tan fuerte el tapón del pintaúñas que sus falanges se pusieron blanquecinas.

—Prometido. ¿Qué significa ese punto rojo entre los dedos del pie?

—El pompón del marinero. Para hacer como si fuera una boina. ¿No se entiende?

Rose contempló los dedos de Babou y vio la boina.

Una boina, dos boinas, tres boinas; la cabeza le daba vueltas. Cuatro boinas, cinco boinas, seis boinas; sintió una náusea, una arcada de bilis remontó de sus tripas. Siete boinas, ocho boinas... Su vientre se hinchó como si se hubiese tragado un airbag. Finos regueros de sudor resbalaron de sus sienes. Se ahogaba, se asfixiaba.

—¿Qué tienes, mi princesa? Te has puesto pálida como una

mortaja.

—¿Y por qué lo haces? —preguntó Rose señalando los pompones rojos.

—Por nada en especial. Para reírme. ¿Por qué te pones así?

—Babou, es horrible, te lo juro. Voy a morir. Soy una bolsa de vomitar.

Babou extendió los brazos para abrazarla.

—¡No me toques, no me toques! ¡Te lo suplico! No soportaría...

Rose forcejeaba para escapar de su apretón.

—Pero, mi princesa...

—¡Para! ¡No tiene gracia! ¡Ninguna gracia!

Se encerró en su habitación. Intentó vomitar en una palangana que guardaba bajo su cama de cuando hacía cultivos simples para el laboratorio. Un viejo recipiente desconchado con el fondo verdoso. Contempló las manchas oscuras y glaucas y trató de vaciarse. Se metió dos dedos en la boca, sacó la lengua hacia delante, carraspeó, carraspeó... No salió nada. Las manchas al fondo de la palangana temblaban bajo los escupitajos gelatinosos y parecían moverse. Medusas de ojos fríos trepaban por los bordes. Rose, embadurnada de moco y de un hilillo amarillento y pegajoso, permanecía inerte, inclinada hacia delante, con una sensación asquerosa que le quemaba la garganta.

Terminó por dejarse caer sobre el parquet, el pelo pegado, los ojos enrojecidos, y se durmió, acurrucada bajo la colcha que había arrancado de la cama.

Ya de noche, una frase la despertó. Una frase que se repetía: «¡Deja de inventar historias! Todas las niñas... ¡Deja de inventar historias! Todas las niñas... ¡Deja de inventar historias! Todas...».

La frase se detuvo de golpe. Como si la hubieran cortado en el montaje. O como si su cabeza no quisiera conocer la

continuación.

Se enderezó, con los pies helados, las mejillas ardiendo, y gritó:

—¿Todas las niñas hacen qué?

Al día siguiente tenía un regusto amargo en la boca y la cabeza hecha trizas. Contempló la hora, asombrada. ¿Había dormido tanto? Llegaría tarde al laboratorio. No podía retrasarse. Apoyó un pie en el suelo.

Babou la esperaba en la cocina.

Pasó una mano por los cabellos de Rose. Apoyó la mejilla contra su frente para ver si tenía fiebre. Le acercó un tazón de té humeante. Le hizo un masaje en los hombros, en la espalda, mientras Rose soplaba sobre su té para enfriarlo.

Consiguió bebérselo y, con boca pastosa, dijo:

—No sé qué me pasó ayer, Babou.

—No importa, mi princesa. Puedes hacerme cualquier cosa, sé que me quieres. Eres tú quien está mal, no yo.

Rose se giró, abrazó a su abuela por las caderas y hundió la cabeza en el delantal gris.

La doctora M pudo recibir a Rose a las siete y cuarto de la tarde.

La escuchó. Hizo mover sus dedos. Empujó la caja de pañuelos de papel hacia ella cuando pensó que iba a echarse a llorar. Pero no fueron más que unas pocas lágrimas, muy escasas.

—Es un progreso. No había llorado nunca…

Le dijo que estaba en el buen camino, que había encontrado una pista.

—«Hay que recrear el pasado para desprenderse de él», decía Balzac. Una vez que haya revivido las escenas que la han traumatizado, las meterá en una caja y no volverán a

atormentarla. Su disco duro estará limpio, podrá empezar de cero. Con el pompón del marinero y la cantinela de la frase ha conseguido levantar una esquina del velo.

—¿Voy a curarme?

—Ha dado el primer paso.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Nada. Las cosas irán surgiendo por sí solas. Acójalas. Tengo pacientes en Nueva York. Hablaremos por Skype si quiere...

Rose extendió un cheque de ochenta euros y se marchó. Cuando estuvo en el metro se dijo que, esta vez, no había visto ninguna polla.

Se dijo también que la doctora M tenía razón, que ella no lloraba nunca. No recordaba haber vertido lágrimas.

O puede que llore sin lágrimas. Para mis adentros. No lloré cuando Papou murió; ese no era mi problema. No lloré cuando papá se marchó; ese no era mi problema. Tampoco lloré cuando arrancaba las patas a las hormigas para comprobar con cuántas podían continuar andando. Cogía una pinza de depilar y las extirpaba de un tirón seco. La hormiga se estremecía. ¿Sufriría? No sabría decirlo, tomaba nota mental para analizarlo más tarde. Las hormigas caminaban a tres patas. Cambiaban su esquema de progresión a medida que perdían las patas. Avanzaban más o menos de través.

No sé llorar.

Un ruido de llaves en la cerradura. Una voz aguda y penetrante que lanzaba un ¡yuju!, y los tacones que golpetean en el parquet. Valérie había vuelto.

—¿Dónde estáis?

—¡En la habitación de Babou!

Valérie se había quitado el abrigo y las contemplaba desde detrás de sus gafas negras, con los brazos cargados de carpetas, de cuadernos, de hojas garabateadas, de guiones con encuadernación en espiral.

—¿Qué es lo que estáis tramando vosotras dos?

—Me marcho a Nueva York. Por trabajo. Ya sabes, la pequeña luciérnaga de la que te hablé...

—Sí. ¿Y?

—Yo tenía razón. Ha demostrado ser un descubrimiento superinteresante y yo...

—¿Cuándo te vas?

—No lo sé. En una semana, supongo...

—Es fabuloso, ¿no? —dijo Babou—. ¿No estás orgullosa de tu hija?

—¡Mucho! Y no te olvides de despedirte de la portera. Y de desearle lo mejor. Te olvidas siempre de ella y se siente humillada.

—¡Oh, mamá! No necesito hacerle la...

—Sí. Me es muy útil. Solo te llevará media hora. Te ofrecerá una taza de té, una magdalena, tú le harás algún cumplido y me dejará tranquila durante un año.

—No pienso ir.

—Irás. Y punto. No se hable más. Soy tu madre y debes obedecerme.

Puede que seas mi madre, pero no eres una madre. Y yo no soy tu moneda de cambio.

O mejor dicho, no lo seré más.

Sé amable, sonríe, da los buenos días, ponte recta, haz que me sienta orgullosa, no me avergüences, deja de comerte las uñas, mantente erguida, ¿qué es lo que va a pensar la gente?

¡Dirán que te he educado mal!

El domingo por la tarde salíamos a visitar a personas «importantes», personas con «un gran empleo». Eran amigos de amigos de amigos. O primos de primos de primos. Tú nunca me contabas nada de ellos. Cambiábamos tres veces de autobús y de metro, errábamos en busca del número correcto, tú, apretando la mandíbula; yo, con pies de plomo. Esos domingos, flanqueabas el umbral de apartamentos señoriales y te convertías por unas horas en un felpudo pisoteado, amable, servil, dulce. Tu rostro se redondeaba, tu voz perdía sus aristas, tus uñas escondían las garras. Me estrechabas contra ti. Yo imitaba una breve sonrisa, la gente preguntaba «¿es tímida?».

Tú contestabas «está cansada, se esfuerza mucho en el colegio».

Yo adoptaba una expresión agotada, bajaba los ojos. Interpretaba mi papel de chica valiente primera de la clase. Era tu marioneta, haz de mí lo que quieras, mamá querida. Tenía la impresión de que pedíamos limosna.

Tú, que tanto deseabas complacerles, atenderles, suspirabas, dejabas escapar frases enigmáticas llenas de espacios, «¡Ah! Si supierais... los hombres así, más valdría no encontrarlos nunca... Que él se quede donde está... Y yo tan sola, con la pequeña...».

Yo trataba de rellenar la información entre los espacios. De suplirlos con nombres, países, horarios de tren, de avión, océanos, letras, una orden de búsqueda, una denuncia por robo, un coche incendiado, las sirenas de los bomberos, un pasillo de hospital, cosas que oía en la radio, en la televisión, con el fin de resolver el misterio.

—¿Qué es lo que ha hecho papá? —preguntaba cuando nos marchábamos, ya de noche.

—Es un cabrón.

—Sí, pero ¿qué es lo que ha hecho?

Quería unir las palabras con las imágenes. Los espacios no decían nada. ¿Acaso debía creerla? No tenía demasiados recuerdos de mi padre, pero no recordaba que fuera un cabrón.

—¿Ha matado a alguien? ¿Está en prisión? ¿Y dónde está, para empezar?

Si estaba en la cárcel, me gustaría ir a verlo.

Tenía una nariz grande, el pelo de punta, grandes dientes que reían. Bailaba en el salón, con un cojín en los brazos. Bailaba en inglés, en alemán, en español. Fumaba Gitanes. Leía *L'Equipe*. Eso era muy poca cosa como indicio para seguir su pista.

—Eso no te incumbe. Eres demasiado pequeña...

—¿Me dirás cuándo?

—¡Cuando las gallinas tengan dientes!

Zigzagueábamos por las calles en busca del autobús o del metro.

Esa gente no te daba demasiado, apenas un té con panecillos de leche que bebíamos con la espalda recta y las rodillas apretadas, pero se dejaban ver. Su bonito apartamento, su bonita casa, sus hermosos niños que sacaban buenas notas en el colegio, sus bonitas vacaciones, sus bonitos coches, sus bonitos abrigos, sus buenas paletillas de cordero los domingos. No te invitaban nunca a sus cenas, a sus cócteles, a los fines de semana en su casa de campo. No te presentaban a hombres «bien» que se casarían contigo y te pagarían el alquiler. Eras demasiado guapa. Demasiado inteligente. Las mujeres no se fiaban, los hombres te miraban de reojo. Cretinos pontificadores que hablaban alargando sus frases, sus brazos y su vaso de whisky, cretinos de culo cuadrado, encantados de imponerse, a ti, que en otros tiempos te habías burlado de ellos. Se parecían a las *Diaspididae*, las cochinillas descritas en el viejo tratado de zoología del profesor Pierre-Paul Grassé que también se encontraba en la biblioteca de Papou en Saint-

Aubin. A lo largo de sus páginas, el autor mostraba con la ayuda de ilustraciones pavorosas cómo cierto tipo de cochinillas terminaban por no ser más que sacos con estiletes para nutrirse, un ano y una vagina. Sin alas, sin patas, sin antenas, sin ojos. Simples sacos de procrear. El macho conservaba sus alas, sus patas, sus antenas y sus ojos para detectar los sacos femeninos y rellenarlos. Si la hembra era informe, el macho se mostraba gallardo: armado con un pene enorme que medía alrededor de una cuarta parte de su tamaño, el equivalente a cuarenta y cinco centímetros en el hombre, iba de hembra en hembra, de saco en saco, introduciendo su largo sexo bajo el delantal de la *Diaspididae*.

Las mujeres de los domingos me recordaban a esa cochinilla.

Esas visitas eran el culmen de tu vida social, de nuestra vida social. Y si, por una increíble casualidad, un hombre «bien» se dirigía a ti, tú evitabas respirar para no cortarle la palabra. Te convertías en el humilde receptáculo de sus análisis sobre la inflación, la subida de los tipos de interés, la caída del dólar, la delincuencia en la ciudad y en el campo o la crisis de la tortilla en México.

La mayoría de las veces, apenas el hombre se marchaba, y mientras tú viajabas en una pequeña nube, «¡este es para mí, es tan distinguido!», acariciabas el collar de perlas que te había regalado, revisabas tu inglés, tu español, la cotización del dólar y de la tortilla, te hacían ver que él ya estaba «cogido» o, ahogando una risita en un panecillo de leche, que él no le haría daño a una mosca, ¡y menos aún a una mujer! El rubor subía a tu frente, pillada en flagrante delito de ser vendida por dos dólares o tres pesos.

Y yo me quedaba ahí, incómoda, con la sensación de haber sido cómplice de algo que me superaba, objeto no identificado de vergüenza.

Nos marchábamos tristes, tan tristes por haber caído desde

tan alto.

Esos domingos deplorables era yo quien hacía de adulta a la vuelta. La que leía el número del autobús, el nombre de la estación, me fijaba en el andén para el trasbordo, vigilaba que tu bolso estuviera bien cerrado.

Y cuando, sentadas codo con codo en el metro, te preguntaba por qué ese hombre encantador no haría daño a una mosca, tú no respondías. Todo estaba apagado en tu rostro. Apretabas la mandíbula y dos pequeñas bolas se formaban bajo tu piel. Yo conocía esas pequeñas bolas. Aparecían cuando te impedías llorar. Me daban ganas de cogerte las manos, de acariciarlas, de besarlas. Ganas de decirte no te preocupes, mamá querida, ya nos las arreglaremos. Eres la más guapa, la más inteligente, la más valiente, eres una golondrina que siempre anuncia la primavera. No necesitamos postrarnos delante de esos bobos siniestros que empapan sus panecillos de leche en su té inglés. Te tendía la mano y tú la ignorabas diciendo «¿has hecho tus deberes para mañana?».

Un día, dejamos de hacer las visitas del domingo.

Raymond tenía un garaje en la puerta de Châtillon.

Raymond tenía un bigote pintado con cera negra, una enorme barriga, trajes azul marino de talla doce años, zapatos bicolor marrones con punta, y contactos. Alquilaba o vendía coches para rodajes de películas. Raymond tenía un montón de amigos, de actores, de técnicos, de dobles, de agentes, de productores. Todo el mundo amaba a Raymond.

Salvo tú.

Raymond no conocía la cotización de la tortilla.

Tú te apresurabas a lavar las sábanas cuando él había dormido en casa. Las arrancabas de la cama, hacías una furiosa bola bajo tus brazos y te abalanzabas sobre la lavadora donde vertías la mitad del paquete de detergente y escogías el programa «ropa muy sucia». Después de eso, encendías un

cigarrillo y contemplabas cómo giraban las sábanas. Dos pequeñas bolas duras asomando bajo tu mandíbula.

No había que molestarte.

Raymond tenía dinero, una mujer y tres hijos. Te ayudó a entrar en una gran agencia artística. Aprendiste el oficio, te despediste y abriste tu propia empresa, El Taller. Los artistas te siguieron. Pequeños nombres, desconocidos. Nadie daba un céntimo por tu futuro cuando, de pronto, un actor famoso decidió unirse a tu agencia. Fue un acontecimiento. Se habló de ello en los periódicos. «Un buen botín de guerra», dijo la prensa. Se buscó «si había algo más detrás». Algún tipo de vínculo. No encontraron nada. Todo estaba en orden. Te hiciste fotos conmigo. El pie de foto decía: «Ella es bella, brillante, famosa, pero su mejor papel es el de mamá». Yo tenía doce años. Me mantenía rezagada, con cara taciturna. En todas las fotos ponía mala cara. El actor famoso «que garantiza mi volumen de negocio de cada mes», venía a menudo a casa. Tenía *su* botella, *su* sillón, tú lanzabas al aire tus zapatos y te arrodillabas a sus pies con una genuflexión dócil y sumisa.

Te convertiste en la mejor agente de París.

Yo tenía razón, mamá, eres bella, eres brillante, eres valiente.

Contigo siempre es primavera.

Pero no pienso ir a ver a la portera.

Rose no respondió. Valérie supuso que le obedecería. La portera continuaría limpiando su trastero, reservándole una plaza de aparcamiento gratis, recogiendo sus paquetes y echándole las cartas ante un buen café.

Valérie salió de la habitación lanzando una predicción:

—¡Ten cuidado, Rose! En Nueva York la comida es riquísima. Vas a tener que pasar hambre o si no...

Las chicas, Khadija y Nini, habían añadido una estancia a las tres habitaciones que ocupaban bajo los tejados del número 8 de la calle Rochambeau. Había sido una buena idea ganar espacio para el bebé que iba a nacer. Lo habían discutido y Rose les había sugerido que construyeran una cocina.

—Pero... ¡esto no es una cocina! —dijo Rose al descubrir la habitación.

—No. Es un dormitorio.

—Pero ¿por qué un dormitorio más?

—Una habitación para el bebé, otra para nosotras, otra para el salón-cocina y la cuarta... para Adama.

—¿Adama?

Khadija repitió:

—Pues sí, Adama. Adama, el abuelo.

—¿El abuelo de quién?

—Del bebé. Se ha mudado esta mañana. Se ha empeñado en montar su armario. Se negaba a renunciar a él. Fue la primera cosa que compró cuando llegó de Senegal.

—¿Y cómo lo conocisteis?

—Trabajaba en la Caja de Subsidios con Nini. Se encargaba de los suministros, cambiaba las bombillas, reparaba las máquinas de café, las impresoras, calmaba a la gente cuando la atmósfera se ponía tensa... Lo han echado de su apartamento. Con su pequeña pensión no podía pagar un alquiler. Vive solo. Tiene un alma bella.

Khadijah era experta en almas. Podía evaluar su grado de elevación o de bajeza. Había certificado que Valérie tenía un alma bella, pero que la vida se la había magullado. Aún quedaba esperanza, una pequeña lucecita que brillaba siempre en su interior.

—Verás, este bebé solo va a estar rodeado de mujeres. Eso no es bueno. ¿Y si es un niño?

—¿Aún no sabéis el sexo?

—No queremos saberlo.

—¿Y Babou ha conocido a Adama?

—Esta mañana. Ha sido un flechazo.

Khadijah sonrió y se acarició el vientre.

—Él salió a pasear por el barrio. Ha estado inspeccionando la plaza, los árboles. Me ha asegurado que los hay muy viejos. ¿Te molesta si me tumbo? Estoy cansada. Y ahora, cuéntame. ¿Estás bien? ¿Has hecho algún progreso con tu pequeña luciérnaga? ¿Sigues trabajando tanto?

Bajo la pasarela, Joseph siempre lleva una chaqueta negra impecable, su camisa blanca, los zapatos de cuero bien lustrados. El pelo, peinado hacia atrás con una capa de gomina, brillaba al sol. Sus uñas estaban limpias. Giró la cabeza y sus ojos se convirtieron en dos ranuras que mantenían a Rose a distancia. Entreabrió la boca, dejó brillar unos dientes muy blancos bajo unas encías muy negras, y luego volvió la cabeza hacia su andamiaje de desamparo.

Una muñeca rubia de largos cabellos como serpentinas, mejillas y labios rosas, ojos azules y largas pestañas, descansaba sobre los sacos de basura y las partituras de música. De noventa centímetros de altura, llevaba una larga falda de gasa blanca, una blusa de seda color crema con mangas farol y las manos envueltas en papel de burbujas.

La muñeca sonreía hacia el frente, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos vacíos.

Rose depositó la botella de champán que le había comprado a Mehdi, «¿para quién es, mi pequeña Rose? ¿Tienes novio? ¿Has olvidado ya a aquel que te hizo sufrir tanto? ¡Venga! Dímelo. ¿No quieres? ¡Peor para ti! De todas formas, te voy a regalar dos copas de plástico, para que bebas a mi salud».

Rose sacó las copas de los bolsillos de su parka.

Las dejó delante de la pareja y se marchó.

¡Ya está! He llegado a Nueva York...

¡Ya está! He llegado a Nueva York, querida Babou. Apenas acabo de instalarme y ya te escribo, como prometí. Con un papel DE VERDAD y un bolígrafo DE VERDAD, para que leas y releas mi carta mientras te frotas los ojos.

Pero antes que nada: te quiero, te quiero y te quiero. Eres mi Babou de amor, mi Babou adorada, y eso no cambiará nunca.

Y para continuar...

Vivo en un estudio en el número 3 de Washington Square (en la parte baja de la ciudad, puedes verlo en el plano que te dejé en la mesilla de noche, estante inferior izquierdo). En Bleecker Street. Es un bloque inmenso, largo y feo. Rojo, gris, a veces beige, a veces marrón. El arquitecto debió de quedarse sin pintura, sin piedras o sin ladrillos y usó todo lo que caía en sus manos para terminar la obra. Estoy en el piso catorce. Vivo en el cielo, hablo a las nubes, a las tormentas, y Babou, ¡oh, Babou!, la vida es inmensa y bella.

Cuando mi avión aterrizó en la pista del aeropuerto JFK, tenía la nariz pegada a la ventanilla, ansiosa por poner el pie en el asfalto. Hice dos kilómetros de cola para pasar la aduana. Respondí a las preguntas de un aduanero hosco con un gesto como de melón aplastado. Me tomó las huellas, me fotografió. Un rostro torvo (¿recuerdas, Babou, cuando decías «torvo no, más bien de “estorbo”?», ¿te acuerdas cómo me reía?).

Cuando fui a coger el autobús a Manhattan, sentí como si dos manos me estrangularan. Era el frío. Diecisiete bajo cero en la pantalla de mi teléfono, sensación térmica de menos treinta y dos. Delante de mí, un chico lanzó la Coca-Cola de su vaso al aire y el líquido cayó como granizo. Extendió una mano, incrédulo, y lamió las bolas de hielo de sus manoplas.

Mi estudio es grande y está bien amueblado. Con cafetera, cucharillas, tostadora, toallas de baño, plancha, aspiradora, secador, todo en buen estado. El edificio está reservado para estudiantes. Los hay de todas las edades. En el vestíbulo de entrada, ante una escultura

de bambús, se encuentra la oficina del *doorman* (lo que sería el portero en Francia). Se ocupa de la intendencia del inmueble, de arreglar problemas de electricidad, de fontanería, de la televisión mal sintonizada, del correo. El del turno de mañana se llama Richie; el de la tarde, Sam, y el de la noche, Freddy.

Siento como si hubiera vivido aquí toda la vida.

En mi barrio hay un montón de tiendas de ropa usada. Puedes encontrar jerséis por cinco dólares o chaquetas por diez. Las vendedoras llevan el pelo azul, naranja, verde, amarillo limón, *piercings* en la nariz, en los labios, en las orejas, y están tatuadas hasta en la nariz. Te cobran mirando hacia el techo mientras mastican chicle. Me he comprado un pantalón verde manzana, un chal rosa, un abrigo beige (muy bien cortado) de piel de imitación, y todo por solo veinte dólares. Me veo muy bien. He comprendido una cosa: tener estilo es sentirse bien bajo tu piel, pasear con las manos en los bolsillos en plan «me importa un bledo lo que penséis de mí porque yo me encuentro cañón», o dicho en inglés *I don't give a damn*. En Nueva York, tengo estilo. En París, no. En París la gente me juzga y me acobarda. ¡En Nueva York, ni me miran!

Aquí me atrevo a hacer un montón de cosas que no haría en París.

Por la mañana me levanto a las siete y media, enciendo la televisión para oír los informativos y el parte meteorológico (para saber qué ponerme). Hay anuncios publicitarios cada siete minutos. Y gritan como si estuvieras sorda y sonada. El domingo por la mañana es el turno de los predicadores que proclaman el nombre de Jesús mientras pasan la cesta. Llenan salas más grandes que el Estadio de Francia. Veo otras cosas terribles en la pantalla, como una niña de ocho años que aprende a utilizar un arma de fuego. Cada día, diecinueve niños resultan muertos o heridos, mil trescientos cada año. En el caso de los adultos es aún peor: once mil seiscientos cincuenta muertos el año anterior y doscientos setenta y tres tiroteos masivos.

Enciendo la cafetera, abro los panecillos con el tenedor, los pongo en la tostadora, saco de la nevera el beicon, los huevos, la mermelada y la mantequilla, para que se ablanden mientras me ducho. El agua es dulce y resbala por la piel, como la crema hidratante.

Hacia las ocho y media, me enfundo la parka, mis dos pares de guantes, mis dos gorros, me enrosco la bufanda hasta la nariz, cierro la puerta, llamo al ascensor y saludo a mi vecina plantada sobre su

felpudo. Debe de tener unos cincuenta años, me pregunto qué hace en una residencia de estudiantes. Ella afirma estar casada con Jesús, viste un largo vestido gris, ceñido por un rosario en la cintura, sus pies desnudos en las sandalias y pone mayúsculas a todo: «Espero a mi Esposo. Pensaba que era Él quien venía. Viaja mucho. Lleva la Buena Nueva de Nuestro Señor».

Me recita un versículo de los evangelios, siempre el mismo: «Señor, ¿a quién vamos a seguir? Tú tienes palabras de vida eterna», y cita a san Juan capítulo 6, versículo 68. O algo por el estilo. No estoy segura de entenderlo ni tampoco tengo ganas de discutir. Yo respondo: «Sí, por supuesto, que tenga un buen día». Debe de seguir algún curso en el Centro Católico de la NYU en Thompson Street. O más bien imparte clases. No lo sé. Pero hay un montón de estudiantes que llaman a su puerta por la noche. Durante el día no lo sé, porque no estoy en casa.

El laboratorio está muy cerca, en el número 100 de Washington Square East. Apenas cinco minutos a pie. Primero rodeo una especie de parque minúsculo, supuestamente histórico, porque en él se plantaron hierbas, matorrales, árboles y arbustos que formaban parte del paisaje cuando los holandeses conquistaron la ciudad en 1624. Salvo que, en la actualidad, ha sido pasto de las zarzas. Atravieso Washington Square. Contemplo las ardillas pegadas a los troncos de los árboles, a los vecinos que juegan al ajedrez sin levantar la cabeza, a las palomas en busca de migas. Tengo la impresión de estar en casa y actúo como propietaria. Cuando algún individuo arroja un papel al suelo o parte una rama, me muerdo la lengua para no insultarlo. Todo me es familiar. Incluso mi nombre se ha vuelto americano. Rooose Robinessonne.

Leo, ya sabes, mi colega, me ha acogido con los brazos abiertos. Me dio unas palmaditas en la espalda repitiendo que estaba muy contento de volver a verme. Asegura que la luciérnaga alsaciana va a darnos mucho dinero, ya ha hablado con varios laboratorios y ha establecido algunos contactos. Está convencido de que los fondos van a fluir y que los beneficios serán enormes. Aún no nos hemos puesto de acuerdo sobre qué es lo que queremos hacer. Él se inclina por los cosméticos; yo por la medicina y la investigación. Vamos a tener que decidirnos, y sin duda nos pelearemos, pero por el momento no digo nada. Estoy demasiado contenta de estar aquí, no tengo ganas de estropear mi buen humor.

El laboratorio es conocido sobre todo por sus trabajos obre la mosca *Drosophila melanogaster*. Los neurobiólogos se interesan por los mecanismos que definen los ritmos circadianos de la drosophila y sus neuronas. O, dicho llanamente, el estudio de los ciclos del sueño en la mosca, muy parecidos a los del hombre, por si no lo sabes, querida Babou.

Llevan más de cien años estudiando esa mosca, que ha permitido que la genética se desarrollara como ciencia. Se sabe todo sobre ella: cómo reproducirla, cómo dormirla para seleccionar las larvas, cómo separar los sexos bajo la lupa, y hacer todo tipo de cruces. Existe un enorme archivo de mutantes que cada laboratorio puede adquirir para estudiar tal o cual especie responsable de tal o cual función. El genoma completo de la drosophila ha sido totalmente secuenciado; está disponible en internet. Están desentrañando los genes que permiten a la drosophila mantener su reloj interno que, al igual que el del hombre, dura más o menos veinticuatro horas.

Para mí, Babou, esa mosca es mucho menos sexy que la *Lamprohiza splendidula*, mi luciérnaga alsaciana, con sus hermosas emisiones de luz. Los demás investigadores estudian otros insectos: mariposas, mariquitas, saltamontes. Trabajamos codo con codo en medio de bombonas de gas carbónico (para dormir a los insectos), de frascos, de productos químicos, matraces, probetas, lupas binoculares, agitadores. Reina un estudioso desorden, muy estimulante. Al menos, yo me siento bien. Cada uno trabaja en su rincón. El director del laboratorio se llama Redcliff. Tiene unos ojillos marrones, una nariz como una chapa de Coca-Cola, es calvo, encantador, siempre dispuesto a ayudar. Camina con las manos por delante, totalmente laxas, que penden en el aire como dos ganchos, y sonríe con sus dientes en abanico. ¡Se parece a una ardilla! Me dan ganas de rascarle la cabeza y lanzarle cacahuetes.

He conocido a un estudiante francés. Debe de tener mi edad. Trabaja aquí desde hace tres años. Alto, delgado, guapo, flemático. Camina como un bambú que se pliega y no se rompe. Estarás pensando: «¡Ah! ¡Ah, Rose está a punto de enamorarse! ¡No, Babou! De eso nada. Pero debo reconocer que tiene mucho encanto. Es oriundo de Amiens y se llama Hector. Estudia los ritmos del sueño en la mosca. Hablamos poco. Está muy concentrado en su trabajo. O bien no le intereso. Voy a espiarle y te contaré algo más. Cuando llegué, la

primera mañana, él se estaba comiendo un bocadillo de jamón con mantequilla. ¡Francés un día, francés para siempre!

Hay otro chico que no me gusta demasiado. Sergueï. Acaba de llegar. Ha conseguido una beca de trabajo para tres años. Es kazajo, es decir, un cosaco muerto de hambre. Trabaja en una mariposa tropical del género *Heliconius*. ¿Sabes lo que hace esa *Heliconius*? Pasa volando como un bombardero por encima de la hembra y suelta sobre sus antenas un cóctel de feromonas afrodisiacas excretadas por los pelos de su vello abdominal. La hembra, embriagada, se desmaya, cae al suelo, despliega sus alas y abre su sexo de forma explícita, mostrando que acepta la copulación. El *Heliconius* ya no tiene más que lanzarse de cabeza y ensartarla. Cuando ha terminado ese pequeño asunto, la espolvorea con una feromona antiafrodisiaca para que la hembra se vuelva insensible a los otros machos. Así la mantiene controlada, por si le apetece regresar. Sin embargo, si otro macho aparece y le entran ganas de acoplarse con la hembra ya fecundada, deberá descargar un veinticinco por ciento de esperma suplementario para poder competir con el esperma del macho que lo ha precedido. Un verdadero duelo de egos sobre el cuerpo de la hembra inanimada.

Ese tema de investigación le pega mucho a Sergueï. Cuando pasa a mi lado, siento un nudo en el estómago, ¡una especie de alerta de peligro! Él somete a las chicas con sus ojos lujuriosos, las manos por delante, les dice groserías terribles y se palmea los muslos. El otro día, hablaba con una mano en la bragueta y se manoseaba. Alardeaba de ser «tan astuto como un abejorro». Debe andarse con ojo, porque aquí no se bromea con los desbordamientos sexuales. No se bromea con nada en absoluto, para ser exactos. Hay que prestar mucha atención a lo que se dice.

He hecho una amiga. La llaman Big Denise, primero porque hay otra Denise, y luego porque... bueno, es exuberante. (Si llamas a alguien gordo, puede llevarte a los tribunales). Big Denise, suena más afectuoso, y por eso nos permite llamarla así. Y además, le va mucho. Trabaja sobre una termita reina de África del Sur, la *Macrotermes*.

Big Denise es muy divertida, siempre está indignada, y es muy sociable. Le suceden aventuras imposibles con los chicos. Por la mañana, quedamos para tomar un café antes de ir al laboratorio. Ella me cuenta sus historias del corazón (¡se enamora cada tres segundos!). Cotorreamos. Nos reímos. A veces también hablamos en serio.

Y eso es todo, querida Babou, mis primeras noticias americanas. Me has pedido que te escriba cartas sinceras y ya ves, mantengo mi promesa. Ahora voy a tener que buscar un buzón. No será fácil, no hay muchos *post offices* por aquí. Aún no he visto ninguno, a pesar de que ando mucho.

Te mantendré informada de cualquier novedad. Así lo sabrás todo, todo, todo...

Rose vaciló, dudó si tachar las últimas palabras. Las dejó. Firmó:

ROSE, que te ama con locura

Añadió una posdata:

Cuida bien de Joseph en mi ausencia. Me he dado cuenta de que prefiere los bizcochos de limón verde.

Rose no le contaba todo a Babou.

Sobre todo en lo que concernía a Leo.

Él la había acogido con efusividad, pasando y repasando su mano por el mechón, acentuando su hoyuelo, dirigiéndole una sonrisa *urbi et orbi* como si fuera el papa en el balcón de San Pedro el domingo de Pascua. Le había asegurado sentirse impaciente por retomar sus trabajos. Rose era una buena colega, una chica tan agradable, tan inteligente, tan perspicaz. Amén. Había empleado palabras halagadoras, pero era como si construyera un muro de ladrillo a su alrededor para protegerse.

¿Tendría quizá una novia?

¿Se acordaría quizá del episodio de la Taberna Alsaciana?

¿O sería quizá que Rose no le gustaba en absoluto?

¿O puede que quizá ignorase sencillamente que estaban casados, vivían en la calle Thompson y tenían dos hijos?

¿Cómo habría podido saberlo? Ella no le había hablado nunca de eso.

—¡Y yo que quería causar buena impresión! Lo estropeé todo haciéndole esa escena en el restaurante —le había dicho a la doctora M por Skype—. No puedo dejar de pensarlo.

La doctora M la observaba, muda, asombrada.

—Buena impresión, ¿entiende? —repetía Rose.

—No.

—¡Sí! Quería que él me encontrara original, inteligente, especial.

—¿Por qué?

—Bueno... Por causar buena impresión.

—¡Ni que fuera una impresora!

Rose había colgado y le había enviado la transferencia de ochenta euros en el acto.

Esta vez tampoco había visto la polla.

No soy una impresora, no tengo por qué causar buena impresión. Me mantengo erguida en medio de mi círculo. Reflexiono, no me dejo influenciar ni manipular, hago lo que es bueno para mí.

¿Por qué?

Porque no soy una impresora.

Leo hablaba a menudo del futuro de la pequeña luciérnaga:

—Yo seguiría el campo de la estética hasta el fondo. Quizá tengamos la receta milagrosa de la crema antiarrugas o antienvejecimiento. Se la vendemos a una marca como L'Oréal, Sanofi, Pfizer o cualquier otra, y nos hacemos con un montón

de pasta. Será más rápido que lanzarse a un protocolo médico en el que hay que invertir dinero a espuertas y repetir tres veces cada experimento antes de que sea validado. ¡Y eso lleva años y años!

Rose se callaba. Al no responder, lo colocaba en su lugar de colaborador. No quería discutir. Ya habría tiempo para abordar el problema. Y, al final, sería ella quien tuviera la última palabra.

Porque estaba al mando.

Ella era quien había descubierto la molécula a la que había bautizado como Luciolina. La que la había testado. La que, después de numerosas manipulaciones, había constatado que, incluso diluida mil veces, su molécula reaccionaba sobre las células cancerígenas sin destruir las células sanas. No fue hasta mucho después de esos descubrimientos cuando recibió un correo de Leo Zackaria, un joven investigador asociado del laboratorio de Cornell. Su universidad y el laboratorio de Ronald Lupaletto estaban hermanados, había seguido el trabajo de Rose y sus publicaciones. Había decidido trasladarse a Francia para ayudar a purificar la Luciolina y estudiar el alcance de sus poderes. Había animado a Rose y a Ronald Lupaletto a redactar una patente con la ayuda de los juristas del Muséum y de la Universidad Cornell. La patente había sido depositada justo antes de que Rose guardara su tesis bajo siete llaves para preservar el secreto. Esta incluía las aplicaciones médicas y cosméticas. Nadie podría utilizar la Luciolina sin la autorización de Rose. Y de Lupaletto. Ambos eran socios al cincuenta por ciento.

El laboratorio en el que trabajaba Leo, el New York University College de Artes y Ciencias, había sido creado en 1831. Ahora se llamaba Silver Center y se encontraba en el número 100 de Washington Square. Fue allí donde comenzaron todas las investigaciones concernientes a la ecología química de

los insectos, disciplina desarrollada en la década de los años sesenta por el entomólogo Thomas Eisner y el químico Jerrold Meinwald, a quienes habían apodado Tom y Jerry.

En las paredes de los pasillos estaban colgados los retratos de los más eminentes profesores de la universidad. ¡Y eran un buen puñado! Samuel Colt, inventor del revólver; Samuel Morse, del telégrafo; John Williams Draper, que en 1840 hizo la primera fotografía en suelo americano, y muchos más, algunos tan inesperados como Edgar Allan Poe, Herman Melville o Walt Whitman, que habían vivido o enseñado allí. ¡Rose y Leo debían estar a la altura! Su proyecto era doble: remitir sus trabajos a los químicos especialistas encargados del servicio de RMN (resonancia magnética nuclear), único instrumento capaz de controlar la evolución de la molécula nueva, y demostrar que la Luciolina era un descubrimiento original que podía, con una débil concentración, acabar con las células cancerígenas. Una débil concentración, eso era lo importante, ya que las quimioterapias son a menudo difíciles de soportar a causa de la toxicidad de los anticancerígenos utilizados. Por el momento, Rose había conseguido una disolución al mil, esperaba llegar a diez mil y, en sus más locas aspiraciones, a cien mil. Se permitía soñar que su descubrimiento no solo curaría a los enfermos, sino que además eliminaría sus sufrimientos. Útil. Útil. Quería ser útil. Cada mañana llegaba al laboratorio exultante.

¿Y por la noche?

Aún seguía exultante. Se detenía en el supermercado Fresh Market Place, compraba una sopa, un plato de sushi o alcachofas al parmesano, regresaba a su casa, se enfundaba un viejo chándal que le servía de pijama, se tumbaba en su cama y veía una película mientras chupaba el alga negra del sushi y bebía un *smoothie* de fresa.

Se preguntaba cómo pasaría Leo sus noches.

Y, acto seguido, se prohibía hacerse esa pregunta.

Leo es una bata blanca. Leo no tiene pito. No me importa Leo. No me importa el pito de Leo. Leo es una bata blanca. Leo no tiene pito. No me importa Leo. No me importa el pito de Leo.

Pensaba en él todo el tiempo.

Escribió en Google «cómo olvidar a un chico». Mary, de Ohio, recomendaba rezar a Dios, mientras que Suzy, de New Jersey, aconsejaba un canal de televisión, TCM, en el que solo ponían películas antiguas, obras maestras de antaño con hermosas historias, hermosos actores, hermosos sentimientos, «eso te distrae de todos los sinsabores».

Una noche se puso TCM. La cosa funcionó. Empezó a verla todas las noches.

Se sumergía en las películas y encarnaba el papel de la actriz principal. Era un juego. Muy pronto tuvo una colección de amantes imaginarios con los cuales vivía veladas embriagadoras. Se amaban, se adoraban, se juraban fidelidad, se enfrentaban a competidores, a adversarios, a cuervos, a serpientes de cascabel, se separaban, desesperados, enfebrecidos, pero se reencontraban siempre y vivían felices.

Un día vio *La noche del cazador*. El héroe era brutal, violento. Mezquino, tan mezquino. Cruel, tan cruel. Pero guapo, tan guapo... Encarnado por Robert Mitchum. Las palabras *Love* y *Hate* tatuadas en sus falanges. Ella tembló. Abrió las piernas. Apartó el sushi. Se acarició. Jadeó. Se partió en dos. Gritó de placer.

El amor funciona mucho mejor cuando el amante te pasa por encima.

Hasta que una mañana le apeteció atravesar Washington Square de la mano de Robert.

Y cambió de canal.

Por la tarde, Rose y Leo recogían sus cosas, se quitaban los guantes violetas, las batas blancas, se decían hasta mañana y se marchaban cada uno por su lado.

Y entonces una noche...

Sucedió algo inesperado.

Una broma que Rose realizó sin pensar, con la flema de la debutante que no ha recibido nunca una clase de golf y envía su primera bola directa al hoyo.

Esa noche, Rose yacía en su cama, con la tripa llena de sushi, dispuesta a ver *Mujercitas* en HBO. Chupaba la tapa de su *smoothie* y Beth, la querida Beth, había cogido la escarlatina al cuidar de unas niñas enfermas. La familia, congregada alrededor de su cama, esperaba la visita del médico. ¿Iba a morir Beth? Los rostros estaban sombríos, los pañuelos empapados de lágrimas. Y entonces recibió un primer SMS de Leo. Quería saber si la última producción de moléculas había sido guardada y la puerta del frigorífico bien cerrada. Le habían entrado dudas. Rose respondió sin apartar los ojos de la pantalla —el médico acababa de abrir su maletín de cuero y sacar su estetoscopio.

Estoy en el cine

No podía confesar que estaba tumbada en su cama con un viejo chándal andrajoso, conmovida por los estertores de Beth March en lugar de preocuparse por la suerte de la *Lamprohiza splendidula*. Y, con una especie de malicia imprevisible, añadió:

Con un amigo

La respuesta fue instantánea:

Un francés?

Entonces Rose dejó a la pobre Beth agonizante y tecleó feliz:

Yes

Una vez más, la respuesta fue inmediata:

No debe de ser muy emocionante tu película si estás mirando el teléfono

Seguido de un

Y tu amigo, tampoco

Ella no respondió. Besó su móvil. Lanzó la almohada al techo una y otra vez. Pedaleó de felicidad sobre el colchón. ¡Leo Zackaria había mordido el anzuelo! ¡Beth podía morir, que a ella le importaba un bledo! Todavía les quedaban tres hijas al señor y la señora March. De sobra para vivir felices. ¡Leo había picado! Sabía muy bien lo que él debía de estar imaginando: ella en el cine en los brazos de un francés, esos seres repugnantes que cortan la cabeza de su rey, llevan boina, una baguette bajo el brazo, no se lavan nunca, no tienen petróleo, comen quesos apestosos, hacen huelga cada dos por tres, tienen cinco semanas de vacaciones pagadas y se besan... ¡con lengua! ¡Repugnante!

Al día siguiente, en el laboratorio, Leo le preguntó a Rose qué película había visto. Ella farfulló que había olvidado el título.

—¿Lo has olvidado o estabas ocupada en otra cosa? —replicó él con una risa forzada.

Su boca se deformó en un rictus doloroso. Su mechón le barrió la nariz. Le recordó a una rana de ojos rojos que la examinara, ansioso por ser tranquilizado.

Ella se dijo que él sufría.

Se dijo que le haría sufrir.

Se sintió muy importante. Muy hermosa.

Y muy estilizada.

Míralo, se dijo: se sofoca, se convulsiona. Va a hacerse de-pen-dien-te. Su pantalón es amarillo y sus zapatos, marrones.

Decidió no responder.

—No sabía que te gustara el cine —siguió él, cada vez más incómodo.

Ella se enroscó un mechón alrededor del índice, como si estuviera avergonzada, como si se acordara del beso del francés en el cine. Mientras en su cabeza tarareaba una melodía: ¡de-pen-dien-te-eres-de-pen-dien-te-estás-perdido-muchacho!

Leo se había girado hacia el rincón donde trabajaba Hector y lo observó. El francés, con sus AirPods en los oídos, examinaba las larvas en el microscopio. Sus largos y finos dedos desmenuzaban un bocadillo de pan de miga, jamón y mantequilla.

Ese mismo día, tras colgar sus batas, Rose y Leo salieron del laboratorio.

Leo le propuso a Rose acompañarla.

Le empezó a hablar de sus trabajos, le explicó que tenía prisa por producir su molécula en suficiente cantidad para poder testarla en diferentes tipos de cánceres y de piel, luego la cogió del brazo, acompasó su paso al suyo, le preguntó si había alguna película, alguna obra de teatro, alguna exposición que a ella le apeteciera ver. Le encantaría comprar las entradas; le vendría muy bien hablar de otra cosa, había que despejar la cabeza, fue al tomar su baño cuando Arquímedes encontró las leyes de su famoso principio, ¿no?

Ella respondió que sí, por qué no, si tú quieres. Lo observó de reojo. ¿Era impresión suya o le había engordado el cuello? Le dieron ganas de apartar el brazo y soltarse de él. De caminar

hasta su estudio, enfundarse su viejo chándal ajado, dejarse caer en la cama y encender la televisión. Iba a probar un té rojo, «flores de cerezo en la puesta de sol». Lo degustaría con los sushis que le quedaban y vería una película.

—Bueno, entonces voy a informarme de las exposiciones y las películas disponibles y sacaré dos entradas para nosotros —dijo él, ciñéndose el cuello de su anorak.

El empleo de ese «nosotros» hizo brincar a Rose: ¿Nosotros? ¿Él y yo? ¿Rose y Leo? ¿Leo y Rose? ¿Desde cuándo me mete en el mismo saco que él? Yo soy yo, él es él, nosotros no somos nosotros. Guarda las distancias, tío. ¿Sabes qué es lo que les pasa a los tipos que se acercan demasiado rápido con sus gruesos zapatones?

Se había hecho de noche. El cielo estaba negro, bajo. Habían llegado frente al edificio de Rose. Una chica que llevaba una gran plancha de contrachapado luchaba contra el viento para no salir volando. Se daba la vuelta, giraba, cambiaba el ángulo de progresión a cada paso. A Rose le pareció que estaba bailando.

Detrás de la entrada de cristal estaba Freddy, que mantenía los ojos bajos, fijos en la pequeña televisión del mostrador donde todas las noches veía un partido de béisbol. Una farola iluminaba una sudadera tendida en un balcón del primer piso que golpeaba contra la barandilla haciendo un ruido de chapa ondulada. Rose y Leo patinaban en la nieve sucia. Tenían que entornar los ojos para protegerse del viento gélido que pinchaba como agujas. Rose hundió la nariz en su bufanda y respiró la lana húmeda. ¡Socorro! Muy pronto tendré un collar de hielo alrededor del cuello. El cabello de Leo se desparramaba en abanico, imitando el aspecto de un herrerillo capuchino. Rose se separó, las manos hundidas en los bolsillos que ocultaban dos pistolas, dispuesta a disparar.

Fue entonces cuando sucedió...

Leo extendió el brazo hacia Rose.

Rose creyó que quería cogerla, pensó en esquivarlo, sopesó cómo hacerlo sin molestarle —era un colega de trabajo, no hacía falta humillarlo—, pero, en el último momento, él dobló el brazo hacia dentro, se pasó la mano por el pelo y dijo:

—¡Buenas noches, Rose! Hace mucho frío, quédate en casa, descansa. Has currado mucho hoy. Voy a ver si encuentro una película o una exposición para llevarte. ¡Adiós!

Y se dio la vuelta.

El abrazo imaginario acabó en fiasco.

Rose se quedó en el sitio, doblada hacia delante como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

No podía respirar.

No estaba segura, pero le había parecido percibir en la voz de Leo una entonación autoritaria, ligeramente amenazante. Él disponía de ella. Le daba órdenes, la recompensaba, «has trabajado bien, estoy contento, descansa. Eres tan sensata, te llevaré al cine. Si no...».

Contempló la silueta que se alejaba bajo el haz blanco de las farolas de Washington Square. Su cuerpo gritaba al hombre que volviera, que la estrechara contra él, que deslizara su mano gélida sobre su seno tibio, que pellizcara la punta con sus dedos y...

El portero le hizo una seña para que pasara al interior. Sus labios decían: *it's freezing outside, you're nuts!*, estás loca, hace mucho frío ahí fuera.

Rose entró.

Esa noche tuvo un sueño.

Se encontraba con Leo y el señor Jean-Claude en la trastienda de la carnicería, retorcida como un rollito de ternera, suspendida de un gancho. Leo hablaba con el señor

Jean-Claude mientras la miraba. Examinaba el blanco de sus ojos, el esmalte de sus dientes, le tiraba del pelo, inspeccionaba sus orejas, palpaba sus muslos, preguntaba cuál era el precio por kilo, hacía una mueca, demasiado caro, demasiado caro. Hundía un dedo en su vientre. «¡Mire! ¡Está blando, es grasa, es fibroso!». El señor Jean-Claude protestaba: «¡Aun así, es un buen género!». Y le azotaba los senos con la ayuda de una pequeña vara para mostrar que la sangre circulaba, que la raya se marcaba bien, que la carne era hermosa, tierna y rosada.

Ella aplastó sus brazos, sus riñones, sus nalgas contra el colchón, se contrajo, se retorció y gimió de placer.

A la mañana siguiente, al abrir su panecillo con el tenedor y deslizarlo en el tostador, al sacar de la nevera los huevos, el beicon, la mermelada de naranja y la mantequilla, Rose se detuvo y cerró los ojos.

Revivió su sueño.

Le tentó la idea de ir a masturbarse bajo la ducha. Consultó su reloj: no tenía tiempo, había quedado con Big Denise.

¿Por qué no le hablo de esto a la doctora M?

Oh sí, de vez en cuando.

Le digo, con tono desenfadado, que en la cama me gusta que me den órdenes, que me amenacen, que me manipulen. ¡Pero no que me peguen, ¿vale?!, preciso con el rostro serio del ordenanza que hace una constatación. Y adopto un aire sabio, como si lo hubiera entendido todo y fuera inútil insistir, como si ese episodio de comportamiento estúpido hubiera terminado.

Y nunca fuera a repetirse.

Porque me da vergüenza. Me siento culpable de esas fantasías que no casan con los valores que defiendo, la imagen que quiero dar de mujer fuerte, libre, que se hace respetar.

¿Cómo es posible proclamarse feminista y soñar que te atan,

que te amenazan, que te tiran del pelo, que te pellizcan los senos?

¡Horror! ¡Desgracia! Me vuelvo ilegítima, traidora. Prefiero callarme.

Pero por la noche, para dormirme, regreso a mis ensoñaciones eróticas-maso-atada-amenazada-manipulada.

Seguro que mis iguales, mis hermanas, no se entregan en ningún caso a tales extravagancias. Y si lo supieran, las consecuencias serían espantosas.

Yo no soy «normal». Pero ¿por qué?

Entonces surgía la segunda ola de culpabilidad: ¿podría ser que a causa de «eso» no tenga acceso a un sentimiento de amor verdadero? Solo el derecho a imitarlo. A fingir estar enamorada. ¿Podría ser que la gente me fuera indiferente? ¿Que la vida a mi alrededor fuera plana, sin gusto, sin olor, sin color?

Sí, me digo, podría ser eso.

No siento nada. No percibo nada. Todo me es indiferente, finjo lo contrario. Se me da muy bien fingir.

Esa mañana, Rose se cruzó en la calle con muñecos de nieve con nariz de zanahoria que caminaban como pingüinos y se calentaban con un vaso de cartón de café humeante que sostenían entre sus manos. Algunos llevaban gafas de esquiar. Otros, orejeras de piel rosa, azul, verde. Perros calzados con botas de goma trotaban bajo sus mantas de pelo. Una madre se inclinaba sobre su hijo y le recomendaba que no respirara demasiado fuerte: sus pulmones podrían helarse, lo habían dicho esa mañana en la televisión. El niño escuchaba, colorado, reteniendo el aliento.

Rose se preguntó si alguno soñaría por la noche que estaba suspendido del gancho de una carnicería.

De niña, para dormirse, se inventaba historias tiernas. Brincaba sobre pacas de alfalfa. Su papá era guapo, fuerte, valiente, disparaba con carabina. Su madre, dulce, delgada, bonita. Ella hacía la comida. Se llamaban señor y señora Ingalls. Un día, ella se casaría con el señor Ingalls.

Mientras tanto, ella era su hija.

Big Denise la esperaba en el Irving Farm, un café en la esquina de Thomson Street y la Tercera que hacía un veinte por ciento de descuento a los estudiantes de la NYU. Cada mañana, entre las ocho y las diez, individuos medio dormidos empujaban la puerta, pedían un panecillo, un café, se sumergían en sus pantallas, leían, corregían, estiraban una mano para atrapar la taza o el pastel que les servían, farfullaban un gracias y continuaban su diálogo interior y misterioso. El camarero, acostumbrado, circulaba entre las mesas con los ojos clavados en la pantalla de televisión de la pared donde analizaban un partido de béisbol o de fútbol del día anterior.

Big Denise se había instalado en una mesa al fondo. Había pedido un capuchino, un dónut de chocolate negro, una magdalena de arándanos y un pastel de albaricoque.

—¡Pero bueno, no te morirás de hambre! —exclamó Rose al llegar a su lado.

Contemplar comer a Big Denise era el medio más efectivo de ponerse a dieta: daba asco ver la cantidad de comida que tragaba.

—Es más fuerte que yo. Debe de ser la mala influencia de mi termita africana.

La *Macrotermes natalensis*. Una termita reina obesa que vive en África del Sur. Setenta veces más gorda que su rey. Ambos viven encerrados en el aposento real de quince centímetros cuadrados, en la oscuridad más absoluta, sin salir durante cuarenta años. Su cometido: copular. La misión de ella: parir

cada tres segundos. Rose se preguntaba cómo hacía el rey para inmiscuirse entre dos puestas. Por una vez, ser eyaculador precoz resultaba útil. La reina y el rey son servidos, nutridos y lavados por los obreros, constreñidos a un estado larvario y que mueren al cabo de un mes. Estos últimos predigieren, a través de un champiñón que cultivan, un delicioso brebaje que regurgitan en el rey y la reina. Ese alimento parece ser el responsable de la longevidad real. Big Denise investigaba para conocer la composición y así reproducir la fórmula con la que ganar un dineral.

«Si me ves rejuvenecer a ojos vista, es que he desentrañado el misterio...», decía ella riendo.

Big Denise tenía un bonito rostro color ébano, ojos negros con un brillo dorado, una media melena lisa, cortada en cuadrado a la altura de la barbilla, una nariz fina y una boca sinuosa que pintaba en rojo sangre. Su rostro era tan resplandeciente que Rose olvidaba que arrastraba un cuerpo pesado, seguramente demasiado pesado.

Esa mañana, Big Denise estaba furiosa. Un tipo en el metro le había dicho «muévete, gorda» mostrando el borde de un asiento en el que esperaba sentarse. Ella lo había calibrado desde lo alto de su sujetador talla 110, copa G. El tipo había conseguido deslizarse, posar media nalga, luego una entera, y como ella se resistía, la había insultado llamándola sucia negra.

—¡Y nadie ha protestado! ¡Nadie! ¡Nunca me habían llamado sucia negra! Eso le pasó alguna vez a mi madre, y a mi abuela todo el tiempo, pero nunca a mí. ¡Nunca! Todo ha empezado desde que elegimos presidente a ese idiota. El racismo no corre hoy en día, galopa. ¿Sabes que los hospitales no dan medicamentos analgésicos a los negros porque se cree que son más resistentes que los blancos? Un viejo recuerdo de la esclavitud y de las cadenas, ¿no?

Empapó su dónut en el café con el vigor del desquiciado que

maneja un enchufe.

—¡Y gorda, además! Dime, sinceramente, ¿estoy tan gorda?

—Nooo... —aseguró Rose con una vocecilla—. Voy a tomar un capuchino —añadió en dirección al camarero que esperaba a que Big Denise terminara su discurso para tomarle nota.

—Y además, ¿cuál es esa ley que obliga a las mujeres a ser delgadas? ¿Dónde está escrita? ¿Es un deber cívico?

Dio un mordisco a su tarta, la dejó en el plato, se limpió los labios y continuó:

—Sin duda, la vida es más fácil cuando se está delgada...

—No siempre —dijo Rose pensando en su sueño.

—Lo dices para complacerme. Yo no consigo conservar a ningún chico. Ellos me asaltan o, más bien, rectifico, les hago una mamada y luego, adiós muy buenas y se largan. ¿No sabes lo último?

—No —repuso Rose mirando su reloj.

Me gustaría llegar al laboratorio antes que Leo. Encender mi ordenador, leer mis correos, estudiar los últimos artículos aparecidos, escribir el protocolo del día. Poner en marcha las incubadoras, preparar los medios para los siguientes cultivos. Eso me daría cierta serenidad.

Fingir es evitar los problemas, apartarlos para más tarde. Se puede fingir todo el tiempo si uno quiere. Solo te arriesgas a pasar de lado por la vida.

—¿Te he hablado de Jessie? Ya sabes, mi cita...

—No me acuerdo.

—Cuando quiero verlo, le mando un mensaje, «¿Esta noche? ¿Sí o no?». Él confirma sí o no. Nos acostamos, rectifico, le hago una mamada, nos besamos y cada uno por su lado.

—¡Eso no es muy gratificante!

—Son los tíos que encuentro en Tinder, no puedo ser demasiado exigente. Incluso si pido a alguien joven, rico y guapo, rara vez obtengo satisfacción. Casi podría decirse que

nunca.

—Bueno, cuéntame lo de Jessie.

—Cuando llega el momento, me provoca; rectifico, me ha provocado siempre. No entiendo a los hombres en general, pero él es un caso aparte. Ayer nos vimos; me montó una escena porque no quería que bebiera de su vaso. Se niega a compartir los líquidos. Quiere conservar sus «fluidos» solo para él. «Cariño, le dije, te la he chupado hace cinco minutos, y me parece que eso no te ha supuesto ningún problema».

Rose, muerta de risa, dio un sorbo a su capuchino.

—¡Y espera! Eso no es todo. Él se da una ducha antes y después. Al salir de la ducha, se pone un albornoz, se tumba en la cama, enciende el secador —lo lleva a todas partes en su mochila— y se seca los cojones con las piernas separadas. Si yo protesto, él responde que no hay de qué sorprenderse, no soy «más que una colega». Si le hago una mamada, soy algo más que una colega, ¿no?

—Perdona... Nunca me he hecho esa pregunta.

—Uf, ¡no te hagas la lista!

—No me hago la lista, ¡te digo que no lo sé!

Big Denise suspira y abre mucho la boca para tragarse la tarta.

—Voy a terminar como los pulgones hembra. Pasaré de los tíos y me reproduciré sola. Ellas lo han entendido todo, las muy listas. ¿Tú crees en las bonitas historias de amor?

—Pues... como todas las chicas. Decimos que no, pero en el fondo soñamos con un marido, con niños, con una bonita casa...

—Rose... ¿Por qué acabo siempre con tíos tan repulsivos? ¿Por qué no tengo una vida normal?

—¿Y qué es eso de una vida normal?

—No sé... Como la tuya.

¿Acaso Big Denise sueña que está suspendida de un gancho

de carnicero y es palpada por dos tíos?

Rose se sonrojó, se aclaró la garganta y contestó:

—Cuando yo era pequeña, soñaba con un gran amor. Estaba segura de que él existía. Ahora... Ya no sé nada.

No consigo entenderme. A veces no me puedo soportar, me agoto. Tengo la impresión de que repito sin cesar la misma historia, que estoy atrapada en una rueda que gira y gira...

—Bueno... —continúa Big Denise—, una vida normal es encontrar a alguien con quien te apetece reír, comer palomitas viendo una película, tener niños, ganar la lotería, volver a reír y mimarle siempre.

—Una vida tranquila, bien al abrigo... —añade Rose, robando un buen trozo de magdalena de arándanos del plato de Big Denise.

Era más fuerte que ella: cuando experimentaba una emoción, necesitaba darse un atracón.

—¿Al abrigo de qué?

—Al abrigo de la desgracia.

—¡Por supuesto! —exclamó Big Denise—. Nadie desea la desgracia.

—Nadie.

—Sin embargo... parece que fueras a decir que eso forma parte de una vida normal.

—¿Yo he dicho eso?

—No. Pero he creído percibirlo en tu voz.

Hablaban siempre de los mismos temas: las chicas, los chicos, las niñas, los niños, pero se detenían siempre antes de que la conversación se volviese desesperada. Llegado ese momento, una u otra consultaba su reloj y decretaban que había llegado la hora de ir a trabajar. Como si las dos tuvieran miedo de la pregunta que terminaría por aflorar.

Esa mañana, la pregunta era: ¿es que la desgracia forma parte de la felicidad de una vida normal?

El móvil de Rose sonó justo cuando se disponía a entrar en el edificio de la universidad, en el número 100 de Washington Square East. Se detuvo al pie de la escalera helada y respondió a la llamada. Un grupo de sintecho había instalado su campamento en la acera. Llevaban viviendo allí dos semanas, a pesar del frío. Dormían, fumaban canutos, comían sopas recalentadas en un hornillo, celebraban pequeñas reuniones para decidir planes de invasión de Wall Street e ignoraban a los transeúntes que, a su vez, les ignoraban.

Esa mañana habían decidido burlarse de Rose. La contemplaban y reían: «Oh! ¡El bonito móvil! ¡Oh! ¡El bonito chal! ¡Oh! ¡El bonito abrigo de piel!». Rose se apartó, les dio la espalda, se inclinó sobre el teléfono y habló en voz baja.

Era su madre. Debía ir caminando por una calle de París, porque Rose creyó percibir sus altos tacones resonar en el asfalto.

Valérie no decía ni «buenos días», ni «cómo estás», ni «espero no molestarte».

—Te llamo para pedirte un favor. Voy a ir a Nueva York dentro de tres semanas. Por motivos profesionales. Estaré con William.

—¿William?

—¡Rose, por favor! ¡William! ¡Mi estrella!

—Ah... Lo siento. ¿No se había retirado de la pantalla?

—Sí. Pero va a volver. En una película que voy a producir con los americanos. Va a ser todo un acontecimiento. Aún sigue siendo muy popular en Francia, y también en América, aunque ya no ruede. Se ha convertido en una leyenda. He hecho una reserva en el Mercer, en tu barrio. Al parecer el hotel está muy bien. Karl se alojó en él. Quiero que supervises el interior de las habitaciones. No quiero tener que cancelarlas. William sería capaz de sufrir una crisis y regresar a Francia. Lo necesito. Es mi carta ganadora, y he apostado fuerte.

¡William! ¡William, por supuesto! Aquel que tenía su sillón, su whisky y derecho a una genuflexión maternal cuando aparecía por la calle Rochambeau. Se llamaba William no sé cuántos. Rose no lograba recordar su apellido.

—Cuento contigo. Pide que te enseñen las suites 611 y 612. Deben estar perfectas, ¿me has entendido? Luminosas, tranquilas, espaciosas, con un cuarto de baño impecable... Por lo demás, ¿cómo estás?

—Todo bien.

—¿No te has enamorado de algún tipo que vaya a destrozarte?

—No. ¿Por qué?

—Es tu especialidad.

—¡Qué exagerada eres!

—De exagerada nada, soy lúcida. Esa es la diferencia entre tú y yo, cielo. ¿Quién te encontró atiborrada de Lexomil en tu cama? ¿Quién te llevó a Urgencias?

—No es muy agradable que me lo recuerdes —farfulló Rose.

—¡No te enfades! Soy tu madre. Velo por ti, me preocupo.

—¿Es todo lo que tenías que decirme?

—Sí.

—¡Entonces, hasta pronto!

Rose había creído durante mucho tiempo que cuando se ama con pasión, el otro nunca soltará la mano que se le tiende. Él se había marchado. La sortija había caído en la nieve. Ella había querido morir. Habían aparecido otros hombres. A veces estaba bien, y a veces no tanto. No era ella la que conducía y los autos de choque chocaban.

Sentada en su silla de escritorio negra con ruedas, frente a su

microscopio, Rose comprobaba en el espejo de su polvera que el bocado de magdalena de arándanos no hubiera coloreado sus dientes de azul. Con la nariz pegada al cristal, se dijo que sus fosas nasales tenían aspecto de ventanas abiertas. Déjalo estar, Rose. Trabaja. No hay nada mejor para distraer las ideas fijas. Sí, pero... Está decidido, la semana que viene voy a intentar sembrar un cultivo bacteriano para producir la Luciolina y verificar su actividad con mis nuevas cepas de células cancerígenas. ¿Qué más necesito? Concéntrate, Rose, concéntrate. Él no llega. No es el fin del mundo. Vuelve a tu trabajo. Tengo que preparar los medios de cultivo. Voy a hacer seis litros para tener suficiente Luciolina para mis test. Pero ¡cuidado! No olvides proporcionar los polvos para los medios en las matraces y sembrar el precultivo a partir de mi stock de bacterias simbióticas de *Lamprohiza*. No, pero... el caso es que él no lo sabe. Nunca le he dicho nada, jamás le he enviado la más mínima señal, ¡todo lo contrario! Debo ponerle sobre la pista, si no, nunca hará un solo movimiento. A los hombres hay que alentarlos. No son astutos sabuesos. Creo que tengo todos los productos en reserva, veamos, sí, está bien, ¡genial! Voy a llamar a Chris para que me diga si podrá pasar mis medios por el autoclave el martes por la mañana, y así, el martes por la tarde podré poner el cultivo en mi batidor térmico. Recuperaré mis bacterias por centrifugación el miércoles por la mañana y empezaré con la extracción de la Luciolina; eso me llevará su tiempo, pero..., de todas formas, no tengo otra cosa que hacer. Recuérdalo: viniste a Nueva York para trabajar, y no para arrojarte en brazos de un tío. El jueves por la mañana, después de mis cromatografías, tendré mi molécula purificada y empezaré los ensayos. Voy a reservar el laboratorio P2 en la programación y verificaré si el cultivo que habré lanzado el miércoles en el horno del laboratorio a partir de mi stock en nitrógeno líquido está preparado para el test en mis

microplacas. Prepararé las disoluciones de Luciolina de costumbre, ¡oh mejor, no! Voy a intentar diluirlo diez veces más, lo que me aportará una muestra al 1/10.000. ¿Un reto? *Yes!* Si eso funciona, seré la reina del laboratorio, y él se verá obligado a contemplarme e inclinarse. Baja a la tierra, hermosa mía, aún no has llegado ahí. Y no olvides el seminario del jueves por la mañana en el anfiteatro 28 y la reunión del laboratorio el viernes a las dos de la tarde en la sala R276. Eso me deja lunes y viernes por la mañana para preparar el presupuesto, rellenar mi cuaderno, buscar la bibliografía y continuar escribiendo mi artículo. En resumen, tengo mucho que hacer. ¡Guaaauuu! Si la cosa funciona, si funciona... ¡Al menos podría avisarme cuando no viene! No es correcto. Somos compañeros, ¿no? Para, Rose, para, vuelve a tu Luciolina. ¡Dices que quieres olvidarte de ese tío y no paras de pensar en él!

Tras soltar una carcajada, Jennifer ha depositado su bolso en el escritorio contiguo. Ha terminado una conversación telefónica con un tal Ramos empleando un español de debutante de primer año, en su primer trimestre.

—*Hi! sweetie*... —le lanza a Rose.

Jennifer llama *sweetie* a todo el mundo. Alta, rubia, de mandíbula cuadrada, ojos azules, recuerda a una moneda de veinticinco centavos colocada de canto. Dan ganas de insertarla en una máquina de café. Plana por delante, plana por detrás. Su cráneo también es plano. Una espesa capa de maquillaje oculta sus granos, y su perfume barato apesta. Ella sonríe como si abriera una cortina y la cerrara rápidamente. Así es capaz de sonreír muchas veces seguidas sin mostrar la más mínima emoción. Lleva unos grandes aretes que le golpean el mentón y repite sin parar *I looove it, I absolutely looove it*. Investiga sobre

la comunicación de las epeiras, o arañas de jardín, su nombre vulgar, y más exactamente sobre el hilo que une el centro de la tela de araña. Ese hilo, en efecto, sirve a la vez de pasarela y de teléfono, advirtiendo a la araña de las nuevas presas y permitiéndole desplazarse a toda velocidad hasta ellas. Incluso aunque la tenga delante de sus narices, la araña no ve a su presa, pero sí percibe sus movimientos, y Jennifer trabaja en una réplica del hilo de araña para los ciegos.

Ella es también imbatible a la hora de representar las especies de las fábulas de Esopo y obsequia a Rose con relatos picantes. Según afirma, no fue la cigarra quien protestaba de hambre ante la hormiga, su vecina, sino a la inversa. Cada invierno, la hormiga desvalijaba a la cigarra. Y la muy chantajista no se daba prisa en devolvérselo, ¡todo lo contrario! Explotaba a la cigarra sin piedad. Esta última, generosa y bonachona, se dejaba hacer, demasiado feliz por saborear la deliciosa savia de los árboles a los cuales se pegaba como una ventosa. Cada día, Jennifer añadía un capítulo a su saga. Rose había aprendido que no solo la hormiga se aprovechaba de la cigarra, sino que la perseguía. Le tiraba de las alas, le mordisqueaba las patas, le golpeaba la espalda, le cosquilleaba las antenas hasta que la cigarra, exasperada, dejaba su fuente de savia deliciosa y se iba a buscar a otra parte algo con lo que sustentarse. Pero no sin antes haber rociado a la hormiga rapaz con un chorro de orina para mostrarle su profundo desprecio. Jennifer adoraba contar la verdadera historia de los insectos.

Tenía, además, otra característica curiosa: impartía con tono irónico cursos de «secología». Enseñaba a sus colegas y estudiantes cómo disponer los frascos y las buretas en los escurrideros para que se secaran más rápido y sin dejar marca. Recortaba una gruesa capa de papel de cocina en la que posaba los objetos, al revés o en ligero desequilibrio, para dejar pasar el aire. Encontraba su procedimiento muy sencillo y no

entendía que lo ignoraran.

—*Hi, sweetie! Everything's ok?* —preguntó cuando colgó.

—Todo bien —respondió Rose—. ¿Y tú?

—¿Qué vas a hacer el sábado por la noche?

—Ni idea.

—Un pequeño grupo vamos a ir al Smoke. Es un local de jazz en la parte alta de la ciudad, en Broadway y la 115. *I absolutely looove it!* Si quieres venir...

Jennifer no esperó a la respuesta de Rose, estiró el cuello, puso las manos a modo de megáfono alrededor de su boca y le gritó a Big Denise:

—¿Te vienes de juerga con nosotros el sábado al Smoke o te quedas con tu amante enamorado?

¿Big Denise tenía un amante enamorado? Rose giró ciento ochenta grados en su silla de oficina. Big Denise frunció el ceño e hizo un gesto intimidatorio para que se callara.

—Es posible que vaya. Jessie no está seguro de poder regresar a tiempo de Detroit. Me ha prometido hacer lo posible para estar allí, pero...

¡Jessie! ¿El mismo que se seca los cojones con el secador y quiere que ella se beba su esperma, pero no su Coca-Cola?

—Está bien. Te apunto. ¡Hector! —gritó Jennifer haciendo volar sus pendientes—. ¿Te vienes con nosotros al Smoke el sábado?

Hector alzó la cabeza de su microscopio.

—¿Por qué no?

—Vale. Reservo también para ti.

—¿Hector no tiene ninguna amiga? —preguntó Rose en voz baja.

—No, que yo sepa. Así que el sábado voy a tentar a la suerte. Voy a atacar. Es muy mono, ¿verdad?

—No está mal.

—Yo lo encuentro apetitoso. Y además, debe de ser un gran

puerco...

Jennifer deslizó dos dedos para levantar sus fosas nasales en miniatura y emitió un gruñido.

—Tú debes de saberlo, ya que eres francesa.

—¡No todos los franceses son unos puercos!

—Comparados con los hombres de Nueva York... ¡sí! Aquí, los hombres se asustan solo con que les preguntes la hora.

Rose se inclinó hacia Jennifer.

—¿No va a venir Leo esta mañana?

—Se ha marchado a Ithaca, a la sede principal. A cinco horas de coche hacia el norte de Nueva York. Parecía algo urgente.

—Ah... ¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé. Pregúntale a Redcliff.

—¿De qué estáis hablando, chicas? —preguntó Big Denise, que volvía de la máquina de café con una magdalena y un vaso en la mano.

—Leo se ha marchado a Ithaca. Rose quería saber dónde estaba... —respondió Jennifer, levantándose para dirigirse a la biblioteca.

Big Denise se sentó al lado de Rose y le dio un codazo.

—Así que realmente lo esperas todavía...

—¿A quién? —repuso Rose, muy sonrojada.

—No te hagas la inocente. Tus ojos saltaban esta mañana cada vez que alguien entraba.

—¡Déjalo, Denise! Más te valdría consagrarte al adorable Jessie, al que se le congelan los cojones en Detroit.

Big Denise no protestó y soltó:

—¡Estás roja como un tomate! Es sospechoso.

—¡Denise, déjalo!

—Creo haber puesto el dedo sobre una enorme molécula de deseo de Rose por Leo.

Rose contraatacó:

—¿Le has hablado a Jennifer del secador o prefieres que lo

haga yo?

Big Denise se calló. Empate a uno, pensó Rose.

—Eso no impide que me sienta molesta —siguió Big Denise —. Yo te lo cuento todo con detalle, y tú, como una tumba.

—No tengo nada que contar.

—¡Oh, qué mentirosa!

—¡Te lo juro!

—Pero a ti te gusta Leo.

—Me gusta y lo detesto. No entiendo nada.

—¡Cuenta!

—Ahora no.

—Está bien —aceptó Denise poniéndose en pie—. No pierdes nada por esperar.

Jennifer regresó con una carpeta y le hizo un signo a Denise para que le dejara el sitio. Esta se levantó, se estiró la camiseta, se recolocó los senos y, mirando a Rose, preguntó:

—¿Has firmado la petición para la defensa de los insectos?

—No estoy al corriente.

—¡Te interesaría firmar! Están a punto de desaparecer y sin ellos no tendremos trabajo. Está sobre el escritorio de Diana.

—Está bien, ya voy.

—¡Y firma por Leo!

—¡Muy graciosa!

En el escritorio de Diana, en medio de *yellow pads*, de carpetas, de fotos de sus padres, de su hermano y de sus sobrinos, se encontraba la petición. Diez páginas con las esquinas sobadas, plagadas de firmas. Rose añadió la suya en la parte inferior derecha. En el margen, escribió «Rose Robinson. Washington Square 3, New York, New York, 10012».

Sintió un ramalazo de felicidad. Releyó «Rose Robinson. Washington Square 3, New York, New York, 10012». Rose Robinson, soy yo. Llevo un pantalón verde manzana, un chal rosa y un abrigo beige de piel de imitación, y vivo en el

número 3 de Washington Square.

Sergueï estaba instalado en el escritorio vecino. Rellenaba su cuaderno de laboratorio. Alzó la cabeza al advertir a Rose. Hizo girar su silla hacia ella. Se rascó las pelotas y preguntó:

—¿Cuándo quieres que te folle, francesita?

Rose lo contempló con una metralleta en cada ojo.

—¿Tienes un buen abogado? Porque puedo demandarte por una frase como esa. Regresarás a tus estepas desérticas a pacer la hierba y dar por culo a las cabras.

—Bien... alguien que habla claro.

Se echó a reír, se deslizó en su asiento con el vientre por delante, hizo rodar el lápiz por su cráneo y separó varios mechones grasos y despeinados.

—¡No he conocido nunca a una chica como tú! ¡Una auténtica sargento! ¿Solo ríes los días impares entre las cinco y las seis de la mañana? ¿Y bajo las sábanas, para que nadie te vea?

Se levantó. La miró de arriba abajo como si quisiera aplastarla.

Adiposo, fue la palabra que le vino a Rose a la cabeza. Y acto seguido: peligroso. Y finalmente: nauseabundo. Olía como alguien que aún no ha encontrado el modo de empleo del grifo de la ducha. Él hizo amago de inclinarse sobre ella. Ella le rechazó con la mano.

—Preferiría que te mantuvieras a distancia.

—Solo quería comprobar el color de tus ojos. ¿Azul-verdoso o verde-azulado?

—¡Apártate!

—Una pena. No sabes lo que te pierdes. Soy el hombre que sacia a las mujeres. ¡Las lleno hasta los topes!

Dio un golpe de cadera sugerente. Rose sentía la misma repugnancia cada vez que se le acercaba. Notó un reflujo de bilis en la boca. Pero no era solo por asco; también por miedo.

Sus rodillas estaban petrificadas. Temblaba. Sin embargo, no se jugaba nada. Él nunca atacaría a una colega. Solo estaba haciendo su numerito habitual de macho en celo.

—Ellas se pelean por mí, francesita, se empujan unas a otras.

Un nuevo golpe de cadera... Insinuó un vaivén lascivo, con los puños cerrados y los labios húmedos. Los otros investigadores, con la nariz pegada a su microscopio, no vieron nada.

—¡Pobres chicas! —dijo Rose—. Debes de pagarles mucho.

—Para nada. Vienen por su cuenta y piden repetir.

—No deben de ser muy exigentes.

—Sabes, francesita, cuando se folla, ¡no es el cerebro lo que se succiona!

Encantado con sus palabras, se dejó caer en su silla y se palmeó el muslo. Rose quiso alejarse desdeñosa, pero tropezó con la correa del bolso de Diana, que estaba en el suelo. Intentó agarrarse al respaldo de la silla, fracasó, se tambaleó y cayó. El bolso se volcó, y su contenido se esparció. Rose cerró los ojos. No romperse. Levantarse. Recoger. Barrió el suelo, atrajo las cosas hacia ella. Ordenó el contenido del bolso. Distinguió un destello blanco bajo el escritorio, apartó la silla, estiró la mano, tocó un objeto redondo, ligero. Una cajita de cartón que, a modo de tapa, tenía una boina de marinero con un pompón rojo. Un auténtico pompón de lana roja. Rose se crispó, dejó que la caja se abriera, liberando lápices de maquillaje, una crema de manos, una barra de labios, dos tampones, un paquete de chicles, tres gomas de pelo.

Big Denise, alertada por el ruido de la caída, se acercó a toda prisa.

—¿Estás bien?

Rose agitó la cabeza. No, no estaba nada bien.

—¿Qué ha pasado? Estás muy pálida.

—No me encuentro bien.

—Pero ¿qué es lo que ha desencadenado esto?

—No lo sé. Primero ha sido Sergueï, no lo soporto, no lo soporto. Y luego la caja... ¡Esa caja de ahí! Con el pompón rojo.

Señaló la caja con la boina de marinero abierta en el suelo.

—Bueno... Es una caja con cosas dentro.

—No. Hay algo más.

—Pero ¿qué tiene? —preguntó Sergueï, haciendo rodar su silla hacia ellas.

—No sé... —contestó Big Denise—. Dice que la caja le da miedo.

—¡Qué chica tan rara! —comentó mientras recogía la tapa del suelo—. Tener miedo de un pompón rojo... Un poco neurótica, ¿no?

Hizo girar la tapa con el dedo y se acercó a Rose.

Ella lo vio y gimió:

—Dile que se aparte, te lo suplico.

—Lárgate —ordenó Big Denise, girando los ojos muy abiertos hacia Sergueï.

—¡Oh! ¡Vale, vale, chicas!

Se apretó contra el respaldo de su silla y observó el pompón bajo todos los ángulos antes de arrojarlo al suelo.

—*Crazy girl!* —murmuró, convencido de que estaba chiflada.

—No sé lo que me ha pasado... —dijo Rose.

—¿Te ha sucedido antes?

—Me duele.

—¿Dónde?

Rose señaló su vientre, vomitó su café y el trozo de magdalena con arándanos. Jennifer había ido a buscar un vaso de agua y una caja de pañuelos de papel. Big Denise enderezó a Rose, le refrescó los ojos, la frente, las mejillas.

—¿Has comido alguna cosa rara?

Rose sacudió la cabeza con los dientes apretados.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jennifer.

—Ha dicho que era por culpa de Sergueï y de la caja esa, la que está en el suelo.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó Sergueï—. ¡Esta chica está loca! No deja de inventar historias. Todas las chicas son...

—¡Cierra el pico! —le gritó Big Denise—. ¡Déjala en paz!

Jennifer observó la caja blanca y se acercó a Rose.

—No tiene buen aspecto. Mira... ¡Parece a punto de perder el conocimiento!

Rose había dejado caer su barbilla sobre el pecho y estaba medio desmayada. La cantinela había regresado y clamaba en su cabeza: «¡Deja de inventar historias! Todas las niñas... ¡Deja de inventar historias! Todas las niñas...».

Rose oía las palabras. Sentía que un dogal la ahogaba, le apretaba la garganta. Confusa, sí, muy confusa. ¿Qué había dicho su psicóloga cuando le contó lo de su primer mareo? «Con el pompón del marinero ha levantado una esquina del velo; las cosas van a ir surgiendo. Acójalas». Había añadido que estaba en el buen camino, que había encontrado una pista.

Se llevó las manos a los oídos. Se negaba a oír la voz que la llamaba. Big Denise la cogió entre sus brazos, la izó hasta una silla, le habló en voz baja: «Ya está, no es nada... Ya ha pasado». Rose parecía una ahogada, el pelo pegado por el sudor, la boca entreabierta, un hilillo de saliva en la barbilla.

Sus ojos se clavaron en Big Denise. Frunció el ceño y dijo:

—Es mala.

—Pero ¿quién, querida? ¿Quién?

—La voz...

—¿Qué voz?

—La que repite siempre lo mismo.

—¡Oh, Dios mío! No andaba equivocado Sergueï, está delirando —exclamó Jennifer.

—Voy a sacarla para que le dé el aire... Ven, Rose, vamos a salir.

—Pero no en el ascensor, no en el ascensor —suplicó Rose.

—¿Quieres que bajemos andando?

—Me da mucho miedo quedarme encerrada, no lo soportaría.

Fueron a sentarse a un banco en Washington Square. Delante de la estatua de Garibaldi. Nevaba con copos ligeros que se deshacían al tocar el suelo. La gente caminaba con pasos cortos. La bandera americana ondeaba en el cielo blanco. Una señora mayor, vestida como su perro, con un abrigo escocés y un gorro rojo, transportaba una gran bolsa de tela al hombro. Tenía el perfil de un indio iroqués. Largos mechones blancos escapaban de su gorra. Se detuvo para recuperar el aliento y continuó su paseo, encorvada hacia delante. Un joven, en pantalón vaquero y camiseta, tocaba el piano a los pies del arco.

—Oye... ¡está recalentado! —exclamó Big Denise.

—Chopin —suspiró Rose—. No me gusta Chopin. Su música me pone la carne de gallina.

—¿Sabes que no eres una chica normal?

Rose apoyó la cabeza sobre el hombro de Big Denise.

—Eres muy amable...

Big Denise le alborotó el cabello.

—¡No estás bien de la cabeza!

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Se me acaba de ocurrir...

—Puede que tengas razón.

Rose levantó la cara hacia el cielo algodonoso.

—Está lejos el sol.

—Aún estamos en invierno. Respira hondo, eso te calmará.

—Pero no demasiado; si no, se me congelarán los pulmones. Lo han dicho en la tele.

El pianista de la camiseta interpretaba acordes furiosos. Rose arrugó la nariz, eso no estaba en la partitura. Su mirada se deslizó hasta un gran letrero amarillo que decía *WOMEN, THE*

BALL IS IN YOUR COURT; CHICAS, LA PELOTA ESTÁ EN VUESTRO CAMPO...

—Pero ¿qué es lo que te ha hecho Sergueï? —preguntó Big Denise.

—Me da miedo.

—Es un bruto y un grosero, pero no es malo. Él te provoca y tú entras al trapo.

—¡Pero es repulsivo! Ha debido de ser concebido por una *Gryllus bimaculatus* que se equivocó y no eligió al macho adecuado.

—¡No te equivocas! —se rio a carcajadas Big Denise.

Las hembras del grillo *Gryllus bimaculatus* practican la poliandria y tienen hasta diez parejas. Los machos, guiados por el celo, depositan en las partes genitales de la hembra un pequeño saco de esperma, el espermatóforo, que han fabricado antes de unirse a la fiesta. La hembra recibe cada pequeño saco y lo deposita en sus órganos sexuales, dejando que se difunda lentamente. En todo momento puede elegir retirar un espermatóforo e impedir que ciertos machos procreen. Es ella la que elige al progenitor. Y muy a menudo prefiere el espermatóforo de un desconocido al de uno de sus pretendientes «habituales». Atraída por la novedad, sin duda, pero también por la necesidad de seleccionar el esperma fecundo para limitar la consanguinidad.

Big Denise consulta su reloj.

—¿Tienes prisa? —pregunta Rose.

—He sembrado una preparación y...

—Vete, yo me quedaré un rato más y luego subiré.

—¿Puedo dejarte sola?

Rose asintió. Big Denise se levantó. Tiró de su sujetador. Lo colocó en su lugar. Se ciñó el cinturón de su abrigo. Se volvió hacia Rose.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo Rose.

—¿Ves a alguien en París? Quiero decir, ¿alguien que te preste ayuda?

—¿Una psicóloga? Sí.

—Deberías llamarla. En mi opinión, es urgente.

Rose, pálida, pensativa, permaneció sentada en el banco.

El chorro de agua de la fuente no se había congelado, y se alzaba hacia lo alto. Dos hombres, uno muy mayor, el otro en la cincuentena, se instalaron en una mesa de ajedrez. Depositaron sus termos, sus vasos. El más viejo sacó de su bolsillo un pequeño péndulo de madera clara. El otro llevaba mitones grises y dispuso varias bandejas de pasteles sobre la mesa. Se movían sin mirarse, como si se prepararan para un campeonato del mundo y hubieran ensayado cada gesto. Un chico mucho más joven se les unió. Primero se inclinó sobre el abuelo, que se sirvió un vaso de té humeante, y luego besó al que debía de ser su padre. Iba de uno a otro. Tres hombres en la misma mesa, ¿tres hombres en el mismo saco? Rose pensó en la hembra pulgón *Rhopalosiphum prunifoliae*. ¿Acaso la desgracia que rebotaba de generación en generación afectaba también a los chicos? ¿O esa particularidad estaba reservada a las chicas?

Un poco más lejos, un payaso sacó un saxofón de su estuche, se lo llevó a la boca y produjo unas notas en respuesta al piano.

Un negro enorme de sonrisa dulce sumergió una red de voleibol en un cubo con agua y líquido lavavajillas, la levantó y la balanceó, liberando un vuelo de burbujas en el cielo blanco. Varios niños pequeños, embutidos en sus buzos acolchados, tendieron las manos y corrieron para intentar atrapar las burbujas. El parque cobró vida. Un pálido resplandor de mediodía calentó Washington Square. Había dejado de nevar. Un hombre mayor con trenca y gorro amarillo caminaba alrededor de la fuente, blandiendo una pancarta en la que

podía leerse *Love is the answer*, el amor es la respuesta. Las ardillas descendieron a toda prisa por los troncos de los árboles y empezaron a registrar el suelo. La mujer mayor del perro caminaba a lo lejos.

Rose observaba, con ojo y corazón frío. Como si el hilo que unía el ojo al corazón hubiera sido seccionado. ¡Vaya! La mujer mayor acababa de sentarse en un banco. Había dejado su bolsa en el suelo y se agarraba el pecho. El perro tiraba de la correa, con la lengua colgando y pateando de impaciencia. Había visto a un caniche negro en la esquina de University Place. La vieja dama resistió. Luego soltó la correa y el perro salió a toda velocidad. Ella gritó, extendió el brazo y cayó hacia delante.

Rose se levantó de un salto sin pararse a pensar. Una niña bien educada que debe acudir en auxilio de una persona mayor en peligro. Corrió hacia el banco. La señora se había incorporado, se desabrochaba el cuello del abrigo, se alisaba sus largos mechones blancos, los remetía bajo su gorro. Un señor le trajo a su perro. Ella le dio las gracias y la fina piel de sus mejillas y su nariz se sonrojó.

Rose se inclinó sobre ella.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, pequeña. Estoy mejor.

—¿Puedo ayudarla?

¡Ojalá diga que no! No me apetece nada tener que acompañarla a su casa, dejar que se apoye en mi brazo y pasear a su perro de mantita escocesa. ¿Qué pinta tendría yo?

—No, muchas gracias. Eres muy amable.

—Adiós entonces, señora.

Volvió a sentarse enfrente de Garibaldi. Ese hombre le gustaba. Grande. Cuadrado. Robusto. La mano sobre la espada. El mentón belicoso. Una barba poblada que se desplegaba como el babero de un bebé. Babou afirmaba que debió de ser francés, puesto que nació en Niza. Babou... No ha respondido a

mi carta.

Rose quería estar sola. Colocarse en medio del círculo. Reflexionar sobre lo que acababa de pasar. Recuperar el aliento. Reunir nuevas fuerzas. Marcharse.

Como si no fuera nada.

Como si nada hubiera sucedido.

El pianista interpretaba un nocturno de Chopin, el vaho salía de su boca, las notas sonaban nítidas, separadas. Rose conocía los primeros acordes, había aprendido a descifrarlos en el piano con William, el cliente de su madre, su «volumen de negocios». William... ¿qué más? ¿Por qué no conseguía recordar su apellido? William, que tenía su botella de whisky y su sillón en casa. Y su madre arrodillada frente a él con devoción. Él le enseñó a posar los dedos sobre las teclas blancas y negras, deslizaba un lápiz bajo sus palmas para que sus manos se arquearan en lugar de aplastarse. Las notas surgían, Rose se maravillaba. Él le había regalado un CD de Chopin. Rose lo escuchaba cuando su madre salía por la tarde y cuando tenía miedo, sola en la casa.

Un recuerdo invadió lentamente su espíritu. No se trataba de un sueño, sino de una pequeña película temblorosa. Llamaban a la puerta y ella abría. Tres hombres esperaban sobre el felpudo.

Como si no fuera nada.

Como si nada hubiera sucedido.

Recuperar el aliento, reunir nuevas fuerzas, marcharse.

Un día, le habían dado una orden: «Date una ducha, te vistes otra vez y vas a casa de la portera». Ella se había dado una ducha, se había vuelto a vestir. ¿Cuándo fue eso? ¿Dónde fue eso? La doctora M tenía razón, estaba encontrando las piezas del puzle, siempre en medio del caos.

Sacó su teléfono y envió un mensaje a la doctora M.

Rose movió los ojos de derecha a izquierda, de izquierda a derecha; el cuello recto, la nuca tensa, esperando a que la tapa de la pequeña caja se abra y libere las imágenes en el orden correcto. Sus ojos saltaban de Garibaldi al piano, del piano a Garibaldi. El bloque de hormigón resistía.

Consultó la hora. Mediodía en Nueva York, las seis en París. Llamó a Babou, en la calle Rochambeau. Babou no tiene móvil. El contestador se activó.

Rose colgó.

Un poco más tarde, ese mismo día, volvió marcar el número de la calle Rochambeau. Babou no respondió. Probó con el móvil de su madre. El buzón de voz decía que estaba en un rodaje en Polonia, fuera de cobertura, «para contactar conmigo, llama a Anaïs, mi asistente, a la agencia».

Al día siguiente, Rose intentó llamar de nuevo a Babou. En vano. Se preocupó. Habían pasado más de quince días desde que le envió la carta.

Marcó el número de las chicas. Khadija la tranquilizó, Babou había pasado la noche anterior en su casa, le había enseñado a Adama a hacer crepes, la pasta era fina, ligera; Babou llevaba un billete de diez euros en la mano, aseguraba que le traía suerte, se habían divertido.

—¿Adama? —preguntó Rose.

—Sí, ya sabes, el abuelo del bebé...

—¡Ah, sí!

—Se lleva muy bien con Babou. Ella lo ha convencido para que juegue a la lotería. Cada semana compran juntos el boleto en la misma cafetería.

—He intentado llamarla varias veces, pero no contesta. Me había imaginado que estaba enferma, sola...

—¿Sola? Eso no va a suceder. Nosotros cuidamos de ella. Pero es cierto que pasa mucho tiempo fuera... No para quieta.

—¿Te ha hablado de mi carta?

—Nos lo ha contado todo. ¿Eres feliz allí?

—¡Me he comprado un pantalón verde manzana, un chal rosa y un abrigo beige de piel de imitación!

Khadija suelta una risita alegre.

—¿Quieres decirle algo especial a Babou?

Rose vaciló.

—Bueno... yo... —farfulló.

—¿Es urgente? —preguntó Khadija.

—Urgente no, pero sí importante.

—Envíale un correo a mi dirección, se lo imprimiré y se lo pasaré.

Rose se mordió el labio.

—Te prometo que no lo leeré —aseguró Khadija.

Rose se rio torpemente, sin saber qué responder.

—Se lo imprimo con los ojos cerrados y se lo doy, ¿te parece?

—De acuerdo —aceptó Rose con una ligera reticencia—. No te ofendas si no escribo inmediatamente. Necesito pensar bien las cosas, es delicado.

—Le voy a pedir a Adama que cree una dirección de correo para Babou.

—No, pero... si no es por ti.

—Lo sé.

—¡Si Babou no tiene ordenador! —repuso Rose, presa del pánico.

No sabía por qué, pero la idea de escribir ese correo la hacía sentir incómoda.

—Adama le encontrará uno. Tiene una solución para todo, es una maravilla. Babou no deja de decir que es encantador...

—¿Hasta ese punto?

—Se han hecho inseparables.

Rose estaba asombrada. Babou no se fiaba de los hombres demasiado encantadores. Como tampoco se fiaba de los kiwis. Cuando los abría, esperaba encontrar arañas negras, peludas. Y con los hombres, tenía siempre un dicho que respetaba a rajatabla: «cuanto más encantadores son, más sospechoso es todo». La voz clara de Khadija la tranquilizó. Rose le pidió noticias del bebé.

—Ya no puedo más, estoy deseando que llegue. Salto a la comba, subo las escaleras y bajo los seis pisos varias veces al día, pero nada me sirve.

—¡Ten cuidado! ¿Y si te caes por la escalera? ¡Madre mía! ¡Eso sería terrible! Y el bebé estaría...

Trató de tragarse las últimas palabras.

—No quería decir eso... Soy idiota. ¡Voy a traerte mala suerte!

—No pasa nada. Todo va muy bien. Rose, ¡lo ves todo negro! Dime, ¿qué te ocurre?

Nada. No le pasaba nada. Y ese era el problema.

El *big problem*, el *big bug*.

No amaba a nadie. No lloraba nunca. Su pijama ajado era su mejor amigo. Dormía sola en una cama enorme. Una *big bed* con un *big bug*. *Bed bug*. *Bed bug*. Una cama enorme para un bicho enorme. Un bicho raro, eso era ella.

Se sintió muy sola. Le entró mucho frío.

Ella no tenía nada y eso no estaba bien.

Leo no regresó de Ithaca ni al día siguiente, ni el de después. Jennifer quería convencerla de que era normal.

—Si Redcliff lo ha enviado allí, es que su misión debe de ser importante, y no algo que se liquida en dos días.

—Sí, pero... ¡al menos podría llamarme!

—¿Para qué? ¿No eres capaz de desenvolverte tú sola?

—Sí. Al contrario, tengo muchas ideas. Siento que estoy sobre una pista.

—¿Y entonces? ¿De qué te quejas, *sweetie*? ¡Solo tienes que preguntarle a Redcliff, si tanto interés tienes!

¡Jamás en la vida! Quiero conservar mi dignidad. Redcliff podría hacerse ideas equivocadas, pensar que Leo y yo tenemos una historia juntos.

Rose comprendió que Jennifer no tenía interés en escucharla. Buscaba un vestido que ponerse la noche del sábado para conquistar a Hector. Era el día de San Valentín, una fecha muy importante. Interrogó a Rose con un montón de fotos de revistas de moda.

—Quiero que se caiga de culo, con los brazos en cruz, que muerda el polvo.

Rose se sintió adulada por servir de coach, y avergonzada también porque era la primera vez que lo hacía y no tenía ninguna experiencia. Le aconsejó a Jennifer que se diera una vuelta por la tienda de segunda mano donde había comprado su pantalón verde manzana, su chal rosa y su abrigo beige de piel de imitación. Jennifer hizo una mueca. Asintió con la cabeza y recibió dos bofetones de sus aretes. Dejó de consultar a Rose. Sin embargo, le preguntó si en Francia se acostaban la primera noche. Siendo Hector francés, ella debía respetar las costumbres. Rose no supo qué responder. Perdió su último crédito delante de Jennifer.

—Entonces ¿cómo lo hacéis, si no existen unas reglas establecidas?

—Bueno..., improvisamos. En fin, hablo solo por mí.

—¿Tienes algún amigo en este momento?

—No.

—Lo ves, nada de reglas, nada de amigo. No se llega demasiado lejos sin un reglamento. Es necesario que las cosas

estén pautadas.

—¿En qué sentido?

—Te ves con alguien, sales con él, pero somos libres de hacer lo que nos apetezca cada uno por su lado. Al cabo de tres meses llega un momento llamado «la conversación». Lo llamamos DTR o *define the relationship*, define tu relación. Te colocas frente al otro y haces la pregunta: ¿somos amigos o estamos enamorados? Si te responde enamorados, se declara «la exclusividad». Él no podrá salir con otra chica, y yo no podré mirar a otro chico.

—¡Al cabo de tres meses! —exclamó Rose.

—Sí. Nos convertimos oficialmente en monógamos y anunciamos a nuestro entorno que estamos «en pareja».

Jennifer imitaba unas comillas en el aire para resaltar las palabras importantes. Su cuello se alargaba y sonreía como una cortina abierta de par en par.

Rose quiso decirle que el deseo no obedecía a ninguna regla, que era como un gas, como un vapor, un juego de escondite, un paseo con los ojos tapados, todo, ¡excepto una regla establecida! Observó a Jennifer y renunció. El camino era demasiado sinuoso y Jennifer, demasiado plana. Las palabras de Corneille «el deseo aumenta cuando la consumación se aplaza», o de Montherlant «la vida no es la conquista, es el deseo», o incluso de *La respuesta del ángel*: «el deseo es la marca de la distancia. No deseas aquello que posees», rebotarían contra Jennifer y se perderían al fondo del pasillo. Ella no evocaría tampoco al señor Jean-Claude ni a su último amante, a quien había susurrado, sentada a la turca en la cama antes de hacer el amor: «Nada de delicadeza, por favor».

No le diría que con... con el otro... una noche... había suplicado, con la nariz hundida contra su torso: «hazme daño». Él había deslizado la mano por su cabello, le había dado un tirón seco que le arrancó un grito, y luego, luego...

Ese era otro misterio.

Babou la llamó una noche. Rose estaba haciendo la compra en el Fresh Market. Empujaba su carrito, dudando entre un plato de sushi y unos arenques marinados. Sí, pero... ¿marinados con qué? ¿Con vino tinto, nata, al eneldo, con especias o con curry? Los semáforos tricolores de las cajas parpadeaban al fondo del pasillo. Verde, naranja, rojo. Casi todos estaban en verde. No tendría que hacer cola.

Le pidió su opinión a Babou.

—Yo escogería al eneldo... Pero no a todo el mundo le gusta. ¿Cómo va mi princesa? Te llamo por WhatsApp, es gratuito.

—Pero, Babou, ¿tú conoces WhatsApp? ¿Tienes un móvil?

—Me lo ha dado Adama. ¡Rose! ¡Oh, mi Rose, es un hombre tan encantador!

Rose sintió un pellizco de celos.

—Tú siempre me has dicho que no había que fiarse de los hombres encantadores...

—Pero él... ¡Es un sol! Ha dicho que iba a enseñarme a mandar correos electrónicos. Así no tendrás que enviarme las cartas por correo postal. ¡Era muy bonita, tu carta, mi princesa!

—No te llamo por eso —la cortó Rose.

—Sí, mi Rose, adelante, cuéntame.

—Babou... ¿De pequeña tuve algún problema con un marinero?

Babou guardó silencio. Rose se preguntó si la comunicación se habría cortado. Comprobó su teléfono.

—Babou... Babou...

Había detenido su carrito frente a un recipiente de ensalada de quinoa, feta y espinacas. Iría bien con los arenques marinados. 8,99 dólares el medio kilo. Un poco caro.

—¿Babou?

—Sí... —contestó la anciana con un hilo de voz.

Y luego añadió:

—No me presiones, princesa.

—Bueno... Voy a llenar mi carrito, paso por caja y nos llamamos de nuevo cuando esté en casa. En media hora, ¿te viene bien?

—Sí.

—Es importante, Babou. ¿Te acuerdas de lo que me sucedió la última vez, cuando creí ver boinas de marinero en los dedos de tus pies?

—He dejado de usar esmalte azul marino, ahora las pinto de rojo.

—Quiero saber por qué me desmayo cuando veo una boina de marinero. Así que piénsalo bien y llámame.

A las seis y media, Babou se mostró más locuaz.

Había tenido tiempo de ordenar sus recuerdos.

Se había acordado de que, cada año, las dos contemplaban el desfile del 14 de Julio por televisión. En el comedor de Saint-Aubin, sentadas al borde de la mesa, acodadas sobre el mantel de hule de diario. La televisión atronaba sobre el aparador Minvielle que contenía la vajilla, los manteles, las servilletas. Cuando lo abrías, olía a cera de abeja y a lavanda.

A Papou no le gustaban los desfiles. Esa mañana se había marchado a la cafetería a beber un Suze.

—De todos los que desfilaban por los Campos Elíseos, los marineros eran tus preferidos. Te ponías muy seria cuando aparecían. Cualquiera hubiera pensado que rezabas. Me mandabas callar, querías estar concentrada, no perderte ni un detalle, y cuando se acababa, suspirabas y decías «y ahora, vamos a tener que esperar hasta el año que viene».

—¿Eso es todo? —preguntó Rose, decepcionada.

—Casi…

Babou añadió que una noche del mes de agosto, el día de la Fiesta del Mar, se celebraba en Saint-Aubin un baile al aire libre con farolillos, confetis, cucuruchos de almendras garrapiñadas, algodón de azúcar, jarras de cerveza, ruido, mucho ruido y polvo. Rose debía de tener ocho años. Las dos habían salido de casa dejando atrás a Papou, que roncaba en su cama. Con el corazón desbocado, habían caminado hasta la plaza del mercado y allí, habían bailado y bailado. Un marinero de la armada nacional las observaba. Era grande, guapo, e iba un poco achispado. Tenía un ojo marrón y el otro verde claro. Había invitado a Rose. Ella le había tendido la mano «como una verdadera princesa». Habían bailado un vals. Rose apoyaba sus sandalias sobre las botas del tipo y se agarraba con los dos brazos a su cintura, la mejilla contra la hebilla de su cinturón. Al final del baile, él la había cogido y levantado en el aire. Rose había soltado un grito, pero él la había atrapado con gracia, la había posado en el suelo y le había puesto la boina para darle las gracias. Ella no quería devolvérsela. Él explicó que iban a sancionarlo, pero Rose negó con la cabeza, no, no, no se la devolvería, había sentido demasiado miedo, él tenía que hacerse perdonar. Ella se había llevado la boina a París. Hacía sus deberes tocando el pompón rojo. Era su amuleto de buena suerte.

—No es esa historia la que me pone enferma, Babou. Es otra cosa. Intenta recordar.

Babou se calló otra vez.

—Venga, Babou, ¡habla! Es importante.

—En un momento dado, te dejé con el marinero… Yo estaba buscando el aseo. Me decía que no podía, que no debía hacerlo, pero no tenía elección, ¿me entiendes? Tendría que haber sido más rápida, pero había mucha cola, una larga cola… Cuando regresé, ya no estabais en la pista de baile. Os busqué por todas

partes. Estaba muerta de preocupación. Estuve dando vueltas durante más de veinte minutos.

—¿Y dónde estábamos?

—¡No lo sé! ¡Deja de presionarme! De pronto..., como por ensalmo, aparecisteis. Él me explicó que habías querido beber una limonada. Tú tenías un aspecto normal, nada asustada, nada cansada, tu vestidito estaba impoluto. Me dije que me había imaginado cosas, que con todas las historias que se contaban...

—¿Eso es todo?

—Sí. Después, las dos regresamos a casa. Tú estabas muy excitada. Muy orgullosa de haber conseguido la boina. Entramos sigilosas en casa. Papou no se había despertado. Nos sentimos aliviadas.

—Yo no tenía aspecto raro, no parecía drogada ni herida, ¿nada de nada?

—No. Estabas totalmente normal.

Totalmente normal... O bien Babou me oculta alguna cosa, o bien no pasó nada esa noche en Saint-Aubin.

—¿Es este tu número? ¿Te vas a quedar este teléfono?

—Adama me lo ha regalado.

—¿Puedo llamarte cuando quiera?

—Sí, por supuesto.

—Babou... Me alegro mucho de que te diviertas con Adama.

—Gracias, princesa.

Rose colgó, pensativa.

No se acordaba del episodio con el marinero. ¿Podría ser que lo hubiera olvidado todo? Uno no olvida cuando el dolor es grande. O sí. Precisamente, lo olvidas porque es demasiado grande y no quieres que vuelva a tu cabeza. Lo olvidas porque, si no, nunca más podrías reír, nunca más podrías crecer, te tirarías a un pozo o a las vías del metro.

Puso los arenques marinados al eneldo en un plato, añadió la

ensalada de quinoa, puso agua a hervir para hacerse una taza de té y continuó con su reflexión mientras vigilaba el hervidor. La doctora M no la había llamado, debía de haberse marchado por las vacaciones de febrero con su marido y los niños.

Rose bebió un sorbito de té y se quemó la lengua.

Sintió ganas de llorar.

Rezó para que las lágrimas la liberaran.

Esperó. Esperó.

Sus ojos parpadearon. Siempre secos.

Atrapó un trozo de arenque marinado, se lo llevó a la boca.

Había olvidado hacerle una pregunta a Babou. ¿De dónde venía esa frase de «¡deja de inventar historias! Todas las niñas...»?

Al día siguiente, Big Denise la esperaba en el Irving Farm. Había escogido una barra de labios color «Masacre con motosierra» que contrastaba con su ropa negra. Frente a ella había cuatro pequeños montículos equidistantes de migas que aplastaba haciendo rodar un feroz dedo índice.

—¿Estás enfadada? —preguntó Rose cuando dejó su bolso en una silla.

No le gustaba dejarlo en el suelo.

—Más bien furiosa —espetó Big Denise.

—¿Sigues enamorada...?

—¡Qué va! He dejado esas tonterías. He vuelto a ver a mi ex.

—¿A cuál?

—A George. El único con el que mantuve una verdadera relación. Dos años.

Mostró dos dedos como si levantara una medalla olímpica de oro.

—Vamos, cuenta, te sentirás mejor.

—¡Siempre soy yo la que hablo!

—Desde que me sucedió aquello te cuento todo, ¿no es cierto?

Big Denise se encogió de hombros.

—Lo vi ayer. Yo estaba en un bar con unos antiguos compañeros. Él llegó. Nos presentaron. Ni siquiera pestañeó, me dijo «hola». Yo dije «hola». Me bebí seis mojitos y me largué corriendo...

—Nunca me habías hablado de él.

—Terminó hace dos años. Y después... dos años de soltería. O si prefieres, dos años de mamadas y de miseria.

—Denise, eres una persona increíble.

—Mañana estaré mejor. Me pondré corrector de ojeras y un poco de colorete y brillará el sol.

Big Denise resopló, buscó un pañuelo en su bolso.

—Vamos —insistió Rose—, cuéntamelo.

—Hace dos años exactos que rompimos. Rectifico, que él me dejó. Así que llevo una semana un tanto melancólica. Ayer, después de los seis mojitos, acabé dando vueltas alrededor de su edificio y terminé por llamar a su telefonillo «Soy yo, Denise». La puerta se abrió. Cogí el ascensor. Cuarto piso. Me examiné en el espejo y me encontré horrible. Quise detener el ascensor, marcharme y luego... Él me esperaba en el umbral. Me besó. Un beso de «me alegro de que estés aquí». Nos miramos. Él debió de advertir el suplicio en mis ojos. Las piernas no me sostenían, iba a desplomarme. Él me cogió y yo lloré. Me vacié de todas mis lágrimas. Él me levantó la barbilla y me obligó a mirarlo. Farfullé: «Yo te amaba, quería dártelo todo». Él me besó en la frente como si dijera «ya lo sé». En la sien, para añadir «lo siento mucho». En el cuello, para «te quería mucho». En los labios, para hacerse perdonar. Y en mi cabeza se produjo una especie de murmullo que decía «podemos volver a intentarlo, ¿no?». Me fundí en él. Era como un pulpo que lo ahogara. La habitación estaba sumida en la

oscuridad, pero yo sabía perfectamente adónde ir. Reconocí la cómoda que yo misma había decapado, las cortinas que yo había colgado, la alfombra en el lado izquierdo de la cama que habíamos comprado en un mercadillo y lavado a fondo, su gorra de béisbol colgada en la pared. Todo eso éramos nosotros. Igual que antes. Cada detalle familiar me agujereaba la piel. No podía dejar de pensar, él es mío, yo soy suya. Su olor en la almohada, en su pelo, su lunar, su aleta izquierda ligeramente más pequeña, las palmas de sus manos rugosas a causa del béisbol. Y luego, el sol que se filtraba bajo la puerta. No me moví. Él estaba pegado contra mí, su brazo sobre mi pecho, no quería que despertara. Se despertó. Me besó en el cuello, «¡Vamos! En pie», dijo. Y justo después añadió: «olvidaremos esta noche». Yo grité «no soy una pizza» y esperé a estar en el vestíbulo para asestar un golpe al pilar de la entrada.

—¡Guau! Eso es cruel.

—No, es el amor. Así que decidí ponerle fin. Ya estaba harta. Cuando nos separamos, hice de todo. Tenía a Belcebú, Satán y al Maligno metidos en el cuerpo. Por la mañana, terminaba mi noche con Theo, a mediodía tragaba la polla de Jackson y, por la noche, me hacía voltear por Curtis. Ahora mismo, solo quiero salvar mi pellejo. Y, además, ayer sucedió algo. La rabia me proporcionó una idea genial. Una idea muy sencilla.

—Como todas las ideas geniales...

—Estaba dando puñetazos al pilar del vestíbulo de entrada para desahogarme, derecha-izquierda-derecha-izquierda, bam-bam, cuando levanté la vista y descubrí una cámara en lo alto. Microscópica. Pensé en mi termita.

—No veo la relación.

—Escucha bien... Voy a filmar el interior del aposento real para observar el comportamiento de las termitas rey y reina con continuidad.

—¿Vas a poner una cámara en quince centímetros cuadrados?

—Se llama «cápsula endoscópica». Como la que se utiliza para las colonoscopias. La colocaré en el aposento real y filmará todo lo que suceda mientras transfiere las fotos y los datos a un ordenador. Bastará con añadir un hilo para conectar una pila y que la cámara tenga suficiente energía para observar el comportamiento del rey, de la reina y de los obreros durante varias semanas. Así sabré exactamente qué obrero les da de comer. Lo atraparé, lo disecaré, le extraeré la sustancia mágica y lo analizaré. Y entonces... tendré el secreto del rejuvenecimiento eterno.

—He estado reflexionando sobre tus experimentos. De hecho, no se trata de un rejuvenecimiento, sino más bien de la receta para bloquear los estragos del tiempo. Una mujer de treinta años tendrá treinta años para siempre, un hombre de cuarenta, cuarenta años para siempre. Solo hará falta que mediten bien antes de tomar su decisión y tragarse tu píldora, porque será increíble. Y voy a decirte otra cosa... Vas a necesitar a mi Luciolina.

—¿Por qué?

—Porque, al detener el desarrollo de las células humanas, vas a debilitarlas y te arriesgas a desatar tumores, cánceres o lesiones. Mi Luciolina será tu seguro de vida y buena salud.

Big Denise lo consideró, mordió el borde de su taza, frunció la nariz, las cejas. Respiró hondo y soltó por fin:

—Podemos intentarlo.

—Muchas gracias. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a realizar unos test. Mezclaremos tu sustancia y mi Luciolina y se la haremos ingerir a las moscas, y luego usaremos otro tubo solo con tu sustancia. ¿Cuándo empezamos? ¡Oh! ¡Adoro esta fase en la que se anda a tientas, no se está seguro de nada, pero uno se dice que puede encontrar algo enorme!

—Rose... Debo confesarte una cosa. Vas a detestarme pero...

—¡Adelante! No creo que pueda detestarte, pero nunca se sabe...

—No te rías. Esto es serio.

—Denise... ¡Suéltalo!

—Te he contado muchas mentiras. De hecho, ya he instalado una pequeña cámara, he analizado el producto que el obrero hace ingurgitar al rey y a la reina y lo he probado con las moscas.

—¿Tu historia de la cámara y del pilar era un camelo?

—Sí. Quería saber qué pensabas...

—¿Y con quién más has hablado?

—Con nadie. No le intereso a nadie. Soy una mujer, soy gorda y soy negra. Nadie me mira. Incluso se preguntan si tengo cerebro...

—Pero yo te veo, te escucho, reflexiono sobre tu trabajo. Eres injusta.

—Perdóname.

—¿Y qué pasó con las moscas a las que les hiciste ingerir tu mezcla?

—Aún es pronto para decirlo. Habrá que esperar todavía un poco más para estar seguros. Pero resulta muy excitante.

—¡Y que lo digas! Es una locura. ¿Y cómo has hecho para guardar el secreto?

—No tengo amigos, no tengo pareja, no tengo padres. Vivo en una isla desierta. Hablo conmigo misma, yo soy mi mejor amiga.

—¿Y Redcliff?

—¿¡Estás loca!? Sería capaz de birlarme el descubrimiento. Hago mis ensayos a escondidas, extraigo mis conclusiones, presentaré mi patente sola, haré una peineta a todos aquellos que nunca me han tenido en cuenta y, luego, me marcharé a Miami y me compraré una finca.

—Y después... ¿cuándo ya estés en Miami?

—¡Me pagaré a todos los tíos que quiera! Ya no soy ninguna pizza.

Big Denise relinchó con la cabeza echada hacia atrás. Su triple barbilla se estremeció y gruesas lágrimas de triunfo resbalaron por sus mejillas.

—Sabes muy bien que no quieres pagarte todos los tíos, solo quieres tener a un tío que te ame. Eres una sentimental.

—¡Rose! No me insultes, por favor.

—Pero, dime, aquí... ¿todos tenéis planes personales? ¿Misiones secretas de las que no habláis con nadie?

—Pues sí. Si no, la vida sería muy monótona. Y todos queremos ganar mucha pasta, ¿qué es lo que imaginabas?

—Yo no lo veía así.

—Rose, estás en América, y en América todos quieren ganar dinero. ¡Mucho dinero!

Ronald Lupaletto la llamó a última hora de la mañana. Tenía la voz vivaracha de quien habla con los pies sobre la mesa y arroja bolas de papel a la papelera.

—Y bien, mi pequeña Rose, al parecer ha caído una gran helada en Nueva York.

—Yo aún conservo todos los dedos de las manos y de los pies. No se me ha congelado ninguno.

—¿Y en qué fase está de su investigación? ¡No puede decirse que me haya abrumado con noticias! No la he enviado al Club Med, mi pequeña Rose.

—Estoy siguiendo una pista interesante, en cuanto tenga algo más sólido, se lo contaré. Creo que le va a gustar.

—¡Eso espero! Mientras tanto, mándeme un informe, ¿de acuerdo?

Cuando Leo regresó de Ithaca al cabo de una semana, entró en el laboratorio y fue directo hacia Rose. No dijo ni buenos días, ni cómo estás, ni esto es lo que he estado haciendo en Ithaca, ciudad conocida por sus saltos de agua, sus parques y su universidad, sino que preguntó, hundiendo los talones en sus zapatones marrones como si se instalara en un sillón:

—¿Quieres venir conmigo a ver la exposición de Hilma af Klint? No este sábado, sino el siguiente. Hay una fiesta privada en el Guggenheim. Tengo dos invitaciones.

Para su sorpresa, Rose aceptó de inmediato. Lo ignoraba todo sobre Hilma af Klint y las fiestas privadas del Guggenheim, pero dijo que sí, preguntándose por qué había contestado tan rápido.

Una vez más te has precipitado, pensó. Te has olvidado del lema: «centro del círculo, distancia y dignidad». Has olvidado que ya no eras una impresora. Que eres Rose Robinson, futuro premio Nobel de Biología.

Leo la contempló satisfecho y salió de la sala sin añadir una palabra.

Debió de regresar a su despacho dos plantas por encima, porque actualmente no trabaja en el laboratorio, es evidente. ¿En qué andará metido?

Rose alisó su bata, sus guantes, recolocó la mascarilla en su sitio, el gorro desechable sobre su pelo, ajustó los patucos que cubrían sus playeras y retomó la faena. Estaban obligados a disfrazarse de fantasmas cuando trabajaban en el laboratorio. Unos fantasmas de papel. Solo se les permitía conservar la parte de abajo: el pantalón y la ropa interior.

La sala estaba presurizada, el aire soplaba en el interior y repelía todo aquello que pudiera penetrar y contaminar las células. Rose puso en marcha la cabina de flujo laminar y depositó las placas de noventa y seis pocillos. En cada uno, había probado concentraciones diferentes de Luciolina. Algunas

estaban diluidas a una cienmilésima, aunque no contaba con llevarse grandes sorpresas. Con ese porcentaje, era como verter una taza de Luciolina en una piscina olímpica y esperar un milagro. ¡O como visitar Lourdes con muñones y silla de ruedas y salir de allí corriendo la maratón! Pero le había apetecido probar con la disolución a la cienmilésima. Una especie de desafío al que se había lanzado o, para ser sincera, para dar con un palmo de narices a Leo. Mientras que tú andas por ahí, yo trabajo, investigo, planteo hipótesis.

Aunque también lo hacía para dar con un palmo de narices a Lupaletto, que había salido de su silencio para meterle presión. Qué fácil, gruñó, qué fácil; detesto a los tíos que muestran sus bíceps para aterrorizar a los demás.

Sacó las placas del receptáculo a treinta y siete grados e hizo las mediciones en un espectrofotómetro. Esperó. Su corazón golpeaba contra sus costados, boom-boom, emitía un ruido sordo, lleno de eco, como cuando metes la cabeza bajo el agua y escuchas a las algas y los peces. Cruzó los dedos, suplicó al cielo un milagro. Sería la culminación de mis cuatro años de investigaciones encarnizadas. De tantos días de cavilaciones, pronósticos, cálculos. Cerró los ojos, se mordió los labios, arrugó la nariz. Dios de Babou, Dios que todo lo puedes, quiero algo increíble que haga estallar todas las hipótesis y me propulse hasta el firmamento; Dios de Babou, Dios que todo lo puedes, ¡haz que eso suceda! Bajó los ojos lentamente y... y... No encontró ¡ninguna! célula de cáncer viva en la disolución a la cienmilésima.

Se agarró el corazón con manos sudorosas y se dejó caer sobre el pequeño taburete blanco que le servía de estribo. Tembló. Se le nubló la vista. Pestañeó con fuerza. No era posible. ¡Lo había leído mal! Se levantó de un brinco. Me he equivocado.

¡A la cienmilésima! ¡Incluso a la cienmilésima!

Examinó de nuevo su control positivo, buscó los anticancerígenos, el 5-FU que había puesto como muestra, y creyó volverse loca: el control positivo no solamente mataba las células a la milésima y a la diezmilésima, lo hacía incluso a la cienmilésima.

¡No! ¡Era una locura aún mayor!

Se metió los dedos en la boca y los mordió tan fuerte que gritó. Retomó su cuaderno de laboratorio, verificó sus cálculos. Empezó a hablar sola, «he tomado 1 ml de Luciolina a 25 mg/ml, entonces ¿eso cuánto es? Reflexiona bien. Cálmate. Cálmate. ¿Eso cuánto es? ¿Eso cuánto es? Pero... pero... *Oh, my God!* ¡Lo he diluido diez veces más! ¡Diez veces más! ¡De modo que la Luciolina está activa a una millonésima!».

¡Una millonésima!

Volvió a desplomarse en el pequeño taburete blanco.

Iba a tener que hablar con alguien. Un ser humano con cerebro, con dos ojos, con dos orejas. Permaneció sentada durante muchos minutos, enloquecida, la cabeza entre las rodillas. Sus uñas arañaban el cuero cabelludo; se rascó y se rascó hasta que se hizo sangre para demostrarse que era cierto. Una millonésima, ¡una millonésima! ¡Una gota de Luciolina en una piscina olímpica! ¡Esto es Lourdes, amiga, esto es Lourdes! ¡Vas a tener que hacer tu maratón!

Se precipitó a la salida, consiguió abrir la puerta de la esclusa, colgó la bata, el gorro y la mascarilla, echó los guantes y los patucos a la papelera, recuperó su sujetador, se puso la camiseta, el grueso jersey beige, se lavó las manos, corrió, corrió por los pasillos en busca de un ser humano. *I've got it! I've got it!*, gritaba dando saltos, entrechocando los talones en el aire. *I've got it!* Lanzaba los brazos al techo, daba volteretas, ¡una, dos, tres! No sabía que podía girar por el aire, no lo sabía. Dios todopoderoso, Dios de Babou, Dios que todo lo puedes, te prometo hacer un buen uso de mi descubrimiento, no

intercambiarlo por esos dólares tan verdes, por los ecus tan dorados, por las cremas para mujeres ricas y arrugadas. Te prometo curar el cielo y la tierra, a los pobres y los desarrapados, a los sarnosos y los millonetis, a los elefantes y los renacuajos, a Papá Noel y al Hombre del saco.

Aterrizó sobre sus pies después de tres volteretas perfectas y vio a Hector que cruzaba el pasillo y avanzaba encorvado. Ella se acercó con paso sigiloso, saltó sobre su espalda, se encaramó a sus hombros y le hizo tambalear.

—¡Hector! ¡Hector! Adivina lo que...

Él gritó, soltó su bandeja cubierta de tubos que rodaron por el suelo y se desplomó, arrastrándola con él.

—¡Maldita seas, Rose!

Los dos enredados, Hector, empapado de líquidos espesos como la glicerina, trataba de incorporarse sobre un codo; Rose, desatada, agitaba las manos, agitaba los pies.

—¡Hector! ¡Hector! Escúchame: las células cancerígenas han sido destruidas. Todas. Con una disolución a una millonésima. Quería probarlas a una cienmilésima y ya me parecía insensato, ¡y lo he encontrado a la millonésima! ¿Te das cuenta? Voy a curar los cánceres sin ningún efecto secundario. Sin diarreas ni vértigos, sin manos que arden, pies que hormiguean, el corazón que se descuelga, el pelo que se cae...

—Me importa una mierda, Rose.

—Curaremos sin dejar de ser dignos. Dignos, Hector, ¡dignos!

—¡Déjame en paz!

—¡Hector! No digas eso.

Él se había incorporado y había apoyado la frente sobre sus rodillas, que entrelazaba con los brazos.

—Hector... Préstame atención, porque estoy tan feliz que, a pesar de tu actitud poco amistosa, voy a revolcarte con un achuchón de los que dejan sin respiración.

Él levantó la cabeza y le lanzó una mirada glacial.

—Rose, por favor, cállate. Acabas de destruir todo mi trabajo. ¿Entiendes?, todo mi trabajo. Y eso no me hace ninguna gracia. Y además, te hablo como un caballero. Podría ser mucho más claro, más directo y molerte a golpes, si lo prefieres. Pero como eres una mujer, no he querido hacerlo. Lo estoy intentando, lo estoy intentando desesperadamente. ¡Así que contrólate!

Rose lo escuchaba sin entender, con los ojos entornados. Entonces bajó a la tierra, se llevó la mano a la boca, balbuceó:

—¡Oh! Cuánto lo siento. Perdón. Hector, yo no pretendía...

Hector se limpió en la bata con una mueca.

—¡Tú no eres la única que trabajas, Rose! Imagina que hubiera entrado en tu laboratorio cuando testabas tus porcentajes, que hubiera saltado encima de ti soltando gritos como un salvaje y que hubiera saqueado tus disoluciones. Imagina... No creo que hubieras tenido ganas de darme un revolcón especialidad de la casa, ¿no es cierto?

Su tono sonaba irónico, frío; sus ojos contemplaban la bandeja volcada, los frascos rotos. Parecía abrumado por la tristeza. Los gusanos se retorcían entre los escombros. Unos aplastados, otros segados por la mitad. Rose siguió su mirada, se preguntó cómo podría repararlo.

—Voy a ayudarte a limpiarlo —dijo y adelantó una mano.

—¡No! ¡Por favor!

Él extendió un brazo como si quisiera proteger los daños, sustraerlos a la mirada de Rose.

—¡Pues claro! Y sin peros. Ha sido culpa mía, así que...

—¡Rose! He dicho que no. Déjame. ¡Apártate!

Rose frunció el ceño. Algo le chirriaba. ¿Por qué esa prisa por apartarla? ¿Por qué esa violencia? Era como si le ocultara... ¿Ocultarle qué?

Su mirada se agudizó. Se concentró en los insectos que se arrastraban y se retorcían, tratando de huir.

—Pero Hector... Esto no son moscas, son...

Él dejó caer la cabeza sobre su pecho y suspiró:

—*Tenebrio molitor*.

—¡Pues claro! Los conozco perfectamente. Los cultivé de pequeña. ¿Cómo es que...? ¿Hector? Ya no trabajas con las moscas...

El *Tenebrio molitor*, tenebrión molinero o, más comúnmente, gusano de la harina.

De adulto es de color marrón negruzco, de ahí su nombre de «tenebroso»; de joven, marrón anaranjado, y de bebé, blanco transparente. Comienza siendo un gusano minúsculo, delgado, perdido en la harina, y termina de un tono negro escarabajo y midiendo un centímetro y medio.

De niña, Rose compraba las larvas en un centro de jardinería. Una veintena por bote. Las depositaba sobre un lecho de harina y las contemplaba crecer, aparearse, poner centenares de huevos. No necesitaban agua ni demasiada comida. Seguía su metamorfosis, observaba la formación de las alas, de los brazos; luego el gusano extirpaba la cabeza de su capucha como si se quitara un jersey de cuello vuelto. Sus antenas se desplegaban. Movía el abdomen. Rose les rascaba el vientre. Y conservaba algunos para estudiarlos, mientras daba a los otros de comer a sus peces rojos, que les chiflaban. Últimamente, el *Tenebrio molitor* se había puesto de moda, a la última moda. Biólogos franceses habían conseguido transformarlo en proteínas aptas para el consumo. Habían construido una primera fábrica en Dole, y otra más iba a implantarse cerca de Amiens. Producción estimada: diez mil toneladas de proteínas de insectos en 2020. Una harina de excelente calidad. La región de Amiens acababa de conceder ciento veinticinco millones de euros al constructor. Por el momento, el consumo de esas proteínas estaba reservado a la alimentación de los peces, pero todo el mundo esperaba el desarrollo para los humanos. Los juristas trabajaban en la

modificación de los textos europeos para obtener la autorización. Muy pronto fabricarían con ellos pasteles y filetes. No había elección: habría que nutrir a diez mil millones de humanos en 2050. Las buenas vacas normandas, charolesas, limusinas o gasconas, ya no eran suficientes. El *Tenebrio molitor* era un gusano muy interesante, ya que ofrecía múltiples posibilidades. Con el caparazón se fabricarían cosméticos; con sus excrementos, abonos; con el cuerpo, proteínas. Era una nueva materia prima, limpia y ecológica. El hermoso tenebroso no hacía pipí y producía una caca seca, inodora. Se contentaba con una escasa pitanza, no necesitaba agua. Además, era muy resistente.

—Ya lo entiendo —dijo Rose—, ¿estás detrás de la fábrica de Amiens y tratas de conocer mejor el funcionamiento del gusano para mejorar la producción de las proteínas?

—Continúa... —la animó Hector, sonriendo por primera vez.

—Has venido a trabajar aquí porque disponen de las herramientas que no tenemos en Francia. En cuanto hayas recogido todos los datos, te marcharás. ¿Para quién trabajas?

—Para la persona que ha invertido en esa fábrica de Amiens. Mi padre.

—¡Tu padre!

—Él cree firmemente en este proyecto. Porque no solo esa fábrica va a generar decenas, centenares de empleos, sino que va a dar trabajo a los agricultores locales. Sus desechos vegetales nutrirán a los gusanos. Y nosotros recuperaremos proteínas tan ricas como las de cualquier carne. Con la grasa del insecto, haremos aceite. Con el caparazón, cremas de belleza. Y todo el mundo comerá hasta saciarse.

Se le iluminó la cara cuando sonrío. Perdido en su sueño.

—Y por si fuera poco, todo el negocio es cien por cien ecológico, ya que estos insectos no polucionan. Estamos en los albores de un nuevo mundo, y es muy excitante.

Su rostro se ensombreció de golpe.

—No puedes decir nada. No puedes comentarlo con nadie. ¿De acuerdo?

—Prometido. Ya lo entiendo: todo el mundo aquí trabaja en secreto sobre otra cosa.

—Todos tenemos ganas de cambiar el mundo. Tú también.

Rose se había olvidado. Soltó un grito y ululó.

—¡Una millonésima! Nunca lo habría imaginado. Voy a tener que hacer más pruebas, pero creo haber encontrado algo inaudito. No quiero comentárselo todavía a Leo. Ni a Lupaletto...

—¿Y ese quién es?

—Mi jefe de laboratorio en París. No le dirás nada a Leo, ¿verdad? ¿Guardarás este secreto?

Él le tendió la mano abierta en signo de buena fe. Ella deslizó la suya en la palma lisa, suave. Él cerró su mano, la apretó. Ella saboreó ese estrechamiento. Levantó la cabeza, lo contempló, apreció la tersura de su piel. Su sonrisa tímida y cálida, la raíz de sus cabellos, de sus cejas, la piel ámbar de sus párpados, las pestañas negras, tupidas. Sintió ganas de probar esa boca en la suya. Se inclinó sobre él y murmuró:

—¿Puedo besarte?

—Preferiría que no.

Rose se enderezó.

—¡Oh! Perdóname. ¿Tienes novia?

—Puede decirse así. Estoy casado.

—¿Y enamorado?

—Y enamorado.

—Entonces tienes todos mis respetos.

Rose soltó una risita tonta. Adoptó un aire de «no pasa nada, no es importante, me he dejado llevar por la emoción causada por mi descubrimiento. Si no lo hacía contigo, lo habría hecho con cualquier otro, mejor olvidarlo».

Rozó la frente de Hector, sus pómulos, el arco de sus cejas, de su boca.

—Te habría dado un achuchón.

—¡Cuánto honor!

Sonrío, un poco conmovido, un poco coqueto, y muy apurado.

—Nadie en el laboratorio sabe que estás casado —añadió Rose—. Y conozco a alguien que ha puesto sus ojos en ti...

—Sabré arreglármelas.

—Entonces ¿ahora ya tenemos al menos tres secretos?

Hector asintió, divertido.

—Es mucho —reconoció—. ¿Vas a poder guardar silencio?

—Eso es lo que se requiere para sellar una amistad. Por debajo de tres, uno no está cualificado.

—Entonces ¿amigos?

—Amigos.

Esa semana, Rose no apareció por su despacho. Se pasó todo el tiempo en el laboratorio. Quería repetir todas las pruebas para estar segura de que su concentración a una millonésima funcionaba.

Pero no tenía la cabeza solo en eso.

También se sentía febril al pensar en su próxima cita con Leo. Ahora ya no se veían. Ella estaba encerrada en el noveno piso del laboratorio; él, en el undécimo, en los despachos. O en la carretera.

Eso no estaba demasiado claro.

Ambos intercambiaron varios mensajes a propósito de Hilma y de su extraño apellido, af Klint. Una risa loca de trol para los oídos de Rose, un ladrido de lebrel afgano para los de Leo. Cada uno defendía su causa. «Af Klint, como una pirueta de elfo en las brumas nórdicas», escribía Rose. «Guaf Klint, ¡como

el perro de mi vecino cuando ladra!», replicó Leo. Cada uno deliraba, uno sobre el perro, otra sobre los troles y sus travesuras.

Los pulgares de Rose se agitaban. Leo contestaba. Rose se humedecía los labios, los mordía, reenviaba la pelota más fuerte, más lejos. Leo realizaba un magnífico revés. ¡Bien jugado!, pensaba Rose, pero espera a ver esto... Se frotaba la barbilla, una extraña alegría se apoderaba de ella. Ya no tenía sueño, ya no tenía hambre, vivía con los ojos pegados a la pantalla. Tricotaba las respuestas, las retocaba, las afilaba. Cada mensaje enviado, cada mensaje recibido era un artefacto explosivo. Uno que podía contener una trampa. Una mina escondida bajo una palabra. La emoción acaloraba sus mejillas, aceleraba sus pasos. Divisaba su reflejo en un escaparate, se paraba, estupefacta, ¿soy yo, esa chica larguirucha, morena, desenvuelta? Hacía una pirueta, se reprendía, se decía hummm... hummm... ¡peligro! Voy a acabar enamorada, y en su interior crepitaba una curiosa mezcla de miedo, deseo y expectación. Una excitación, vaga y precisa a la vez, que incendiaba los menores detalles. Las palabras «trol», «ladrido», «lebrel afgano», «estornudo», «bruma nórdica», «volteretas» se convertían en pequeños resortes eróticos que diseñaban línea a línea un acercamiento de los espíritus, cierto, pero también de los cuerpos. La situación era altamente inflamable. Rose y Leo se rozaban, se rechazaban, se probaban, se seducían. Durante mucho tiempo lucharon en igualdad de condiciones, cada uno alineando buenas palabras, apuntándose buenos tantos. Luego comenzó un nuevo fuego cruzado. Habían agotado el tema «Hilda» y Leo lo encadenó con el tema «Lucio Fontana». Acababa de inaugurarse una retrospectiva en el MoMA. Rose lo ignoraba todo sobre ese artista y, muy pronto, se quedó sin munición. Lo que leyó tecleando su nombre en Google no la entusiasmó: «fundador del movimiento espacialista asociado al

arte informal».

Leo la iba a masacrar.

Ella se negó a ondear la bandera blanca.

Habló del laberinto rojo, de las ranuras, del *Concetto spaziale*. Él contraatacó, evocó el *Manifesto blanco*, Altamira, la «Propuesta de un reglamento del movimiento espacial», la luz negra, la hoja de afeitar. Ella perdió pie. Intentó algunas palabras en francés. Él enarboló un enorme *loser*, seguido de *cheater*, y le mandó una pequeña secuencia de *Correcaminos y el Coyote* en la que el Correcaminos desaparecía a lo lejos en medio de una nube de polvo mientras que el vil coyote yacía aplastado bajo una roca.

Rose permaneció muda durante varias horas. Tenía que desactivar la trampa en la que había caído. No sabía cómo resurgir. Más le valía jugar a la chica ocupada de ahora en adelante. Él insistió:

No conoces a ese inmenso artista?

Ella volvió al partido,

Yo trabajo

Él exclamó:

Oh, qué tramposa!

Ella no quiso preguntarle si él aún trabajaba, porque eso habría destrozado el encanto, y se abstuvo. Prefirió contenerse. Le envió una imagen de *Le café*, de Bonnard. Los americanos conocían poco ese cuadro, tenía una oportunidad de recuperar el control. Él replicó

Ah! Los Nabis? Bah, bah!, demasiado decorativos para mi gusto

Ella probó con Yves Klein. Él bostezó,

azul, tan azul

Ella embistió con Miquel Barceló,

enorme!

escribió él

me encantan sus esculturas, sus corridas, las vidrieras de Palma!

Ella escribió «bravo» con la punta de los dedos.

Tengo sueño, voy a acostarme

Se sumergió en las páginas consagradas a Hilma af Klint en Google.

Iba a servirse de la sueca a modo de cachiporra.

Pero fue la luciérnaga alsaciana la que la noqueó.

Una noche, mientras una tempestad de nieve se arremolinaba alrededor del piso catorce del número 3 de Washington Square, agitaba la noche y hacía chirriar las puertas, Rose se despertó y comenzó a pensar, fase por fase, en todo el experimento desde el principio. Una terrible angustia la invadió. ¿Y si no había cogido el tubo bueno con la Luciolina purificada? ¿Y si había confundido ese tubo con el de la molécula anticancerígena de muestra?

Se enfundó su abrigo beige, el chal rosa, el pantalón verde manzana, los guantes, las botas. Corrió hasta el laboratorio —el vigilante nocturno dormitaba en su silla—, subió a pie los nueve pisos —demasiado asustada ante la idea de quedarse atrapada en el ascensor—, arrojó al aire sus ropas, se vistió de papel blanco, abrió la nevera, sacó los tubos, los observó a la

luz, gritó: «¡pero no es posible!», y se dejó caer en el suelo, con los dedos llenos de hielo y una lluvia de nieve carbónica.

Las inscripciones en rotulador negro sobre los tubos, «Luciolina» y «5-FU», se habían borrado.

Eso no sucedía nunca.

Comprobó el estado de su rotulador escribiendo «Luciolina» en un tubo vacío, lo sumergió en el hielo del congelador, frotó la inscripción con su dedo seco, y luego húmedo. La marca permaneció indeleble.

Creyó volverse loca. Alguien ha borrado expresamente lo que yo había escrito en esos tubos. O los han robado y reemplazado. Alguien manipula mis tubos. Es un sabotaje. Me espían. Codician mis trabajos. Pero ¿quién? ¿Hector? Sí, tiene que ser él. Me odia por haber destruido su trabajo. Ha fingido que éramos amigos pero, en realidad, me detesta, y me está haciendo pagar mi torpeza. Vi claramente que yo le repugnaba cuando traté de besarlo. Se ha vengado. Pero no, ¡no es Hector! Tiene mejores cosas que hacer, está a punto de dar un gran golpe con sus gusanos tenebrosos de la harina. Debe de ser otro. ¿Alguien que trabaja en el laboratorio? ¿Quién está al corriente de mis investigaciones? ¿Leo? Esto no le interesa. A menos que haya firmado un contrato con algún laboratorio y quiera excluirme. Posible. Desconfía, desconfía. ¡No! Sería demasiado horrible. Y además, soy yo quien ha sacado la patente. Está a mi nombre. ¿Big Denise? Impensable. ¿Redcliff? ¿Y por qué no Kanye West o el presidente de los Estados Unidos? ¡Todos fascinados por tu luciérnaga! Tú deliras, Rose, baja de tu nube.

Salió del laboratorio con la espalda encorvada, un nudo en la garganta, los pies a rastras. Se arrancó las ropas de papel. Las enroscó y las echó a la papelera. He estado a dos milímetros del Nobel... Por una vez, el premio de biología habría sido concedido a una mujer. Un premio útil que erradicaría el

sufrimiento humano. Las mujeres no representan más que un cinco por ciento de los laureados. Yo habría dinamitado las estadísticas.

Regresó a su casa.

Su teléfono se había quedado en la balda del lavabo. No había ningún mensaje de Leo. Ni de nadie.

—Ya no tengo ni amigos, ni amantes, ni París, ni padres.

Se arrojó sobre la cama y enterró la cabeza bajo las almohadas. Ya lo pensaría mañana.

Al día siguiente, Lupaletto la llamó. Esta vez no se entretuvo en generalidades ni consideraciones sobre la meteorología. Fue breve, conciso y desagradable:

—Todavía no he recibido el informe.

—No he tenido tiempo.

—Tendrá que conseguirlo. Y rápido. He confiado en usted, no haga que lo lamente. ¿Entendido?

Rose farfulló «sí».

Él colgó.

Todo rastro de amabilidad había desaparecido. No le había llamado ni una sola vez «mi pequeña Rose».

Ya solo me queda tirarme a la basura.

No hay necesidad de informe, puesto que resulta que no he encontrado nada.

Conclusión, soy nula. He soñado demasiado rápido. Es un signo de los débiles creerse el centro de atención cuando no son más que engranajes insignificantes.

Suspiró. Ya no me queda más remedio que casarme y tener hijos. Sí, pero ¿con quién? Muy pronto tendré treinta años. Se acabó.

Renunció a reflexionar. Decidió volver a su despacho.

En el rellano, su vecina enarbolaba la Biblia con brazos descarnados, los senos bamboleándose bajo la bata gris:

—«Cuando caemos, no es el pie el que nos hace tropezar».

—¡Cállate! —exclamó Rose en francés con una gran sonrisa.

Madame Jesús le devolvió la sonrisa.

—«Cada brizna de hierba tiene su parte de rocío». ¡Alabemos al Señor! Si estás triste un día, ven a mi casa, yo curo las almas heridas.

Al salir del ascensor, Rose le dijo al portero:

—Esa vecina mía no tiene arreglo. Ya no puedo más. ¡Esta noche habrá mucho ir y venir en su casa! Me ha invitado.

—¡Los caminos del señor son inescrutables! —respondió Richie juntando las manos en un gesto irónico de oración—. Es cierto que, por la noche, recibe a una estrafalaria panda de locos. Debe de ser profesora de religión o algo así... Debería asistir.

—No, gracias. Detesto las reuniones en las que hay más de una persona.

Cuando Rose se disponía a entrar en su despacho de la novena planta, Jennifer le anunció que Leo se había marchado, no sabía adónde. No había dejado ningún mensaje. Apenas había tenido tiempo de preguntarle «¿Te vas?». Y cuando él había respondido «sí», ya estaba en la escalera.

—¡Pero si hemos quedado! —replicó Rose.

—¿Quieres decir... una cita?

—Sí. El sábado.

—*I absolutely looove it! Tell me, sweetie*...

—No te emociones. Seguramente la anulará.

—Tienes razón —se entristeció Jennifer—. Los tíos son todos decepcionantes.

—¿Cómo que los tíos? —replicó Rose, frotando una mancha en su escritorio.

Alguien debió de instalarse ahí mientras ella estaba trabajando en el laboratorio.

Jennifer se encogió de hombros; su boca mostraba un paréntesis invertido.

—Los tíos son solo tíos. Somos nosotras quienes los convertimos en héroes. A pesar de ellos. Nos montamos películas, nos las creemos y nos metemos en serios problemas... Y todo porque ellos tienen polla y nosotras carecemos cruelmente de pollas en este momento.

Su boca se desplomó, arrastrando la nariz, los ojos, la frente, la raíz de su pelo en su caída. Se habría dicho que fuera un tobogán de desesperación.

—La especie va a desaparecer si esto continúa...

Rose por fin lo entendió. Y contuvo una sonrisa.

—¿Cómo fue tu noche con Hector?

—Nula. Fuimos al cine. Él se mantuvo aferrado a su cucurucho de palomitas, los codos pegados al cuerpo, los ojos fijos en la pantalla. ¡Como si yo fuera a violarlo! Encerrado en su rincón. Un verdadero *Neotrogla brasiliensis*. ¡Muy halagador para mí! ¡Muchas gracias!

Rose contuvo una carcajada. ¡La *Neotrogla brasiliensis*! Una especie de pulgón de tres milímetros con un comportamiento único en el reino animal. Vive en las grutas de Brasil y se alimenta de excrementos de murciélago. La hembra posee una especie de pene en forma de gancho espinoso que agarra al macho y lo obliga a copular durante setenta y seis horas. ¡No es de extrañar que él la deje tirada!

—Al salir, nos dimos la mano. No me acompañó. ¡Para que luego digan de los franceses!

—Ya te lo advertí, no todos los franceses son unos cerdos.

—Me da igual, *sweetie*, lo tendré. Voy a pensar en una estrategia. Tengo demasiadas ganas. Y él es muy guapo.

«Y, sobre todo, está demasiado casado», tuvo ganas de replicar Rose, que se preguntó por qué Hector no proclamaba a voz en grito que no estaba libre. Eso le evitaría muchos

malentendidos.

Rose no se permitió darse por vencida mucho tiempo. Retomó sus disoluciones.

Mi trabajo no es un trabajo de lerdos, un trabajo en el que no se entiende nada y que se puede suprimir sin riesgo para la sociedad. Todo lo contrario. Los trabajos de lerdos no sirven más que para enredar a la gente, hacer que consuman por adelantado. Yo trabajo por el bienestar. Debo estar a la altura y no dejarme abatir.

Rose tenía la costumbre de hablar sola, pero en ese mes de febrero no conseguía dejar sus soliloquios.

No tenía noticias de Leo. Olvidó que había sospechado que fuera su peor enemigo. Retomó los mensajes. Lo tanteó,

estarás de vuelta el sábado por la noche?

Él respondió «no» como si tuviera prisa. O ningún interés. Ella insistió,

lo sé todo sobre Hilma. Pregúntame cualquier cosa para comprobarlo

Nuevo silencio.

De verdad no sientes curiosidad?

Silencio de nuevo. Entonces rebajó el tono a un inquieto «¿Va todo bien?», que intentó cancelar en el último segundo, pero demasiado tarde. Arrojó su teléfono al suelo. Este pitó una vez, dos veces y se apagó. Ella se lanzó al suelo para recuperarlo, intentó encenderlo una, dos veces, sopló por encima, lo frotó, lo secó, suplicó y... percibió un pitido. Tecleó su código. Consultó los mensajes.

Leo no había respondido.

Ese hombre era imprevisible. Podía detenerse, volver a la carga, hacer una pausa, desaparecer. Él imponía su ritmo, se negaba a dejarse poseer. Un hombre libre, independiente, fuerte. Muy excitante.

Rose estaba fabricando un príncipe encantado.

Hizo crecer a Leo ocho centímetros, le estiró el cuello, añadió pectorales, borró la ligera gordura de sus caderas, eliminó sus pantalones amarillos, los reemplazó por unos chinos beige de Brooks Brothers, limpió sus zapatones, los enceró con betún negro, pegó una sonrisa fina y cruel a sus labios. Y, cuando hubo terminado y el hombre estuvo bien acicalado, ardió en deseos por él.

Rose regresó a la tienda de segunda mano. Recorrió los percheros de ropa bajo la mirada agotada de las vendedoras tatuadas, hizo desfilar las perchas a toda velocidad. Llenó el probador. Se desvistió. Se miró en el espejo. Su madre tenía razón. Devolvió todo. Se levantó el pelo. Demasiado largo, demasiado graso, demasiado lacio.

Iba a anular la cita.

Babou le envió un correo electrónico,

Va todo bien, mi princesa?

Rose respondió:

Estoy trabajando, no puedo hablar

Babou le explicó que solo quería utilizar su teléfono, no tenía

demasiados contactos, seis en total. Los otros cinco no contestaban. Rose le envió una sonrisa ;-)) Babou preguntó «¿cómo has hecho eso?». Rose se lo explicó. Babou envió diez sonrisas. Ella le escribió «¡Eres una auténtica friki!». Babou le pregunto, «¿Qué es un friki?».

Rose se dio cuenta de que había olvidado comprobar las suites 611 y 612. Se acercó hasta el hotel Mercer. Su madre la llamó justo cuando salía. Rose le aseguró que las suites eran grandes, luminosas, sobrias, elegantes. Y tranquilas. No había visto ninguna. Estaban todas ocupadas.

Valérie le propuso cenar un día en Nueva York.

—¿Por qué no? —contestó Rose.

Ese no era su problema. Desde que había descubierto que las inscripciones se habían borrado, Rose no parecía vivir en la tierra. Sin embargo, se levantaba, se vestía, desayunaba, se cruzaba con madame Jesús, iba al despacho, trabajaba, regresaba a casa, comía los arenques marinados, pero no era ella la que hacía todo eso. Era otra chica que también se llamaba Rose Robinson y que se le parecía mucho. Un alter ego, una Rose bis. La verdadera Rose se había refugiado en su cerebro. Acurrucada bajo sus cálculos, sus razonamientos, buscaba, rebuscaba y huía de tonterías sentimentales.

El minutero del tostador sonó, las tostadas saltaron, el hervidor empezó a silbar, la mantequilla se ablandaba en el platillo. Rose salió de la ducha, el pelo envuelto en una toalla blanca.

En la televisión, el hombre del tiempo anunciaba la llegada de un huracán sobre Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia. Mostraba las primeras imágenes: un oscuro remolino atravesaba un cielo teñido de negro, de naranja, de violeta, de

«ultravioleta», explicaba sonriendo con su dentadura toda falsa, toda blanca.

La verdadera Rose descendió a toda velocidad del cerebro, empujó a Rose bis, le arrancó la taza, la toalla blanca. Se vistió a toda velocidad, rauda, se metió una tostada en la boca a la vez que se abrochaba el sujetador, saltaba dentro de sus botas forradas, atrapaba las llaves, empujaba a madame Jesús en el descansillo.

—«Yo estaba furiosa por no tener zapatos, encontré un hombre que no tenía pies y me sentí feliz por mi suerte».

—¡Magnífico! —gritó Rose con la boca llena, tamborileando sobre la puerta del ascensor que no llegaba.

—«Cuando uno tiene que dar diez pasos, nueve hacen la mitad del camino».

Rose corrió al laboratorio. Se enfundó la ropa de fantasma. Verificó que los tubos aún seguían ahí, que la tinta seguía desaparecida.

Al escuchar al hombre del tiempo había recordado que la Luciolina absorbía la luz a una longitud de onda específica en el ultravioleta y que, en el tercer piso de la universidad, había un viejo espectrofotómetro capaz de establecer mediciones bajo la luz ultravioleta. Cogió los tubos que quería testar, descendió los escalones de dos en dos, llegó al tercer piso y, tres minutos más tarde, realizaba sus mediciones. Aguardó, no apartó los ojos de los tubos, se retorció el pelo, se mordió un pulgar y luego el otro, calculó cómo, calculó cuánto, calculó si..., aguardó... aguardó...; se mordió el interior de los carrillos, sintió un regusto de sangre en la boca..., lo tragó, cuando... uno de los dos tubos mostró el resultado: contenía claramente la Luciolina purificada disuelta a una millonésima.

Su molécula era la más eficaz contra el cáncer.

No se había equivocado. Nadie la había saboteado. La tinta se había borrado simplemente porque sus rotuladores eran de

mala calidad. Había comprado todo un lote a un precio ridículo creyendo encontrar una ganga. ¡Mal calculado!

Ella no tenía enemigos.

Podía comenzar a escribir su discurso de agradecimiento para el Nobel.

¿Cómo iría vestida?

Lo siento, no habrá museo esta noche. Me equivoqué de día.

Nos vemos en el Omen a las siete y media? El restaurante japonés entre las calles Thomson y Prince

No solo él le confiscaba Hilma af Klint, a quien ella había estudiado concienzudamente y que ahora conocía de memoria, sino que le imponía el restaurante, la dirección y la hora. Le presentaba un hecho consumado. Como «la vaca que se presenta al toro», habría dicho Babou.

—Piensa, tranquila —dijo Rose bis.

—¡Sabes muy bien lo difícil que es estar tranquila! —replicó la verdadera Rose.

—¡Deja de inventarte historias!

—«¡Deja de inventar historias! Todas las niñas...».

—¡Ah no! No es el momento. El pasado es el pasado. Entiérralo y baila sobre él.

Rose Robinson se sentía mareada. No dejaba de discutir con ella misma por culpa de Leo.

—¡Tú ni siquiera me apoyas! —decía la verdadera Rose.

—Vuelca tu rabia en algún otro. Búscate una amiga, una de verdad.

—¡Nunca he tenido una amiga!

Tuve un amigo en segundo de bachillerato. Era gay.

Dormíamos juntos, probábamos las cremas contra el acné, los champús para cabello graso, nos depilábamos, él el torso, yo las piernas, las axilas, las ingles, soltábamos pequeños gritos y comíamos chocolatinas. Íbamos a los conciertos de rock duro y de Céline Dion, leíamos a Virginia Wolf y a Kathy Acker. Él estaba loco por las comedias musicales: *Mamma mía!*, *Cantando bajo la lluvia*, *Chorus Line*. Ni siquiera sé si él era gay, nunca le vi con un hombre. Le horrorizaba el contacto físico. Yo no tenía derecho a abrazarlo. Él lo esquivaba, se escondía detrás de su mano. Lo más lejos que había llegado con un chico era a darle un beso en el labio superior. Un día murió. Un cáncer fulminante. En tres meses.

—¿Por qué no has escogido a Big Denise como confidente? —insistió Rose bis.

—¿Has visto cómo maneja su vida?

—¿Y Jennifer?

—No me apetece.

—Bueno, ¡pues búscate la vida!

—Muchas gracias. ¡En cuanto algo es difícil, tú te rajas! Así estaban las cosas: se había enfadado consigo misma.

Hicieron las paces. Rose aceptó ponerse un pantalón vaquero negro, un jersey negro con escote en V que mostraba el canalillo, su chal rosa, su abrigo beige de piel de imitación. Y unas botas negras de suela alta. No muy creativo pero, de todas formas, no estoy de un humor creativo esta noche. Se cepilló el pelo —demasiado largo, demasiado graso, demasiado lacio—, lo recogió. Parecía un espárrago. Bajó la cabeza, vació un bote de laca, volvió a enderezar la cabeza. Ahora parecía un erizo.

Arrojó el cepillo, arrojó el bote vacío, se arrojó sobre la cama. Decidió enviar un SMS: «Lo siento. Fiebre, vértigos, náuseas. Otra noche será».

Recuperó las fuerzas.

—¡Infantil! —suspiró Rose bis.

—No andas equivocada —reconoció Rose la verdadera.

Sintió vergüenza.

Se preguntó si cogería un taxi. El restaurante no quedaba lejos, pero hacía frío y el suelo resbalaba. A él le da igual, con sus horribles zapatones marrones.

Salió a pie.

Furiosa.

Empezó a llover. Llegó empapada.

Exasperada.

Él ya estaba sentado cuando entró en el local. Vestía un polo blanco por debajo de su jersey gris oscuro. El cuello aplastado del polo le daba aspecto del primero de la clase. O de un suricato al acecho. Ella vaciló.

Cuando fueron a pedir los platos, Leo ordenó un chucrut. El camarero, un japonés grande y calvo, muy miope, se encorvó asombrado «ccchucrut ccchucrut», frunció el ceño, adelantó el mentón para mostrar que buscaba pero no encontraba. Terminó por disculparse, multiplicando las reverencias. Leo declaró, magnánimo, «déjelo», y guiñó un ojo a Rose. Ella se preguntó si debía reírse, crispó una sonrisa. Y optó por el suricato al acecho.

El camarero, confuso, les tendió la carta. Leo estudió la suya. Rose, ante la complejidad de los platos, renunció:

—Elige tú, no conozco ninguno.

—Confía en mí, te van a encantar.

Le palmeó la mano con un gesto que podía pasar por una manifestación de ternura o por la compasión hacia una pobre chica que no conoce otra cosa más que el filete con patatas

fritas.

Rose optó por la segunda solución.

Él pidió un montón de platos, los comentó bebiendo grandes tragos de cerveza japonesa a medida que el camarero los depositaba frente a ellos.

—Esta noche no hablaremos del trabajo. Cuéntame cómo te está resultando la vida en Nueva York. ¿Has hecho amigos? ¿Sales mucho? ¿No estás pasando demasiado frío? Siento mucho no haber estado más presente, pero me han tenido muy ocupado. Ya te hablaré de ello en otra ocasión.

Rose tenía la impresión de estar respondiendo a un cuestionario.

—¿Algo no va bien? —preguntó él.

—Sí, sí.

—Toma, prueba este *uni*, está delicioso.

Le mostró una cosa marrón anaranjada que se parecía a una babosa.

—¿Qué es?

—Un erizo de mar fresco. Bueno, sus gónadas. Nada fabricado con plástico ni congelado. Es la temporada del erizo. No dura demasiado. Hay que aprovecharla...

Le tendió la babosa sobre un alga marrón. Rose se acordó de cuando su madre la obligaba a comer los cereales metiéndole una cuchara entre los dientes. Abrió la boca, lo tragó. Era viscoso, flácido, salado. Le recordó a la última mamada que había hecho. El hombre le presionaba la nuca, la forzaba a tragarla, y como ella vacilaba, gritaba «¡Traga, puta! ¡Traga!».

¡La tragaré si quiero!, habría querido responder, pero tenía la boca llena. Que las cosas queden claras: me gusta que me dominen, que dispongan de mí, que me amenacen, que me manipulen, pero solo si estoy de acuerdo.

Es un juego, no una batida de caza ni un toque de acoso a la presa, se recordó.

El erizo se atascó en su garganta. Se atragantó y lo escupió.

Leo le hizo una señal al camarero calvo y miope para que trajera agua. Rose tuvo que ingerir un vaso lleno de cubitos de hielo. Hizo una mueca.

—¡Está fría!

—¿No te gusta el *uni*?

—Creo que prefiero el pollo.

Me obliga a comer pollas blandas, se dijo. Le detesto.

Ella se rehízo, sonrió, preguntó si había pato laqueado en el menú.

—Eso es en los restaurantes chinos —respondió Leo, contrariado.

—¿Puedo pedir pollo asado?

—¿Te refieres a cualquier cosa antes que comida japonesa?

—Creo que no me gusta demasiado...

Pensaba que sería como el sushi que compro en el Fresh Market. Mucho arroz con un pequeño trocito de pescado en el centro. Y una cosa negra como de plástico alrededor. Me gusta el sabor de esa cosa de plástico.

—¡Deberías habérmelo dicho antes! Habríamos ido a cenar a otro sitio.

—Bueno... No me has dejado elegir.

—¡Pero yo solo intentaba agradarte! Es el mejor restaurante japonés de Manhattan.

Rose se avergonzó. Comprendió que él había elegido la cocina japonesa porque ella estaba a la altura de la gastronomía francesa. Había seleccionado el Omen, un restaurante galardonado con estrellas. Y seguramente muy caro.

El camarero trajo la carta. Leo se la tendió a Rose y le indicó:

—Echa un vistazo a las carnes y aves. Será menos arriesgado.

Rose recorrió la carta. Y los precios. Se detuvo sobre el de los erizos. ¡Veintiséis dólares y medio cada cincuenta gramos! Leo

Zackaria había querido causarle buena impresión. Leo Zackaria era una impresora.

Lo contempló con los párpados entornados, sintió ganas de consolarlo. De tomarlo entre sus brazos, de mecerlo.

—Tomaré un *organic chicken teriyaki*.

—¿Estás segura de no correr ningún riesgo? Preferiría no tener que llamar a Urgencias.

El pollo estaba muy bueno. El *mochi* del postre también.

Leo confiscó la cuenta, añadió la propina y garabateó su firma.

Hizo un gesto de agradecimiento al camarero y esperó a Rose para dejarla pasar. Ella le dio las gracias «por esta cena tan buena» y se enfundó el abrigo.

Antes de salir, Leo sacó un gorro con orejeras de un bolsillo de su parka, un gorro naranja con dos lengüetas forradas en piel de conejo que colgaban a cada lado. Rose prefirió no mirar y bajó los ojos hacia la pequeña escalera que llevaba a la acera.

Un tornado de nieve los inmovilizó en el último peldaño. Rose se abalanzó sobre Leo. Él cerró los brazos sobre ella y rio.

—¡Jaja! Es terrible, ¿verdad?

—¡Sí! —farfulló Rose—. ¡Escuece!

—Uno no se acostumbra nunca.

Ella ya no quería dejar los brazos de Leo. Se estaba calentito, cómodo, olía a jabón de lavanda. Reconoció el eugenol, el citronelol… ¿Tal vez un punto de geraniol?

—No voy a proponerte un paseo nocturno —dijo Leo, que reafirmó su apretón y palmeó en lo alto de su cráneo como para asegurarse de que el frío no se la iba a comer.

Rose se sentía muy pequeña en los brazos de Charles Ingalls.

—En efecto, no creo que sea buena idea —asintió.

No quería moverse, ni alzar la cabeza por miedo a que a Leo se le ocurriera la idea de soltarla.

—La semana pasada —comentó él, con la boca en su pelo—,

cené con una amiga cubana que acaba de instalarse en Nueva York para terminar sus estudios de medicina. Quise mostrarle la ciudad por la noche, caminamos, ella resbaló en la acera y se rompió un tendón de la última falange del dedo índice derecho... *mallet finger*. Va a tener que llevarlo entablillado durante tres meses. Está desesperada y yo me siento culpable. ¡Fui yo quien insistió en caminar! Ella me decía que no era prudente, que sus manos eran su instrumento de trabajo, que no podía permitirse tener una mala caída.

—¡Ah! —exclamó Rose, dolida al saber que había pasado una velada con una amiga cubana antes de cenar con ella.

Se sintió relegada al rango de chica con la que salía por obligación. Se encontró fea, gorda. Y vieja.

Se tensó y se soltó.

—¿Quieres que vayamos al cine? Ponen una película de Truffaut en el Film Forum. Está muy cerca.

—Me encanta Truffaut —respondió ella, forzándose a adoptar un tono alegre.

—¡Estaba seguro! Estuve pensando mucho en lo que podría gustarte y... acerté.

Rose recuperó la sonrisa. Él había pensado en ella, solo en ella. Su amiga cubana no era más que una amiga de la infancia con los dientes torcidos, granos, un culo enorme y una tablilla. Él la había invitado por simpatía, porque era un chico generoso. Un poco torpe, quizá, pero sencillo, directo.

¡No como ella! Desafiaba a cualquiera a entender lo que se le pasaba por la mente. Ella misma no era capaz de hacerlo. Sintió ganas de regresar a sus brazos. Se animó. Dejó caer un guante comprado en Canal Street. Diez dólares cinco pares. Se sintió contenta por librarse de ellos. En la etiqueta interior estaba escrito *Made in Bangladesh*. Otra vez niños explotados, transformados en esclavos por el gran capital. Por lo general, prestaba mucha atención al origen de los productos, pero ese

día tenía tanto frío que había comprado los cinco pares sin examinarlos. Pisoteó el guante y lo recubrió de nieve con la punta del pie.

—¿No te importa? He perdido un guante —le dijo, deslizando la mano en el bolsillo de su parka.

Es una señal que te envío, Leo. Significa: «puedes besarme cuando quieras». Incluso en el cine. He visto todas las películas de Truffaut. Saltarme una escena o dos me es completamente indiferente.

El Film Forum era un viejo cine de arte y ensayo en Houston Street. Matusalén debió de estar invitado a la inauguración.

Leo compró las entradas. La sala estaba vacía, a excepción de un señor mayor que dormía con un capazo sobre las rodillas, y una señora de pelo blanco que comía patatas fritas. Masticaba tan fuerte que decidieron sentarse lejos de ella. Cuando la película comenzó, Rose advirtió que dejaba a un lado sus patatas y se colocaba un sonotone.

La película se titulaba *La mujer de al lado*.

—¿La has visto ya?

—No —contestó Rose, que la había visto tres veces.

Se conocía el principio de memoria: «Aún era de noche cuando el furgón de la policía salió de Grenoble. El pueblo estaba a veintitrés kilómetros. Se llamó también a una ambulancia...».

Rose había tenido que retirar su mano del bolsillo de Leo para entrar en el cine. Ahora no sabía qué hacer con ella. La dejó caer a un lado. Esperó a que él la cogiera. Su corazón latía con fuerza. Las imágenes desfilaron. Fanny Ardant y Gérard Depardieu se reencontraban en el supermercado, se besaban, hacían el amor en el coche... Leo no se movió.

¿Quizá lo había asustado al confiarle su mano?

¿Quizá formaba parte de esa vieja escuela que piensa que el hombre debe tomar la iniciativa y la mujer esperar?

¿Qué habría dicho la doctora M?

Permanecer en el centro del círculo.

No colgarse de su cuello.

Hacerle esperar para que su deseo aumente.

La mujer del cabello blanco leía los subtítulos en voz alta; el señor mayor roncaba; su capazo volcó e hizo un ruido infernal, varias botellas rodaron por el suelo. Muy pronto empezó a apestar a cerveza. El hombre despertó, gruñó, miró a sus pies, cambió de fila, volvió a dormirse.

Las manos de Rose permanecían vacías. Abiertas, inmóviles.

Inútiles.

A la salida del cine, Leo le propuso tomar una copa en un bar de la Octava Avenida. No tendrían que caminar demasiado. Él calzaba sus gruesos zapatones marrones y no temía los charcos que anegaban las aceras. Rose los esquivaba. Él le tendió la mano para ayudarla a franquear los ríos de agua. Ella se recogió el largo abrigo beige de piel de imitación para que no se empapara el bajo.

Rose pidió un bourbon de melocotón; Leo, un whisky sour.

Las luces eran tenues, las mesas espaciadas, las paredes tapizadas de moqueta negra. Rose adoraba la música de jazz que sonaba, y se dejó llevar apoyada en el respaldo.

Leo confesó no haber entendido nada de la película.

—¿Por qué ella lo mata, si tanto le quiere?

—Precisamente porque le ama.

Él suspiró.

—Ella se pasa todo el tiempo tomándolo, dejándolo, retomándolo, volviéndolo a dejar. ¡No sabe lo que quiere!

—El amor es todo menos lógico. Si es lógico, no es amor.

—¿Entonces qué es?

—Es la razón, la resignación, la distracción, el cálculo, la aplicación, la repetición... A elegir.

—¡Uau! ¡Rose, estás loca!

—Son los otros los que están locos. Yo estoy viva, perspicaz.

Ella sintió ganas de reír, y añadió:

—Y compleja.

—Yo creo que los hombres somos más simples. Me refiero en el amor…

—No todos. Cuando lees a Albert Cohen…

Leo bajó la cabeza, abrumado.

—Tienes razón. Pero no Albert Cohen… ¡Oh Dios mío! Es cierto. Albert Cohen no.

Se pidió otro whisky. Rose se dijo que, tal vez, él estaba impresionado. Estaban a punto de pasar de una relación de trabajo a una personal. Él la había tomado en sus brazos, ella se había pegado contra él, había metido la mano en su bolsillo. Ambos habían franqueado la línea amarilla. Para ella, era fácil: vivía con él desde Navidad. Estaban casados. Ya le había dado dos hijos. Rose infringió uno de los mandamientos de la doctora M y pasó una mano rápida por el pelo de Leo. Colocó su mechón castaño en su lugar, dejando caer su pulgar sobre su frente. Una forma de decirle «sé lo que tú sientes, tu sensibilidad me conmueve, me he sentido muy emocionada en tus brazos».

—¡No hagas eso! —gruñó la verdadera Rose.

—¡Acaso no ves que él está turbado! —protestó Rose bis—. Él no esperaba que la cosa se volviera tan íntima.

—¿Íntima? ¿De verdad? De momento no ha pasado gran cosa…

Leo la contempló, aliviado.

—Estoy contento de pasar esta velada contigo, Rose.

Eso era casi una declaración. Rose se contuvo para no

besarlo. «Centro del círculo, distancia, dignidad», se repitió. Sonrió y se ocultó detrás de su cabello. Se había puesto demasiada laca, su pelo apestaba a acetato de vinilo y a copolímero de propileno. Quiso pedirse un segundo bourbon, pero él se levantó y dijo:

—¡Ven! ¡Lo beberemos en mi casa!

Una vez en la calle, él le cogió la mano y buscaron un taxi. Caminaron por la Octava Avenida, enfilaron West Broadway, atravesaron Canal Street, vieron brillar las flechas punteadas amarillas que indicaban la entrada del túnel Holland. Su mano en la suya, sólidamente remolcada por las calles del SoHo y luego de TriBeCa, Rose ya no sentía el frío. Había mucha gente por la calle, gente que entraba y salía de los restaurantes, que hablaba generando nubes de vaho. Leo, cada diez metros, extendía un brazo y gritaba «Taxi, taxi».

Los taxis amarillos pasaban de largo.

Hemos ido al cine, y ahora volvemos a nuestra casa, pensó Rose. Babou cuida de los niños. Muy pronto, él empezará a protestar porque, en cuanto llueve o nieva en Nueva York, ya no hay taxis libres.

Si empieza a protestar, es que nos casaremos.

—¡En cuanto hace frío, o llueve o nieva, no es posible encontrar un solo taxi! ¡Vamos a tener que ir andando hasta mi casa!

Rose se apretó contra él, alzó la cabeza y preguntó con una gran sonrisa:

—¿Quieres que te lleve en brazos?

Él bajó los ojos hacia ella, sonrió, la levantó, la hizo girar, mirar hacia West Broadway, a las luces de la ciudad que no dormía jamás, la posó en el suelo, se inclinó. Ella sintió su aliento sobre su boca y...

Una larga lengua de camaleón surgió, chocó con sus labios, penetró en su boca, descendió por el esófago, atravesó el

hígado, el estómago, el páncreas, el colón, el intestino delgado, el intestino grueso, se introdujo en sus ovarios, se enroscó, los aspiró, los despegó con la fuerza de un campeón olímpico de lanzamiento de martillo.

Y, para rematar ese suplicio, la lengua que la exploraba producía una saliva de camaleón, unas cuatrocientas veces más viscosa que la saliva humana. Una saliva que, según los investigadores, iba a convertirse en el pegamento del futuro. Bastaban unos pocos centilitros para fijar una viga de hierro en el techo. Una saliva que chorreaba sobre su nariz, su boca, su mentón...

—Todo bien, mi querida pequeña —gritó Rose bis—. ¿Sigues ahí?

—Voy a morir —gimió la verdadera Rose—. ¡Me quedaré pegada a él de por vida!

—Debo confesar que no es nada agradable.

—¡Es como besar a una aspiradora que escupiera pegamento! No es posible que no se lo hayan dicho nunca. ¿Acaso todas las chicas antes que yo se han pegado un tiro o qué? ¡Vamos, salgamos de aquí!

—No. Vamos a su casa, me apetece ver dónde vive.

—¡Estás loca! Él va a amordazarme y a cortar mi sexo con sus uñas de tijereta.

—Seremos prudentes... Venga, di que sí.

—A condición de que él no me vuelva a besar nunca, ¿has entendido?

En el ascensor, Leo le anunció que vivía en el décimo piso. Parecía muy contento de tener un número de dos cifras.

—Y tú, en tu residencia de estudiantes, ¿en qué piso estás?

—En el catorce.

Él mostró un gesto contrariado.

—Diez o catorce, viene a ser lo mismo —añadió Rose. Tendremos más o menos la misma vista.

—Eso —protestó la verdadera Rose—, ¡y ahora vas y le tratas con tacto, a un hombre tan sensible que es capaz de arrancarte los labios, la boca, la garganta y las entrañas! ¡Muy pronto te mudarás para vivir en el sótano! De hecho... ¿Cómo se llama ese investigador de la universidad de Arizona que estudia la fuerza de la lengua del camaleón? Ya sabes, ese que la ha comparado con la de un humano que transportara diez kilos de hamburguesas en su lengua. Lo he olvidado...

—Kiisha Nishikawa —respondió Rose bis.

El loft de Leo era impresionante. Una enorme habitación blanca, de techo alto, con vigas de hierro negras. Un antiguo taller, seguramente. Rose se encogió, haciéndose de pronto minúscula.

—Doscientos cincuenta metros cuadrados —indicó Leo, dejando las llaves en una consola de la entrada y encendiendo las luces.

Una simple presión en un botón y se obró la magia. La estancia se iluminó. Lámparas de Pipistrello, la Poul de Ingo Maurer, las Ptolomeo en suspensión, Georgia, Galileo, el modelo Mayfair. Rose conocía sus nombres, sus precios, la calidad de las bombillas que hacía falta utilizar. Cuando su madre amuebló su despacho para la nueva agencia, pasó mucho tiempo estudiando la iluminación. Le explicaba que era muy importante. Los actores y las actrices, bien iluminados, adoraban su reflejo en los espejos o en las paredes de vidrio y

firmaban sin discutir.

Leo se quitó la parka. Rose se fijó en la etiqueta, Canadá Goose. Él la colgó al lado de un abrigo azul marino de cachemir y de un impermeable de Prada. Dejó el gorro naranja sobre un estante debajo de la consola. ¡Ahí te quedas!, pensó Rose.

—Al fondo del salón, un pasillo lleva a dos dormitorios y dos cuartos de baño. Aquí la tienes, estás en mi casa.

Rose no terminaba de creerlo. Esa inmensidad inmaculada, esos enormes ventanales, esos sofás profundos como piscinas y esas paredes con preciosos cuadros.

En un rincón, se erguía un enorme cactus.

—Un *Cereus peruvianus* para absorber las ondas electromagnéticas. ¿Has visto el tamaño de sus espinas? Da miedo, ¿no? Y allí tengo la *Crassula ovata*, excelente también para captar las ondas.

—Y los cuadros... ¿Has sido tú quien...?

—Tengo una amiga argentina que dirige una galería en Chelsea. La galería Praxis. Puedo llevarte, si quieres.

¡Ah! Hace planes conmigo. Eso es buena señal.

—Me encantan los artistas a los que representa, le compro cuadros de vez en cuando. ¿Conoces el arte contemporáneo?

—No muy bien...

Rose se sintió torpe, inculta, zoquete. Toda la ventaja que había sacado con ese primer beso letal se dilapidó. Se avergonzó de su largo abrigo beige de piel de imitación, de su chal rosa.

Se los quitó y los dejó sobre un enorme sofá capitoné.

—¿Te acuerdas de cuando mencioné a Fontana?

Rose sonrió como para mostrarle sus disculpas.

—Un grande. Muy grande. ¿Y a Jasper Johns? ¿Lo conoces?

Ella hundió la nariz y farfulló un «no mucho».

Se lo repetía a menudo: ella no era «bastante». Lo bastante

refinada, lo bastante cultivada, lo bastante inteligente para forjarse sus propias opiniones. Solo había un campo en el que estaba segura de sí misma, y era en la vida de los insectos. Ahí era imbatible. Pero eso era completamente inútil para la vida cotidiana. En el apartamento de Leo, tuvo la sensación de moverse en un entorno hostil. Todo se interponía entre ellos: el barrio tan chic, el loft, los sofás, los cuadros en las paredes, Lucio Fontana y Jasper Johns. Incluso el cactus la contemplaba de reojo blandiendo sus espinas gigantes para herirla. Ella estiró el brazo para coger su abrigo y protegerse.

—¿Tienes frío?

—Eh... no. Bueno... sí.

—Puedo prestarte un chal si quieres... Mi madre me trajo dos anteayer.

Él estiró un brazo, posó el índice en la pared, la puerta de un armario se abrió. Sacó dos mantas de Hermès. Rose se contuvo para no exclamar: «¡Ah! ¿Es un armario?». No quería pasar por una paleta. Él se inclinó sobre su ordenador, eligió una lista de música, la voz de Pavarotti se alzó, majestuosa, profunda. Rose cerró los ojos, dejó que su nuca se posara contra el respaldo. Leo la envolvió con un chal, se sentó a su lado, dejó caer su cabeza, cerró también los ojos. Los dos se quedaron silenciosos, recogidos, y escucharon a Pavarotti cantar *Norma*. Sin tocarse, sin hablar. Rose absorbía el apartamento, las luces, los cuadros, el armario escondido tras una pared blanca. El cactus encogía sus espinas. El tumulto se aplacaba en su interior.

Dejaron que transcurriera el primer acto y, al comienzo del segundo, Leo posó una mano en la de Rose. Le propuso un cóctel del que conocía el secreto. El cuello de su polo estaba aún aplastado, ella sintió ganas de enderezarle las puntas. Sería un gesto muy íntimo. No se conocían lo suficiente. Y además...

¿Qué representaban las puntas de un polo? ¿Qué importancia tenía que estuvieran aplastadas o rectas?

—¡Me pone nerviosa! Parece un fardo con ese polo... ¡Ni hablar de sexo!

—Piensa en otra cosa —sugirió Rose bis.

—¡No lo consigo! —gruñó Rose la verdadera—. ¿Has visto cómo me mira?

Él la contemplaba apacible, satisfecho, colmado de esa nueva felicidad que ella le aportaba. Una felicidad de la que, creyó adivinar, él se sentía propietario. Ella le pertenecía. Como los chales, los cuadros, los cactus. A Rose no le gustó esa idea. Miró su reloj, pretextó que era tarde. Debía redactar un informe para Lupaletto y enviárselo por la mañana. Más le valdría regresar.

—¡Hemos dicho que no hablaríamos de trabajo! —Sonrió él tomándola en sus brazos.

Su mejilla frotó la suya; su mano muy pronto tocaría su seno, su boca se acercaría a sus labios.

—Tienes razón —farfulló, y giró la cabeza como si buscara alguna cosa en sus bolsillos.

—¿Estás segura de que no quieres probar mi cóctel?

—De verdad, tengo que escribir esa nota.

—¿Nos vemos mañana por la noche?

—Si quieres...

¡Pero qué zoquete! Ella iba a tener que soportar un segundo beso de camaleón. Y un tercero, y un cuarto... ¡Él no se detendría nunca!

Leo se puso en pie, se colocó el mechón en su lugar, se estiró el jersey gris y se dirigió hacia la entrada.

—Voy a buscar algún sitio genial para cenar mañana por la noche. ¿Te gusta la cocina italiana?

—Sí. Mucho.

—¿Alguna alergia al queso o a los pimientos?

—No.

—¿Ni tampoco al gluten?

—Tampoco.

—¿Ninguna pega contra el jamón?

—No.

Este tipo se pasaba el tiempo sometiéndola a interrogatorios, pensó.

—Perfecto. No le diremos a nadie del laboratorio que nos hemos visto esta noche. Prefiero que quede entre nosotros.

—Yo también.

—Voy a bajar contigo para buscar un taxi. No me gusta saber que estás en la calle tan tarde.

—Eso me sucede a menudo.

—Pues ahora yo soy responsable de ti.

Le hizo una pequeña caricia de propietario en la nariz con la seguridad masculina del hombre que se ha peleado con las manos desnudas contra un oso.

¡Mira quién se toma por Charles Ingalls! Va a empuñar su carabina, su sombrero grande y a acompañarme. Disparará sobre el primer tipo que no camine recto. Como es sábado por la noche, habrá un montón de ellos. Detesto a Charles Ingalls. Sus cuellos son demasiado grandes, el ala de su sombrero, demasiado ancha, su mentón, demasiado blando. Tiene sonrisa de tonto.

Debe de besar como un pie.

Leo tamborileaba en la pared de mármol del ascensor con sus llaves. Examinó a Rose como si elaborara proyectos para el día siguiente, para los próximos días, para el resto de su vida.

Sonreía, lleno de futuro. Paró un taxi amarillo. Abrió la portezuela para Rose. Le dio la dirección al chófer. Añadió «un minuto, por favor». Se inclinó sobre el interior del taxi y posó un beso ligero en los labios de Rose, que había apretado los puños para rechazarlo.

—¡Un beso de mariquita! Es realmente educado —exclamó Rose bis.

—¿Qué voy a hacer? —Suspiró la verdadera Rose—. Si besa como lo hizo la primera vez, terminaré en Urgencias...

—¡Olvídalo! Ha querido impresionarte. Si vuelve a hacerlo... Tú le guías, le susurras que lo haga de otra forma. ¿Has visto su loft? Es aún mejor que el de tus sueños.

—Demasiado ordenado, es sospechoso.

Rose hizo una pausa, reflexionó, le entró el pánico:

—¡Voy a tener que comprarme trapos nuevos!

—¿Por qué? A mí me gustan tus trapos.

—Sí pero... ¿Y si quiere presentarme a sus padres?

Al día siguiente era domingo. Rose se paseó en pijama por su estudio. Se había lavado el pelo. Le había costado un gran esfuerzo eliminar la capa de laca vaporizada del día anterior. Se terminó unos raviolis vegetarianos casi pasados, los arenques marinados, un resto de ensalada de quinoa, tiró a la basura un rollito primavera aplastado del estante de las verduras y buscó dónde había guardado la tableta de chocolate

comprada durante la semana. Solía esconder el chocolate para no devorarlo demasiado rápido.

Estaba a punto de desatornillar el fondo de un cajón con productos de limpieza —¡no he podido ponerlo ahí!—, cuando escuchó un zafarrancho de combate en el apartamento de al lado, el de madame Jesús. Ruido de pisadas, de muebles volcados, de órdenes aulladas, de gritos, de llantos, de maldiciones. Madame Jesús gritaba «¡Jesús! ¡Jesús! Sálvame». Alguien le respondía «¡Cierre el pico!». Madame Jesús recitaba los versículos de la Biblia mientras alguien gritaba «¡echarla al suelo y ponerle las esposas!».

Rose salió al descansillo.

Steve, el portero del domingo, asistía a la escena rascándose el mentón con sus largos dedos de garras de rapaz.

Rose lo interrogó.

—Al parecer se dedicaba al tráfico de drogas. Han encontrado decenas de miles de dólares bajo su cama, paquetes de coca, de heroína y de otras sustancias. Increíble, ¿no? Llevaban mucho tiempo tras su pista. Habían venido a interrogarnos a Richie, Sam, Freddie y a mí. No habíamos dicho nada. Era rara, eso es todo. Pero bueno... Hay mucha gente rara en esta ciudad.

Sobre su mentón, una mancha color rojo vivo sangraba. Una calavera asomaba por el cuello de la camisa y, en su cráneo rapado, un pequeño mechón engominado se alzaba, estrangulado por una goma rosa.

—Ya no está uno seguro en ninguna parte... —suspiró.

Madame Jesús salió de su estudio con los brazos en la espalda y la mano de un poli en la nuca. Intentó alzar sus ojos hacia Rose, pero el poli le dio un golpe seco y bajó la cabeza.

Esa noche, Rose se reencontró con Leo delante de la trattoria

Lavagna. Él le había enviado la dirección por SMS con un enlace para que estudiara la carta antes de ir y una carcajada sobreimpresionada.

Él vestía un polo negro al que había levantado el cuello, su parka negra y unas playeras también negras. Ni gorro con orejeras naranja ni zapatones marrones. De lejos, al entornar los ojos, se le podría confundir con George Clooney en el anuncio de Nespresso. Le dieron ganas de arrojarse en sus brazos. Recordó el beso camaleón, cambió de opinión y avanzó con un paso que quería aparentar indiferencia.

Ella escogió la mesa, él escogió el vino. Él le preguntó si había enviado su informe a Lupaletto. Ella respondió que sí, pero no entró en detalles. Solo porque hubieran cenado juntos dos noches seguidas no pensaba revelarle su secreto.

Ella había decidido guardar esa carta maestra. Le había contado lo menos posible a Lupaletto, había hablado de la esperanza que tenía de encontrar una disolución con una concentración más débil, le había explicado que estaba haciendo pruebas, que progresaba, pero que aún era demasiado pronto para hablar de algo serio. Se había disculpado por no haberle dado noticias.

Tampoco Leo lo sabría por adelantado.

Rose le contó la historia de madame Jesús. Se rieron. Entrelazaron sus dedos, se acariciaron las manos. Rose describió la escena añadiendo furgones de policía, sirenas, una decena de agentes armados. Imitó el chirrido de los walkietalkie. Leo la escuchaba colocando el mechón en su lugar y repitiendo *really?* Ella lo tenía en vilo. Esa noche Rose pediría la cuenta y dejaría una buena propina.

Ella llamó al camarero, sacó su tarjeta. Leo hizo un pequeño signo con la cabeza y tendió la suya. El camarero la cogió sonriendo.

—Me vengaré —protestó Rose, y apuntó a Leo con el dedo.

Él cogió su índice y lo besó.

Un beso de mariquita.

Descendieron por la avenida B. Leo miraba al cielo y las estrellas, las puntas negras de su polo aún levantadas. Su pelo sobresalía por encima del cuello. Rose lo contemplaba a hurtadillas. Estoy en una película, se dijo. El título sería *Una pareja magnífica en Manhattan*. No llovía, no nevaba, las aceras estaban despejadas, caminaban en dirección a TriBeCa como si estuviera implícito que ella dormiría en su casa, esa noche y todas las demás. Las chicas con las que se cruzaban los observaban. Rose las imaginaba hablar a su espalda. Seguro que comentaban la suerte que tenía por salir con George Clooney. A veces él la cogía de la mano, y otras la soltaba. Sin razón. Ella empezó a esperar su mano, a apreciar su calor, a disfrutar de la forma que tenía de estrechar sus dedos. Había dramatizado el beso camaleón. Él no era esa bestia feroz que le aspiraba los ovarios.

—¿De qué te ríes? —dijo Leo.

—Pensaba en la reflexión de una amiga...

—Cuéntamela.

—No me apetece hablar. Estoy muy bien.

Él la atrajo hacia sí. Ella respiró el olor que tanto le gustaba. Eugenol, citronelol y un punto de geraniol. Más adelante, cuando fueran una vieja pareja, y los niños ya estuvieran en la universidad, le recordaría el olor de su jabón. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro, se preguntó si estaba interpretando un papel. Prefirió no responder. Le dio un beso de mariquita. Él se lo devolvió. Iban a pasar toda su vida juntos. Él colocaría la estrella en lo alto del abeto de Navidad, pondría los regalos al pie del árbol, empujaría la puerta de la habitación, volvería a la cama con ella, deslizaría la sábana sobre sus caderas, posaría la mano sobre su sexo, una ligera presión y... Rose sintió un hormigueo entre las piernas. Un escarabajo, un *Coprophanaeus*

lancifer, cosquilleaba su clítoris con su gran cuerno fálico azul metalizado mientras que las protuberancias de su tórax frotaban sus labios mayores con un movimiento amplio y rítmico. Su sexo ardía de sensaciones. Se apoyó contra Leo, murmuró: «¿está muy lejos? ¡Tengo ganas de ti!».

Él carraspeó, turbado.

—Sabes —dijo—, la primera vez que te vi, te encontré muy...

—¿Atractiva?

—Sí. Yo acababa de llegar a París. Había leído tu tesis, tus artículos, me imaginaba a una chica seria, austera y... tú eras muy hermosa, muy parisina. Con una contención bastante excitante. Me dije que no tenía ninguna posibilidad, que más me valía considerarte como una colega.

—Y yo estaba tan absorbida por mi trabajo que ni te veía. ¡Tú no eras más que una bata blanca con dos brazos!

—¡Ya lo noté! Y no hice nada para que eso cambiara. ¡Aunque a veces llegué a lamentarlo!

Siguieron recorriendo la avenida B, recordaron los detalles de sus días tranquilos de París. Hablaron de Kirsten, de Niels, de la copa de Navidad, «¿recuerdas cuando te acaricié la espalda y te llamé Rosa?», «¡Sí!», «Me encantó acariciarte, me dieron ganas de hacerlo de nuevo».

Se abrazaron, intercambiaron mariquitas en el cuello, en la nariz, en la comisura de la boca. Retomaron la marcha, hablaron otra vez de Lupaletto, de su manía de llamarla «mi pequeña Rose», de hacer frases largas, laboriosas, del brillo de la tela de su pantalón. Evocaron la cena en la Taberna Alsaciana.

Rose decidió confesárselo todo, pero él se adelantó:

—Debías de estar muy cansada aquella noche cuando te marchaste tan rápido. Ni siquiera te despediste. Me quedé sorprendido. Pero luego lo entendí.

Rose lo miró intrigada.

—¿Lo entendiste?

Ella quiso decir «¿entendiste qué?», pero omitió el pronombre interrogativo, lo que hizo que la frase pareciera halagadora: ¡Dios mío, has conseguido adivinarlo! Leo se atribuyó los elogios de inmediato:

—Entendí que habías tenido un pequeño problema femenino. Bueno, ya sabes... Y preferiste marcharte sin más explicación. Me pareció muy elegante. ¿Tenía razón?

—Eeh, sí... Estaba muy incómoda.

—Siento mucho habértelo recordado. Perdóname.

—No, no... No importa.

—Soy un buen psicólogo, ¿verdad?

—¡Qué delicadeza! ¡Qué generosidad! —Se emocionó Rose bis.

—¡Y qué buen psicólogo! —Se burló la verdadera Rose.

—¡Eres muy mala! Piénsalo bien, tal vez hayas encontrado una rara perla. Un hombre sensible y fuerte. Masculino y femenino. El hombre ideal...

—¡Para! El príncipe encantado *is dead!*

Se rieron al descender por Broadway; se rieron al atravesar Little Italy; se rieron al doblar a la derecha; se rieron apoyados en el semáforo que parpadeaba en naranja en Church Street. Rose sintió ganas de llamar a Babou, de decirle que era la chica más afortunada del mundo y que ya no tenía celos de Adama. Soltó la mano de Leo, corrió hasta la esquina de la calle, se ocultó detrás de un cubo de basura y de un descuajeringado cochecito de niño, y esperó a que él la encontrara. Su corazón palpitaba hasta sus orejas. Él la aplastaría contra la pared, hundiría una rodilla entre sus piernas, la amordazaría, la

mordería. *Wild, wild, wild*, coreó su cuerpo. El escarabajo *Coprophanaeus lancifer* le devoraba el sexo. Leo pasó a su lado sin verla, continuó caminando y susurrando «Rosa, Rosa, ¿dónde estás?».

Ella corrió para alcanzarlo.

Al llegar al loft, Rose colgó su abrigo beige de piel de imitación y su chal rosa en la entrada. Al lado del abrigo de cachemir y del impermeable de Prada.

Leo le propuso preparar su cóctel, el que le salía tan bueno.

—¿Quieres saber lo que contiene?

—Confío en ti.

—Podría drogarte si quisiera. No te lo he dicho, pero soy el jefe de la banda que empleaba a madame Jesús.

Rose se dejó caer entre los cojines del sofá. Se alisó el pelo y tiró del bajo de sus pantalones vaqueros. Necesitaba asimilar el lujo, la belleza impecable del loft. Aquello era más intimidante que todos los traficantes del mundo.

—¡Ajá! —dijo distraída, para darle la réplica.

La tela amarilla del sofá de capitoné estaba finamente abullonada, con un dibujo de enormes flores sobreimpresionado. Ni una mancha, ni una mota de polvo. ¿Es posible que no viviera ahí?

—Yo soy el gran capo. No olvides que soy cubano y que Cuba es el centro neurálgico del tráfico de droga. ¿Cómo crees que he pagado este loft? Te he contado la historia de mi padre cirujano en Cuba. Tú la has creído...

—Me muero de miedo... —repuso Rose, tirándole de la lengua.

E inmediatamente pensó, ¿será por eso por lo que viaja todo el tiempo? Sus investigaciones sobre la luciérnaga no son más que una coartada. Él mata niños y prostituye a niñas.

Leo le tendió un vaso, ella lo bebió. Se lamió los labios. Era afrutado, ácido, sabía a mandarina, a cassis, a naranja.

—Mmm... ¡Tengo la impresión de haberme tragado un búfalo azucarado!

Extendió el brazo y reclamó otro.

Al cabo de dos, tres, cuatro, se estiró en el sofá.

Hizo saltar uno, dos zapatos. La cabeza le daba vueltas.

¿A qué espera para llevarme a su cama?, pensó. Si tarda demasiado, acabaré por dormirme. A la quinta copa, me levanto y me meto en su habitación.

A la quinta copa, se levantó.

Leo la agarró de la mano. Las puntas de su polo negro enmarcaban su hoyuelo, su mentón, su boca.

—¿Buscas el cuarto de baño?

Rose lo miró de arriba abajo. ¡Qué guapo es!, pensó.

Y cayó en sus brazos.

El dormitorio era igual de bonito que el resto del apartamento. Había cuadros en el suelo apoyados contra las paredes; una escultura compuesta por dos láminas de madera entrelazadas, firmada por Maguy Seyer que llegaba hasta el techo; la cama era inmensa; las luces, suaves. Él la tomó en sus brazos. Ella se apretó contra él, presionando sus caderas contra sus muslos, pasando un brazo alrededor de su cintura. Adoraba sentirse muy pequeña. Él le acarició el pelo, murmuró «eres hermosa». Ella dijo «gracias». Quiso saber si era sincero, se apretó contra él hasta que notó su sexo erecto. Él la soltó, estiró un brazo, buscó un interruptor cerca de la cama. Tanteó, tanteó, ella se dijo que no estaba en su casa, que era el apartamento de un amigo. Había una botella de whisky en la mesita baja y un paquete de cigarrillos.

Leo no fumaba.

—Para —protestó Rose bis—, ¡vas a arruinarlo todo! Quizá él se fume un cigarrillo y se sirva un whisky de vez en cuando...

—Está bien, pero aun así resulta un poco extraño...

Rose regresó a Leo, a su polo negro con las puntas todavía erguidas. Él estaba sentado al borde de la cama, se desabrochaba el pantalón. La hebilla del cinturón brillaba en la penumbra, una bonita hebilla plateada con un hebijón metálico que sobresalía como el aguijón de una abeja. El polo formaba en su espalda una bolsa de marsupial. Él se quitó los zapatos ayudándose de la punta del pie, se levantó para bajarse el pantalón. Rose prefirió no mirar. Se deslizó bajo las sábanas, se desvistió retorciéndose. Se quitó su blusa blanca, el vaquero negro, se desabrochó el sujetador y lo dejó cerca de la cama.

—Ya está, estoy preparada —se dijo colocando las manos sobre sus senos—. ¿Preparada para qué? No lo sé. Y para empezar... ¿qué hago en esta habitación? Es demasiado tarde para marcharme.

—¡Déjate llevar! —gruñó Rose bis.

—Lo intentaré...

Leo estaba desnudo, pero Rose no quería saberlo.

Leo reptaba sobre sus codos, pero Rose no quería verlo.

Leo se dirigía hacia ella. ¡No era su problema!

Leo se posó sobre ella. Desnudo sobre desnuda.

Leo tocó sus senos. Rose tuvo la impresión de que aún estaba buscando el interruptor y se tensó.

Leo trató de alcanzar su boca. Rose emitió unos pequeños gemidos para distraerlo, para hacerle cambiar de itinerario, para que pensara «ella no puede gemir y besarme a la vez»... Voy a dejar el beso y frotarla en otra parte.

Pero no fue esa la táctica que él eligió. Se izó hasta la boca de Rose, agarró su mandíbula como un torno, la mantuvo entre sus dedos...

Como en el dentista, pensó. ¡No te muevas, Rose, es solo un pinchacito! Es desagradable, pero no te molestará.

... Hundió su lengua, descendió a la garganta, emprendió el mismo trayecto que la primera vez, atravesó el hígado, el estómago, el páncreas, el colon, el intestino delgado, el intestino grueso, se coló en sus ovarios, los aspiró, los despegó emitiendo una oleada de saliva viscosa que resbaló por la barbilla, el cuello y el pecho de Rose. Debía de estar orgulloso de ese beso camaleón que reproducía con idéntica similitud.

Rose le plantó cara.

—¡Ah, no! ¡Así no! —protestó, y se secó la boca.

Leo enderezó la cabeza, sorprendido, embadurnado de saliva.

—¿No te gusta?

—No.

Él mostró un gesto de disgusto y se dejó caer de espaldas sobre el colchón. Todo el mundo adora los besos de Leo Zackaria, salvo esta pequeña pedorra de Rose Robinson, debió de pensar.

—¿Cómo quieres entonces que te bese? —preguntó, herido en lo más hondo.

—Me haces daño.

—Es absurdo. Un beso es un beso.

—Un beso no es una masacre.

—¿Es que yo te masacro? —gritó él, ultrajado.

—Pues sí.

Hacía apenas un momento que el *Coprophanaeus lancifer* había hecho el equipaje.

Leo estiró la sábana hasta que esta quedó por debajo de su mentón y se transformó en sarcófago. El silencio en la habitación se hizo pesado, acabarían por no oír otra cosa. Un

coche de bomberos pasó a lo lejos. Y luego otro. Seguido de una ambulancia, y de otra más. Un concierto de sirenas que perforaba sus oídos. Rose imaginó una larga escalerilla que llegaba hasta la ventana del loft para salvarla, un bombero fogoso, musculado, que la cogía, desnuda, en sus brazos. Su chaqueta de cuero, sus guantes ásperos, sus pesadas botas. Rodó sobre el costado. Posó un pie en el suelo. Tanteó para encontrar su braguita. Una braguita de Dior que se ponía para las grandes ocasiones y que le había costado un ojo de la cara, a juego con el sujetador. Los lavaba a mano con un detergente especial que también costaba un ojo de la cara.

—¡Muéstrame cómo quieres que te bese! —le lanzó Leo como si fuera un desafío, mientras apartaba sus vendas de faraón.

—¡Nunca he dado lecciones!

—Enséñame, Rose. Me gustaría mucho que la cosa funcionara entre nosotros. Deja de poner mala cara.

—No la pongo.

—¿Hacemos las paces?

Rose se obligó a sonreír.

—Acepta —susurró Rose bis.

—Ya no me apetece. Quiero volver a casa. Con el bombero.

—¡Vamos! Un último esfuerzo...

¡Oh sí! Me gustaría tanto un beso cálido, aterciopelado, un largo beso tranquilo, que se toma su tiempo, que sacia, intriga, que da y se retira, que presiona un poco para prometer, que hace nacer un escalofrío desde los riñones hasta la cabeza, un buen beso bien dado, con una autoridad serena, a veces furiosa, a veces temerosa, y yo, tibia, estremeciéndome bajo la ola, inmóvil, no sabiendo cuándo va a romper, cuándo voy a ser transportada. Un beso que zozobra. Que revuelca y me lanza, cálida, sumisa, contra la boca de aquel al que he elegido para

hacer la guerra. La deliciosa guerra de los cuerpos que se desean.

Rose respiró hondo. Se acercó a Leo. Posó un dedo en su boca. Lo deslizó hasta la curva de sus labios, las comisuras, el pliegue más abajo.

—¿Te digo cómo me gusta que me besen?

Leo asintió.

—Empiezas con pequeños besos ligeros, dulces, insistentes pero no excesivos. Debes dosificarlos y tantear. Juegas con mi boca. Como si fuera un bombón. ¿Lo ves?

Él escuchaba, serio, grave, y ella se conmovió.

—Hazme esperar. No hundas tu lengua directamente como para taponar un agujero. Trata de saber lo que me gusta. Yo te respondo con gemidos que te informan. Te acaricio, progresamos, nos conocemos, aprendemos del otro. Luego, penetras en mi boca y, cuando esté muy excitada, puedes hacer todo lo que quieras... ¡Absolutamente todo lo que quieras!

—¿Así?

Leo recorrió los labios de Rose, dio pequeños toques con la lengua, pequeños toques con los labios. Mordió, acarició, lamió. Rose gimió para mostrarle que iba por buen camino. Pasó los brazos alrededor de su cuello, se frotó contra él, susurró «mmm, me gusta...». Le animó a continuar. Un principio de placer calentaba sus riñones, sus senos. Empezaba a arder.

Leo se detuvo en seco y preguntó:

—¿Te gusta?

—Mmmsííí... —ronroneó ella exagerando un poco.

Rose mantenía los ojos medio entornados para retener el placer.

—Porque me gustaría estar seguro de aprenderlo bien...

Dame un golpecito en la espalda si la cosa no funciona, ¿de acuerdo?

Rose gruñó. Su cuerpo se enfrió y gritó «¡oh, nooo!», pero se calló.

Ahora había que empezar de nuevo.

Ya no estaba segura de tener ganas. Tenía la impresión de ser un perro pastor que vigilara al rebaño en medio de un prado. Muy pronto empezaría a ladrar. Pensó en las montañas, en la nieve, en los refugios, en el vino caliente. Ella nunca había esquiado.

O sí, una vez...

Habían alquilado unos esquís, unos bastones, unas botas. Habían cogido el telesilla. Paul había descendido por una pista y se había despojado de los esquís. «¡No es para mí! Sigue tú. Te esperaré en la terraza. Tengo una pila de libros que leer». Él la esperaba en los restaurantes de la cima. Había un montón de chicas guapas a su alrededor. Ella se había quitado los esquís, un poco decepcionada.

Pero estaban las noches...

Y eso lo cambiaba todo.

Envalentonado por su buena nota en besos, Leo había ido cogiendo confianza y ahora atacaba sus senos.

—¿Te gusta así? —preguntó, girando la punta de un seno hacia un lado como si girara una llave en una cerradura.

Rose se sintió incapaz de responder, dividida entre las ganas de echarse a reír y las de marcharse. Leo debió de tomar su silencio por una reprobación y buscó otra solución:

—¿Y así?

Y giró la punta de su seno en el otro sentido.

Rose contuvo una carcajada.

Leo hundió un dedo en su cuerpo para ver si ella estaba húmeda.

Rose pensó en un termómetro y se petrificó.

Se imaginó en la trastienda del señor Jean-Claude, suspendida de un gancho, atada, amordazada, los muslos separados. El señor Jean-Claude la exhibía a un cliente con el propósito de obtener el mejor precio. Cantando sus alabanzas. El cinturón de Leo en una mano, la hebilla que arañaba sus senos, el cuero que le azotaba el vientre, las nalgas. Un dedo se hundía en ella. Él cogía un pezón, lo pellizcaba, lo giraba, le hacía daño, pero le gustaba. Rose sintió un flujo de sangre correr por su cuerpo, su sexo se hinchó, crepitó. El escarabajo, *Coprophanaeus lancifer* regresó a toda velocidad y le mordió el clítoris.

Ella gritó de placer.

Leo la contemplaba, incrédulo.

Pasó la mano entre las piernas de Rose para comprobar si no era un engaño. Retiró los dedos, satisfecho.

Entonces, ebrio de omnipotencia, persuadido de haber entendido el método del coito triunfal, se abalanzó sobre Rose, se le echó encima, la palpó, la manoseó, la volteó, volvió a girarla emitiendo pequeños gritos estridentes, agudos, muy agudos, que recordaban al canto del grillo macho *Lerneca* cuando busca una hembra para copular. Este, a la vez que emite su estridor, gira sobre sí mismo, salta, rebota, se lanza a una carrera desenfrenada para demostrar su fuerza y su valor. Igual que Leo cuando lanzaba un brazo, una mano, palmeaba un seno, levantaba una pierna de Rose, levantaba la otra, aplastaba un pezón, azotaba sus nalgas, «te gusta esto, ¿eh? ¿Te gusta esto?». Ya no podía contenerse. La plegaba y desplegaba como un sofá convertible.

Ella decidió terminar cuanto antes.

Lo agarró por los hombros. Ordenó «bésame».

Él la contempló con ojos encendidos, exclamó «¡ah! ¡Eres una guarra, tú! ¡Puta! ¡Voy a follarte! ¡Follarte de verdad!», se inclinó para abrir el cajón de la mesilla de noche, atrapó un condón, desgarró el envoltorio con los dientes. Se encapuchó. Tenía los hombros caídos, vello en la espalda, vello en los brazos, vello hasta el cuello.

Rose consultó su reloj, las 23.28.

Leo se giró, con labios relucientes, el mechón ocultando la nariz, la mano sobre su pene plastificado, enarbolándolo como un triunfo. Ya no sentía esa alegría. Avanzaba hacia ella repitiendo que iba a follarla, que ahora vería lo que era bueno, que estaba dura, dura, y que iba a metérsela hasta el fondo.

¿Por qué el vocabulario erótico es tan limitado?, se preguntó Rose, entristecida. De pronto, le fallaron las fuerzas y cayó en el vacío. Infeliz. Desamparada. Desposeída de un antiguo sueño en el que volaba por el cielo, con un hombre a su lado. Los dos planeaban, libres, fuertes, felices, agitando sus grandes alas blancas. Ella no sabía exactamente en qué consistía ese sueño, lo había olvidado. Lo iba a echar de menos. Era espantoso que se lo robaran así.

En la penumbra de la habitación, Rose lanzó a Leo una mirada de angustia, una mirada de bestia a la que llevan al matadero. Percibió su aire fanfarrón, ¡ja, ja! Él la había hecho gozar, la había hecho retorcerse de placer, no podía negarlo, él la había oído rugir. Ahora no se haría tanto la orgullosa.

Él le puso el pene bajo la nariz.

Un miembro raro. Encorvado en la punta. Un pene utensilio de cocina, que se puede colgar encima del fregadero al lado de un cucharón. O de un colador. Pero ¿para hacer qué?

Él intentó introducirlo en su boca, ella se negó.

Él se lo plantó en la mano. Ella lo cogió con la punta de los dedos. Lo agitó un poco con los ojos cerrados. Él hizo psst psst

silbando entre los dientes. No estaba satisfecho con su prestación. Ella empuñó el sexo, lo introdujo en su vagina, él la penetró repitiendo «te gusta mi polla, ¿eh, guarra? ¡Te gusta mi polla!».

Muy pronto, él me blandirá como quien ondea un lazo al aire, saltará sobre su caballo y partirá a galope. Yo me dejaré hacer. Me detesto. Él me asquea. Nado en un océano de vómito. ¡Que se termine ya, pero que se termine!

Contempló de reojo su reloj. Las 23.40.

Él la levantaba, la colocaba sobre él, la pasaba entre sus piernas, la volteaba, la inclinaba, la aplastaba, para terminar por acostarse sobre ella como un buen padre de familia, bien apoyado en los codos. La embistió con su pelvis, una, dos, tres, embistió de nuevo, cuatro, cinco, seis... Emitió gruñidos, suspiros, oraciones a Dios Padre, *oh my God!*, *oh my God!*, seguidas de vueltas, de medias vueltas, de coces, y se desplomó sobre ella como un caballo muerto que babeara litros de espuma.

¡Muchas gracias!

La próxima vez, me traeré un cubo y una bayeta.

Pero ¿qué es lo que digo?

No habrá próxima vez.

No sobreviviré.

¿Cómo puede considerarse a las mujeres el sexo débil? Ningún hombre soportaría semejante trato.

Cuando todo hubo terminado y Leo yacía sin aliento sobre su espalda, rascándose el vientre y repitiendo «¡ha estado bien! ¡Ha estado bien!», Rose se apartó y se dispuso a marcharse. Iba a tener que eclipsarse sin llamar la atención.

Escurrirse. No regresar jamás.

A esa cama.

Ese fue el momento que su teléfono escogió para sonar. Rose se lanzó sobre su móvil como si fuera una tabla de salvación.

Era su madre. Había llegado esa mañana a Nueva York y salía de cenar con los productores americanos.

—¿No es muy tarde para llamarte?

—¡Eh... no!

Rose habló en voz baja para que Leo no lo oyera.

—Me he dicho que si estuvieras dormida, habrías desconectado el teléfono... Así que ya ves, he llegado, corrijo, hemos llegado, William y yo. Estamos en el Mercer. Tenías razón, las habitaciones son preciosas. William está muy contento.

—¿Puedo llamarte en un cuarto de hora? —susurró Rose.

—Voy a acostarme. Me caigo de sueño. La cena no terminaba nunca... y el desfase horario me tiene atontada. ¿Mañana por la mañana?

—De acuerdo.

—¡Espera! Mañana tengo un montón de entrevistas, pero podemos encontrar un momento para... ¿Todavía estás trabajando?

—Sí.

—¡Qué mérito, mi pequeña!

—Muchas gracias, mamá, gracias.

Me has salvado, pensó Rose.

Colgó, dejó su teléfono, distinguió algo borroso, viscoso, entre los pelos de la alfombra bereber negra y blanca. Se inclinó. El condón se desparramaba a dos centímetros de su

móvil.

Rose atrapó su braguita y su sujetador de Dior y se vistió a toda prisa.

—Es mi madre, acaba de llegar a Nueva York, voy a tomarme una copa con ella —le explicó a Leo.

—¿A estas horas?

Él se inclinó y miró su reloj.

—Son las doce menos cinco... Me apetecía mucho dormir contigo. He comprado cruasanes en el Pain Quotidien.

—Otra vez será —sonrió Rose cruzando los dedos en la espalda.

Babou le había enseñado a cruzar los dedos cuando mentía para que Dios la perdonara.

—¿Se va a quedar mucho tiempo tu madre?

—Cuatro o cinco días. No lo sé exactamente.

—Ha estado muy bien, querida. Eres una verdadera tigresa. Escondes bien tu juego. Dame un último beso antes de marcharte.

—No puedo. Ella me espera...

Rose sonrió, abrió las manos y se encogió de hombros como si lamentara tener que irse así. La mano de Leo pasó y repasó su brazo, sacó las uñas, imitó a un fiero tigre, mostró los dientes, sus dedos descendieron entre sus muslos, hasta su sexo a través del pantalón, obligándola a separar las piernas. Rose no se movió. Paralizada.

¡Me dejo hacer, no digo nada! Reacciona, amiga. ¡Muévete! ¡Muévete!, pensó.

Se apartó, abandonó el borde de la cama, hizo un gesto con la mano que significaba hasta pronto, mostró una pequeña sonrisa que no significaba nada y lanzó:

—De todas formas, nos veremos mañana, ¿no?

—Sí —contestó Leo con una mueca de bebé saciado.

Se deslizó bajo las sábanas como en un baño caliente.

Extendió un brazo laxo y preguntó:

—¿Te importa si no bajo contigo a buscar un taxi?

—Para nada.

—Creo que me voy a dormir. ¡Adiós! *Take care*. Apaga las luces del salón. Siento demasiada pereza para levantarme. ¿Has visto dónde estaba el interruptor general?

—Sí, no te preocupes.

—Adiós, querida. ¡Cierra bien la puerta!

Rose caminó por el SoHo. Se había levantado el cuello del abrigo y lo sostenía con las dos manos. Distinguió el semáforo de Church Street, que parpadeaba. Tres horas antes, en ese mismo lugar, tuvo ganas de llamar a Babou para compartir su felicidad. Ahora hizo una mueca y sopló sobre sus dedos helados.

Se había olvidado los guantes en casa de Leo.

¿Y si fuera ese el resumen de mi vida sentimental? ¿Contar mis guantes perdidos, caminar a la una de la madrugada por calles vacías y amenazadoras, después de haber servido de cubo de Rubik a un hombre?

Bicho raro, bicho raro.

Sintió ganas de llorar.

Pero no hubo lágrimas.

El viento soplaba ráfagas de aire gélido sobre sus cabellos, sus orejas, le congelaba la punta de la nariz. Un tipo en bicicleta, con grandes auriculares en las orejas, subía West Broadway en sentido prohibido. Iba gritando en la noche *Searching for a heart of gold*, de Neil Young. Los coches tenían

que esquivarlo y hacían sonar sus bocinas. El chófer de un taxi bajó su ventanilla, *get the fuck out of the road, fucking douche bag*. «¡Sal de la calzada, maldito imbécil!», le gritó. El ciclista giró a la izquierda y desapareció. Una pareja caminaba despacio delante de Rose. El tipo llevaba un casco de moto en la mano y se detenía delante de cada escaparate iluminado, fijándose en los pantalones, las camisas, las botas, los cinturones. La mujer esperaba agitando unas llaves. Le tiraba de la manga, «¡Vamos, ven! Tengo sueño». Él la seguía a regañadientes, la cabeza vuelta hacia una chaqueta de piel ajustada con grandes botones negros.

Van a dormir juntos, pensó Rose.

En alguna parte del mundo, en este preciso instante, duerme o se despierta un hombre que será mi amante, mi amor, mi amigo, que me presentará a Jasper Johns, me acostará en una gran cama y me sorprenderá. Tendré hijos con él, construcciones Lego, un perro negro y gris, y orgasmos a medianoche.

Como habían decidido en el chalet.

En la última planta que habían alquilado por Airbnb. Paul acababa de terminar de escribir el guion de su documental, la historia de Ernest, un niño autista, brillante. Yo redactaba mi tesis del tercer ciclo. Ya no esquiábamos, ya no salíamos; comentábamos los hechos y los gestos de Ernest o la vida de los insectos, enroscados en nuestras mantas. Comíamos pan, chocolate, confitura de moras. Hablábamos de lo que haríamos más adelante. No teníamos miedo, éramos temerarios. Él se inclinaba sobre mí, me besaba después de dos minutos de lucha en los que yo había fingido resistir, avanzaba, reculaba, y cuando yo me lanzaba sobre él, su boca me rechazaba. Tenía que aplastarlo para que me aplastara a mí…

¿Acaso lo había amado? Yo creo que sí.

Babou y él, no es mucho como botín. Tengo que decidirme, soy como las hormigas, no siento nada. Les arrancas las patas y permanecen imperturbables.

Yo también.

No es cierto, cuando me tiraban de los brazos, de las piernas... Yo decía que me dolía.

Rose se detuvo en seco frente al bar Kenn's en Broome Street esquina con West Broadway.

—¿Quién me tiraba de la pierna? —se preguntó en voz alta, buscando al enemigo.

Una secuencia de una película borrosa en blanco y negro pasó por su cabeza. Estaba tendida sobre una alfombra, un hombre manipulaba su pierna, se la movía a un lado, dejando a la vista sus nalgas desnudas, sus muslos desnudos. ¿Para prepararla? ¿Operarla? ¿Desplazarla? Un sello brillaba en el dedo meñique de la mano de otro hombre que daba las órdenes, sentado en un sillón.

Rose sintió vértigo. Se apoyó contra el escaparate del bar. Volcó dos tazas altas de café posadas en el borde. Un nuevo trozo de rompecabezas acababa de encajar en su lugar.

Eran las dos de la madrugada en Nueva York, las ocho en París. No podía molestar a la doctora M.

¡El maldito desfase horario!

Decidió darse una vuelta por el laboratorio.

Después de su conversación con Big Denise, Rose había elaborado un medio a base de levaduras, sales minerales, harina de maíz y agar-agar, al cual había añadido la Luciolina y un extracto de regurgitación de termitas obreras. Había colocado la mezcla en un tubo de cristal y las larvas de las moscas por encima. En un segundo tubo, había deslizado el

medio habitual y las moscas, sin Luciolina ni vómito de termita. Ahora había que esperar a ver si las moscas del primer tubo vivían más tiempo que las moscas del segundo. Según Big Denise, el vómito de la obrera debía detener el proceso de envejecimiento. Cada noche, por turnos, Rose y Big Denise se acercaban al laboratorio y observaban la evolución de los tubos. Podría suceder cualquier cosa a cualquier hora del día o de la noche, y ninguna quería perderse el acontecimiento. Por el momento, no habían notado diferencia entre las probetas. Era normal. A veinticinco grados, una mosca vivía alrededor de setenta días (cuarenta y nueve a veintinueve grados y ciento cuarenta días a dieciocho grados). Habría que esperar. Rose estaba impaciente. Ya se había producido un milagro una vez, y podría producirse otro. Después de su resultado con una millonésima, creía en la magia.

Salió de Washington Square. Cuando ya estaba cerca de la facultad, escuchó ruidos. Provenían del campamento de los anti-Wall Street. Continuó avanzando, acelerando el ritmo y la pesadez de sus pasos. Era una técnica que había desarrollado para desanimar a un posible agresor: andar como un hombre, con los hombros cuadrados y los puños apretados en los bolsillos.

Pasó delante de los cuerpos tendidos en la acera, enfundados en sus sacos de dormir. Un hombre, vestido con chaqueta, pantalón de camuflaje y un pañuelo negro en la cabeza, se había levantado y se tambaleaba. Llevaba una lamparita de mano y exploraba el cielo, la acera. Los pelos de su barba pegados por el frío dibujaban surcos helados que brillaban en la noche. Sus cabellos destellaban de grasa o de agua, Rose no supo distinguirlo.

No vio venir el peligro. Creyó que el hombre quería mear en

algún rincón de la calle. Se apartó para dejarle pasar cuando sintió un peso abatirse sobre ella. El choque la desequilibró. Su cabeza golpeó en el suelo, su boca se aplastó contra el asfalto, se llevó la mano a la cabeza para protegerse. El hombre se había abalanzado sobre ella y la molía a puñetazos. Escuchó ruido de pasos. Otro individuo se acercaba. Cerró los ojos, se acurrucó.

Cosa extraña: no tenía miedo. Esperó a que aquello pasara, como si la tormenta estuviera prevista, fuera ineludible. Vio acercarse la suela de un zapato y se dijo que iba a ser masacrada. Levantó el brazo. La suela se paró a pocos centímetros de su rostro. Oyó una voz que gritaba *Fuck off, fucking asshole!* La voz que llamaba maldito gilipollas a su agresor le resultó familiar. Tuvo miedo de levantarse. Prefirió seguir en el suelo. Se produjo un intercambio de golpes sordos, de gritos, de maldiciones. Una mano se abatió sobre ella, la atrapó, la levantó. Ella se encontró encerrada, protegida entre esos brazos.

Se dejó llevar contra aquel al que ya llamaba su salvador, cuando lo reconoció: era Sergueï.

Él la llevó hasta el interior del edificio. Sacó un kleenex de su bolsillo y se lo tendió.

—Está arrugado, pero limpio. Y debes saber que no está usado.

Rose negó con la cabeza, no lo necesitaba, no estaba sangrando. Se secó la boca con el dorso de la manga, escupió gravilla, se recompuso, recuperó el aliento.

—No es buena idea pasear por las calles de noche, francesita.

—No tengo miedo.

Había cruzado los brazos sobre su pecho y lo desafiaba con la mirada.

—No es un reproche —aclaró él, agachado a su lado—. Pero yo no estaré siempre ahí para salvarte.

—¡Salvarme! —se encrespó ella.

—Dejémoslo estar… —suspiró Sergueï.

Rose torció el gesto y farfulló:

—Gracias.

—No hace falta que te esfuerces. No lo he hecho para ser recompensado.

—Bueno… Es que… Te imaginaba más bien en el papel del agresor.

—Ya lo pillo. No hace falta que me lo expliques. Me voy a trabajar.

—¿En las mariposas?

—En los ritmos circadianos de la producción de feromonas de las mariposas macho. Les tomo muestras constantemente, día y noche, para ver si la producción es la misma. Soy especialista en feromonas afrodisiacas, ¿lo recuerdas?

—Sí. Y no me extraña nada en ti.

—También me intereso por los antiafrodisiacos. Sobre todo en otro insecto. De hecho, estoy trabajando en dos estudios diferentes.

—Como todo el mundo aquí.

—Quiero encontrar un producto contra las chinches de los colchones. Se ha producido un recrudecimiento terrible últimamente. Y se ha abierto un nuevo mercado.

Se frotó los dedos entornando los ojos, *money-money*, quiso decir.

—¿Hablas de las chinches macho que saltan sobre todo lo que se mueve y pueden fertilizar a múltiples hembras por copulación extragenital?

—Exacto. Las hembras habían desaparecido. Nos habíamos deshecho de ellas a golpe de insecticida. Después de cinco o seis años, han vuelto. Resultado: las casas están infestadas. Los hoteles también. Los clientes, acribillados con marcas tan grandes como la palma de una mano, presentan demandas,

exigen indemnizaciones. La mayoría de los hoteles pagan para silenciar el escándalo. Están buscando cómo luchar contra esos bichos. Es prácticamente imposible.

—O sí. Deshaciéndose de los muebles, retirando el papel pintado, quemando la ropa...

—O poniendo en marcha un antiafrodisiaco que inhiba a los machos, les impida fornicar y, por tanto, reproducirse.

—Habría que hacer eso también con los hombres.

—¿Te refieres a los hombres como yo? —preguntó Sergueï golpeándose el muslo.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado. ¿No te gustan los tíos?

—Sí. Pero no esos machitos que van con la polla en la mano.

—Te gustan los hombres dulces, tiernos, refinados... ¡Los mariquitas, vamos!

—Eres un auténtico gilipollas. Me gustan los tíos que me respetan. Cuando hay respeto, se puede hacer de todo. Respeto, ¿sabes cómo se escribe?

—Está bien, francesita, ya lo he entendido. La próxima vez que quiera follarte me pondré unos guantes blancos...

—¿Tú y yo? ¡Ni en sueños!

—*Never say never*. Podemos sentirnos atraídos por alguien a quien detestamos. La vida a veces nos juega esas pasadas.

Agitó los dedos en el aire y se dirigió hacia el ascensor. Rose quiso decirle que no lo cogiera, pero se calló. Prefería que estuviera encerrado en una jaula a vagando por los pasillos. Él imitó unos pasos de baile, se dio la vuelta, repitió los pasos y lanzó:

—Oye... ¡Francesita! ¿Conoces la broma sobre la luciérnaga? Un tío latino me lo contó ayer. Yo hablaba de tu trabajo, él también estudia las luciérnagas, pero no las mismas que tú...

Empezó a reírse muy fuerte. Su risa llenó la caja de la escalera y rebotó piso por piso. Pero no despertó al vigilante

nocturno que debía de roncar en una habitación vecina, con tapones en los oídos.

—Él me contó que en lugar de bicho de luz la llaman... picha de luz.

Hizo una reverencia y la puerta del ascensor se cerró.

Rose gritó a su pesar:

—Ten cuidado. Se avería todo el tiempo...

El ascensor se puso en marcha. Rose se dirigió a la escalera y empezó a subir.

¡Menudo gilipollas, este Sergueï! Pero no se equivocaba con las chinches.

El macho es una especie de violador en serie que por donde quiera que va perfora sin importar dónde el caparazón de la hembra con su pene en forma de clavo. Así, la hembra se descubre preñada del cuello a las rodillas y pone cientos de larvas. Eso explica que se reproduzca a tanta velocidad. Esa chinche chupadora de sangre empezó hace mucho tiempo a punzar a los murciélagos y, al cogerle gusto al hombre, ya no puede prescindir de él. Por la noche, se posa disimuladamente sobre un durmiente, elige un punto, lo succiona con entusiasmo y luego pasa a otro hasta que, saciada, con las primeras luces del alba, se retira a un rincón del colchón y digiere su festín.

Rose escuchó un ruido de chatarra, una, dos, tres sacudidas y el ascensor se detuvo con un sobresalto.

Alcanzó a Sergueï entre la quinta y la sexta planta. El botón de llamada parpadeaba, las puertas de acero inoxidable permanecían bloqueadas.

—¡Si lo he apretado! ¡Lo he apretado! —protestaba Sergueï.

—¡Te lo advertí! Yo siempre subo a pie.

—Sí, pero tú eres inteligente, mientras que yo soy un idiota.

—Voy a terminar por encontrarte simpático.

—No te emociones tan rápido... Esto ya me ha pasado otras veces, volverá a ponerse en marcha.

—¿Puedo hacer algo por ti? Así estaremos en paz.

—¿Y no te verás obligada a hablarme? ¿Es eso?

—Básicamente, sí.

—Dime una cosa, francesita... ¿Eres siempre tan dura con los tíos?

—¿Te has dado cuenta de cómo tratas a las mujeres?

—Y tú, ¿te has dejado ya enternecer por un hombre?

—Si tú supieras... —suspiró Rose.

—¡No te he oído! —gritó él.

Rose se rehízo rápidamente. Acababa de hacer un amago de confidencia a un tipo que detestaba.

—Francesita, ¿le has dicho ya a algún hombre que lo amas?

Rose no respondió.

—Es lo que imaginaba... ¿Te ha propuesto ya algún tipo casarse contigo?

Rose se atragantó.

—¡Estás loco! ¿Crees que voy a contarte mi vida?

—Apuesto a que lo mandaste a la mierda. Seguro que lo mandaste a la mierda...

Una tarde...

Era el último día en el chalet.

Habían comido crepes con arándanos, con manzanas y con caramelo en la crepería *La gamuza golosa*, y luego se fueron a pasear por el bosque. Habían caminado mucho tiempo sin hablar, felices del silencio que les rodeaba, de la felicidad de trepar uno detrás de otro, de escuchar a los árboles crujir, la nieve acumulada en las ramas caer sobre el suelo blanco

inmaculado.

Rose abría la marcha. Tenía la impresión de formar parte de la extensión nevada, del sendero en pendiente, de las montañas, de los abetos. La vida iba a durar para siempre y todo sería así de perfecto. Se había apoyado contra un árbol y jugaba a hacerse invisible en ese blanco infinito. El sol era cálido, estaba sudando. Se agachó para coger un poco de nieve y se la frotó por el rostro.

Él llegó a su altura, se secó la frente, recuperó el resuello. Y le pidió que cerrara los ojos.

Rose obedeció.

Él le cogió la mano.

—Rose...

—Sí, Paul.

—Rose...

—Aquí estoy.

Aquí estoy, y me gustaría estar siempre contigo.

—Rose..., ¿quieres ser mi mujer?

Rose había abierto los ojos. Paul le había entregado una bola de nieve que debió de confeccionar a sus espaldas, mientras ella caminaba. Tenía dos pequeñas piedras como ojos, una ramita a guisa de nariz puntiaguda y una sortija de diamantes que hacía de boca redondeada. La bola de nieve le sonreía, el minúsculo diamante arrojaba mil reflejos. Rose tuvo la angustiosa sensación de que el mundo retrocedía de un solo golpe, de que había caído en una trampa y rodaba por un precipicio. Prisionera. Había sido hecha prisionera.

Había contemplado la mano que le tendía la bola de nieve. ¡Y había dicho que no!

Paul había retrocedido de un salto. Su mirada paseó de su mano a Rose, de Rose a su mano. Muchas veces. Ella leyó en sus ojos que no se lo podía creer.

Era eso exactamente, no se lo podía creer.

Él había soltado la bola de nieve, se había secado la mano en el pantalón y había salido corriendo, saltando por encima de los guijarros del sendero. Rose se había quedado apoyada contra el árbol. Aturdida. Atontada.

Ser la mujer de Paul era lo que más deseaba del mundo.

Y había dicho que no. No sabía bien por qué.

No había recogido la sortija.

De regreso al chalet, había encontrado su billete de tren sobre la mesa y una nota: «todo está pagado».

Le había llamado cada día, pero él colgaba.

Había dormido sobre su felpudo, y él pasaba por encima de ella.

Él ya no la veía. Ella ya no existía.

Fue entonces cuando se tragó las pastillas de Lexomil.

Él tenía los dedos de las manos palmeados. El meñique de cada mano pegado al anular. En el colegio lo llamaban cuac-cuac. Sus padres le alborotaban el pelo diciendo «¡Pero cuac-cuac no es malo. Los patitos son muy monos!».

En el colegio y en el instituto se volvió muy malo. Ya era grande y fuerte, sabía pegar. Sabía pelear.

Pero no había luchado para conservarla.

Ella no había vuelto a tener noticias suyas.

—¡Rose! —gritó Sergueï—. Ve a despertar al guardia nocturno. Este maldito ascensor no quiere arrancar.

—Te creía más fuerte que él. Me siento decepcionada.

—¡Rooose!

—Está bien. Ya voy. ¡Pero me dejarás en paz para siempre!

Al día siguiente, en el despacho, Leo pasó al lado de Rose, la acarició, dejó que su dedo se deslizara por la manga de su

jersey y murmuró: «¿estás libre esta noche?». Rose tuvo la impresión de que le estaba picando un erizo. Una enorme bola de rabia le bloqueó la garganta.

Se la tragó y respondió:

—Mi madre está aquí. Tengo que verla, lo comprendes, ¿no?

¿Por qué le miento? Me coloco en el centro de mi círculo y le digo que se ha terminado. Sin perder la calma.

—Pues preséntamela.

—¡Estás loco!

Rose había escupido las palabras con tal violencia que Leo se sorprendió.

—No lo entiendo... Le dices que soy solo un amigo, no que nos acostamos.

Es cierto. Nos hemos acostado juntos. Me gustaría tanto olvidarlo. ¡Tanto! Voy a sumar a Leo a mis estadísticas. Una cifra, nada más. Mi duodécimo amante. Un pobre balance comparado con el de mi madre. Pero si ella me pregunta... al menos podré decirle que en Nueva York...

Y así no pasaré por una zoquete.

¿Por qué debo causarle buena impresión a mi madre?

No soy una impresora. No soy una impresora.

No soy una impresora. No soy una impresora.

Leo se balanceaba adelante y atrás sobre sus zapatones marrones.

—¿Sabes que la velada de Hilma af Klint al final se celebra este sábado por la noche? ¿Te apetecería ir? ¿Se habrá marchado ya tu madre el sábado?

—No lo sé.

—Me dijiste que se quedaría cuatro o cinco días...

Adelante. Dile que no tienes intención de continuar. Que estás demasiado concentrada en tu trabajo, que solo piensas en eso... que si patatín o patatán.

—Escucha, te avisaré cuando se marche. ¿De acuerdo?

Entonces Leo hizo algo que a Rose le produjo la impresión de estar empalada en la barra de una cortina. Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

Rose soltó un codazo para apartarlo.

Golpeó en el vacío. Él ya se había marchado.

—Y ahora ya no sé cómo librarme de él... No se ha dado cuenta de nada. No ve que me resulta insoportable.

Eran las ocho y media de la mañana. Big Denise la escuchaba, con el mentón apoyado sobre la mano izquierda.

—No solamente pasé una noche espantosa, sino que él quiere seguir adelante.

Big Denise manoseó su cucharilla de café.

—¡Le odio con una violencia totalmente desproporcionada! No es la primera vez que me sucede. Fantaseo sobre un tío, languidezco, me marchito, no pienso más que en él y, en cuanto se me acerca demasiado, lo rechazo como a un plátano podrido.

Rose se interrumpió. Big Denise la escuchaba sin moverse, sin devorar la tarta, el panecillo ni el buñuelo. Frente a ella no había más que una taza grande de café.

—¿Estás enferma? —preguntó Rose.

—No, ¿por qué?

—No estás comiendo. ¿Te aburro con mis problemas?

—Rose, cálmate. No estoy comiendo porque te escucho, quiero comprenderlo. Y, además, hay mucha cola en el mostrador de los pasteles.

—No hay nada que comprender. Estoy tarada, eso es todo.

—Tiene que haber una explicación y debes conocerla.

—Sí. Que estoy tarada, como te he dicho.

Big Denise resopló, exasperada.

—¡No eres la primera que se ha topado con un camaleón! Sería mejor que te preguntaras por qué no te atreviste a interrumpir la masacre y marcharte.

—Tienes razón —admitió Rose—. Quizá por eso ahora me muestro tan violenta. Estoy furiosa conmigo misma.

—Eso es porque estamos acostumbradas a que nos traten mal. No somos capaces de reaccionar y nos sentimos fatal. Son ya millones de años de mujeres no respetadas los que pesan sobre nosotras. ¡Es mucho esfuerzo!

Rose trató de imaginar la vida sexual de Babou. Babou, que había confesado que hacía «eso» porque, después, resultaba más fácil convivir con Papou.

—De hecho —continuó Big Denise, pensativa—, los tíos no reflexionan. Nos acarician como si se la menearan. Son demasiado bruscos. Te hacen daño. El pene es recto, robusto, se blande como un arma de guerra; el clítoris es frágil, rugoso, sensible. Hay que manipularlo con dulzura. Y no frotarlo como quien abrillanta la carrocería de un coche.

Bebió un sorbito de su capuchino, lamió el bigote de crema que el café dejó sobre sus labios y añadió:

—Es más, pienso que hay tíos más delicados con su coche que con el clítoris de su pareja.

—Yo me pregunto si saben siquiera dónde se encuentra.

Se fueron a hacer cola ante el mostrador de los pasteles. Llenaron su plato y eligieron una mesa donde poder instalarse. Big Denise continuó reflexionando mientras degustaba el buñuelo, el panecillo y la tarta. Rose desmenuzó su cruasán para que le durara más tiempo.

—El problema es que trabajamos juntos... He sido tonta, ¡muy tonta! Nunca tendría que...

—Es muy sencillo. Haces lo que hacen todas las chicas y todos los chicos: le mandas un mensaje y le dices que has pasado un rato agradable... Aunque no sea cierto, pero es lo de menos. Luego le cuentas que no te apetece tener una historia seria.

—¿Crees que eso será suficiente?

—Y puedes añadir que acabas de salir de una relación muy intensa y que aún no estás recuperada, que será mejor que continuéis como amigos. Así no tendrás que enrollarte más con él.

Los consejos de Big Denise estaban llenos de lógica. Rose sintió ganas de abrazarla. Se sentía de nuevo libre. Nunca más prisionera. Un gran cielo azul acababa de entrar en el café.

—Me dijiste que estabas viendo a alguien en París... —añadió Big Denise.

—Sí, pero desde que estoy aquí solo nos hablamos por Skype y no muy a menudo, por culpa del desfase horario.

—Deberías contactar de nuevo.

El teléfono de Rose se había quedado en la mesa y empezó a vibrar. Un mensaje de Leo.

Rose miró a Big Denise y señaló el teléfono con el mentón.

—Es él —dijo en voz baja.

—Rose —sonrió Denise—, ¿por qué susurras? ¡Él no puede oírnos!

Las dos se echaron a reír.

—Es como si tuvieras miedo —observó Big Denise.

—Quizá, si no respondo, acabará cansándose...

—Siempre puedes intentarlo.

Y eso hizo Rose.

Leo le enviaba mensajes.

Divertidos, anodinos, que hablaban del tiempo, de una

exposición, de una peli, de un nuevo restaurante. Y casi todos terminaban siempre con un «supongo que sigues con tu madre y por eso no contestas».

Todos le parecían igual de incongruentes que lanzar una bolsa de confeti sobre una tumba.

Leo era el confeti, ella la tumba.

Rose se sentía impotente. Como si estuviera obligada a pasar por sus manos de nuevo. Le mandó un mensaje a la doctora M. Le pidió una cita y especificó «es urgente».

Era la una y diez cuando la doctora M comenzó a mover sus dedos de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Le había pedido a Rose que se concentrara sobre las primeras frases que había pronunciado una vez que intercambiaron las banalidades de costumbre: «La primera vez, yo debía de tener diez años. Estaba sola en casa. Llamaron a la puerta, abrí. Había tres hombres sobre el felpudo».

Los ojos de Rose seguían los dedos, derecha-izquierda, izquierda-derecha, derecha-izquierda, izquierda-derecha. Ella ahuyentaba los pensamientos, los comentarios que atravesaban su mente, y se concentraba en las imágenes que le venían.

Y hete ahí que, a fuerza de seguir los dedos de la doctora M, empezó a notar un cosquilleo, un picor, y una ola, una inmensa ola negra, llena de sollozos, alquitrán, colillas, se alzó, estalló contra su pecho y pulverizó el bloque de hormigón. Rose se sintió sumergida, proyectada a otro universo. La pequeña y borrosa película en blanco y negro se proyectó en tecnicolor sobre una pantalla gigante.

Era un miércoles por la tarde.

Ese día ella no tenía clase. Se había quedado en casa. No tenía permiso para salir. Haría sus deberes y, después, vería la televisión. O leería. U observaría sus insectos en el cuarto de

baño. Había celebrado sus diez años el día anterior. Sola con su madre. Aún quedaba la mitad de la tarta de cumpleaños en la nevera. Diez velas rosas y la inscripción en pasta de almendras verde: «Feliz cumpleaños, querida Rose». Su madre había dicho «nos la terminaremos mañana por la noche, ¿de acuerdo? Las dos bien juntitas». Rose había guardado las velas para derretirlas más tarde y enterrar bajo la cera un ejército de hormigas.

Habían llamado al timbre. Ella había abierto la puerta a tres hombres.

Tres hombres con gafas oscuras. Algo no iba bien. Ella había retrocedido unos pasos.

Dos de los tres hombres eran de mediana estatura. Uno tenía una tripa como un balón de fútbol que desbordaba sobre su pantalón; el otro, un tic: enroscaba un rizo de pelo rubio de la sien entre sus dedos y lo hacía girar una y otra vez. ¿Y el tercero? Era grande, delgado, elegante. Su mirada caía desde lo alto. Llevaba un sello en el dedo meñique. Un sombrero echado hacia atrás. Una cicatriz surcaba su ceja izquierda y dejaba a la vista una coma de carne rosada entre los pelos negros. Sus gafas eran pequeñas, redondas. Rose sintió la tensión de los músculos de su cuello, de su rostro. Dominaba a los otros dos.

Entraron los tres.

El hombre delgado y elegante le pidió que tocara el piano para sus amigos, dos grandes músicos que preparaban un concierto para niños. ¡Uf! Todo va bien, se dijo Rose, Chopin no es peligroso. Ahora estoy segura de que no hay ningún problema.

Le habían dicho, además, que eran amigos de su madre. Ella les había preguntado si querían tomar un trozo de su tarta de cumpleaños.

Lo más raro es que no se acordaba de sus rostros. Veía detalles como las gafas negras, el mechón rubio, la cicatriz de

la ceja, el sello en el dedo índice, pero sus rostros permanecían borrosos.

Había interpretado a Chopin, ellos habían dicho «¡Muy bien! ¡Muy bien!».

Y fue entonces cuando aquello comenzó.

Después...

La película dejaba de avanzar.

La doctora M le hizo mover sus ojos de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Y añadió: «tenemos todo el tiempo del mundo, no hay prisa». Rose apretó las manos entre sus muslos, hizo una mueca, notó cómo las lágrimas subían hasta sus ojos.

La película se reinició.

—Muy bien, muy bien. Ahora vamos a hacer unas fotos — había dicho el hombre delgado y elegante.

Se dirigieron todos a su habitación.

Rose veía el pasillo, la puerta a la derecha, su cama, el armario, su escritorio, sus cuadernos, la boina de marinero con el pompón rojo posada sobre un diccionario. Ellos habían dicho «será mejor que te desvistas...». El de la tripa enorme había sacado una cámara de fotos. El rubio la había desnudado. Pero no le había arrancado la ropa. ¡Oh no! Al contrario, lo había hecho lentamente. Con unos dedos muy suaves que le provocaban escalofríos en la piel. El gordo hacía fotos mientras que el rubio desabrochaba un botón, soltaba un tirante, deslizaba la braguita por sus piernas, clic-clac, clic-clac, ella oía el ruido frío, metálico de la cámara que captaba cada gesto. Y luego el hombre del rizo rubio la había tumbado en el suelo. Con delicadeza. El hombre del sello se había sentado en el sillón. Daba las órdenes mientras fumaba cigarrillos, aplastando las colillas en un gran cenicero amarillo en el que estaba escrito «Pastis...». Ella no podía ver las otras letras. El hombre gordo la apuntaba con su máquina. Tenía la impresión de que lo habían ensayado, que era un ballet. Ella era una bailarina en una caja

de música, un brazo levantado, una pierna en punta, un gran *spagat*, una pirueta y clic-clac-clic-clac, los dedos fríos sobre su piel, los dedos fríos que abrían sus muslos, que liberaban una nalga, la acariciaban, la palpaban, ella respiraba el olor a agua de colonia, el olor a bergamota, a jazmín, a violeta. Como el perfume que subía del jardín de Babou en Saint-Aubin después de la lluvia.

¿Qué diría Babou si viera a esos tres hombres en su habitación? Ella había cerrado las piernas y gritaba «¡No, no!». Había rechazado al hombre que se inclinaba sobre ella. «¡No quiero! ¡No quiero!». El hombre del sello había hecho un gesto. Su anillo brillaba. Lanzaba reflejos rojos. Le habían dado a beber un líquido verde de menta, fuerte, muy fuerte, muy azucarado, se parecía a un bombón lleno de alcohol. Ella se había vuelto a estirar. Había oído las palabras que decían «¡Qué guapa eres! Eres la niña más guapa del mundo. Te gusta hacerte fotos, ¿verdad? Te gusta hacerte fotos...». La cabeza le daba vueltas. El humo del cigarrillo formaba una densa cortina en la habitación. Un hombre tiraba de su pierna, rozaba sus muslos, entre sus muslos, rozaba su vientre. Ella se dejaba hacer, débil, débil. El hombre del sello, sentado en el sillón, la miraba desde detrás de sus gafas negras. Daba órdenes. Movía la mano, más arriba, más abajo. El sello dorado se desplazaba, lanzando reflejos rojos. El hombre del mechón la despeinaba. Tiraba de un brazo, de una pierna. Y clic-clac, clic-clac. Rose pensaba en las mariposas que atrapaba en Saint-Aubin, que ahogaba con éter y clavaba con alfileres en pequeñas cajas. Un alfiler en el borde de cada ala, un alfiler en el tórax, otro en el abdomen. Su preferida era la *Agraulis vanillae*. Un amigo de la señora Delamare le había regalado una en un tarro de cristal.

Ella era una mariposa. Volaba por el cielo.

El hombre sentado en el sillón colocó su abrigo sobre sus muslos y algo se movió por debajo. Dejaba escapar suspiros

roncos, como si le frotaran el vientre. El hombre del mechón rubio alzó los cabellos de Rose, le dijo que se fijara en el señor del sillón, le cogió el mentón para que lo mirara bien a la cara mientras este se retorcía poniendo muecas. Ella pensó, ¿soy yo quien hace eso? Se sintió sucia. Y todopoderosa. Un hilillo de baba resbaló entre sus labios. El hombre del mechón rubio se lo secó.

Cuando despertó, todo estaba en orden a su alrededor.

Se dijo que había sido un sueño. Un mal sueño.

Se pasó un dedo por la cara. Un pequeño rastro verde se había secado en su mejilla, un hilo verde, azucarado, que tenía gusto a menta.

—¿Tiene cerca algún pañuelo? —preguntó la doctora M.

—¿Por qué?

—Porque está llorando a mares...

Sin embargo, se estaba riendo. ¿Es que no se notaba?

Brincaba con los pies desnudos sobre el césped fresco, ¿es que no se notaba?

Daba vueltas y echaba a volar, ¿es que no se notaba?

—Podríamos hacer otra sesión —preguntó la doctora M—. En dos o tres días. ¿A la misma hora?

Rose asintió.

—Y si no le viene bien, llámeme. Da igual la hora, de día o de noche.

—Gracias, doctora.

Rose colgó e hizo la transferencia de ochenta euros.

Su madre la llamó, no lo cogió.

Su madre envió un mensaje, «Cena el miércoles por la noche, quedamos en el vestíbulo del Mercer, iremos a Balthazar».

Rose le mandó un pulgar hacia arriba para decir sí.

Iría o no. Lo decidiría en el último minuto, según la evolución de las moscas en los tubos.

Se había colocado, sin darse cuenta, en el centro de su círculo.

Recibió un correo de Babou.

El bebé había nacido. Se llamaba Mathis. Pesaba tres kilos y cincuenta y dos gramos y medía cincuenta y un centímetros y medio. Las chicas se portaban bien.

Adama seguía siendo igual de «encantador».

«Creo que estoy enamorada —escribía Babou—. Él me hace vivir cosas que nunca habría imaginado conocer».

Rose se enfadó con Babou por hacerle esa confesión.

Leo continuaba enviándole textos. Rose no respondía.

Sus mensajes eran desabridos o apasionados.

Dime, es tu madre una excusa?

Te estás riendo de mí?

Hay otro tío

Perdóname, pero tu silencio me vuelve loco

Rose, please, no quiero perderte...

Seguido de una serie de corazones, de flores.

Y una foto suya con un ramo... de rosas.

—El silencio no está funcionando. Él no se da por aludido. —Entonces, díselo directamente...

Rose sentía que Big Denise estaba harta de su culebrón con Leo. Ambas estaban hechas un manojo de nervios. Las noches dedicadas a observar las moscas de los tubos de cristal las habían puesto a prueba.

—Tú eres la jefa. Haz como los tíos. Despídele.

—¿Despedirlo? —repitió Rose, sintiendo que se ahogaba—. ¿Bromeas?

—No, ¿por qué? ¿Acaso ellos titubean?

—También hay buenos tíos. No se les puede echar a todos a la basura.

—¡Pues no me importaría, ahora que lo pienso!

—Está bien —admitió Rose, que quería por encima de todo conservar la amistad de Big Denise—, no hablemos más. De hecho, me importa un bledo...

De noche, se despertaba con sueños extraños. Encendía la luz y los apuntaba. Había uno en concreto que se repetía sin cesar: caminaba por una calle cuando divisaba, proyectada sobre un trozo de muro o la fachada de un edificio, la foto de un hombre delgado, elegante, que la llamaba por su nombre.

«¿Te gusta hacerte fotos, Rose? ¿Te gusta hacerte fotos?».

Él la miraba, pero ella no conseguía verlo.

Se despertaba empapada en sudor.

Una noche de finales de febrero, mientras recorría los pasillos del laboratorio, Rose se topó de bruces con Hector, que se estaba quitando la bata y los patucos y se preparaba para marcharse.

—¿Has terminado? —le preguntó.

—No. Tengo que volver en dos horas para hacer un muestreo.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo al Marlton? Tienen una chimenea y la cocina es bastante buena.

—Me encanta ese sitio, pero nos vamos a encontrar con todos los estudiantes y profesores de la NYU, es su cafetería.

—¿Y qué? Qué nos importa, no tenemos nada que esconder —insistió Rose.

Él asintió con la cabeza.

—Y además, tú estás casado, ¿no?

—Sí, tienes razón —respondió él tras una leve vacilación.

¡Ajá!, se dijo Rose, ¿tal vez tenía ganas de estar a solas conmigo?

¿Tal vez no está tan casado como quiere aparentar?

Al salir de la universidad, se cruzaron en el vestíbulo con Leo.

Rose se sintió pillada en flagrante delito. Se sonrojó. Evitó su mirada y se precipitó hacia la salida.

—¿Estáis peleados? —preguntó Hector de camino hacia el Marlton.

—No... —farfulló Rose.

—No sé, me ha dado esa impresión.

—Trabajamos todo el día juntos, por eso...

Resopló, hizo un gesto vago agitando las manos que pretendía explicarlo todo sin decir nada. Por la mirada asombrada que él le lanzó, no estaba segura de que lo hubiera entendido.

—¿Dónde vives? —le preguntó para cambiar de tema.

—En Wooster. En la 101.

—No está mal.

—En un apartamento compartido. Somos dos. Si no, sería demasiado caro... ¿Y tú?

—Me lo paga la universidad. En uno de esos grandes edificios de Bleeker.

—¡Qué suerte!

En el Marlton encontraron una mesa no muy lejos de la chimenea. Una camarera les trajo un cestito de pan y una jarra de agua con hielo. Dejó la carta entre los platos, recitó el *special of the day* y se disculpó: ya no les quedaba pasta con calamares.

—No pasa nada, no me gusta demasiado —dijo Hector.

—Eso es porque no sabes cocinarla...

—¿Y tú sí?

Sonreía con aire divertido. Nada burlón. A ella le encantaba esa sonrisa y la guardó en su memoria.

—Fue mi abuela quien me enseñó...

El teléfono de Rose sonó. Era un SMS de Leo.

Era Hector el francés del cine?

Rose no respondió. Volvió a dejar el teléfono en la mesa y le quitó el sonido.

—Hay que cocinarlos a fuego vivo durante diez minutos, añadir tomates frescos, cebolla, laurel, tomillo y luego bajar el fuego muy suave, cubrirlos y dejar que se cuezan durante...

El teléfono empezó a vibrar.

—Discúlpame —dijo Rose—. Voy a apagarlo.

—Responde. Si no, estará pitando toda la noche —contestó Hector, divertido.

¡Ah! ¡Esa sonrisa!

La sonrisa de un hombre tranquilo, que está contento en su piel, en el centro de su círculo. Un hombre con un ideal, generoso, entusiasta, al que no le hace falta hacer tragar cualquier calamar.

El hombre ideal.

Se divorciará, nos casaremos y tendremos dos hijos, Víctor y Lili; viviremos en Amiens, en una bonita casa de ladrillo rojo

con un antiguo enrejado, contraventanas de madera blanca, una gran escalera interior estilo Enrique III. Él trabajará en el gusano Molitor y...

Leo había escrito:

Es él, eh?, es él. Estoy seguro de que es él

Rose se encogió de hombros, harta. ¡Qué tío más plasta! Su vocabulario parece reducido a tres palabras. Y, además, ¿desde cuándo se escribe «eh» en un SMS? Qué idiotez.

Big Denise tenía razón. Tenía que cortar. De cuajo.

Deja de escribirme. Olvídame. Limitemos nuestra relación al trabajo

¿Qué le importaba su reacción? Iba a irse a vivir a Amiens con Hector, Víctor y Lili, su *Lamprohiza splendidula* y los *Tenebrio molitor*. Se convertirían en dos eminentes investigadores, los Pierre y Marie Curie de la biología. Hablarían de ellos en los periódicos, el Nobel les sería concedido *ex aequo*, eran guapos, brillantes, enamorados, *the talk of the town,* las celebridades de la ciudad. Apagó el teléfono. Le tendió su menú a Hector y le pidió que eligiera por ella.

—¡Adelante, me gusta todo! —le aseguró con un largo suspiro de esposa satisfecha.

Ese hombre era mucho más seductor que el estúpido que le despegaba los ovarios y escupía pegamento.

—Hi guys! Two French people having diner, what a treat!

Jennifer estaba plantada frente a ellos, con las caderas adelantadas, y una pequeña sonrisa sarcástica en los labios. Le resultaba divertido encontrar a dos franceses cenando juntos.

Los miraba fijamente con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos iban de uno a otra como si esperara una explicación. Como si ellos le debieran una explicación.

Fue a sentarse al lado de Hector, pasó una mano de propietaria bajo su brazo y adoptó el aire victorioso de la chica que ha recuperado su bolso, las llaves, la cartera y el teléfono.

Rose se obligó a sonreír.

—¿Quieres cenar con nosotros?

El camarero acababa de traer la cuenta. Justo cuando Hector dividía el total entre tres, el teléfono de Rose pitó.

—Creía que lo había apagado... —Se disculpó.

Hector contuvo una carcajada para no traicionarla delante de Jennifer. Deslizó una mano hacia el bolsillo de su pantalón para coger el dinero, se contoneó, cacheó, palpó. Rose encontró el movimiento de sus caderas y de su hombro izquierdo tan seductor que sufrió un ataque de *Coprophanaeus lancifer*.

Apoyó el teléfono contra el cesto del pan y lo ignoró.

—Me vuelvo al trabajo —declaró Hector poniéndose en pie —. ¡Hasta luego, chicas!

—Voy contigo —gritó Jennifer, lanzando un brazo de pulpo.

Rose los contempló alejarse. Se sintió sola, muy sola. O algo peor: abandonada.

Bicho raro, bicho raro, nada te sale bien, pensó.

Volvió a mirar su teléfono. Otra vez un SMS de Leo.

De acuerdo, Rose. Tienes razón. No hay que mezclar el trabajo y los sentimientos. Volvamos al principio, seamos buenos compañeros

Rose leyó y releyó el mensaje. No esperaba que capitulara tan rápido. Él habría debido protestar, discutir, exigirle la hoja de reclamaciones. Ella se sintió a la vez aliviada y humillada.

Y triste.

Lo echaría de menos.

Perdía un marido, los niños, el árbol de Navidad, un gran loft blanco. Tres personas que la querían, que la adoraban. O quizá cuatro, si hubieran tenido otro hijo.

Puede que hubiera pasado de largo ante una bella historia de amor. No se había dado el tiempo de conocer al verdadero Leo.

Rose contempló el fuego de la chimenea, en la que se consumían hermosos troncos, redondos y calibrados. Crepitaban, emitían el auténtico sonido de la madera que arde, desprendían auténtico calor. Las llamas se elevaban y descendían con asombrosa regularidad. La madera estaba seca, bien aireada. No soltaba humo. Alguien se había tomado su tiempo en construir ese fuego. Cada mañana, antes de que el restaurante abriera, calculaba el tamaño de los troncos, su consistencia, su disposición, el espacio entre ellos, la fuerza y la orientación del viento que soplaba en el exterior, disponía las astillas, encendía una cerilla, soplaba sobre el fuego y regresaba a alimentarlo para que las llamas duraran.

El tiempo y el esfuerzo habían sido recompensados: el fuego era hermoso, constante.

Ella no le había dado tiempo a Leo. Lo había juzgado y ejecutado. Con prisa y regocijo. ¿Qué había hecho él para que quisiera cortar con cualquier intimidad? ¿Aparte de babearla encima, arrancarle los ovarios y pedirle que apagara las luces al salir? Nadie es perfecto. Y ella menos aún. Había rechazado una felación para terminar con una paja chapucera.

El fuego llevaría muerto mucho tiempo si ella hubiera tenido que cuidar de él.

La camarera le preguntó si podía desalojar la mesa. Necesitaba prepararla para el desayuno del día siguiente.

—El Marlton es también un hotel y todo debe estar dispuesto para el desayuno de mañana —le explicó sonriente—. Vaya a sentarse junto al fuego si está esperando a alguien.

Rose recogió sus cosas y se levantó. Pasó cerca de la chimenea. El fuego continuaba ardiendo con la misma intensidad. Mírame, toma ejemplo de mí, clamaba lamiendo el espacio con su ardiente resplandor. Observa lo que se consigue con paciencia y dedicación.

Rose apartó la cara. Se dirigió hacia la salida y enroscó su bufanda alrededor del cuello. La próxima vez, se prometió, la próxima vez seré más atenta, más generosa, más...

Se paró en seco.

¿Acaso había visto a alguien durante la noche colocar un tronco o atizar el fuego con unas tenazas, como hacía Babou en el comedor de Saint-Aubin?

No. A nadie.

Dio media vuelta. Se acercó a la chimenea. Se inclinó sobre el hogar: dos gruesas tuberías de gas alimentaban los troncos falsos que dejaban escapar llamas falsas.

La doctora M le propuso una cita a la una y media, hora de París. Las siete y media en Nueva York.

Su rostro apareció en la pantalla: una mujer joven, grácil, casi frágil, de tez pálida, mirada acerada, sombría, la raya en medio, los cabellos negros, lisos, recogidos en una coleta baja. Recordaba a una de las hermanas Brontë. Rose se inclinaba por Charlotte.

Frente a ella había un vaso, una jarra de agua y posavasos de madera bicolor para evitar los cercos en la mesa. La doctora M no soportaba los cercos en la mesa y lo proclamaba a los cuatro vientos. No tenía miedo de pasar por una maniática de la limpieza. No le importaba lo que pudieran pensar de ella. Rose

admiraba esa actitud que significaba «yo soy así y, si no te gusta, peor para ti. Es tu problema, no el mío».

—¿Se encuentra bien? —preguntó la doctora M carraspeando.

—¿Está resfriada? —se interesó Rose—. Si se encuentra mal, no hay por qué hablar hoy. Puedo esperar, ya lo sabe.

—Es la contaminación —repuso la doctora M—. París se ha vuelto irrespirable.

—Aquí se puede respirar, estamos ante el océano...

—¿Se encuentra bien? —repitió la doctora M.

Rose dijo que sí, de momento, pero...

—Tengo todo el tiempo el mismo sueño. Camino por las calles de París y, en los muros, el rostro de un hombre del tamaño de un cartel de cine me contempla. Tengo la sensación de que ve a través de mí, que yo soy suya. Me retiene prisionera. Como si tuviera garras en la punta de los dedos. Y repite siempre la misma frase: «¿Te gusta que te hagan fotos, Rose? ¿Te gusta que te hagan fotos?».

—Muy bien, vamos a trabajar sobre ese sueño.

Los dedos se movieron, derecha-izquierda, izquierda-derecha, derecha-izquierda, izquierda-derecha.

Los recuerdos regresaron.

Los tres hombres no venían todos los miércoles.

A veces llamaban a la puerta tres miércoles seguidos y luego desaparecían durante tres o cuatro meses. Pero cuando no lo hacían, era... ¿cómo decirlo? ¿Aún peor? Rose aguardaba, petrificada. Encerrada en el cuarto de baño, inclinada sobre las pinzas de un escarabajo o los élitros de una cantárida hembra. Se exhortaba a no abrir si llamaban al timbre.

No abriré, no abriré, no abriré, canturreaba, acurrucada bajo el lavabo.

Pero si no abro, ellos forzarán la puerta, se armará un alboroto en el edificio, se decía. Acusarán a mamá de dejar a su hija pequeña sola, sin nadie que la cuide. Y la arrestarán.

Su madre se lo había dejado caer un día en que Rose se había quejado, sin atreverse a decir por qué, de quedarse sola el miércoles por la tarde.

«No es el fin del mundo. Tengo que trabajar. ¿Cómo haremos si no para vivir? ¿Crees que tu padre me pasa dinero? ¡No me da ni un céntimo!».

Rose terminaba siempre por abrir y se dirigía directamente hacia la habitación. Esperaba a que la desvistieran, a que le sacaran fotos, a que la recostaran sobre la alfombra, que tiraran de un brazo, de una pierna.

Pero un día, algo cambió.

El hombre delgado y elegante llamó la puerta. Estaba solo sobre el felpudo. La condujo hacia la habitación posando una mano enguantada en cuero sobre su hombro. La hizo tumbarse en la cama. Deslizó su mano enguantada entre sus piernas y ordenó «cierra los ojos, tengo una sorpresa para ti». Ella había cerrado los ojos. Pero solo a medias.

—Y luego... Él estaba desnudo... y...

Estalló en sollozos.

La doctora M la contempló y su mirada dijo «valor, es la última vez que ese hombre te hace daño».

Rose se aferró a esa mirada y se lo contó.

Le contó que a continuación había corrido a refugiarse en el balcón, que había empujado los batientes de la ventana que, como por arte de magia, se habían cerrado y ella había gritado. Él había intentado hacerla volver al dormitorio, pero ella

gritaba tan fuerte que él había retrocedido. Y además... seguramente... él no quería que nadie lo viera al lado de ella, en el balcón. Desnudo y desnuda.

Entonces él había cogido la boina de marinero que descansaba en su escritorio y se la había puesto en la cabeza. Ella lo observaba desde el otro lado del cristal. Él deambulaba por la habitación haciendo el payaso, girando los ojos, bizqueando, sacando la lengua, dando saltitos como una rana con sus largas y peludas patas blancas, y una cosa que se bamboleaba entre las piernas.

Ella había gritado todavía más fuerte.

Él había estampado la boina de marinero contra la pared, se había vestido y había abandonado la habitación, dando un portazo.

Rose había llamado a su madre al despacho, eso fue antes de que ella abriera su propia agencia. El teléfono se resbalaba entre sus manos.

Su madre había respondido: «date una ducha, vístete y baja a casa de la portera. Volveré pronto... Y entonces hablaremos».

Esa noche, su madre la había escuchado, había suspirado, le había soplado en los cabellos, la había cogido por el mentón y, con sus ojos en los suyos, había dicho «no vamos a montar una historia. Todas las niñas son violadas».

Y desde ese día, cada miércoles, Rose bajaba a casa de la portera. Allí hacía los deberes. Atendía a los repartidores, a la gente que pedía información sobre algún inquilino cuando la portera se ausentaba.

Veía la televisión mientras esperaba que su madre volviera a buscarla.

A veces dormía en la portería.

Ya no se inventaba historias. Había aprendido a fingir.

Fingir es evitar pensar. Es dejarlo para más tarde. Es destruirte a fuego lento por miedo a afrontar la realidad.

Cuando a veces necesitaba hablar de ello, su madre agitaba una mano en el aire. «Deja de inventarte historias, Rose, todas las niñas son violadas». Valérie tenía otros problemas en la cabeza. Había abierto su propia agencia, debía redactar contratos, elegir los muebles, las lámparas, las secretarias, despedir actores, necesitaba urgentemente una o dos estrellas. «No puedo empezar solo con debutantes, decía al teléfono, ¿cómo voy a pagar mis gastos?».

Poco a poco, Rose había «olvidado». Había llegado incluso a preguntarse si aquello había sucedido realmente. Si no lo habría exagerado.

Después de todo, no estaba muerta, ¿no?

Los ojos de la doctora M brillaban de ternura. Su mirada sostenía a Rose mientras se sonaba con el grueso manojo de pañuelos de papel que se había preparado. Lloraba y lloraba. Estaba experimentando un sentimiento de exaltación tan poderoso que no podía evitar sonreír y llorar al mismo tiempo. Un bloque de hielo grisáceo se había desprendido de su plexo. Respiraba.

Se pasó la mano por el pecho. El bloque ya no estaba allí.

Advirtió las nubes grises y blancas que se detenían en el piso catorce y se propuso un primer desafío.

Invitaría a Leo Zackaria a cenar.

Él entró en el restaurante recolocando su mechón, sonriendo al jefe de sala, a la muchacha que le condujo hasta la mesa, se sentó frente a Rose, alineó los cubiertos, su plato, su vaso lleno de hielos, miró a su alrededor. Parecía estar a gusto consigo mismo e incluso se podía aventurar que tenía un as bajo la manga por lo afable y seguro que se mostraba.

—¿Cómo estás? No he venido nunca aquí... —dijo.

—Yo tampoco. Lo he buscado en una aplicación de restaurantes y me he dicho que no tenía mala pinta.

Él esbozó una sonrisa.

—Al menos no es un japonés...

Rose le sonrío a su vez.

—Lo siento mucho. Tú intentabas agradarme y yo no supe...

¡Oh! Pero ¿por qué digo eso? ¿Por qué me disculpo? Esa no es una buena manera de empezar mi nueva vida.

—Pero aquel plato de *uni* me recordó a una mamada.

Leo emitió una risita ahogada que decía que no sabía bien cómo interpretar aquello.

—¿Se ha marchado ya tu madre?

—No, aún no.

—¿Está disfrutando de Nueva York?

—Ha venido por negocios, no para hacer turismo. Va a producir una película con los americanos.

—¿Está en el mundo del cine?

—Va a probar. Es su primera vez. Es muy ambiciosa.

Él recorrió el menú rascándose el mentón. Lo cerró con aire decidido.

—¿Sabes lo que quieres? —le preguntó.

—Sí.

Llamó al camarero. Pidieron sus platos. Leo escogió una botella de vino, «una buena, hay que celebrarlo».

—¿Celebrar el qué? —preguntó Rose.

—¡La reanudación de nuestras relaciones! Tenía miedo de que... eh... hummm... bueno, de que «eso» cambiara en algo nuestro trabajo juntos.

—No. ¿Por qué? Volveremos a ser colegas y todo irá muy bien.

—Pensaba que estarías enfadada...

¿Por qué iba a enfadarme? ¿A qué está jugando?

Rose se entristeció mientras Leo continuaba:

—Ahora, de hecho, todo será más sencillo. Vamos a poder hablar de negocios y nada más que de negocios. Me habría gustado mucho tener una historia contigo, pero prefiero mucho más hacer negocios...

Rose estuvo a punto de refrescarle la memoria, pero decidió que no valía la pena.

—Ese es el motivo por el que quería que habláramos esta noche —explicó—. Sé bien que tú prefieres los cosméticos, y que has comprendido que yo prefiero poner mi descubrimiento al servicio de la medicina. Y de los enfermos.

—Precisamente. Quería hablarte de... Estoy en negociaciones con gente de un laboratorio muy interesada en nuestra pequeña luciérnaga...

Es «mi» luciérnaga. ¡No nuestra luciérnaga!

—Deja que hable yo primero —lo interrumpió Rose.

Leo se calló. Alzó las manos para mostrar que lo había entendido, que la escuchaba, que el instante era importante.

—Hay momentos en la vida en los que decides una cosa —empezó ella, acodándose sobre la mesa—. Todo el mundo piensa que has tomado la opción más difícil, la más virtuosa, te admiran, te felicitan, pero para ti, es lo contrario. Es lo fácil. Más que fácil, porque es la única cosa que puedes hacer. Ni siquiera te planteas la cuestión.

Leo la escuchaba con el cuello estirado, intentando adivinar adónde quería llegar.

—He llegado a la conclusión de que «mi» luciérnaga puede ser fabulosa para el tratamiento del cáncer. También es posible que sirva para hacer cremas de belleza, lo sé, pero francamente, eso me importa un bledo. Por esa razón he escogido la investigación médica. No puedo hacer otra cosa. No podría mirarme al espejo si...

—Pero una cosa no quita la otra —la interrumpió Leo—.

Podemos hacer cosméticos y medicinas. Como bien sabes, últimamente me he ausentado mucho. Me he reunido con personas que regentan una firma de cosméticos y...

—Espera... Aún no he terminado —le cortó Rose—. Sabes muy bien que para que un producto sea considerado de uso cosmético, no debe penetrar en la epidermis más allá de un cinco por ciento. Por esa razón se obtiene tan deprisa la autorización para poner el proceso en marcha. Mientras que, para uso médico, se necesitan casi diez años para conseguir la autorización.

—Sí —admitió Leo—. ¿Y qué? Deja que hable...

—Te advierto que no voy a ceder, y te recuerdo que tengo una posición de fuerza.

—Lo sé. Y también sé que vas a necesitar dinero para desarrollar tus investigaciones médicas. ¿De dónde piensas sacarlo?

—Aún no lo sé.

—¿No lo sabes? ¡Rose! No me digas que... ¡No!

Él se hizo el incrédulo. Abrió los ojos de forma desorbitada y alzó los brazos.

—¡No es posible, Rose!

Rose lo fulminó con la mirada. Él tenía razón. No era suficiente haber encontrado la molécula, someterla a una resonancia magnética nuclear, demostrar que se trataba de una molécula desconocida que podía, a una muy baja concentración, matar las células cancerígenas. También era necesario encontrar el dinero para explotarla. De lo contrario, el investigador perdería el control de la misma. Y, por el momento, ella no tenía un euro. Absorbida completamente por sus investigaciones, había dejado para más adelante el aspecto financiero de su trabajo.

Leo adivinó su turbación. Se recolocó el mechón, lució el hoyuelo, le mostró una gran sonrisa de amigo que quería su

bien y le dijo:

—¿Y si te propusiera algo?

—Adelante —farfulló Rose, con el rostro cerrado y los dedos ocupados en masacrar una esquina del mantel blanco con los dientes de su tenedor.

Él ha encontrado el dinero; él se ha dedicado a recorrer carreteras y concertar citas, y ahora va a estafarme. Con esa sonrisa y su hoyuelo en la mejilla izquierda.

—He llegado a un acuerdo con ese laboratorio cosmético y, en el contrato, ha quedado estipulado que tú recibirás un veinticinco por ciento de los beneficios sobre la venta de todos los productos que utilicen la Luciolina en su fórmula. Y así podrás financiar tus investigaciones.

Rose lo consideró, desconfiada.

—¿Es eso posible?

—Desde luego, me he informado.

—Sí pero... ¿Quién me dice que no olvidarás esa bonita promesa?

—Lo haremos todo legalmente, Rose. Con un abogado, Lupaletto, el laboratorio, tú y yo. Todo el mundo tendrá su parte y todo el mundo saldrá ganando.

—¿En serio harías eso?

—Sí. Porque eres tú quien la ha encontrado, Rose.

Había acentuado deliberadamente el pronombre personal. ¿Para hacerle justicia o para engatusarla? Rose desconfiaba de nuevo.

—Es un auténtico descubrimiento. Después de lo que me explicaste, yo también he hecho ensayos con la disolución. He probado tu molécula sobre placas de queratinocitos y he podido constatar la cicatrización y la regeneración de las células de la piel. Y, por si fuera poco, Rose, no es tóxica. ¡Todo es bueno! He hablado con el laboratorio... Sin revelarles los secretos, ¡te lo prometo!

—¿De qué laboratorio se trata?

—Spizner & Spizner.

—¿Y no les has dado demasiados detalles? ¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Y no te han tirado de la lengua?

—No.

—Porque esa gente es muy astuta. Te someten a auténticos interrogatorios y tú vas respondiendo, adulado por interesarles y ser tan interesante. ¡Y revelas un montón de información sin siquiera darte cuenta! Fue lo que le sucedió a Sherman. Lo exprimieron como a un limón y terminaron la entrevista prometiendo llamarle enseguida. Él estaba convencido de tener el contrato. Aún está esperando la llamada que le anuncie la buena noticia. Lo que está claro, en cambio, es que ellos han utilizado toda la información que les proporcionó.

—No les he dicho nada. No me fiaba. Están dispuestos a invertir, Rose. Ofrecen mucho dinero. Y no hablo de miles de dólares, no... ¡Hablo de muchísimo más! Y es solo el principio.

Se calló. Empezó a tamborilear sobre el mantel, contento del efecto causado. Sus ojos brillaban, decían «Adelante, di un precio. ¡Sugiere una cifra!».

Rose no quería rebajarse a jugar a ese pequeño juego. Quería esconder sus cartas. Ella era la jefa; él, su subalterno. Él debía anunciar el montante. Y ella decidiría si aceptaba, o no.

Los dos se contemplaban, mudos. El primero en hablar prestaría fidelidad al otro. Los minutos pasaban, terminaron su copa de vino, empujaron un trozo de pan, contemplaron el jardín, examinaron sus dedos, sus manos. Se revolvieron en sus sillas.

Leo la observaba, sorprendido por su silencio. Hizo un movimiento de cabeza que quería decir: adelante, di un precio.

Rose fingió no entenderlo. Leo pidió lápiz y papel a la chica que les había conducido hasta la mesa. Rose cruzó los brazos y

lo miró garabatear sobre la hoja en blanco.

Él estaba escribiendo: «Dos millones de dólares. ¡Solo por firmar!».

—Empiezo a sentir respeto por ti —dijo Rose, que contuvo un grito de alegría.

¡Dos millones de dólares!

Útil, ella iba a ser dos millones de veces útil.

—Gracias.

—Y también un cierto afecto...

—Cuidado, Rose... ¡No te deslices por la pendiente resbaladiza! Podríamos no dominar la situación y encontrarnos con un montón de problemas.

Ella resopló pensando en el beso camaleón.

—¿Por qué te ríes? —dijo él, asombrado.

Rose bloqueó su aliento y su risa.

—¿No te gustó la noche que pasamos juntos?

—Eh... ¿Sinceramente?

—Claro. Adelante. Tengo curiosidad por saberlo.

—No, no me gustó nada de nada.

Leo la miraba estupefacto.

—¿Lo dices en serio?

—Me hiciste daño, Leo. Daño cuando me besaste, daño cuando te abalanzaste, daño todo el tiempo... Y no lo digo para darte pena, sino porque eso puede ayudarte. Y, además, pienso en todas las chicas que me seguirán y me gustaría ahorrarles lo que yo sufrí...

Leo la contemplaba con el rostro apoyado en sus puños, estupefacto. Las palabras de Rose habían penetrado en su cerebro y se concentró en descifrarlas.

Rose llamó a la camarera y le pidió la cuenta.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa a algún lado?

Al día siguiente, 12 de abril, Rose caminó bajo la lluvia, resguardada bajo un paraguas con las varillas dobladas que había comprado por dos dólares a la salida de la estación de metro de Union Square. El viento que soplaba desde hacía dos días les había dado la vuelta. Rose tenía la impresión de llevar una regadera en la cabeza.

Se dirigía hacia Beacon Closet, la tienda de segunda mano entre la calle Trece y la Quinta Avenida, en busca de un nuevo vestido. Era más elegante que Goodwill, que también le gustaba. Esa noche cenaba con su madre y estaba dispuesta a echar el resto. Presupuesto reservado para la ocasión: ochenta y cinco dólares.

Después de la proposición de Leo, había decidido incrementar su tren de vida. Necesitaba dilapidar la energía que la recorría. Un flujo continuo de buen humor, de antojos, de ideas estrafalarias. Como abrazar al primero que se le cruzara o vestirse de verde lechuga.

Todo le parecía tentador.

Abarrotó el probador con un vestido rosa, uno azul y uno negro ajustado. Encontró un impermeable azul marino de Prada, un jersey amarillo, unas botas rojas, un fular de Balenciaga.

Lo compró todo por 84,85.

¡Bingo! Aún entraba en el presupuesto.

Iba a encontrarse con su madre.

¡Aquí estoy, mamá! Tengo uno, dos, tres bonitos vestidos, un impermeable *so chic*, un jersey amarillo eléctrico como no se ha visto nunca. Y mamá, tengo un amante. Mi decimotercero.

Bueno... un amante en ciernes. Hector, futuro premio Nobel *ex aequo* conmigo. Vivimos en Amiens, tenemos dos hijos, su padre tiene una fábrica de gusanos de la harina que produce

diez mil toneladas de proteínas al año.

¿Y qué más? Me desbordan los proyectos. Podría llenar cajas y camiones. Voy a ser útil. ¡Mamá, oh, mamá! Camino por el aire. ¿Y sabes por qué? Ya no te odio. Ya no te odio en absoluto. Tú no podías hacer otra cosa.

Ya no es mi problema.

El Mercer se encontraba en la esquina de Spring y Mercer Street. Un hermoso hotel de ladrillo rojo con altas puertas y altos ventanales en arco. La entrada de la calle recordaba a la del vestíbulo de una estación rural. Una gran marquesina en forma de cristalera, un reloj SNCF, la compañía de ferrocarriles francesa, una larga acera, taxis que arrojaban hombres, mujeres, niños, baúles y maletas en los charcos. Un gigante con sombrero de copa y capa ordenaba los equipajes, extendía un paraguas, silbaba a los taxis, abría las portezuelas, lanzaba: *Take care!*, como si fuera tu mejor amigo.

¡Un trajín continuo!

Este hotel era un pequeño mundo aparte. Uno entraba como en un círculo cerrado, cada residente podía presumir de ser muy importante, muy elegante, muy a la vista. Se cruzaba con gente que salía en los periódicos o en la televisión. Celebridades que uno decidía ignorar con tal de ser vistos igual que ellas.

Cuando el cliente entraba, era absorbido por un gran cortinón beige y escupido a un vasto vestíbulo, o *lobby*, amueblado con sofás blancos, marrones, negros, con mesas bajas, sillones hondos. Un techo muy alto, paredes muy blancas, una enorme biblioteca que contenía miles de volúmenes. Una muchedumbre se congregaba allí. Se hablaban todas las lenguas. La gente se saludaba, soltaba gritos de alegría, de sorpresa, se te ve increíblemente guapo,

increíblemente feliz, increíblemente rico. Increíblemente a gusto. Cada uno sentía la voluntad de ser a la vez simple y refinado, banal y extraordinario, amistoso y altanero. Atención, parecía decir cada persona que extendía el brazo para pedir un cóctel, miradme bien, soy muy importante.

Rose, impresionada, se quedó paralizada a la entrada.

Cuando el gran cortinón beige empezó a ondular contra su espalda, decidió ponerse a tono y avanzó, deliciosamente elegante, desenvuelta, importante. Distinguió a su madre, reclinada sobre un sillón hondo. Hablaba por teléfono, sus largas piernas cruzadas, sus cabellos expandidos sobre sus hombros como si un artista se los hubiera colocado. Sus labios rojos, sus ojos negros. Y ese aire... Ese aire de dominar el mundo que Rose envidiaba.

Ella garabateaba en su agenda, mordisqueaba la punta de su bolígrafo plateado, hacía una mueca, sonreía, inclinaba la cabeza como si la estuvieran grabando. Llevaba un traje de chaqueta de Chanel en cuadritos negros y blancos. Rose sabía la razón. Deseaba epatar a los productores americanos para que estos no creyeran que iban a poder engatusarla.

Toda la energía de Rose se esfumó. Un viento frío sopló sobre sus rodillas. Avanzó hacia su madre y se dejó caer en el asiento de al lado, torpe y sumisa.

—Hola, mamá.

Valérie alzó la cabeza. Con apenas un parpadeo, examinó el vestido nuevo, las botas rojas, el impermeable de Prada. Esbozo una pequeña sonrisa que decía «no está mal, buen intento... Doce sobre veinte».

Le hizo un signo para que esperara, estaba ocupada al teléfono.

—No hay problema —dijo Rose, ciñéndose el impermeable para ocultar su vestido rosa.

Cuando Valérie terminó su conversación, consultó la hora y

declaró que debían salir a toda prisa hacia el restaurante Balthazar, ya iban muy retrasadas.

—No tendremos tiempo de hablar, mi querida pequeña. Lo siento mucho. Pero William y los productores nos esperan. Les he dejado juntos para que fueran conociéndose mejor. Por el momento, todo está yendo a las mil maravillas. Estamos a punto de firmar. ¡Me siento muy emocionada, muy emocionada! ¡Es una cena muy importante para mí! Estoy muy nerviosa. ¿Cómo me encuentras, querida?

Rose respondió lo mismo que le decía siempre:

—Estás muy guapa, mamá.

El Balthazar estaba en Spring Street. Era un local muy de moda del SoHo. Una réplica exacta de una *brasserie* parisina. Ruidos de conversaciones, de órdenes gritadas, exclamaciones. Camareros altaneros con largos delantales blancos alrededor de sus riñones. Un jefe de sala que distribuía las mesas como si fueran recompensas. Una cola de clientes sumisa y disciplinada. Un despliegue de espejos, de asientos corridos rojos, de grandes luces blancas en el techo.

Valérie hizo una señal al jefe de sala para indicarle que se reunía con unos amigos. Subyugado por su aplomo y su traje de chaqueta de Chanel, él la dejó pasar. Rose iba detrás, a la estela de su madre.

Dos hombres estaban sentados en una mesa. Se levantaron. Se presentaron: Sydney y Michael. Le dieron unas palmaditas en el hombro a Rose, la felicitaron por tener una madre tan dura en los negocios. Alzaron su dedo gordo, admirados, «¡Sí, de verdad! ¡Un auténtico hueso duro de roer, su madre!».

—¿William no está aquí? —preguntó Valérie.

Había un matiz de inquietud en su voz.

—Ha ido adonde los hombres van siempre solos —respondió el que se llamaba Sydney. O tal vez fuera Michael.

Los dos hombres se apartaron y dejaron el banco para las dos

mujeres. Valérie se instaló y empezó a parlotear sobre su proyecto con voz fingidamente alegre. Rose adivinó que manifestaba una despreocupación que estaba muy lejos de sentir. Hablaba del contrato, de las perspectivas, de exclusividad, mientras agitaba sus largos cabellos negros que brillaban bajo las luces blancas. Sus manos de largas uñas rojas arañaban el aire; su boca roja ordenaba, los dos hombres la escuchaban como dos moscas atrapadas en un espray de feromonas.

—Hollywood ha cambiado mucho —decía uno—. Hoy en día se toman unas precauciones que no se tenían antes... Se mide al milímetro la moralidad de cada participante, y eso retrasa la firma de los contratos.

—Sin duda —confirmaba el otro—. Basta recordar la anécdota que narró Truman Capote en el artículo sobre *La côte basque*...

—¿La historia de Harry Cohn y de Sammy Davis Junior? —precisó el otro.

—No la conozco —comentó Valérie, picoteando una aceituna verde rellena de almendra de un pequeño platito que tenía delante—. ¿Quién era ese Harry Cohn?

—El jefe de la Columbia. Cuando supo que Sammy Davis Junior salía con Kim Novak, de la que él estaba perdidamente enamorado, envió a un asesino a sueldo para que amenazara a Sammy Davis, «¡Oye, negro!, ya has perdido un ojo, ¿de verdad quieres quedarte ciego?». Al día siguiente, ¡Sammy se casó en las Vegas con una bailarina de cabaret... negra! ¿Podéis imaginar eso hoy en día? Impensable. Hay que tener cuidado con cada palabra que se pronuncia. Comprobamos los antecedentes de hasta el último iluminador, de su mujer, de su hija, y si la abuela se atrevió a decir *fuck!* en 1957, entonces no lo contratamos. ¡Todo se ha vuelto una locura! Mira, aquí está nuestro amigo.

Quedaba un sitio al fondo de la mesa para William. Este fue a sentarse después de haber besado a Valérie y saludado a Rose posando la mano sobre su hombro. Rose se tensó e inclinó la nuca.

—¿Pedimos una botella de champán? —propuso William ojeando la carta de vinos a toda velocidad hasta llegar a los champanes.

Sus dedos revoloteaban bajo la luz de las lámparas del techo. Rose advirtió el destello de un sello, una ceja partida, un parche de piel desnuda. Se paralizó, con la boca seca, sin aliento. Ya no oía nada. No veía nada. El sello lanzaba destellos más altos, más bajos, a izquierda, a derecha. El rostro del hombre permanecía borroso. Rose cerró y abrió los ojos muchas veces para intentar disipar la niebla y distinguir sus rasgos.

—¡Camarero! —llamó William.

El camarero se acercó.

—¿Tienen el Ruinart blanc de blancs?

Él ordenó una botella, juntó las manos, posó su mentón sobre sus dedos entrelazados. Su mirada fría rozó a Rose. No se molestó en expresar su sorpresa a la vista de ese rostro que había cambiado. ¡Nada de eso! La barrió como si hubiera encontrado unas monedas sueltas o un pañuelo de papel arrugado y los metiera en su bolsillo.

Yo soy suya. Voy a recorrer el pasillo, girar a la derecha, entrar en la habitación y…

Valérie parloteaba, hacía proyectos, se felicitaba por que todo hubiera ido tan bien.

—¡Por eso he querido que mi hija estuviera aquí! Para que estuviera orgullosa de su madre, ¿no es así, Rose?

Rose meneó la cabeza. El guante de cuero del hombre presionaba sobre su nuca, la hacía tenderse sobre la cama. La ordenaba cerrar los ojos. Una corriente de aire frío paralizó sus

rodillas.

—¿Acaso no habla inglés? —preguntó Sydney o Michael.

—¡Pues claro! —rio su madre—. ¡A la perfección! Estudia en la NYU. Debe sentirse intimidada, eso es todo. ¿No es así, Rose, querida?

Y en ese «Rose, querida» había implícito un «mierda, ¡haz un esfuerzo! ¡Esta es mi noche! No lo arruines todo poniendo mala cara». Valérie imitaba la felicidad de ser madre, la atención que una mamá muestra hacia su hija.

—Nosotras crecimos juntas. Cuando su padre se marchó, ella era muy pequeña. Mi éxito es su éxito. Ha sido una niña perfecta. Cuéntanos lo que haces en Nueva York. Es apasionante, ya verán...

Rose sacudió la cabeza.

—No me apetece, mamá. Estoy cansada —respondió en francés.

Los productores fingieron haberlo entendido. El hombre de la ceja partida no apartaba los ojos de Rose. Impasible, casi irritado por su resistencia.

—Su hija es muy seria —comentó Michael o Sydney—. La ha educado muy bien.

Valérie hizo un gesto con la cabeza, confusa, y les dio las gracias.

—He intentado hacerlo lo mejor posible. Yo estaba sola y no fue fácil...

—Podría haber sido actriz, es muy bonita.

—¡Debo decir que no me ha salido mal! —repuso Valérie.

—Podríamos darle un papel en la serie —propuso William—. Es muy fotogénica.

Valérie carraspeó. Dos pequeñas bolas duras aparecieron bajo su mandíbula; le lanzó una mirada oscura a William.

—¿Pedimos ya? ¿Ya saben lo que les apetece tomar? —preguntó.

El guante de cuero abría sus piernas, las separaba. Rose se sintió sobrecogida por el miedo. Tartamudeó «no, no, no quiero».

—¿Qué es lo que no quieres, querida? —preguntó Valérie con voz brusca que le ordenaba callarse.

—No quiero, no quiero.

—Hace demasiado calor aquí. ¡Y este ruido! —comentó William—. Voy a llevarla afuera para que respire.

Rose contemplaba el plato frente a ella. Vacío, blanco. Y pensó, como un bidet. No lo entendió. Entonces un recuerdo le vino a la mente y sintió ganas de vomitar. Unas gruesas gotas de sudor surcaron su frente. Cerró los ojos. Se aferró a la mesa. Volvió a abrirlos.

Los americanos la observaban intrigados.

El hombre de mi habitación... ¿Cómo se llamaba? Si consigo recordar su nombre, él se encarnará, volveré a ver su rostro, su forma de sentarse, de levantarse, el rostro de los otros dos hombres. Y le escupiré en la cara.

No se escupe en la cara a un fantasma.

—Se le pasará —aseguró Valérie—. A veces le entra ese malestar, pero no dura demasiado. Nosotros lo llamamos síncope vasovagal. No sé cómo se dice en inglés...

—*And you, mister Matthews, do you know...?*

William Matthews.

Era francés, su verdadero nombre era Michel Potiron, pero había adoptado un seudónimo americano. Guapo, muy guapo, tenebroso, sensual, peligroso. Una estrella de cine, famosa en Francia, pero también en América. Un día, había desaparecido de las pantallas y dejado de ir por su casa. Su madre no había vuelto a pronunciar su nombre y tampoco se hablaba de él en los periódicos o en la televisión. Valérie había ganado mucho dinero gracias a él. Ella lo había aprovechado para romper con Raymond —al que ya no necesitaba— y también con otros.

Muchos hombres habían caído en el olvido sin que Rose supiera por qué.

La portera había resultado providencial.

Sola, en la noche, Rose caminaba, aturdida.

Había sido fácil, tan fácil. Apenas podía creerlo.

No temblaba, no lloraba, llevaba en la mano un paraguas totalmente nuevo.

Acababan de traer los entrantes, ella estaba postrada sobre el banco, miles de emociones zumbaban en su cabeza. Oía los ruidos del restaurante, lejanos, muy lejanos, como filamentos de sonidos. Había consultado la hora, las nueve en punto de la noche. Y fue ese «en punto» lo que la hizo decidirse. ¡Ese «en punto» indicaba el momento! Se había enderezado, había colocado un mechón de pelo detrás de su oreja, aclarado su voz y, señalando a William Matthews, había dicho sin gritar, ni llorar ni temblar:

—Este hombre abusó de mí cuando yo era pequeña. Todo comenzó cuando yo tenía diez años. Se presentaba con dos amigos el miércoles por la tarde, cuando mi madre estaba en su despacho. Y luego continuó. Él solo. Quiero que sepan con qué clase de persona van a trabajar. Porque volverá a hacerlo, eso seguro. No tiene vergüenza. Cree que puede hacer lo que quiera. Por favor, protejan a las niñas a las que se acerque...

Había empujado la mesa. Se había levantado. Y había salido a la acera.

Aún llovía.

Había abierto el paraguas descuajeringado. Había recibido un chorro de agua en la cabeza.

Había arrojado el paraguas a una papelera.

Había vuelto sobre sus pasos.

Y había cogido otro totalmente nuevo a espaldas del portero que estaba llamando a un taxi.

Caminó calle arriba por Spring, atravesó Broadway, Greene Street, llegó a Wooster Street, pensó en Hector, comprobó la hora: las diez menos cuarto. Buscó su número de teléfono. No lo encontró.

Llamó al telefonillo. Se presentó.

Una voz le respondió; le pareció que no era la de Hector, pero el sonido no era bueno, quizá no lo había oído bien.

Un hombre alto, delgado, con pelo muy corto, grandes gafas de montura de concha y una camiseta malva con una inscripción «Salvemos los gusanos de tierra y los coleópteros», le abrió la puerta. Rose se acordó de que Hector le había contado que vivía con un compañero.

—*Hi! My name is Denis. You must be Rose. Hector told me about you...*

«Necesito hablar con Hector. Estamos casados, ¿sabes?», quiso decir Rose. Se contuvo. El centro del círculo, distancia y dignidad.

—¿No está Hector?

—Se ha marchado al laboratorio. ¡Había problemas con sus gusanos tenebrosos! Puedes esperarle aquí si quieres. Iba a abrir una botella de pinot noir. ¿Te apetece?

Rose asintió con la cabeza.

Ese hombre con su camiseta malva tenía una mirada de sabio amable. Una mirada de diccionario. Ella se sintió inteligente, incluso brillante. Él no tenía nada especialmente atractivo: unos ojos demasiado pequeños, una boca demasiado grande, una nariz demasiado larga, pero emanaba una calidez y un bienestar que hacían que una quisiera estrecharse contra él.

Denis, Denis. Nos casaremos. Tendremos tres hijos, un perro, un loro que hablará francés. En verano alquilaremos una casa

en Sag Harbor, saldremos en barco, tostaremos malvavisco, yo prepararé sándwiches de tomate y mozzarella y... ¡Para, Rose! ¡Para! ¡Ya vuelves a fantasear! Centro del círculo, distancia y dignidad. El sacacorchos hizo un ruido seco. Denis olió el corcho, mostró un aire satisfecho y sirvió dos copas de pinot noir.

—Así que ¿tú trabajas en una luciérnaga alsaciana? —preguntó él, apartando una pila de revistas para sentarse en un sofá un poco desfondado tapizado con una descolorida tela escocesa. Cedió a Rose el placer de balancearse en la mecedora.

—Sí —asintió ella, mirando a su alrededor.

Había libros por todas partes: en las estanterías, en el suelo, en la mesa, en los sillones. Y también, diseminados por todas partes, cuadernos de hojas amarillas, blocs en espiral, tazas altas cuyo fondo estaba negro por agrietadas capas de café, plantas verdes con la mitad amarilla, cestas llenas de playeras, calcetines, y sobre la mesa, un cráneo transparente del que distinguió los huesos, los lóbulos y las juntas. Un apartamento de solteros. Jamás una mujer ha puesto un pie aquí, pensó Rose.

—¿Cómo se llama tu luciérnaga? —preguntó Denis mientras degustaba su primer sorbo de vino como un buen catador.

—*Lamprohiza spendidula*. He extraído una molécula milagrosa para curar el cáncer y sus consecuencias.

—¡Eso es magnífico!

—¿Tú también eres investigador?

—Soy psiquiatra y biólogo. Trabajo sobre la memoria y la recuperación de recuerdos de la primera infancia. ¿Sabes lo que decía vuestro Jean-Paul Sartre?

Rose negó con la cabeza.

—¡Dijo tantas cosas!

—Decía: «la infancia decide». Todo está comprendido en esas dos palabras. «Infancia» y «decide».

—¿A partir de qué edad empezamos a tener recuerdos?

—¿Verdaderos recuerdos? No antes de los seis años. Antes hay un oscuro vacío. Lo llamamos amnesia infantil.

—Pero los recuerdos de antes de los seis años... ¿Están perdidos definitivamente?

—Al parecer, no. O eso es lo que acaba de demostrar un investigador neoyorquino. Instaló ratas, jóvenes y adultas, en una jaula donde había una zona de peligro. Cuando una rata se aventuraba en ella, recibía una descarga eléctrica. Las ratas adultas lo comprendían rápidamente y, después de una o dos descargas, evitaban esa zona de peligro.

—¿Y las más jóvenes?

—Esas recibían descargas continuas. Las retiró de esa jaula y, más tarde, volvió a ponerlas allí, una vez adultas. No se acordaban del peligro y regresaron a la zona prohibida. Eso permitió poner en evidencia la amnesia infantil. Algo sucede en nuestra primera infancia pero, una vez adultos, lo olvidamos.

—Eso es justo... —exclamó Rose, turbada.

—Pero lo que sigue te va a asombrar... Si antes de meter a la rata joven convertida en adulta en la jaula, se le da una pequeña descarga eléctrica, entonces evita la zona peligrosa.

—Eso quiere decir que se acuerda del peligro...

—... Y que el recuerdo de la infancia regresa. Así pues, esos recuerdos están siempre presentes, pero no sabemos cómo o dónde buscarlos.

—La rata es un mamífero, la estructura de su cerebro es parecida a la del cerebro de los humanos —razonó Rose.

—Sí. De hecho, hay dos cosas que destacar. La primera es que los recuerdos de la primera infancia no se pierden nunca, sino que se conservan en alguna parte de nuestro cerebro. La cuestión entonces es conocer los estímulos adecuados que podrían reactivarlos.

Los dedos de la doctora M van de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha...

—La segunda cosa es que nada de lo que sucede en la primera infancia es anodino. Esas vivencias pueden determinar comportamientos particulares cuando uno se hace adulto. Los futuros padres no deberían olvidar que, algún día, el niño será capaz de acordarse de todo.

—Yo lo sé bien. Estoy en tratamiento con una psicóloga que practica la terapia EMDR. Su trabajo consiste en hacer resurgir esos recuerdos traumáticos y desactivarlos.

—Conozco la terapia EMDR. Es estupenda, sobre todo cuando se han vivido traumas. Es una buena terapia. Mucho después de haber terminado las sesiones, uno continúa limpiando el pasado. Y, por tanto, curándose...

Recuerdo... cuando mamá buscaba a su actor importante.

Recuerdo... sus interminables conversaciones al teléfono. El tono suplicante que adoptaba a veces. Las noches en las que no despegaba los labios. Cenábamos en silencio en la cocina, frente a frente. Ella cogía un trozo de jamón, se encendía un cigarrillo, me decía «come, no me hagas perder el tiempo». Una loncha de jamón envuelta en plástico, un puré de copos con gusto a cartón y «corriendo a la cama».

El cenicero desbordaba de cigarrillos. Yo iba a acostarme.

Cuando ella me creía dormida, yo me levantaba. La espiaba en el salón. La veía hacer sus cuentas, los papeles instalados sobre la mesa, y cómo se frotaba la frente.

Y luego, una noche, regresó con los brazos llenos de regalos y una botella de champán. Me había comprado una lupa

binocular, placas de cristal, frascos, cajitas de almacenaje.

Me había estrechado contra ella. Lucía en la solapa de su vestido un broche de Yves Saint Laurent confeccionado con pequeños corazones de diamantes falsos que me arañó la mejilla. Durante una semana lucí un rasguño.

«¡Ya está, cariño! He conseguido el premio gordo», había dicho con dos pequeñas bolas duras sobresaliendo bajo su mandíbula.

La botella de champán permaneció envuelta en el papel de seda sobre la mesa toda la semana.

Y luego ella acabó guardándola bajo el fregadero.

Denis le preguntó si le apetecía otra copa de pinot noir.

Quería saber lo que ella pensaba del vino. Era francesa, una experta. Hector le había enseñado a degustar los «divinos néctares».

—¿Has estado ya en Francia? —preguntó Rose, que se balanceaba en la mecedora con una pierna doblada bajo su cuerpo.

—Lo hemos hablado cada año, pero aún no he tenido ocasión...

Rose posó los labios sobre su segunda copa. Era demasiado alcohol para una noche. Su padre bebía como un cosaco. Al nacer Rose, habían advertido a su madre: la niña tendrá el hígado frágil. Y había resultado cierto. Al cabo de dos copas, Rose tenía náuseas y la cabeza le daba vueltas.

¿Su padre? Le habría encantado tener una foto suya. Un viejo jersey. Una postal. Sintió ganas de regresar a Francia. Se imaginó el correo que le enviaría a Lupaletto:

Buenos días, Ronald,

Tengo el placer de anunciarle que mi misión ha sido cumplida y bien cumplida. Gracias a mi perseverancia y a mi intuición...

—Y sabes qué, Rose —estaba explicando Denis—, cuando nos han abandonado o maltratado en la infancia, nos separamos del otro, de los otros, pero también nos separamos de nosotros mismos. Es muy doloroso. Nos encerramos en una jaula. No soportamos que alguien nos ame, y apenas que nos toquen... Es en eso en lo que estoy trabajando actualmente.

—¿Cómo dices? —preguntó Rose—. Discúlpame, estaba pensando en otra cosa.

—Decía que... cuando hemos sido maltratados de niños, nos cuesta mucho amar al otro, pero también nos cuesta amarnos a nosotros mismos. O, por decirlo de otro modo, sin amor por uno mismo, no se puede amar al otro. Y eso es muy doloroso...

Rose recibió una deflagración en pleno pecho. Las lágrimas irritaron sus ojos.

—Lo siento, es el efecto de la EMDR.

Se rio nerviosa. Y empezó a llorar.

—Llora, Rose, llora. Déjate llevar...

Denis le pasó la caja de pañuelos. Él se apoyó contra el respaldo del sofá y la contempló, atento, tierno. Sus ojos brillaban como los de la doctora M.

Rose dejó que sus lágrimas fluyeran.

Cuando terminó, murmuró un gracias y se sonó. Preguntó si podía refrescarse en el cuarto de baño. Él le mostró el camino.

Ella se humedeció los ojos, la frente, las mejillas, el cuello. Bebió agua del grifo. Se peinó con un peine de carey que llevaba. Se contempló en el espejo. Amó sus ojos, su nariz, su boca. Y su vestido rosa, al cual concedió una puntuación de veinte sobre veinte.

Olió el agua de colonia que encontró a la izquierda del lavabo, *Eau savage* de Christian Dior. Buena elección, se dijo. Debe de ser de Hector. Aspiró de otro frasco, a la derecha, *Acqua di Giò* de Armani. ¡Tampoco está mal! Seguramente es de Denis. Sin duda, Hector querrá que él sea el padrino de Lili o

de Victor. Es un hombre amable, tranquilizador. Bien centrado en su círculo él también.

No había más que un cuarto de baño. No era como en casa de Leo.

Rose echó un vistazo al pasillo. Chaquetas, parkas, y abrigos estaban colgados de ganchos como en los corredores del colegio. Grabados y dibujos decoraban las paredes, junto a fotos de familia. Y una foto de la torre Eiffel iluminada.

Al final del pasillo había un dormitorio grande y claro.

Un solo dormitorio. Una sola cama.

Y sobre una mesa, la foto de Hector y Denis abrazados delante de un árbol de Navidad.

Hacia las once y media, Rose se levantó y se marchó. Hector aún no había regresado del laboratorio. Había abrazado a Denis, había pasado el brazo alrededor de su cuello y había declarado: «*I love you* un montón».

La lluvia había cesado. Necesitaba caminar.

Atravesó Washington Square. Las farolas proyectaban parches de luz en el parque. Un halo rodeaba a un hombre que, con la cabeza apoyada sobre su bolsa, dormía en un banco con un solo zapato. Ella canturreó «Un hombre, una bolsa, un zapato». Buscó una rima para «ato». Probó con pato, barato, recato. Probó con «Dos hombres, una habitación, un lecho». Rimas en «cho» había miles. Empezó a llover a cántaros.

Abrió su paraguas.

Al llegar a su casa, volvió a pensar en la proposición de Leo y se dijo que parecía demasiado buena. No debía dejarse llevar por la euforia. Se adentraba en un territorio peligroso en el que reinaba la competición, la codicia por la ganancia, la envidia. Abre bien los ojos, Rose, y no te precipites. Léete cada línea del contrato, estudia cada proposición, no dejes nada al azar.

Llenó de agua el hervidor, sacó una taza alta, una bolsita de verbena y reflexionó.

¿Y si Leo se parecía a esa especie de araña brasileña, la *Paratrechalea ornata*? El macho, para conseguir autorización para aparearse, debe aportar una ofrenda, o de lo contrario tiene muchas posibilidades de acabar devorado por la hembra, antes incluso de pasar a la acción. Esa ofrenda es una presa envuelta en seda a guisa de papel de regalo. Él comienza a bailar hacia la hembra en su tela. Si la coreografía le gusta, la hembra acepta el regalo con la correspondiente transfusión de esperma, inmediatamente después. Durante el acoplamiento, el macho regresa a menudo frente a la hembra para que esta aprecie su regalo y recordarle que venía de él, y luego retoma su labor. Si él insiste así es porque teme que su pareja tenga un agujero en la memoria y lo despida una vez que la fiesta de «patas arriba» ha terminado. En efecto, la *Paratrechalea ornata* no duda en devorar a su amante si se queda demasiado tiempo a su alrededor.

Rose retomó la redacción del correo a Lupaletto:

Buenos días, Ronald,
Tengo el placer de anunciarle que mi misión está cumplida y bien cumplida. Gracias a mi perseverancia y a mi intuición, he podido medir una actividad de un 100% de la luciérnaga sobre las células cancerosas MCF7 en disoluciones a la millonésima a partir de mi solución madre al 1 mM, o sea al 10 pM![1] Al diluir incluso por 10, permanece activa al 50%, y si se diluye por 100, no presenta ninguna alteración. La CL50 es, por tanto, del orden picomolar, o sea casi 1.000 veces menos que los anticancerígenos actuales. Además, la Luciolina no produce efecto en las células muestra CHO al 100 mM. Esos trabajos van a permitirme poner en marcha un protocolo eficaz que no solamente curará las enfermedades, sino que garantizará un tratamiento sin los efectos secundarios de la quimioterapia: dolores, pérdida del cabello, fiebre, hormigueo, dolor de cabeza, vómitos y todo el

resto. Estoy lista para regresar a Francia y exponerle los detalles de mi descubrimiento.
No puedo esperar a presentarle mi proyecto.
Cordialmente,
Rose Robinson

La respuesta de Ronald Lupaletto no se hizo esperar. Escrita a las 6.23 de la mañana, hora francesa. El hombre era madrugador.

Bravo, Rose. Estoy orgulloso de usted. Lo ha conseguido.
Vuelva enseguida, tiene toda mi confianza.

Ella se había convertido en Rose.

Nada de «mi pequeña Rose», de palmaditas en la cabeza, del pantalón que brilla, del aire desenvuelto, de las piernas apoyadas en el escritorio cuando hablaban.

Muy pronto sería «señorita Robinson».

Era la una de la madrugada, pero no conseguía dormir.

Se lavó los dientes, se cepilló el pelo, se acostó, hizo uno, dos, tres sudokus. Apagó. Encendió. Apagó. Encendió. Apagó.

Dio vueltas y más vueltas en su cama.

Elaboró un plan en diez puntos.

Como los Diez Mandamientos: Regreso a París, expongo a Lupaletto mi acuerdo con Leo. Le anuncio que voy a montar una empresa. Contrato un abogado. Pido un anticipo al Muséum mientras espero el primer cheque del laboratorio de Leo. Hago confirmar a Leo su proposición de dos millones de dólares.

Dos millones de dólares, ahí es nada.

Tantos dólares le dieron hambre.

Se levantó, rebuscó en la nevera, encontró una tableta de chocolate debajo de un viejo tomate podrido. Tiró el tomate, se llevó el chocolate a la cama. Nada más que dos onzas, se prometió, nada más que dos onzas.

Cinco onzas más tarde retomó su lista: Encontrar otros investigadores para no depender de Leo. Buscar locales, un laboratorio. Autoproclamarse CEO para tener el control del negocio y no dejarse engañar. Repartir los royalties entre ella, Lupaletto y el Muséum. Adjudicarse un sueldo mensual de cinco mil euros. Hacerse cargo de la parte científica, reclutar un comercial. Hacer los primeros test con ratones, sintetizar la molécula. ¡Ah! Y luego también... Buscar un apartamento, porque no volveré a vivir nunca en la calle Rochambeau. Nunca jamás.

Enfrentarse a su madre.

Llevarse a Babou con ella.

Hizo un nuevo recuento. Eso sumaba más de diez tareas.

Se quedó dormida, agotada.

Su madre la esperaba delante de la universidad. Frente al campamento de los indignados contra Wall Street. Con un impermeable negro, gafas negras más grandes de lo normal. Modelo 1968, Jackie Kennedy perseguida por los paparazzi.

Pegada a la verja del parque, Valérie fumaba con una pierna replegada contra la valla. Los transeúntes se volvían. Ella les sacaba la lengua.

Hay cosas que me gustan mucho de esta mujer, se dijo Rose.

En cuanto Valérie vio a su hija, arrojó su cigarrillo al suelo, lo aplastó con la punta de su zapato de tacón de ocho centímetros y caminó a su encuentro.

—Has conseguido que todo se viniera abajo. Estarás orgullosa. Ahora me encuentro en pelotas, sin proyecto.

Rose se agachó, recogió la colilla y la arrojó a una papelera.

Le propuso a su madre ir al café Lafayette. Ahí no corría peligro de encontrarse con estudiantes. Los cafés en ese local eran demasiado caros.

—¿Por qué me odias? —empezó Valérie apenas se hubo acomodado, mientras se subía las gafas negras con un dedo.

Lo bueno de mi madre es que no pierde el tiempo. Aborda siempre los problemas de frente.

Valérie se humedeció los labios, se los volvió a pintar, se empolvó la nariz, pidió un descafeinado con una gota de leche. Rose se pidió lo mismo.

—Yo no te odio. No te he odiado nunca.

—Pues nadie lo diría, después de lo que me hiciste ayer...

—Ese hombre es un cabrón. Un depredador. Y tú eres su cómplice.

Valérie se rio.

—¡Qué palabras tan altisonantes! ¡Así, de pronto! ¡Como si no hubiera sido así toda la vida!

—¡Déjalo, mamá, déjalo! Y, además, yo no te odio. No confío en ti, que es diferente.

—Tú solo quieres a Babou...

—Es una gran señora. Tierna, generosa...

—Una mujer seca, calculadora.

—En cualquier caso, ¡ella me quiere!

—Ella no quiere a nadie. Salvo a sí misma. No me ha querido nunca. O lo que es peor, ella me impidió imaginar lo que podría ser el amor. Me toma por una intrigante o, por emplear una palabra que ella nunca se atrevería a pronunciar, por una hermosa zorra. Resulta aterrador tener una madre como ella.

—¿Y una madre como tú?

—Tienes razón. Yo no he sido jamás una madre.

Sonrió al revés, haciendo caer las comisuras de su boca.

—Pero tampoco he sido nunca una niña. No tuve tiempo. Babou me destruyó. Papou también. Eran tal para cual.

—No sé si has dicho demasiado o muy poco. No entiendo nada.

—Pregúntale a Babou. Veremos si tiene el valor de

contártelo... No puedes ni imaginar hasta qué punto te manipula.

—Tú también me has manipulado.

—Tal vez sea porque me educaron así.

—Tú nunca me has protegido. Nunca me has defendido. Lo sabes muy bien.

—Ya no me acuerdo.

—O lo que es peor, tú nunca me has creído. ¡Yo era una niña, mamá, una niña!

—Las niñas mienten constantemente, ya lo sabes. Se inventan un montón de cosas.

—¡Yo no mentía! Lo sabes muy bien.

—Hay cosas que es mejor olvidar.

No me apetece comenzar otra vez el mismo baile trágico de siempre. Mi madre que se encoge de hombros, que me trata de mentirosa. Yo que lloro y reclamo justicia...

—¿Y mi padre? ¿Por qué nunca me has hablado de él?

—¿Tu padre? ¡Estaba loco!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que la cosa tenía que acabar de forma dramática.

—¡Deja de hablar con enigmas! Ya no estamos jugando, mamá, esta vez vamos a hablar.

Valérie sonrió, pero era una sonrisa marchita que venía de muy lejos.

—Tenía la belleza del diablo, como suele decirse... Y yo estaba loca por él. Lo admití todo. Las otras mujeres, las noches de juerga, su panda de amigos... Él andaba mezclado con tipos que jugaban, que traficaban. Un día, poco después de nuestro divorcio, la poli me llamó. Habían encontrado su cuerpo en el arcén de una autopista. Un ajuste de cuentas entre dos casinos. Firmé el informe de la autopsia. El policía cerró el expediente y dijo «así es la vida».

—¡Qué crueldad!

Rose tragó. Se levantó, pretextó tener ganas de ir al baño, descendió al sótano y se refugió en los aseos.

No quería llorar delante de su madre.

Cuando regresó, se detuvo en el último peldaño de la escalera y contempló a Valérie. Se había quitado las gafas negras y se frotaba los ojos. Su rostro sin gafas que la protegieran... Desnudo. Un rostro de niña frágil y de mujer vieja utilizada. Si al menos consiguiera tener compasión... Si consiguiera sonreírle, abrazarla, decirle «te quiero, mamá». Pero no puedo. No puedo. Y no es solo a causa del hombre de los miércoles, no, ese ya está empezando a difuminarse, sino por todos esos años en que esperaba un beso, una caricia. Todo ese tiempo esperándote, mamá. Y ya ves, ahora estás delante de mí y no siento nada. Nada.

Rose volvió a sentarse, buscó un poso de café en su taza, rascó con la cucharilla. Quedaba un resto de azúcar cristalizado. Chupó la cucharilla. Contempló a su madre, que jugaba con las patillas de sus gafas. Volvió la cabeza, levantó el brazo y pidió la cuenta.

—No me dejes, Rose... No me dejes.

Jennifer organizó una copa de despedida por la marcha de Rose.

Desplegó un mantel blanco de papel sobre su escritorio y dispuso un ramo de flores, botellas de chardonnay y de pinot noir. Unos bizcochos con aceitunas y al limón sobre los que estaba escrito *Farewell, sweetie. We love you*. Una fuente de quesos y uvas. Gruesas uvas negras y blancas. Empanadillas de queso chédar. Gambas en salsa de tomate. Alitas de pollo con soja. Lonchas de paté francés con una pequeña banderita tricolor plantada encima.

Se había esmerado mucho, todo estaba perfecto.

Alzó su vaso y pronunció unas palabras en francés:

—¡Te echaremos de menos!

Rose la estrechó entre sus brazos y la besó.

Sergueï se encargó de abrir las botellas y de degustar los vinos. Daba un sorbo y lo saboreaba contemplando a Rose.

Rose no pudo evitar reírse. Él se acercó e, inclinándose sobre ella, susurró:

—Me he cerrado bien la bragueta y no me rascaré los huevos.

Leo se había puesto su polo negro con las puntas levantadas. Llevó a Rose a un lado y le anunció que la gente del laboratorio quería reunirse con ella antes de su marcha. «Están muy excitados —no paraba de decir—. Muy excitados, muy excitados».

Redcliff, con una gran sonrisa en el rostro, pronunció un discurso y pronosticó un futuro brillante para Rose y Leo. Había hablado con Lupaletto y ambos tenían grandes esperanzas con la Luciolina. «Una cooperación franco-americana que se revelará muy fructífera, lo que, con los tiempos que corren, resulta raro», añadió con un guiño.

—¿Va a lanzarse a la política? —le preguntó Rose cuando hubo terminado.

—¡Dios me libre! —contestó, levantando las manos como para rechazar un peligro.

Big Denise estrujó a Rose entre sus brazos y le hizo prometer que no la olvidaría. En veintidós días, las moscas criadas en Luciolina revelarían su secreto. Al fin se sabría si morirían o sobrevivirían.

—¡Cruza los dedos! ¡Cruza los dedos! ¡Y vuelve pronto!

—Eres tú quien tiene que venir a verme a París —replicó Rose—. Continuaremos nuestros experimentos en el marco de mi trabajo.

Hector humedecía los labios en su vaso de vino blanco

mientras se mantenía a una distancia prudencial de Jennifer.

—¿Por qué no le dices que estás casado? Sería mucho más sencillo —sugirió Rose.

—Mi vida privada es privada. Me niego a que lo sepan todo de mí.

—Prefieres hacerte el misterioso.

—Me horroriza la falsa intimidad. No estoy en Facebook, ni en Instagram ni en ninguna otra red social. Y los fines de semana apago el móvil. Si alguien quiere contactar conmigo, me envía un correo y yo lo leo cuando quiero...

—*I love you*, Hector.

Él la contempló, abrumado.

—Te has vuelto muy sentimental, Rose. Es irritante.

—Discúlpame. Llevo mucho retraso y estoy tratando de ponerme al día. He decidido aprender a amar. Juiciosamente. Y eso me embriaga un poco.

—Te prefiero sobria.

Rose alzó su vaso y dio las gracias a sus colegas. Les regaló a cada uno un llavero de la torre Eiffel que se iluminaba cuando lo apretabas. Le había encargado quince a Babou. El envío había llegado a tiempo.

Epílogo

—Les encantaron las pequeñas torre Eiffel, Babou. Todos las hicieron parpadear mientras gritaban «¡París! ¡París!».

Era última hora de la tarde. La noche comenzaba a caer en la cocina de la calle Rochambeau, frente a la plaza Montholon.

—Fui a comprarlas a los mismos pies de la torre —explicó Babou—. Tuve que rasparlas por detrás para que no se viera que estaban fabricadas en China.

—¡Eres insuperable!

—¿Y has visto? Me he comprado brazaletes, pendientes y un bonito delantal con flores de todos los colores.

¡Con tal de que no me diga que lo ha hecho para complacer a Adama! No me apetece nada que me hable de su vida sentimental y sexual, quiero que siga siendo mi abuela.

—A ti no te gustaban mis delantales grises.

—¿Cómo lo sabes? Nunca te he dicho nada.

—Lo sabía, eso es todo. Y también me ocupé de tu pianista en tu ausencia. Pero después de una semana, desapareció. He preguntado a la gente del barrio, y nadie sabe dónde se ha metido. Sin embargo, lo dejó todo muy limpio antes de marcharse.

—Nunca me dirigió la palabra.

—Pero tú seguías yendo a verle...

Rose se había pasado por el número 8 de la calle Rochambeau para recoger sus cosas. Valérie estaba en un rodaje en Rumanía y luego se iría a buscar localizaciones a Vietnam. No regresaría antes de quince días. Babou preparaba una ensalada de alcachofas a la pimienta. Las había lavado y

ahora las secaba con un trapo.

—¿De verdad vas a dejarnos? —preguntó Babou.

—Me llevo lo principal, ya volveré a vaciar mi habitación cuando haya encontrado un apartamento. Mientras tanto, voy a vivir en casa de Kirsten. Si tú quieres venir a vivir conmigo después...

—Tu madre me necesita.

—Tienes que cuidar de ella, Babou. No está bien.

Babou cortaba los tallos de las alcachofas con la ayuda de un cuchillo puntiagudo. Su pequeño cuchillo negro que nadie tenía derecho a tocar. Podía seccionarte un dedo si no tenías cuidado.

—Las cosas siempre han sido difíciles entre tu madre y yo... —suspiró Babou—, pero debo quedarme. ¿Os peleasteis en Nueva York?

—No. Hablamos.

—¿De qué?

—Lo sabes muy bien, Babou. Lo sabes muy bien...

Por primera vez en su vida, Rose lanzó una mirada severa a su abuela.

—No disimules, por favor. No mientas. Cuando hablamos, elegimos aquello que queremos mostrar de nosotros, pero esta vez, dime la verdad.

Babou se callaba. Convertida en una fortaleza de silencio.

Entonces, Rose se decidió a hablar.

Le contó lo de la cena en el restaurante Balthazar, los productores americanos, la presencia de William Matthews, la reacción de su madre, las sesiones con la doctora M, la boina de marinero, la frase que volvía todo el tiempo.

—Siempre la misma: «deja de inventar historias, todas las niñas...

—... son violadas» —completó Babou, evitando la mirada de Rose.

Estaba arrancando las hojas bajas de las alcachofas con la concentración de un autómata.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rose—. Tú no estabas aquí cuando ella me decía eso... ¿Acaso te lo ha contado?

—No.

—Pero entonces...

Babou había vuelto a coger su cuchillo y ahora laminaba las alcachofas en lonchas tan finas como las de un carpaccio.

—Babou... ¡Mira lo que haces! ¡Te vas a cortar un dedo!

Babou dejó su cuchillo a un lado, se sentó, enroscó un pico de su delantal y lo trituró.

—Necesito que me hables —dijo Rose.

La esquina del delantal se retorcía cada vez más, Babou lo presionaba con los dedos. Apretaba los labios como si quisiera impedir que las palabras salieran.

—Babou... Es importante.

Había hecho un día tan sofocante que las paredes emitían el mismo calor que un invernadero. En la plaza, los árboles permanecían inmóviles. Ni un triste soplo agitaba las primeras hojas verdes enrolladas como cigarrillos. Babou se secó la cara, se apartó el pelo de la frente.

—Treinta y tres grados... ¡y solo estamos a finales de abril! Estoy agotada.

—¿Te has acordado de beber hoy?

Babou negó con la cabeza.

—No tenía sed.

—¡Pero hay que beber!

—¿Has visto esos extraños bichos en las paredes?

—Son típulas... —explicó Rose.

—Parecen mosquitos.

—Pertenecen a la familia de los mosquitos, pero no pican. Son mosquitos amables...

Babou hizo una mueca dubitativa.

—¿Mosquitos amables? ¡Eso no existe!

¡Si tú supieras! Unos investigadores acaban de demostrar el primer caso de estridulación copulatoria en la típula macho. Cuando este último penetra en la hembra, su pene, armado de pestañas vibrátiles, empieza a vibrar y, durante el tiempo que se agita en ella, le envía trepidaciones. Al sexo de la típula macho se le llama «pene cantarín». Macho y hembra parecen apreciar y ulular de placer mientras se lleva a cabo el acoplamiento, que dura mucho tiempo.

Babou soltó el pico de su delantal, que se desplegó sobre sus rodillas.

—¡Están por todas partes en la pared! ¡Míralas!

Ella contó hasta once.

—¡Nunca he visto tantas en mi vida!

Se llevó la mano al pecho y contuvo el aliento.

Rose comprendió que Babou trataba de cambiar de tema de conversación.

—Mírame, Babou, y dime cómo sabes lo que mamá me respondió. Y no me engañes. No soportaría que me mintieras.

Babou murmuró con voz inexpresiva:

—«Deja de inventar historias, todas las niñas son violadas»... Es lo que yo le respondí a Valérie cuando ella vino a decirme que el señor Auvers la había...

—¡Tú, Babou...!

—El señor Auvers nos había prestado una gran suma de dinero en un momento en el que la tienda no iba bien. Dependíamos de él. Si nos cerraba el grifo, estaríamos hundidos. No quise armar un escándalo, así que... cuando Valérie se presentó para contarme que él la había... en fin...

—Que él la había violado, ¡dilo! Ten valor. Ella tuvo el valor de soportarlo, ahora ten tú el valor de admitir que no la defendiste.

—Me sentí mal por ello, siempre me he sentido mal por ello.

—¡Eso no importa! Es en ella en quien habrías debido pensar, no en ti.

Mamá violada, yo violada. Pero, entonces...

Es la misma tragedia que con el pulgón *Rhopalosiphum prunifoliae*. Los hombres no se comportan mejor que los pulgones. Ellos también reproducen el mismo esquema. Tres generaciones en el mismo saco. Si la abuela es agredida, la madre y la niña también lo son. Misma conmoción, mismo miedo, mismo dolor.

Babou bajó la cabeza. Sus sienes estaban húmedas; se las secó con el dorso de la mano, y luego sus dedos recorrieron su frente, como si eso le ayudara a recordar. Soltó un suspiro. Rose se fijó en las peinetas imitación de carey que retenían su cabello y, más allá, colgados de la pared, el calendario de correos y el termómetro.

—Babou, entonces tú también... Tú también fuiste...

Babou alzó la cabeza. Su boca temblaba. Lloraba, inmóvil, sin resoplar ni hacer ruido.

—Yo era pequeña... En el campo... era muy fácil que se nos echaran encima...

—¿Y se lo contaste a tu madre?

Babou se calló.

—¿Se lo contaste a tu madre y ella te dijo que no había por qué montar toda una historia, que todas las niñas eran violadas? Porque la madre de tu madre y así sucesivamente... Es eso, ¿no? ¿Es eso?

Babou permaneció un largo rato sin hablar. Luego se enderezó. Terminó de cortar las alcachofas, eliminó la parte superior de las hojas, troceó tres rábanos, cubrió las alcachofas,

añadió unas virutas de parmesano, lo roció todo con un chorro de aceite de oliva verde, con zumo de limón. Se secó las manos y declaró, como si conversara consigo misma:

—Hablaré con tu madre. Le pediré perdón...

En la habitación que Kirsten había puesto a su disposición, Rose, recostada sobre un banco que le servía de cama, consultaba los anuncios inmobiliarios. Lupaletto le había dado un adelanto de quince mil euros para que pudiera afrontar sus necesidades más urgentes. Ya no sabía qué más hacer para satisfacerla, multiplicaba sus atenciones, las zalamerías, los «¿va todo bien, Rose? ¿Qué puedo hacer por usted?».

Normal, se decía Rose; va a ganar mucho dinero con mi Luciolina... Aunque no inmediatamente, claro está. Pero en diez años... Ella proporcionará millones a los accionistas durante el tiempo de validez de la patente, o sea, una veintena de años. Ya no soy su pequeña Rose, ¡soy su renta, su retiro dorado, su boleto ganador de lotería!

Los anuncios desfilaban sobre las páginas de los portales inmobiliarios. Rose tomaba notas, comparaba, subrayaba. Quería un balcón corrido, ver árboles, un piso alto, dos habitaciones, salón, cocina separada, permanecer en el mismo barrio, en el distrito IX. No muy lejos de Babou. Un alquiler de unos mil cuatrocientos euros. Había calculado que si lo alquilaba en Airbnb unas cuantas veces, podría arreglarse.

Garabateaba cifras y sumas en su bloc de espiral. Pensó que no había vuelto a tener noticias de su abuela desde hacía más de una semana, cuando su teléfono sonó. Era Babou. Quería verla de inmediato.

—Si no, ya no tendré valor... —murmuró.

Ella la esperaba en un café de la calle Pierre Semard.

Tenía el bolso sobre sus rodillas y había pedido un agua

mineral Perrier con una rodaja de limón que vigilaba como si fuera a escapársele.

Rose la besó en la frente, pidió lo mismo y se sentó frente a ella. Su silla daba sobre las puertas batientes de la cocina y las contempló abrirse y cerrarse con cadencia regular, dejando entrever un destello de cacerolas humeantes, pilas de platos blancos, una pata de jamón suspendida de un cordón, trapos de cuadritos, barras de pan en forma de espiga.

—He decidido hablarte, así que no me interrumpas, por favor —pidió Babou, que fijó la vista en su vaso.

Rose agitó la cabeza.

—Entonces, vamos allá... Lo que voy a contarte, lo sé por la señora Delamare. No por tu madre. Ella ignora que sé todo eso.

El camarero abrió la botella de Perrier, la dejó con un vaso sobre la pequeña mesita, deslizó la cuenta bajo un posavasos y pasó un trapo alrededor del vaso.

Rose añadió dos hielos, removió con una cuchara larga, estrujó la rodaja de limón contra la pared del vaso.

—Es preciso que sepas que tu madre y Jeanine Delamare fueron muy amigas...

Jeanine Delamare, la madre de Delamare hijo, el que deslizaba su mano en mi braguita. Jeanine Delamare, que aparecía corriendo a las diez de la noche en la tienda porque había olvidado la mostaza para el cordero o porque había estropeado su mayonesa.

—Me acuerdo, era un poco excéntrica —dijo Rose.

—Pero no hasta el punto de no calcular. Se casó con Marcel Delamare, que tenía una buena posición y dinero. Tuvieron un hijo que se ha hecho cargo de la notaría del padre en Saint-Aubin. Un chico mofletudo al que tú aterrorizabas, ¿te acuerdas?

Rose no pudo evitar sonreír.

—¿Y aún se hablan?

—Sí, aunque ya no se ven demasiado. Existe un vínculo misterioso entre las dos. Creo que comparten secretos un poco vergonzosos. Un poco canallas, como ellas decían, ahogando las risas con sus manos como dos colegialas.

Babou se inclinó y dio un sorbo a su agua burbujeante. La tragó con dificultad. No le gustaba el agua, y todavía menos el agua con gas. Rose se preguntó por qué habría pedido una Perrier. ¿Sería esa la idea que ella tenía de una auténtica parisina en un café?

—Ambas tienen la misma edad. Con dieciocho años, se vinieron a París. Querían «triunfar», Saint-Aubin les parecía demasiado pequeño. Eran dos chicas guapas a las que les gustaba mucho la juerga. Encontraron trabajo de secretarias, luego tu madre se convirtió en jefa de secretarias y, después, en asistente. Durante ese tiempo, Jeanine vegetaba. La vida en París le parecía demasiado dura, echaba de menos Saint-Aubin. Yo creo que era un poco holgazana. En fin, tu madre encontró a tu padre y se casaron. Las dos mujeres se perdieron de vista. O quizá tu padre trató de seducir a Jeanine, lo que no me extrañaría demasiado. El caso es que Jeanine regresó a casa de sus padres y se casó con Marcel Delamare. Pero siempre mantuvo el contacto con tu madre y fue por ella por quien supe lo que voy a decirte.

—¿Lo sabes desde hace mucho tiempo? —preguntó Rose, a la vez ávida por saberlo e inquieta por enterarse de algo que podría dañarla.

—No me interrumpas, por favor, o no podré continuar...

Babou hizo un gesto, como si la carga que llevaba sobre sus espaldas fuera demasiado pesada.

—Jeanine me quería mucho. Venía a menudo a verme a la tienda. Papou tenía debilidad por ella. Era guapa, despreocupada, coqueta... Todo aquello que él detestaba en una mujer, pero bueno... La quería mucho.

Babou se inclinó y dio un nuevo sorbo a su Perrier. Rose no había tocado el suyo. Ella escuchaba atenta, adivinando la importancia de lo que Babou iba a revelarle.

—Cuando ese hombre, el que te hizo daño, ese actor famoso... ese cabrón...

Rose se sobresaltó. No había oído nunca a Babou pronunciar una palabrota.

—... Te hizo esa cosa innoble..., tu madre habló con Jeanine Delamare. Fue en el momento en que ella estaba montando su agencia, estaba desesperada por encontrar una estrella con la que ampliar su catálogo. Los candidatos no se amontonaban a su puerta precisamente. Valérie aún no era lo bastante conocida, lo bastante poderosa. Se estaba planteando renunciar. Eso supondría un revés terrible para ella. Iba a encontrarse despojada de todo. Con ese tipo, Raymond, que ponía mantequilla en las espinacas y que le repugnaba, «me hace sentir sucia, fea, vieja», le decía a Jeanine. Y entonces sucedió «aquello». Ella no me lo contó directamente. Solo mencionó un «accidente». Sin precisar nada más. Y yo no me atreví a hacer preguntas. Pero vi claramente que se sentía hundida. Tanto más cuando...

—¡Eso mismo le había sucedido a ella! —Rose no pudo evitar terminar la frase.

Babou respiró hondo, resopló y continuó:

—Ella se lo comentó a Jeanine. Fue esta quien le sugirió hacer confesar a William Matthews. Se sentía muy orgullosa de su idea. Tu madre le hizo caso. Le dijo a ese cabrón «es asqueroso lo que has hecho, pero si te vienes a mi agencia, guardaré silencio. Y no te delataré». Debo decir que nada de esto lo supe en su momento. Me enteré mucho después... Cuando ya era demasiado tarde.

Babou posó una mano en la de Rose. Esta se crispó, y retiró la suya. Volvió la cabeza, cerró los ojos, apretó muy fuerte los

párpados para impedir que brotaran las lágrimas.

¡Moneda de cambio, moneda de cambio, para eso es lo que he servido! Yo era pequeña, tan pequeña, estaba aterrorizada. Con tan solo el bastión de los miércoles, la portera que debía cuidarme, pero que a veces se ausentaba... Yo me decía que él iría a buscarme a la portería y entonces...

Babou continuó, con ojos perdidos en el vacío:

—Valérie le ofreció ese trato a William y él no tuvo más remedio que aceptar. Así fue como la agencia de tu madre arrancó y se convirtió en la agencia artística más importante de París, porque muy pronto muchos actores y actrices la siguieron.

—¿Y después? —preguntó Rose mientras aplastaba la rodaja de limón contra el fondo del vaso.

—Todo funcionó muy bien durante mucho tiempo. William encadenaba películas; Valérie, contratos. En Francia, en el extranjero. Y luego, un día, ella supo que él había vuelto a las andadas durante un rodaje. Con una niña de diez años, la hija de un electricista. Esa fue toda una historia. El tal William pagó al padre para que se callara. Le dio mucho dinero. El padre aceptó no demandarlo. Valérie convocó a William, le dijo que lo despediría, pero sin despedirlo. Lo mantendría por si acaso... Ya ha sucedido otras veces que actores que se han visto marginados conocen una nueva gloria. Después de eso, él no trabajó demasiado, o más bien nada. De todas formas, había comenzado a envejecer y los contratos eran cada vez más escasos. Justo hasta que surgió el proyecto con los americanos que vinieron a buscarlo. ¡Una ganga para tu madre!

—¿Cuántas niñas habrán sido agredidas? Él no ha debido de dejarlo nunca. Es un auténtico vicioso.

—Esa historia marcó a tu madre y, extrañamente, la alejó de ti...

—Pero ¿por qué? —exclamó Rose, estupefacta—. ¿Por qué?

—Porque se sentía culpable, se avergonzaba. Ella te odiaba por recordarle su dejadez. Fue Jeanine Delamare quien me lo contó.

—¡Sabe muchas cosas la señora Delamare! —Se rio Rose, dolida.

—Yo no siento ninguna estima por ella...

—Bueno... ¡Eso espero! —se sulfuró Rose.

—Pero eso no te ha impedido rehacer tu vida, cariño. Incluso te ha hecho más fuerte. ¡Fíjate en lo bien que te desenvuelves!

—Babou... ¡Por favor! No me vengas ahora con esa monserga de «lo que no te mata te hace más fuerte». Tú no, Babou, tú no. Detesto esa frase. Es tan fácil de decir, y tan horrible de escuchar...

Babou tendió los brazos hacia Rose, que retrocedió.

—¡Ahora no! ¡No puedo!

Ella se volvió, se fijó en una pareja de turistas en la calle que tomaba fotos de los viejos adoquines parisinos. Ambos calzaban el mismo tipo de alpargatas y la misma camiseta naranja «*I love Paris*».

—¿Has hablado con mamá? —preguntó Rose, volviéndose hacia Babou, sin mirarla.

—Aún no ha regresado de Rumanía, pero lo haré, te lo prometo.

Rose no se atrevió a preguntar a su abuela si ella había notado que su nieta estaba en peligro. Renunció.

Ya no tenía ganas de hablar de eso.

Sin embargo, quería hacerle una última pregunta. Y después, cerraría el pasado. Lo guardaría en una caja y lo olvidaría.

—¿Cómo era mi padre?

Babou la contempló, sorprendida.

—¿Tu papá? ¡Encantador! ¡Divertido! Un hombre guapo, muy seductor. Embaucaba a todas las mujeres sin hacer nada. Un golpe de hombro y ellas le seguían. Tu madre estaba loca

por él. Pero no era ni un marido ni un padre. Ni... nada de nada. Era, cómo decirte... Inconsistente. Nunca se podía contar con él. Y además, era violento.

—¿Por esa razón no te gustan los hombres encantadores?

—Puede ser... Tu madre sufrió mucho con él. Es el único hombre al que ha amado. Él se lo hizo pasar de todos los colores. Hasta su muerte.

—Lo sé, me lo ha contado.

Babou jugueteaba con la pequeña botella de Perrier vacía, rascaba la etiqueta.

—Definitivamente, no me gusta el agua con burbujas...

Rose esperaba al autobús de la línea 30. Sus sandalias nuevas le apretaban los dedos. Tendría que acercarse a una farmacia a comprar tiritas. Sandalias nuevas, apartamento nuevo. Acababa de encontrar su apartamento. En la calle d'Hauteville. Cuarenta metros cuadrados, mil quinientos euros. Un sexto piso, sin ascensor. Con parquet antiguo y molduras en el techo. Como en una película, ¡gran clase! La propietaria la había escogido porque era funcionaria y no llevaba ningún tatuaje. Ella había tenido que tachar «cocina separada» y «balcón corrido» de sus pretensiones, pero había distinguido dos castaños en el patio que servirían para el caso y le alegrarían la vista. Se mudaría en mes y medio. Mudarse era una gran palabra, pero a ella le gustaba.

La doctora M tenía razón.

El bloque de hormigón había estallado. Todo se desplegaba, transportado por una ola lisa, inexorable. Bastaba con seguir el movimiento, deslizarse, deslizarse. No volver atrás. No retomar viejos pensamientos, viejos hábitos.

Los fragmentos del rompecabezas volvían a encajar en su lugar. La llenaban de aplomo, le daban fuerza.

Rose se dejaba llevar, maravillada.

Todo tenía un aire mágico y, sin embargo, no era mágico.

¡O sí! No podía evitar pensar algunas veces: esto es mágico.

Una mujer se sentó su lado en el banco de la parada de autobús. Consultó los tiempos de espera colgados en el cartel luminoso y suspiró: «¡Once minutos! ¡Once minutos! ¡Y luego dicen que usemos más el transporte público!».

Soltó unas maldiciones, dejó sus bolsas de la compra en el suelo. Enderezó un manojo de zanahorias cuyas hojas caían sobre la acera. Un saltamontes saltó fuera de la bolsa, voló con un ruido de cigarra enloquecida y fue a posarse sobre el pie desnudo de Rose en la sandalia. Rose no se movió. ¿Cuánto tiempo hacía que no había visto un saltamontes? ¿De dónde habrá salido este? Parece un *Phaneroptera nana*, un bonito saltamontes verde, más bien mediterráneo, pero que emigra hacia el norte desde hace algunos años. El macho *nana* produce un estridor muy agudo durante la noche para atraer a la hembra. Tan agudo que, pasados los treinta años, uno deja de oírlo, porque el oído humano se vuelve sordo con la edad y ya no capta las frecuencias por encima de los 17.000 Hz. ¡Yo la oigo, porque aún no tengo treinta años!

El teléfono de Rose sonó. El saltamontes salió volando, llevándose el ruido de cigarra enloquecida.

Era la propietaria del apartamento. Su hija acababa de teclear el nombre de Rose en internet para saber más cosas sobre ella —le pedía disculpas, por supuesto— y acababa de enterarse de que Rose era la hija de Valérie Robinson, de la célebre agencia artística El Taller.

—Y bien... Me he dicho que... Sin querer molestarla... Ya me dirá si... Pero... Me gustaría mucho tener una foto dedicada de Vincent Bauer. ¿Cree que sería posible?

—¡Pues claro! —exclamó Rose, quien por un instante había temido que la propietaria hubiera cambiado de opinión y ya no

quisiera alquilarle el apartamento.

—Gracias, muchas gracias. Me gusta mucho. Él es tan... Cuento con usted, ¿verdad? ¡Cuento con usted!

—Sí —aseguró Rose, aliviada—. No hay problema.

—Y... Si él pudiera poner mi nombre... Me llamo Hélène.

—Se la llevaré el día en que firmemos el contrato, ¿de acuerdo?

Rose decidió cambiar sus planes y pasarse por la agencia de su madre. Valérie estaba de viaje, pero su secretaria le proporcionaría una foto de Vincent Bauer que ella misma firmaría. Agathe ya estaba acostumbrada. Sabía imitar muchas firmas.

En un abrir y cerrar de ojos, Agathe cumplió con el encargo.

—¡Ya está! —Sonrió, y le tendió la foto dedicada—. ¡Este hombre causa estragos! ¿Has venido a ver a tu madre? Está en su despacho.

—¿Ya ha vuelto? —preguntó Rose, sorprendida.

No tenía ninguna gana de ver a Valérie, pero era demasiado tarde, ya no podía echarse atrás.

—Ha anulado lo de Vietnam. El proyecto se ha venido abajo. ¡Son tiempos duros!

—La he oído decir eso toda la vida...

—Sí, pero ahora es cierto.

El despacho de Valérie tenía tres ventanas que daban sobre el Boulevard des Capucines. Justo encima de una famosa brasserie, el Gran Café, que no cerraba nunca. Se podía comer a cualquier hora del día o de la noche. Esa era la cafetería de su madre.

Valérie, al teléfono, le hizo una seña para que se sentara. Rose indicó la esfera de su reloj para dar a entender que tenía prisa. Valérie acortó su conversación y colgó.

—¡Estás magnífica, querida! Sí... Sí... Babou me ha contado lo de la pequeña luciérnaga y todo lo demás. ¡Bravo! Eres

brillante. Estoy orgullosa de ti. ¡Qué triunfo!

—¿Ha ido bien el rodaje en Rumanía? —Se interesó Rose.

Valérie agitó el aire con una mano y negó con la cabeza.

—¡No me hables! ¡Un quebradero de cabeza! ¡Estoy harta de este oficio! Estoy cansada. Debo de estar envejeciendo...

Valérie hizo una mueca, como si no estuviera en absoluto convencida de estar envejeciendo, y empezó a tamborilear sobre los papeles que tenía frente a ella.

—No se puede decir que esté abrumada por tus noticias desde que regresaste... ¡Un mes y medio y no has tenido un minuto para llamar a tu madre!

—He tenido muchas cosas que hacer.

—El teléfono no está hecho para los perros...

—Mamá... No empieces.

Valérie se recostó en su sillón Pullman, ergonómico y pivotante, y agitó su melena negra. Rose creyó percibir unos hilillos blancos en la cabellera de su madre. Debía de ser un efecto de luz, porque no había notado nada en Nueva York.

—Yo no te odio por lo que sucedió en Nueva York, Rose. Incluso aunque me hayas hecho perder millones de dólares. Quiero que eso quede muy claro.

—¡Solo faltaría!

—Y quiero decirte que me ha hecho mucho bien que recordáramos todo eso...

—¿Qué es «todo eso»?

—Bueno... Ya sabes...

—Mamá... ¿Cuándo vas a llamar a las cosas por su nombre? Eres irritante, ¿sabes? O peor aún... Eres insultante.

—¡Ya empiezas! ¡No se puede nunca hablar contigo!

Valérie alzó los brazos como si pusiera al cielo por testigo.

Rose se calló. Era siempre igual. Era siempre culpa suya.

—¡Pero yo te quiero, mi querida pequeña, te quiero! Ya no sé cómo convencerte, pero te quiero.

Rose sintió ganas de darse la vuelta para comprobar que su madre se estaba dirigiendo ella, que no había nadie más en la habitación.

—Rose, ¿me estás escuchando...?

Rose alzó los hombros en señal de incomprensión.

—Te quiero —repitió Valérie.

Rose no sabía qué responder. Encontraba la situación muy incómoda. Impúdica, incluso.

—Te quiero...

Valérie miraba a su hija a los ojos. Insistía, frunciendo el ceño y, como Rose no respondía, suspiró:

—¡Al menos podrías decirme «yo también».

Pero precisamente, mamá, yo no puedo.

No puedo.

Me ocuparé de ti cuando seas mayor, te pagaré todas las enfermeras y cuidados necesarios y superfluos, haré todo lo posible para que no te falte de nada, para que tengas tu botella de vino blanco y tu licor de cassis, pero no puedo quererte como tú me pides.

Me masacraste el corazón de tal forma que ya no me queda demasiado. Y me gustaría que lo poco que resta palpite por otros que no sean tú.

No te odio, pero tampoco puedo quererte. Es demasiado tarde. Me habría gustado tanto tener una mamá... Soñaba con ello, ¿sabes? A veces me quedaba paralizada en el sitio cuando oía en un gran almacén o en la calle a una niña decir «mamá» y a una madre que respondía «sí, cariño».

Me paraba en seco, fulminada, inmóvil. Incapaz de avanzar.

¿Recuerdas el final de *Lo que el viento se llevó*?

¿Cuando Escarlata se echa a los pies de Rhett Butler y le suplica que se quede porque ella lo ama, porque lo ama?

¿Recuerdas lo que él le contesta?

Frankly, my dear, I don't give a damn.

Pues bien, francamente, mamá... Me siento muy feliz porque me quieras, pero ese ya no es mi problema, me da exactamente igual.

Y luego, como necesitaba ir a comprar unas tiritas antes de que las farmacias cerraran, Rose se levantó, besó a su madre y se marchó.

Un sábado de diciembre por la noche, Rose cenó en la Taberna Alsaciana con Leo, de paso por París. Bebieron a la salud de la luciérnaga, por el nuevo laboratorio de Rose, por su nuevo apartamento, por el primer cheque de medio millón de dólares que ella acababa de depositar en el banco. Los otros llegarían a continuación, Rose y su abogado se asegurarían de ello.

—Había olvidado que el dólar es menos fuerte que el euro —comentó Rose—. Medio millón de dólares apenas son cuatrocientos cuarenta y cuatro mil euros... ¡Me siento estafada!

—No te quejes... Debes de ser la empresaria debutante más rica del momento.

Habían pedido cada uno una botella de vino: tinto para Rose, blanco para Leo. Un chucrut real para él, una docena de ostras Gillardeau del número 3 para ella.

—¡No se bebe vino tinto con el marisco! —protestó Leo—. ¡Y menos un tinto de Pouilles! ¡Es demasiado fuerte!

—Yo adoro este Primitivo de Manduria. De hecho, ahora solo hago lo que me gusta. Y eso me hace muy feliz.

—¿Cómo está Lupaletto? ¿Tan encantador como siempre?

—¡Más si cabe! —contestó Rose—. Me hace reverencias, se

deshace en cumplidos. Es casi ridículo. El abogado que elegiste ha estado perfecto. Mi abogado también lo ha encontrado perfecto. Formamos una pareja de socios asombrosos...

¡Mucho mejor que amantes!, se dijo Rose, recordando el beso camaleón y esa especie de exhibición digna de un rodeo en la cama de Leo.

—Sé exactamente en qué acabas de pensar —adivinó Leo.

Rose se sonrojó.

—¡Imposible!

—Y puedo anunciarte que estoy a punto de convertirme en el campeón de los besos aterciopelados. No hago más que recibir felicitaciones...

¡No me gusta nada la idea de que bese a otras chicas! ¡Estábamos casados, teníamos dos hijos, un árbol de Navidad! Se ha consolado muy rápido.

—¿Te has enterado de lo de Big Denise? —preguntó Leo—. Ella también va a montar su propia empresa.

—Lo sé, hablamos todas las semanas y nos ponemos al día. Nuestro proyecto avanza. Las moscas tratadas con mi Luciolina y su vómito de termita aún siguen vivas. ¡Es una locura! Aún no está acabado, pero tenemos mucha confianza.

—¿Es que también trabajas con ella? Oye, ¡estás que no paras!

El camarero les trajo la carta de postres, Rose la rechazó pensando, tres kilos de más, tres kilos de más. Leo dudaba entre un bavarois y una tarta de nueces cuando fueron interrumpidos por una voz de trompeta:

—¡Me he enterado que has estado en Nueva York! ¡Todo el invierno! ¡Y que no me has llamado ni una sola vez!

Era Paula Alsberg. Las caderas apoyadas contra el borde de la mesa y su sonrisa dentífrica.

—No he parado de trabajar —se justificó Rose—. No he hecho otra cosa.

—¿En qué estabas trabajando? Eso me interesa.

—En una luciérnaga que...

Leo había intervenido refiriendo maravillas sobre la luciérnaga alsaciana.

—Podría escribir un artículo en el periódico —propuso Paula.

—Espera a que tengamos algo importante para presentarlo —sugirió Rose—. Ya no debería tardar.

—¿Me guardarás la exclusiva?

—Prometido.

—Os dejo un momento. Voy a lavarme las manos —se disculpó Leo. Se alejó bajo la mirada indiferente de Paula.

—¡Está bien educado este chico! Ha comprendido enseguida que sobraba.

—¿Es que no te acuerdas de él? —preguntó Rose.

—¿Debería? ¿Acaso me he acostado con él y lo he olvidado?

Rose se encogió de hombros y se rio.

—¡Adoro el chucrut! —Salivó Paula, contemplando la hermosa salchicha que quedaba en el plato de Leo. ¿Crees que podría quitarle un trocito? No se dará cuenta...

Se dejó caer en el banco enfrente de Rose y, uniendo el gesto a sus palabras, cogió el cuchillo de Leo, cortó la punta de una hermosa salchicha rosa, la hundió en mostaza y se la metió en la boca.

—Tú me pediste su teléfono una noche en caso de... —recordó Rose.

—Es posible. Pero he encontrado algo mejor. Ya no pierdo el tiempo con los tíos. No valen la pena. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—¿Un acompañante? —aventuró Rose.

—¡No! —exclamó Paula.

—¿Un robot?

—Casi... Un aparato que hace de todo. Tú lo programas: con

o sin penetración, clítoris únicamente, masaje lento o rápido, succión o frotamiento, según tu humor y el tiempo del que dispongas. Lo llevas en el bolso, funciona en todo momento y no necesitas entablar conversación. *Womanizer*. Ciento cincuenta dólares en Amazon. Una amiga me regaló uno por mi cumpleaños. Cuando ya no funciona, lo tiras y te compras otro. Genial, ¿no?

En el caso de la pequeña mosca *Ceratopogonidae*, del género *Culicoides*, las hembras succionan la sangre de los mamíferos, como lo hacen las hembras mosquito. Pero el vampirismo no es suficiente para su buen desarrollo, y practican también el canibalismo sexual.

Los machos, ignorantes del peligro, se agrupan en nubes para atraerlas. Se aglutinan, revolotean, zumban para hacerse notar. La hembra penetra en la nube masculina, elige un macho y el apareamiento tiene lugar en pleno vuelo. Cuando ellos están copulando, la hembra perfora con sus pinzas bucales la cabeza de su pareja y le inyecta su saliva digestiva. El macho muy pronto queda reducido al estado de puré líquido. Ella lo aspira entonces como con una pajita. El caparazón vacío y desecado del macho cae hecho polvo, salvo su pene, que continúa activo, para mayor placer de la mosca. Las hembras *Culicoides* no muestran interés por un ser desvitalizado al que ellas devoran la vida.

—¡Ajá! ¿Dónde estabas, Rose? ¿Nos has dejado? —Se rio Leo haciéndole un guiño a Paula.

Había vuelto del aseo y terminaba de secarse las manos en su servilleta.

—Rose a veces tiene esas ausencias, se evade en sus cálculos, sus proyectos, es difícil traerla de vuelta al mundo real. ¡Podemos perderla!

Rose sonrió y observó a Leo, sentado al lado de Paula. Aliviada de saberlo vivo. Sintió pena por él, por ella, por todos

los hombres y por todas las mujeres.

Fuck the Womanizer!, se dijo. Yo no quiero amar a un ser desvitalizado ni a un aparato eléctrico. Lo que quiero es amar a un ser vivo, completo. ¿Existirá esa persona en alguna parte del mundo?

Agradecimientos

En Francia:

Gracias, muchas gracias a Roland Lupoli, destacado biólogo, que me ha acompañado durante la redacción de mi novela, proponiéndome historias insensatas (¡y sin embargo totalmente reales!) de insectos en respuesta a los comportamientos sentimentales y sexuales de mis heroínas y héroes tan humanos.

Sin él, nunca podría haber estado tan bien informada, y gracias a su influencia, ya no aplasto a las moscas, ni a los mosquitos, ni a las arañas, ni a las hormigas. ¡Máximo respeto!

Gracias a Yves Crouau, mi primer contacto científico, que me contó anécdotas e historias jugosas antes de presentarme a... Roland Lupoli.

Gracias a Camille Clément.

Gracias a Sophie Montgermont.

Gracias a todos aquellos que se acercaron a susurrarme confidencias inéditas y originales, que me provocaban «¡ohs!» y «¡ahs!» y me permitieron construir el personaje de Rose.

Gracias a Anna Jarota, mi agente, mi amiga, a la que puedo despertar a cualquier hora de la noche para discutir la elección y el lugar de una palabra durante largas horas.

Gracias a Véronique Ovaldé, precisa y generosa.

Gracias a Octavie, ¡siempre presente incluso con la muñeca escayolada!

Gracias a Thierry, mi querido amigo.

Gracias a Carole, nube de feminidad y eficacia.

Gracias a Coco, mi hermana en la vida.

Gracias a Francis, Richard, Gilles.

A Nathalie, Agnés, Mickael, ¡gracias, gracias!

Gracias a mi hija, Charlotte, que encontró el título de mi novela.

Gracias a Clément, mi hijo, con el que mantengo largas conversaciones sobre el comportamiento de los humanos.

Gracias a Jean-Marie, Romain, gracias, gracias.

En Nueva York:

Gracias a Kathy, Christy, Marianne, Maggy.

Gracias a Eran.

Gracias al hotel Marlton, *my place to be in New York*.

... Sin olvidar a Boy, border-terrier de pura raza, que vivió cada etapa del libro hecho una bola a mis pies todos los días desde las dos de la tarde a las siete y media, hora de su paseo vespertino.

Rose es una joven bióloga afincada en París y dedicada al estudio de la *Lamprohiza splendidula*, una variedad de libélula que promete aportar grandes avances en la investigación médica

Aunque Rose es una excelente investigadora y sus trabajos sobre la química sexual de los insectos y su reproducción son muy destacables, en el terreno personal se siente del todo desamparada. Últimamente parece tener problemas con las relaciones humanas en general y con Leo en particular, el investigador con el que lleva varios meses trabajando y de quien se ha enamorado perdidamente.

Y es que la vida no es como un laboratorio, y no serán su madre (escondida detrás de unas enormes gafas oscuras) ni su abuela (que habla con Dios y con los dedos de sus pies) quienes podrán ayudarla.

Esta es la historia de un bicho raro enamorado, dispuesto a superar cualquier barrera que la vida o su personalidad le impongan en el difícil camino del amor y de la felicidad.

«Una novela bien trazada, narrada con inteligencia, generosidad y ambición».
Le Point

«Literatura que da esperanza».
Le Monde

Katherine Pancol nació en Casablanca y a los pocos años se trasladó con su familia a París. Cursó estudios literarios y se doctoró en letras modernas. Trabajó de profesora de latín antes de comenzar una larga trayectoria profesional como periodista en publicaciones como *Paris Match* o *Cosmopolitan*. Ha publicado más de una decena de libros, pero el éxito le llegó definitivamente en el año 2006 con la historia de Joséphine Cortès, la protagonista de sus novelas *Los ojos amarillos de los cocodrilos*, *El vals lento de las tortugas* y *Las ardillas de Central Park están tristes los lunes*, todas ellas publicadas en Debolsillo.
Katherine Pancol forma parte de la lista de los diez autores más vendidos en Francia.

Título original: *Bed Bug*

Edición en formato digital: julio de 2022

© Éditions Albin Michel, 2019
© 2019, Katherine Pancol
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Paz Pruneda Gozálvez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carme Alcoverro
Imagen de portada: © Marisol Ortega

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7146-0

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros

Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] mM: milimolar; pM: picomolar. La concentración picomolar de la Luciolina (o 1 pM) es de 0,592 nanogramos o 592 picogramos por litro, el equivalente al volumen de una cabeza de alfiler de Luciolina (2 mg) en una piscina olímpica.

Índice

Los bichos raros también se enamoran

Rose invitó a Leo a cenar un martes por la noche...

¡Ya está! He llegado a Nueva York...

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Katherine Pancol

Créditos

Nota